

MARCIAL

EPIGRAMAS



R. 247

BIBLIOTECA CLÁSICA.
TOMO CXLI.

MARCO VALERIO MARCIAL

EPIGRAMAS

TRADUCIDOS EN PARTE

POR

JÁUREGUI, ARGENSOLA, IRIARTE (DON JUAN), SALINAS
EL P. MORELL Y OTROS

Y EL RESTO POR

D. VÍCTOR SUÁREZ CAPALLEJA

con prólogo y notas del mismo

TOMO II



MADRID

LIBRERÍA DE LOS SUCESTORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.

1923

LIBRO SEXTO.

1.—Á JULIO MARCIAL (1).

A tí, más amado
De todo cuanto hay,
Envío mi sexto
Librito, oh Marcial.
Si tu gusto siempre
Seguro é imparcial
Juzga sus defectos,
Entonce osará,
Con menores cuitas
Y menos afán,
A manos de César
Venir á posar.

2.—Á DOMICIANO (2).

Por juego violábanse los santos
Derechos de las nupcias, y por juego
Se mutilaban hombres inocentes:
Tú aquesta doble infamia has prohibido,
Oh César, y así ayudas las futuras
Generaciones, porque tú les haces
Que se ajuste á la ley su nacimiento.
Ya nadie habrá bajo tu cetro santo
Que pueda adulterar, ni ser eunuco.

Antes de tu reinado, ¡qué costumbres!
Hasta el mismo espadón adulteraba (3).

3.—ACERCA DEL HIJO DE DOMICIANO (4).

Nace deidad á Julo prometida,
De dioses verdadero descendiente,
Niño grande, y, después de larga vida,
El cetro de su imperio floreciente
Te dé tu padre, y en su envejecida
Edad, viejo gobierne felizmente:
Con blancos dedos Julia (5), por decoro,
Todo te hile el vellocino de oro.

4.—LISONJEA Á DOMICIANO (6).

Censor sumo, y de príncipes monarca,
Debiéndote ya Roma
Tantos triunfos lucidos,
Tantos templos de nuevo establecidos,
Tantos reedificados,
Con tantos espectáculos sagrados,
También tantas deidades,
Tantas y tan magníficas ciudades;
Roma, que á compensártelo no basta,
Te debe más, porque la hiciste casta.

5.—Á CECILIANO (7).

En gran suma de ducados
Compré una hacienda; te ruego,
Ceciliano, me des luego
Siquiera ciento prestados.
A eso callas: mas sin ruido
Pienso dices en tu pecho:
Que no los vuelve sospecho.
Pues por eso te los pido.

6.—Á LUPERCO (8).

Hay en la escena tres cómicos,
Pero tu Paula, Luperco,
Ama á cuatro: que ama Paula
Hasta á un mudo me sospecho.

7.—ACERCA DE TELESINA.

Faustino, desde la ley
Julia fue restablecida,
Y el pudor se vió obligado
A volver á las familias,
Treinta días han corrido
A lo más, y Telesina
Diez maridos ya ha tomado. .
La que casa tan de prisa
No se casa, que adultera,
Y una franca libertina
Me diera menor escándalo
Y menos me ofendería.

8.—Á SEVERO (9).

Dos jueces, cuatro tribunales,
Siete agentes, diez poetas,
Sobre unas bodas secretas
Eran á un viejo importunos.
Y haciendo de ellos desprecio,
Dió la hija á un pregonero (10).
Lo que pregunto, Severo,
Es si anduvo el padre necio.

9.—Á LEVINO (11).

Tú te duermes, oh Levino,
De Pompeyo en el teatro (12),

Y luego te quejas si
Va á despertarte Oceáno.

10.—PIDE INDIRECTAMENTE DINERO Á DOMICIANO.

Cuando estos últimos días
Pedía algunos millares
De sestercios al gran Jove:
«Aquel, me dijo, daráte
Que me ha edificado templos.»
Ciertamente ha dado altares
A Júpiter; mas conmigo
No se mostró tan afable,
Porque ni uno siquiera
Me ha dado de esos millares
De sestercios. Por no haber
A Jupiter lo bastante
Pedido, yo me avergüenzo.
Y sin embargo, ¡qué amable!
¡Qué serenidad, qué calma
Ofrecía su semblante
Al leer mi petición!
Así á Dacios miserables
Permitió guardar sus leyes;
Así subía triunfante
Al Capitolio y bajaba
De él con faz serena, amable.
Dime, virgen, dime, virgen,
En quien nuestro Jove aplácese,
Si de este modo rehusa,
¿Cuál es al dar su talante?
Tal dijera. La Gorgona
Depone Palas, y dame
En dos palabras respuesta:
«Necio, ¿lo que aun no hásete
Concedido, ya lo juzgas
Como si te se negase?»

11.—CONTRA MARCO.

Te asombras, Marco, de que
En estos tiempos no se hallan
Ya ni Pilades ni Orestes.
Marco, Pilades usaba
Del mismo vino que Orestes;
A Orestes no se le daban
Pan mejor, mejores tordos;
Mas los dos de igual vianda
Y en igual mesa comían.
Pero tú, Marco, con ansia
Comes ostras del Lucrino,
Mientras yo sacio mis gañas
Con muy insípidos peces,
Y no obstante mi garganta
Es tan fina cual la tuya.
Tiro, la ciudad fundada
Por Cadmo, te viste á tí,
Y á mi me visten las Galias
Con vestidos muy groseros.
¿Quieres que con mi zamarra
Humilde, Marco, yo ame
Tu persona purpurada?
Para que yo sea Pilades
De algún hombre, sólo falta
Que él sea Orestes; amigos
No se hacen, no, con palabras;
Y si, Marco, pretendieres
Ser amado, antes tú ama (13).

12.—ACERCA DE FABULA (14).

Que es suyo Fabula jura
El cabello que ha comprado:

¿Mujer que tal ha jurado,
Dí, Paulo, será perjura?

13.—ACERCA DE LA ESTATUA DE JULIA (15).

¿Quién, Julia, no creyera que has nacido
Al golpe del cincel del sabio Fidias,
Ó que eres obra de Minerva diosa?
A aquel que lo dudare, el mármol blanco
De Lygdos (16) ha de responder por medio
De esta parlante imagen, y por esa
Serena faz donde la vida esplende.
Tu dulce mano juega con el cinto
De acidaliana diosa (17), que del cuello
Robaste de Cupido. Para que arda
De nuevo del gran Júpiter y Marte
La llama del amor, que diosa Juno
Y Venus misma tómente prestado
Ese tu ceñidor tan prodigioso.

14.—CONTRA LABERIO.

Afirmas, Laberio,
Que tu eres capaz
De escribir poemas
Dignos de admirar:
¿Por qué, pues, no quieres
Que á luz salgan ya?
Quien puede, Laberio,
Versos publicar,
Que sean hermosos,
Pero así no lo haz,
A ese hombre le juzgo
De gran calidad.

15.—ACERCA DE UNA HORMIGA ENCERRADA
EN UN TROZO DE ÁMBAR (18).

En tanto que iba y venía
Bajo un árbol de Faetón
Una hormiga, gota de ámbar
Al leve insecto envolvió;
Y el que durante su vida
Sólo de desdén sirvió,
Por su muerte convirtióse
En objeto de valor.

16.—A PRIAFO (19).

Tú que aterras á los hombres
Con tu aspecto, y con tu hoz
Eres de los pederastas
El espanto y el terror,
Presta á estas pocas yugadas
Retiradas protección.
Y así nunca tus pomares
Invada viejo ladrón,
Sino un niño ó bella joven
De crenchas de gran largor.

17.—CONTRA CINAMO (20).

¿Qué te llamen Cina
Deseas, Cinamo?
Pero aquese nombre,
Dí, ¿no sabe á bárbaro?
Por ende, si Furio
Tú fueses nombrado,
También deberías
Fur tú ser llamado.

18.—EPITAFIO DE SALONINO Á PRISCO (21).

Descansa en tierras iberas
 Salonino, sombra santa,
 La mejor que ha puesto planta
 En las estigias riberas,
 Mas dejemos de llorar,
 Prisco; que el que á tí dejó,
 Vive allí donde escogió
 Parte mejor do morar.

19.—CONTRA EL ABOGADO PÓSTUMO (22).

Ni de muerte, ni veneno,
 Ni de violencia se trata,
 Pero sí sencillamente
 Del robo de mis tres cabras.
 Yo denunció á mi vecino
 Como autor de tal hazaña;
 El juez reclama las pruebas,
 Pero tú sólo le hablas
 De la guerra de Mitrídates,
 De la batalla de Cannas,
 Y de la perfidia púnica
 Y su furor. No te cansas
 De citar los Silas, Marios,
 Mucios, con pasmarotadas
 Y voces. Mas ¿cuando, Póstumo,
 Hablarás de mis tres cabras?

20.—CONTRA FEBO (23).

Cien sestercios estos días,
 Cantidad muy moderada,
 Te pedí, Febo, prestada,
 Y que era nada, decías.

Preguntas, dudas y llega
 A tanto lo que dilatas,
 Que há diez días que nos matas:
 Ya nada te pido: niega.

21.—ACERCA DE STELLA Y IANTHIS (24).

Cuando con Ianthis se unía
 Para siempre el vate Stella,
 Venus alegre le dijo:
 —Y de la esposa en presencia:—
 «No he podido darte más.»
 Pero, con gran malicia, ella,
 Acercándose al oído
 De Stella, dice: «Cautela:
 No vayas á hacer, traidor,
 Tonterías, ó simplezas.
 A veces, en mis enojos,
 Y antes que Marte estuviera
 Unido á mí por la ley,
 Castigué su incontinen-
 cia.
 Pero desde que ya es mío,
 Ninguna rival me afrenta.
 ¡Oh cómo quisiera Juno
 Que Jove se condujera
 De modo tan razonable!»
 Dice, y el pecho de Stella
 Hierde con su ceñidor
 Misterioso: ¡herida buena!
 Mas, oh diosa, de igual modo
 Hierde, hierde á la pareja.

22.—CONTRA PROCULINA.

Proculina, tú te casas
 Con tu amante, y de este cómplice
 De tu adulterio, un marido



Para uso tuyo dispones,
 Y con miras de eludir
 De la ley Julia las órdenes.
 ¿Eso es casar, Proculina?
 Eso es mostrar tus pasiones.

23.—CONTRA LESBIA.

Stare jubes nostrum semper tibi, Lesbia, penem
 Crede mihi, non est mentula, quod digitus.
 Tu licet et manibus, blandis et vocibus instes;
 Contra te facies imperiosa tua est.

24.—ACERCA DE CARISIANO (25).

Nadie es más imprudente
 Que Carisiano;
 Porque en las Saturnales
 Anda togado.

25.—Á MARCELINO (26).

Digno retoño de un honrado padre,
 Oh Marcelino, que al presente vives
 Bajo los hielos de osa parrasiana (27),
 Acoge tú los votos que te envía
 Un viejo amigo de tu padre, y nunca
 Al olvido los des. Sé valeroso
 Al par que sabio: no te precipites
 Con temerario ardor á los aceros
 Y flechas homicidas. Deja, deja
 A locos la pasión desordenada
 Del batallar y su cruenta furia;
 Porque tú puedes ser al mismo tiempo
 Soldado de la patria, y su decoro.

26.—ACERCA DE SOTADES.

Periclitatur capite Sotades noster.
 Reum putatis esse Sotadem? non est.
 Arrigere desit posse Sotades: lingit.

27.—A NEPOTE (28).

Nepote, que doblemente,
 Eres tú vecino mío (29)
 (Porque vives muy cercano
 De Flora al santo edificio
 Y á la vetusta Ficelias)
 Una hija te ha nacido,
 Cuyo rostro es viva imagen
 De su padre, y claro indicio
 De que su madre te es fiel.
 No obstante, no seas nimio
 En perdonar el Falerno,
 Que tanta edad ha cumplido,
 Y á tu hija más bien deja
 Toneles que estén henchidos
 De escudos. Que sea rica,
 Honrada y de mucho juicio,
 Más que beba mosto nuevo,
 Y aquella ánfora de vino,
 Que, cuando nació, llenóse,
 Años alcance muchísimos
 Con ella. No debe el Cécubo
 Ser solamente bebido
 Por quienes de hijos carecen;
 ¡Oh! créeme, de un modo mismo
 Pueden padres de familia
 Gozar también goces vívidos.

28.—EPITAFIO DE GLAUCIAS (30).

Aquel liberto de Mélior,
 Tan conocido y llorado,
 Al morir, por toda Roma;
 Que fué deleite muy rápido
 De un amo que le quería,
 Glaucias, yace bajo el mármol
 Junto á la vía Flaminia (31).
 Era en las costumbres casto,
 En su pudor, inocente,
 En su ingenio nada tardo,
 Y en su hermosura gracioso.
 No había apenas contado
 Un año con doce estíos.
 Pasajero que tu llanto
 Viertes por el, ojalá
 No llores como has llorado.

29.—ACERCA DEL MISMO (32).

Esta pira que admiras erigida,
 No es de ningún plebeyo monumento,
 Ni de esclavo infeliz que su avariento
 Dueño encerró en mazmorra foragida.

A Glaucias sella, prenda tan querida
 Cuanto digna en Melior de sentimiento,
 Por quien aun no capaz de entendimiento,
 Gozó de libertad lo que de vida.

A lo hermoso en costumbres y en su cara
 Esto se dió y debió. ¿Quién más afable
 Y quién más lindo cuando al Sol vencía?

Breve es la edad, y la vejez es rara
 En prodigios. Si quieres sea durable
 Lo que amas, no te agrade en demasía (33).

30.—CONTRA PETO (34).

Si tanto no dilataras
 Los seis sestercios que un día
 Prestados, Peto, pedía,
 Por doscientos me obligaras.

Mas habiendo respondido
 Que los tuviese por dados,
 Nueve meses vi pasados,
 Y me dí por despedido.

Al fin, Peto, ya los diste
 Tras tantas dificultades,
 Mas en verdad de verdades
 Que, dándolos, los perdiste.

31.—CONTRA CARIDEMO.

Caridemo, tu médico
 Es el amante
 De tu mujer, y aquesto
 Sufres y sabes.
 Veo que quieres,
 Cuando del mundo salgas,
 Morir sin fiebre.

32.—ACERCA DE LA MUERTE DE OTHÓN (35).

Enio dudaba aún cuál fuera el éxito
 De la guerra civil, porque el acaso
 Al muelle Othón pudiera dar el triunfo,
 Mas condenando la feroz discordia,
 Que tanta sangre derramar hacía,
 Ase el acero con valiente mano
 Y el pecho se traspasa. Ciertamente
 Que mientras que Catón gozó de aliento
 Más grande fué que el mismo Julio César:
 Pero, al morir, ¿á Othón excedería?

33.—CONTRA SABELO.

Mathón, no hay nada más misero
 Que el pederasta Sabelo,
 El que hace poco, entre todos
 Era el hombre más contento.
 Robos, fugas y matanzas
 De esclavos, duelos é incendios,
 Todo á la vez le fatiga:
 Y porque sea completo
 Su infortunio, tiene el pobre
 Que á mujeres dar contento.

34.—Á DIADUMENO (36).

Apretados besos quiero,
 Diadumeno, y me preguntas
 Cuántos; mas las ondas juntas
 Del mar contaré primero,
 Y caracoles y almejas
 Que en su arena el mar Egeo
 Esparce, y el Cecropeo
 Monte vagantes abejas,
 Que voces y manos cuente
 Con que el teatro ensordece
 La turba cuando aparece
 César en él de repente.
 No quiero los que, rogada,
 Lesbia á Catulo presenta;
 Que el que los reduce á cuenta,
 De pocos bienes se agrada.

35.—Á CECILIANO.

Un juez, cediendo á disgusto
 A tus ansias repetidas,

Te permiti6, Ceciliano,
 Apurar siete clepsidras;
 Mas sigues charlando mucho
 Por mucho tiempo, y, caida
 La sien á un lado, te tragas
 Muchos vasos de agua tibia.
 En fin, para que t6 puedas
 Calmar tu sed y tu viva
 Ansia de hablar, te suplico
 Que te bebas la clepsidra (37)

36.—Á PAPILO.

Mentula tam magna est, tantus, tibi, Papile, nasus,
 Ut possis, quoties arrigis, olfacere.

37.—CONTRA CARINO.

Secti podicis usque ad umbilicum
 Nullas reliquias habet Charinus;
 Et prurit tamen usque ad umbilicum.
 O quanta scabie miser laborat!
 Culum non habet, est tamen cinædus.

38.—ACERCA DEL HIJO DE RÉGULO.

¡C6mo el hijo de Régulo, ese ni6o
 Que no cumpli6 tres a6os todavía,
 Loa á su padre, cuando hablar le escucha!
 ¡Oh, c6mo al verle, deja de su madre
 El dulce seno, y siente que la gloria
 De su progenitor es tambi6n suya!
 Ya del pueblo el clamor, los centumviros,
 La multitud, que al tribunal asiste,
 Y el templo del dios Julio le deleitan:
 Tal el reto6o de corcel fogoso
 Ama de noble polvo las oleadas;

Tal el becerro de novicia frente
 Anhela los combates. ¡Oh deidades,
 Velad, velad, os ruego, por el niño,
 De un padre y de una madre vivas ansias!
 ¡Oh, que Régulo escúchelo algún día,
 Y que á los dos los pueda oír la madre!

39.—CONTRA CINNA.

Cinna, tu mujer Marula
 Siete veces padre te hizo
 No de hijos libres, que ni uno
 Es tuyo, ni de un amigo,
 Ni vecino; porque todos,
 Todos fueron concebidos
 En pobres lechos y esteras,
 Y sus rostros son indicio
 De las culpas de su madre.
 Aquel del cabello rizo,
 Y que á un moro se parece,
 Claro demuestra ser hijo
 De Santra, tu cocinero.
 El segundo, de crecidos
 Labios y nariz muy roma,
 Es todo un retrato vivo
 De Pannico, el luchador.
 Quien conozca y haya visto
 A Damas, el legañoso,
 No dudará que tu hijo
 Tercero un engendro sea
 De ese panadero misero.
 El cuarto, de tez blanquizca,
 Y de sien de libertino,
 Es el fruto del comercio
 De tu concubino Ligdo.
 Si así quieres, no me opongo

A que tú ames á ese hijo;
 Que no hay mal alguno en esto.
 En cuanto al otro chiquillo
 De puntiaguda cabeza,
 Y orejas cual de borrico,
 Tan largas y tan movibles,
 ¿Quién negará que es un hijo
 Del bufón Cirra? Las dos
 Hermanas, de colorido
 Negro la una, la otra rojo,
 Por Croto el flautista han sido
 Engendradas y por Carpo
 El colono. En fin, dominio
 Tú pudieras ejercer
 En multitud de mestizos,
 Si castrados no se hallasen
 Tu Coreso y tu Dindymo.

40.—Á LICORIS.

No había mujer alguna,
 Licoris, cual tú perfecta
 Un tiempo; mas hoy no existe
 Otra mejor que Glicera.
 Será lo que tú eres hoy;
 Mas no puedes ser lo que ella
 Es hoy. Así lo hace el tiempo:
 Entonces amada eras
 Por mí, mas hoy sólo amo
 A Glicera, dulce prenda.

41.—ACERCA DE UN POETA RONCO (38).

El que, yendo á recitar,
 Lana á su garganta aplica,



Que no puede hablar publica
Y que no puede callar.

42.—Á OPIANO ACERCA DE LAS TERMAS DE ETRUSCO (39).

Opiano, morirás en tu inmundicia,
Si en los baños de Etrusco no te lavas.
No hay aguas tan süaves á tu cuerpo:
Ni las fuentes de Apona (40) prohibidas
A jóvenes muchachas, ni la blanda
Sinuese (41), ni del Pásser las ardientes
Ondas, ni las del Anxur el soberbio,
Ni los baños de Apolo que está en Cumas,
Ni los de Bayas, entre todos príncipes.
En parte alguna el cielo está más puro
Ni más sereno, ni en ninguna parte
Los días son más largos, ni más lenta
Es la luz en huir. Allí refulgen
Mármoles verdegueantes del Taigeto;
Masas de rocas que jamás se han visto
Mayores en los antros más profundos
De las canteras frigias y de Libia,
Allí como á porfia nos presentan
Sus variados colores (42); allí el ónix
Absorbe por sus poros el exceso
Del cálido vapor; las serpentinas
En él se impregnan de otro más templado.
Si los usos de Esparta te deleitan,
Allí podrás, después de sudor leve,
Sumergirte en la fuente de la Virgen,
Y en la de Marcio, que es tan pura y limpia,
Que no se sospechara que siquiera
Agua contiene, y en la cual juzgárase
Espléndido brillar mármol de Lygdos (43).
Mas ya me escuchas cual si no atendieras,
Opiano; morirás en tu inmundicia.

43.—Á CASTRICO.

Castrico, mientras que Bayas
La dichosa te dispensa
Sus saludables favores,
Y tú te bañas en ella
En blancas, sulfúreas aguas,
Yo tranquilo cobro fuerzas
En mi quinta de Nomento,
Cuya extensión muy modesta
En nada me es onerosa.
Allí mis ojos encuentran
El sol de Bayas, el dulce
Lucrino, y de tus riquezas
Allí disfruto, Castrico.
Hace poco, fácil me era
Recorrer todas las aguas
Más renombradas y buenas,
Sin temer largos caminos:
Hoy tan sólo me deleitan
Las cercanías de Roma,
Y retiros que estén cerca,
Y esto me basta, si puedo
Satisfacer mi pereza.

44.—CONTRA CALIODORO.

Caliodoro, te imaginas
Divertir alegremente,
Y tener el privilegio
De decir chistes que hieren.
Tú te ríes en la cara
De todos, y á todos muerdes
Con tus dichos injuriosos,
Y por esto tú te crees
Un amable convidado;

Mas yo, por tanto, diréte,
 Si no con sal, por lo menos
 Con verdad muy elocuente:
 No hay ninguno, Caliodoro,
 Que á beber su copa déte (44).

45.—CONTRA EL MATRIMONIO DE LIGDO Y DE LECTORIA.

Bien holgasteis; pero basta.
 Casaos ya, libertinos.
 Desde hoy los castos amores
 Os están ya permitidos.
 Pero ¡qué! ¿en verdad son castos?
 Lectoria casa con Ligdo;
 Esposa, será más torpe
 Que antes era en el fornicio.

46.—Á CATIANO.

La facción de Venetos (45)
 A su cuadriga
 Con el látigo duro
 Siempre fustiga,
 Y no por eso
 Anda más. ¡Oh Catiano,
 Qué grán suceso! (46)

47.—Á LA NINFA IANTHIS (47).

¡Oh Ninfa, que tus ondas puras viertes,
 Y corres en la espléndida morada
 De mi querido Stella, que es tu dueño!
 Ora en la gruta de la triple Hecáte
 Brotar te hiciera la mujer de Numa (48),
 Ora procedas de los mismos sitios
 En donde de las nueve Musas surge
 La hermosa fuente (49), Marco, que, de oculto,

Y enfermo, de tus aguas ha bebido,
Te cumple la promesa de inmolarte
Una cerda que á luz jamás ha dado.
Ya con mi expiación, tú satisfecha
Concédeme que ahora goce libre
De tus ondas purísimas, y luego
Que tenga yo la sed de un hombre sano.

48.—CONTRA POMONIO (50).

Aunque tu elocuencia ves
Loada por mucha gente,
No cres, Pomponio, elocuente;
Tu comida sí que lo es.

49.—PRIAPO, ACERCA DE SÍ MISMO (51).

Yo no soy de frágil olmo,
Y esta columna con venas,
Que aquí está recta y saliente,
No se tomó de cualquiera
Leño, porque se ha formado
De un ciprés, lleno de fuerza,
Que de los años no teme
Las innumerables vueltas
Ni el polvo de la vejez.
¡Oh! quien quiera que tú seas,
Témela, sí, desdichado;
Que si tu mano violenta
Hiere, aunque poco, los ramos
De aquesta viña, una higuera
De este ciprés nacería
En tu cuerpo, aunque no quieras (52).

50.—ACERCA DE TELESINO.

Siendo pobre Telesino,
Y teniendo amigos puros,

Envuelto en mísera toga
 Discurría vagabundo.
 Pero después que corteja
 A libertinos muy sucios,
 Compra vajilla de plata,
 Y mesas y predios rústicos.
 Bithynico, ¿quieres ser
 También rico? Pues á alguno
 De esa laya tú complace.
 Porque á tí los besos puros
 Nada te producirán,
 Ó casi nada á lo sumo.

51.—Á LUPERCO (53).

He encontrado un buen desquite
 Para vengarme de tí,
 Luperco, porque sin mí
 Sueles celebrar convite.

Aunque me envíes recado,
 Y ruegues, me énojaré.
 ¿Y qué más piensas haré?
 ¿Qué más? Iré de conta lo.

52.—EPITAFIO DEL BARBERO PANTAGATHO (54).

Yace Pantagatho en flor
 Que breve tiempo marchita,
 Y al que aquí le deposita
 Deja cuidado y dolor.

Era tal que aun no tocaba
 Con hierro el rostro y cabeza,
 Cuando con aire y destreza
 La obra perfeccionaba.

Tierra, por más que ligera
 Te muestres al compañero,

No alcanzarás lo ligero
De su navaja y tijera.

53.—ACERCA DE ANDRÁGORAS (55).

Con nosotros se bañó
Alegre, y cenó contento
Andrágoras ayer noche;
Y hoy ha amanecido muerto.
¿Sabes, Faustino, la causa
De tan súbito suceso?
Sólo haber visto al Doctor
Hermócrates entre sueños.

54.—ACERCA DE SESTILIANO (56).

Si tú quieres impedir,
Aulo, que *tantos* y *tantas*
Sestiliano siempre diga,
El infeliz tres palabras
Apenas podrá añadir.
Mas ¿qué dice cuando eso habla
Oye lo que me sospecho:
Es que ama á *tantos* y *tantas*.

55.—CONTRA CORASINO.

Porque siempre tú trasciendes
A canela y cinamomo (57),
Y tu piel se encuentra negra
Con tanto unguento oloroso
Del nido del ave fénix;
Porque el olor de los pomos
Plumbeos de Nicero exhales (58),
Tú te burlas de nosotros,
Corasino, que no olemos

A nada. Mas sobre todo
 Prefiero no oler á nada
 Que oler cual tú de ese modo.

56.—CONTRA CARIDEMO.

Porque tus piernas están
 Llenas de rígidos pelos,
 Porque tu pecho es velloso,
 Imaginas, Caridemo,
 Engañar á todo el mundo.
 Arranca, por mi consejo,
 Esas cerdas repugnantes
 Que te cubren todo el cuerpo,
 Y prueba así que tus posas
 No tienen un solo vello.
 —¿Por qué? preguntas. Bien sabes
 Que dicen de tí mil cuentos.

.....
 (59).

57.—CONTRA FEBO (60).

Febo, tú sobre tu frente,
 Valido de cierto emplasto,
 Figuras tener cabellos,
 Y tu repugnante cráneo
 De pelo fingido cúbrese:
 No necesitas, por tanto,
 De barbero; que una esponja
 Es el mejor aparato.

58.—Á AULO PUDENTE (61).

Aulo Pudente, mientras te diviertes
 En ver de cerca el carro de Parrhasis (62),

Y las estrellas lentas de la Escitia,
 En poco ha consistido que no fuera
 A la laguna Estigia arrebatado,
 Y visitase yo las tristes márgenes
 De los Eliseos Campos. Mis pupilas
 Aunque se hallaban débiles, buscaban
 Con afán tu persona, y en mi labio
 Gélido se encontraba de Pudente
 El nombre sin cesar. Si las hermanas
 Hilanderas, en negro no tejieren
 La trama de mi vida, y si los dioses
 Me escuchan, has de regresar á Roma
 Con salud, y verásme sano y salvo,
 É ilustre caballero, habrás el premio
 De primer centurión por tus servicios.

59.—CONTRA BACARA.

Bacara gime y se queja
 De que á sus seiscientos mantos
 No vengau á honrar los fríos:
 Ambiciona tiempo malo,
 Nieves, vientos; mas si es dulce
 El invierno, le es odiado.
 ¡Qué mal te han hecho, cruel,
 Nuestros trajes tan livianos,
 Que el menor soplo de viento
 Arrebataría rápido?
 ¡Oh! ¡Sería más sencillo,
 A mi parecer, y humano,
 Que hasta en los días de Agosto
 Te revistieras tus mantos!

60.—ACERCA DE POMPILO, Á FAUSTINO.

Pompilo logró, Faustino,
 Ya de sus ansias el blanco:

Será leído, y su nombre
 Por todo el mundo llevado.
 ¡Así suceda á la raza
 Inconstante de Usipianos (63)
 Los de roja cabellera,
 Y á quien no le agrade el mando
 De la Ausonia! Mas, no obstante,
 Se dice que todo cuanto
 Pompilo ha escrito, contiene
 Mucho ingenio; sin embargo,
 No es bastante para el nombre.
 ¡Oh, cuántos sabios son pasto
 De insectos y gusanillos!
 Los poéticos trabajos
 Hoy día por cocineros
 Tan sólo se ven comprados;
 Y un libro para vivir
 Precisa no sé qué: algo
 Que manifieste que un genio
 En él ha puesto la mano (64).

61.—CONTRA UN ENVIDIOSO (65).

Roma alaba, Roma estima,
 Celebra y canta mis versos:
 Ocupar logran mis libros
 Toda mano, todo seno.
 Pero alguno alcanzo á ver
 Que poniéndose á leerlos,
 Muestra á veces encendido,
 A veces pálido aspecto,
 Que se para, que bosteza,
 Y, en fin, descubre su ceño.
 Esto me agrada: ya estoy
 Con mis versos muy contento.

62.—Á OPIANO.

Sólo un hijo que tenía
 Hoy ha perdido Silano,
 Y tú, Opiano, no le mandas,
 Como solías, regalos.
 ¡Oh qué Parcas tan crueles!
 ¡Oh qué crimen tan nefando!
 ¿A qué buitres tocará
 El cadáver de Silano?

63.—Á MARIANO (66).

Regálate un avariento,
 Porque tu hacienda pretende,
 Mariano, y del que á esto atiende,
 Ya se conoce el intento.
 Con sus regalos contento
 Necio estás, y aun más espero.
 Pues loco te considero,
 Y además estar furioso,
 Que á un extraño codicioso,
 Le dejes por heredero.
 Verdad es, te lo confieso,
 Ser los dones de valor;
 Mas pregunto: ¿Al pescador
 Amarále el pez travieso?
 Dirás: ¿De quién con exceso
 En la postrera jornada
 Será mi muerte llorada?
 Con sus lágrimas no aciertas
 Si deseas sean ciertas,
 Mariano, no le des nada.

64.—CONTRA UN DETRACTOR.

Aunque no arranques de la austera raza
De Fabios (67), ni tú seas como el hijo
Que ha dado á luz bajo copuda encina
Del gran Curio (68) la esposa rubicunda,
Un día que llevaba el desayuno
A su marido que labraba el campo;
Aunque, por el contrario, seas hijo
De un padre que los pelos se arrancaba
Ante un espejo, y que tu madre fuera
Condenada á llevar la toga en público,
Y aunque pudiera tu mujer llamarte
Su mujer, sin embargo te permites
Criticar mis libelos renombrados,
Censurar bagatelas agradables,
Que se dignan leer con mucho gusto
Los próceres de Roma y los del foro;
Que se reputan dignas de encontrarse
En bibliotecas del eterno Silio (69);
Que tantas veces Régulo se goza
En repetir con su elocuente labio;
Que alaba también Sura, que es vecino
De Diana Aventina, y que ver puede
Muy cerca del gran circo los combates;
Que, finalmente, César, hasta el César,
Nuestro Señor, en medio á los asuntos
Que gravitan sobre él con grave peso,
Dos y tres veces releer se digna.
Pero más genio tú sin duda tienes;
Pulido por Minerva, tu cacumen
Es mucho más perspicuo, y la elegante
Atenas ha formado tu buen gusto.
Mas que me muera, si de todo aquesto
No tiene más la bestia que, colgando
Las tripas, y las piernas estiradas,

Y con pulmón teñido en sangre impura,
 Y que fétido huele, es conducida
 Por cruel carnicero á los mercados.
 Te atreves además á escribir versos
 En contra mía, versos que ninguno
 Ha de leer, y pierdes en tal obra
 Un infeliz papel; mas si mi bilis
 Ardiente se derrama en contra tuya,
 Cuanto escribiere gozará de vida,
 A tí se adherirá, y será leído
 Por todo el mundo, y no podrá Cinamo
 Borrarte los estigmas con su arte.
 Ten de tí compasión, y guarda, guarda
 Que tus ladridos no hinchen las narices
 De un oso lleno de vigor y vida.
 Aunque sea pacífico, aunque dulce
 Las manos lama, si su ardiente furia
 Y un justo enojo á ello le excitaren,
 Habrá de ser un oso, y muy terrible.
 Tus dientes ejercita en piel vacía,
 Y cuantas puedas roe carnes muertas.

65.—A TUCA.

No ignoro que Tuca dice
 Que yo compongo epigramas
 En exámetros. Pero esto
 No es, Tuca, cosa vedada
 Y se ha hecho muchas veces.
 —Sin embargo, es cosa larga.
 —Pero se usa y se permite.
 Mas si á tí, Tuca, te agradan
 Versos más cortos, no leas
 Sino dísticos, y basta;
 Y entre los dos convengamos
 Que tú largos epigramas



Puedes dejar de leer,
Mas á mí escribirlos valga.

66.—ACERCA DE UN PREGONERO QUE VENDÍA
UNA JOVEN ESOLAVA.

Ultimamente Géliano
Una muchacha vendía
De reputación liviana,
Cual la que tienen las niñas
Del barrio de la Suburra.
La venta no iba de prisa,
Y el vendedor, deseando
Probar á los que allí había
Que estaba pura la joven,
A pesar de que la chica
Se resiste, á sí la atrae
Por la mano, y la acaricia
Con dos, tres y cuatro abrazos.
¿Y qué logró? Que el que, hacía
Poco, seiscientos sestercios
Le daba por la esclavilla,
Ya no quiso dar por ella
Ni la cantidad más mínima

67.—Á PANICO, ACERCA DE GELIA, SU ESPOSA.

¿Cur tantum eunuchos habeat tua Gellia, quæris?
¿Pannice? vult futui Gellia, non parere.

68.—ACERCA DE LA MUERTE DEL JOVEN EUTICO (70).

¡Oh Náyades, llorad vuestro gran crimen,
Y verted tanto lloro cuanto de agua
Tiene el Lucrino, y que la misma Thetis
También en vuestro duelo tome parte!
Castrico, ha muerto sepultado en ondas

De Bayas, ese Eutico, tu ternísimo
 Inseparable amigo, compañero
 De tus afanes, y tu alivio dulce,
 Que era tu Alexis, y era tus amores.
 ¡Tal vez ninfa amorosa le vería
 Desnudo en medio de sus claras ondas,
 Y le cambió por Hilas, que ha devuelto
 A Alcides? ¡O Salmacis, seducida
 Del bello adolescente por un ósculo,
 Habrá por él dejado á Hermafrodito?
 Mas sea lo que fuere, y sin que ansiemos
 Buscar la causa de este robo súbito,
 ¡Oh tierras y ondas, sed—oid mis votos—
 Sed ligeras para este amable joven!

69.—ACERCA DE BASA (71).

No tengo por raro caso,
 Catulo, el agnada ser
 Basa, siendo tu mujer,
 Hija sí, siendo de Baso.

70.—Á MARCIANO (72).

Ya sesenta y dos cosechas,
 Según yo pienso, Marciano,
 Ha visto Cota, y no tiene
 Memoria de haberse hallado
 En cama ni un solo día
 Por la fiebre atormentado.
 Con el dedo más impúdico (73)
 Denosta á Alcón, á Simaco
 Y á Dasio. Que se calculen
 Con rigor los nuestros años,
 Y de los buenos sepárense
 Los en que nos castigaron
 Fiebres sombrías, angustias

Graves, y añanes pesados,
 Y no somos más que niños,
 Aunque viejos parezcamos.
 ¡Oh, cómo torpe se engaña
 Quien considera, Marciano,
 Como larga edad la que
 Vivieron Néstor y Príamo!
 Que el vivir mucho no es vida,
 Sino el vivir bueno y sano.

71.—ACERCA DE TELETUSA.

Diestra en tomar actitudes
 Lascivas, acompañada
 De crótalos andaluces,
 Y en bailar cual las muchachas
 De Cádiz (74); capaz de hacer
 Que en ella aun se complazca
 El ya tembloroso Pelias (75),
 Y de despertar las ansias
 Hasta del esposo de Hécuba (76)
 Aun cuando de Héctor se hallara
 En la pira, Teletusa
 Consume, atormenta, abrasa
 A su primitivo dueño.
 Él la vendió siendo esclava,
 Pero ahora el desdichado
 Cual señora la rescata.

72.—ACERCA DEL LADRÓN CÍLIX (77).

Cílix, ladrón muy rapaz,
 Quiso robar un jardín,
 Y á pesar de que era grande,
 Fabulo, no había allí
 Más que un Priapo de mármol.
 Cílix no quiso partir

Sin algo; el Priapo toma
Y con él emprende á huir.

73.—ACERCA DEL PRIAPO DE HILARO (78).

No he sido modelado por el hacha
Grosera de un paisano torpe y rudo,
Pues soy, como me veis, factura noble
Del intendente (79) que las fincas cuida
De Hilaro, el labrador más opulento
Que tienen las campiñas Ceretanas (80),
Y estos collados y ribazos lindos.
Mirad: mi rostro tan exacto dice
Que yo no soy de leño, y aquesta arma
Que llevo por debajo de mi vientre,
No se halla destinada á arder en fuego.
Mi cetro perennal formado ha sido
De perpetuo ciprés (81) con todo el arte
De Fidias. Oh vecinos, os prevengo
Que celebréis al santo numen Priapo (82),
Y no os lancéis á despojar rapaces
Las catorce yugadas de estas fincas (83).

74.—Á ESCULANO.

Ese huésped acostado
En el extremo del lecho
Del medio, cuya cabeza
Adornada de tres pelos
Está llena de pomada;
Ese que afectando aseo
Excava sus entreabiertas
Mandíbulas con extremos
De lentisco; ese Esculano
Te hace de su engaño objeto,
Pues no tiene un solo diente
Que limpiar con tal esmero.

75.—CONTRA PONCIA (84).

Cuando me envías un tordo,
 Ó un pedazo de pastel,
 Ó la pierna de una liebre,
 Ó de otra cosa cualquier
 Parecida, dices, Poncia,
 Que lo dejas de comer,
 Quitándolo de tu boca
 Para que yo goce de él.
 A nadie, pues, tales trozos,
 A nadie, Poncia enviaré,
 Pero tampoco mis dientes
 En ellos he de poner.

76.—EPITAFIO DE FUSCO (85).

Guardián hasta hace poco de la sacra
 Persona del Señor, romano Marte,
 Que en las tropas le dió suprémo mando,
 Aquí descansa Fusco. Ya, Fortuna,
 —Preciso es confesarlo—ya no teme
 Hostiles amenazas este mármol.
 Vencido el Dacio doblgó su cuello
 A noble yugo, y en un bosque, fruto
 De su valiente espada Fusco yace.

77.—CONTRA AFRO.

Tú, que eres aun más pobre
 Que fue el miserable Iro (86),
 Y más que Partenoepo
 Joven (87), y muy más fornido
 Que Artemidoro triunfante (88),
 ¿Por qué te aplaces solícito
 En que te lleven seis mozos

De Capadocia? Ludibrio
 Eres para todos, Afro,
 Y caes en más ridículo
 Que si por medio del Foro
 Te pasearas sin vestidos.
 Así se burlan de Atlas
 Y del enano mestizo
 Su compañero, del negro
 Elefante, y de su libico
 Cornac de color igual.
 ¿Pero, preguntas tú mismo,
 Por qué causa tu litera
 Es odiada tan al vivo?
 Porque cuando, Afro, hayas de
 Lanzar el postrer suspiro,
 No has de ser en hexaforo (89)
 A la tumba conducido.

78.— Á AULO, ACERCA DE FRYX, EL TUERTO.

Fryx, famoso bebedor,
 Veía sólo de un ojo,
 Porque el otro lo tenía
 Delicado y pitarroso.
 «Cuidado con beber vino,
 Le amonestaba celoso
 Su médico Heras; que entonces
 Has de perder los dos ojos.»
 Pero Fryx riendo: «¡Adiós,
 Me quedé ciego del todo!»
 É inmediatamente pide
 Que le den vino copioso.
 ¿Queréis saber cuál ha sido
 El término de su arrojo?
 Que Fryx el vino ha tomado,
 Mas el ojo tomó el tósigo.

79.—Á LUPO (90).

Eres feliz y andas triste;
 Cuidado, amigo, cuidado
 No lo sepa la Fortuna,
 Pues dirá que eres ingrato.

80.—Á CÉSAR, ACERCA DE LAS ROSAS DE INVIERNO (91).

El morador en márgenes del Nilo,
 Deseando agradar, á tí te enviara
 Rosas de invierno, don de nueva especie.
 Mas se ha visto de Menfis al naochero
 Reirse de los cármenes de Egipto,
 Cuando pasó el dintel de Roma egregia.
 Tal era la aromática dulzura
 De primavera y la beldad de Flora,
 Que podría creer que se encontraba
 En los bosques espléndidos de Pestum (92).
 Por doquiera que el paso dirigiese
 Ó pasease sus ojos, descubría
 Todas las calles llenas de coronas
 Tejidas con las rosas más fragantes.
 ¡Oh Nilo, ya que vense tus inviernos
 Forzados á ceder á los de Roma,
 Por nuestras rosas mándanos tus mieses!

81.—CONTRA CARIDEMO.

Tú, Caridemo, en el baño
 Entras cual si airado fueras
 Contra el pueblo: ¡tanto lavas
 Tus sucias partes pudendas!
 Sin embargo, Caridemo,
 De ningún modo quisiera
 Que la frente en él bañaras.—

¡Mas qué! ¿ya en él tu cabeza
Hundes también? ¡Oh, prefiero
Tus sucias partes pudendas!

82.—A RUFO (93).

Tan atento me miraba,
Rufo, un hombre el otro día,
Que por cierto yo creía
Que comprarme deseaba;
Y cuando esperando estaba
Su intento, me preguntó
Si aquel Marcial era yo,
Malo entre gente severa;
Y aunque negarlo quisiera,
Mi risa me descubrió.

«Pues ¿cómo si eres Marcial,
Dijo, y en Roma estimado,
Y en el mundo celebrado,
Andas vestido tan mal?
Le contesto: Esa es señal
De que mal poeta he sido,
Pues me ves tan deslucido.»
Rufo, porque bien parezca,
Y otro tal no me acontezca,
Envíame un buen vestido.

83.—A DOMICIANO.

Cuanto á los ruegos de su hijo debe
Etrusco (94), así los dos, príncipe excelso,
A tí te deben. Porque tú paraste
El trueno que saliera de tu mano;
¡Y ojalá te imitara el grande Jove!
Porque si aqueste tu bondad tuviera,
Oh César, de sus rayos no abusara.
Declara Etrusco que él á tí te debe

Doble favor: el de ir acompañando
 A su infelice padre en el destierro,
 Y el de haber regresado en su compañía.

84.—ACERCA DE FILIPO.

Filipo en plena salud
 Marcha, Avito, en octaforo;
 Si le crees, Avito, sano,
 De seguro tú estás loco.

85.—ACERCA DE LA MUERTE DE RUFO CAMONIO.

Rufo Camonio, tengo publicado
 Sin tí mi libro sexto, que no aguarda
 De tí leído ser, amigo mío.
 De Capadocia la implacable tierra
 Que tú has pisado con siniestro numen,
 Ha devuelto tus huesos y cenizas
 A tu infelice padre. Lloro, llora,
 Bolonia abandonada, al caro Rufo,
 Y la vía Emiliania gemebunda
 Resuena. ¡Ay! ¡cuánto, cuánto de cariño
 Me profesó! ¡Qué breve fué su vida!
 Apenas cinco veces contemplara
 Los olímpicos juegos en la margen
 Del río Alfeo. ¡Oh tú, que mis futesas
 Leías siempre y siempre recordabas!
 Recibe, con el llanto de tu amigo
 Sumido en la amargura, aquestos pocos
 Versos; y tenlos, sí, como un perfume
 Que la amistad te brinda desde lejos.

86.—CONTRA LOS BEBEDORES DE AGUA CALIENTE.

Vino de Setia,
 Nieve divina (95),

Copas frecuentes,
¿Cuándo podría
Yo apuraros
Sin que prohíba
Médico adusto?
Alma mezquina,
Ingrata y necia,
Y que no es digna
De tal regalo,
Tiene el que os mira
Con gran desprecio,
Porque codicia
Tener la herencia
Del rico Midas.
Goce las mieses
De toda Lybia,
Y las riquezas
De gran valía
Del Hermo y Tajo,
Y en agua tibia.
Aquel se sacie
Que á mí me envidia (96).

87.—A CÉSAR.

César, los dioses concedante,
Y tú á tí mismo te des
Todo lo que tú mereces.
Que tú y los dioses me den
Todo cuanto yo deseo,
Si lo pude merecer.

88.—A CECILIANO.

Saludéte una mañana
Por acaso, Ceciliano,

Solamente por tu nombre,
 Sin decirte: «Señor amo.»
 ¿Se quiere saber lo que
 Tal libertad me ha costado?
 Cien cuadrantes he perdido (97),
 Que me daba de regalo.

89.—ACERCA DE PANARETO, EL BEBEDOR.

A las doce de la noche,
 Bien bebido Panareto
 Pidió el servicio; un esclavo
 Acude y trae corriendo
 Una botella de vino
 Ya apurada, de Espoleto,
 Y que á pesar de su anchura
 No le cumpliera el deseo
 De saciar su ardiente sed.
 Como honrado, Panareto,
 Todo el vino que bebiera.
 Lo devuelve en un momento
 A la botella, llenándola
 Hasta el borde y por completo.
 ¿Te asombras, Rufo, de que
 La botella haya en efecto
 Recibido todo cuanto
 Tragara aquel vinolento?
 Pues no te asombres, que el vino
 Que bebiera estaba neto.

90.—ACERCA DE GELIA (98)

Sólo un galán ha tenido
 Gelia, después de casada:
 Torpeza muy más notada,
 Porque ha segundo marido.

91.—CONTRA ZOILO.

Sancta ducis summi prohibet censura, vetatque
Moechari: gaude, Zoile, non futues.

92.—CONTRA AMIANO.

Ha cincelado Mirón
En tu copa una serpiente,
Y vino del Vaticano
En ella gustoso bebes.
Pero ¿qué digo? veneno
Absorbes con gran deleite.

93.—ACERCA DE THAIS (99).

Es Thais de tan mal aliento,
Como el de vajilla vieja
Que rota en la calle deja
Bodegonero avariento.

Menos boca de león
Hiede, menos contamina
Una piel transtiberina,
Menos en celo un cabrón.

Menos huevos detenidos
Que sus pollos abortaron,
Menos vasos que guardaron
Intestinos corrompidos.

Por ver si el hedor tamaño
Con algún disfraz se muda,
En hallándose desnuda
Siempre que va á entrar en baño

Con unguento el vello arrasa,
Cierra los poros con greda,
Y lo que del vientre queda
Se cubre de habas con grasa.

Pero cuando ya pensáis
Que el mal olor ha pasado
Con las artes de que ha usado,
Siempre Thais hiede á Thais.

94.—ACERCA DE CALPECIANO.

Usa siempre Calpeciano
De una gran vajilla de oro,
Ora se quede en su casa,
Ora cene en casa de otro.
En la posada, en su campo
También sucede lo propio.
¡Qué! ¿no tiene otra vajilla?
—Suya no se la conozco.

FIN DEL LIBRO SEXTO.

LIBRO SÉPTIMO.

1.—Á DOMICIANO, ACERCA DE SU CORAZA

Recibe, César, la coraza bélica
De Minerva (1), coraza espavecente
Hasta á la misma tétrica Medusa,
La de erizada cabellera. Oh César,
Aun cuando no te ciña, todavía
Puede tener el nombre de coraza ;
Mas, guarneciendo tu sagrado pecho,
Habrá de ser inexpugnable egida.

2.—Á LA MISMA CORAZA.

Coraza del Señor, impenetrable
Del Sármeta á las flechas (2), más segura
Que del Gético Marte el fuerte escudo;
Tú que, formada de un tejido de uñas
De jabalí pulidas, desafías
Con toda impunidad los mismos botes
De lanza etolia (3), ¡qué feliz tu suerte!
Porque puedes tocar el sacro pecho
De nuestro dios, y reanimarte al foco
De su divina mente. En su compañía
Vé, pues; que los venablos enemigos
Jamás te hieran; logra nobles triunfos,

Y vuelve pronto á la romana toga
 A nuestro egregio Emperador, ornado
 De la victoria con ilustres palmas (4).

3.—A PONTILIANO (5).

De enviarte mis libros huyo:
 ¿Sabes por qué, Pontiliano?
 Porque me temo, y no en vano,
 Que me remitas el tuyo.

4.—ACERCA DE OPIANO (6).

Opiano teniendo
 Pálido color,
 A componer versos,
 Castrico, empezó.

5.—A DOMICIANO (7).

Si á las ansias atendieras,
 César, del pueblo y senado,
 Y al milite y al togado
 Gozosos verlos quisieras,
 Su dios les restituyeras
 Con tu rostro; y así advierte
 Que Roma envidia la suerte
 Del bárbaro tu enemigo,
 De quien triunfas, que el castigo
 Padece, mas goza el verte.

6.—ACERCA DEL RUMOR DEL REGRESO DE DOMICIANO.

Pues qué, ¿de las regiones hiperbóreas (8)
 Ya César se dispone á dar la vuelta
 A Ausonia? La noticia todavía
 No es cierta, pero va de labio en labio.

Oh Fama, yo te creo; que acostumbrabas
 Decir verdad. Ya llegan boletines
 De triunfos á afirmar el nuestro júbilo,
 Y ya verdea con laurel frondoso
 El hierro de las lanzas del dios Marte (9).
 De nuevo grita Roma: «¡Triunfo, triunfo!»
 Y á tí invencible, oh César, te proclama
 Alegre la ciudad. Mas, con objeto
 De estar seguro de tan gran fortuna,
 Sé tú mismo, Señor, quien nos anuncies
 Los lauros sobre él Sárмата cogidos.

7.—Á DOMICIANO.

Aunque del Norte las comarcas frías,
 La salvaje Peucé y el Ister férvido
 Con tanto piañar de los caballos,
 Y el Rhin de cuerno roto ya tres veces (10)
 Te alejen de nosotros, ocupándote
 En dominar á pérfidas naciones,
 Tú, supremo rector del vasto mundo,
 Padre del universo, no podrias
 Dejar de recibir los nuestros votos.
 Nuestras pupilas, nuestros corazones,
 César, están en donde tú te encuentras,
 Y solo tú y en tal manera hinchas
 Todos los pechos, que la turba misma
 Del gran circo no sabe, en tí ocupada,
 Si Paserino corre, ó corre Tigris (11).

8.—ACERCA DEL RETORNO DE DOMICIANO.

Alegres Musas, si algún día fuisteis
 Dóciles á mi acento, hoy más que nunca
 Al placer entregaos sin medida:
 Por fin, ya vencedor de los Odrysios (12),
 Ha vuelto nuestro dios. Tú, y el primero,

Confirmas, oh Diciembre, los afanes
 De todo el pueblo, y hoy gritar se puede:
 «¡Ya llegó!» Sé feliz con tu fortuna;
 Pudieras disputarla al mes de Jano,
 Si tú brindar pudieras la alegría
 Que deberá proporcionarnos éste.
 El soldado, ceñida la cabeza
 Con brillante corona, y escoltando
 Los bridones henchidos de laureles
 Del triunfador, prepara los asuetos
 Sarcasmos (13). Por lo tanto, sufre, oh César,
 Ya que permite el triunfo alegres chistes,
 Sufre que á todos lance y á tí mismo
 Mis bromas y ligeros epigramas.

9.—ACERCA DE CASCELIO.

Ya sesenta años
 Cuenta Cascelio,
 Y es, según dicen,
 De mucho ingenio;
 Mas ¿cuándo pruebas
 Daráños de ello?

10.—CONTRA OLO (14).

Sertorio toda la noche
 Come hasta venir la aurora;
 Mas en eso, Olo, ¿qué pierdes
 Si de libertad tú gozas
 Para roncar á tus anchas
 Durante la noche toda?
 Si setecientos sestercios
 A préstamo Lupo toma
 De Tito, ¿qué te va en ello,
 Si tú un sueldo de tu bolsa
 No le diste ni prestaste?

Nada de lo que te importa
 Dices, Olo, ni de cuanto
 Debiera darte carcoma.
 Estás debiendo ese harapo
 Que te hace oficio de toga,
 Y eso, Olo, á tí te interesa.
 No hallarás una persona
 Que te preste ni un cuadrante,
 Y eso no es una bicoca
 Para tí. Tu mujer tiene
 Galanes, y eso te importa,
 Olo, también: y tu hija,
 Que es ya casadera moza,
 Busca una dote importante
 Y eso á tí ¡vaya si monta!
 Quince veces yo podría
 Decir lo que más te toca;
 Pero, como quier que obrares.
 Olo, á mí nada me importa.

11.—Á AULO PUDENTE.

¡Quieres, Pudente,
 Que con mi misma
 Mano mis libros
 Yo te corrija?
 ¡Oh, cuanto me amas!
 ¡Cómo me estimas,
 Cuando deseas,
 Con ansias vivas,
 Haber autógrafas
 Mis fruslerías! (15)

12.—Á FAUSTINO.

Que mi señor, Faustino,
 Me lea tan benévolo



Y acoja mis donaires
 Con tan propicio ceño
 Cual yo soy moderado
 Con quien debiera siempre serme odiado.
 No me place la gloria
 Comprada á costa ajena.
 ¿De qué les sirve á algunos
 Hablar con torpe lengua
 De mis versos, nonadas
 Cual flechas de Lycambo (16) ensangrentadas?
 Y arrojar á mi nombre
 El veneno de víboras,
 Ellos, que no se atreven
 A parecer del día
 Ante la luz brillante,
 Ni á los rayos de Febo rutilante?
 Mis bromas no hacen daño:
 Lo sabes bien, Faustino;
 Lo juro de la Fama
 Por el genio potisimo,
 Por el noble decoro,
 Adorno siempre del Castalio coro,
 Y por tu propio oído,
 Lector, á quien yo tengo
 Cual mi propicio numen,
 Y que te hallas exento
 De la envidia inhumana
 Que roe siempre el alma que es villana.

13.—ACERCA DE LYCORIS (17).

Porque oyó decir á alguno
 Lycoris, moza morena,
 Que en Tivoli con los soles
 El marfil viejo blanquea,
 Pasó luego á sus collados.
 ¡Oh, lo que puede la fuerza

Del clima! Dentro de poco
Ya Lycoris volvió negra.

14.—Á AULO, ACERCA DE LA DESGRACIA SUCEDIDA
Á LA QUERIDA DEL POETA.

Aulo, terrible desgracia
Ha sufrido mi querida;
Pues la infeliz ha perdido
Su alegría y sus delicias.
Su infortunio no es igual
Al que derramar hacía
Llanto á Lesbia, de Catulo
Tierno dulcísima amiga,
Cuando del pájaro amado
Tuvo que quedarse viuda;
Ni tampoco es semejante
A la paloma ternísima
Que cantó mi amigo Stella,
Y que á Ianthis deshacia
En lágrimas, y que ahora
Vuela en regiones sombrías.
El objeto de mis ansias
No goza en tal fruslería,
Y en tan fútiles pasiones;
Ni aquestas minucias frívolas
No hieren de ningún modo
El pecho de mi querida (18).

15.—Á ARGINO, ESCLAVO DE IANTHIS.

¡Quién es aquese niño que se aleja
De las ondas purísimas de Ianthis (19)
Y se refugia cerca de la Náyade
Su dueña? ¡Hilas tal vez? ¡Oh, qué fortuna,
Honrar en este bosque al semi numen
De Tirynto, y que vele de tan cerca

Sus aguas amorosas! Toma, Argino,
Toma sin miedo de estas ricas ondas
Y sírvenos: no temas á las Ninfas,
Mas de un dios caprichoso tú te guarda.

16.—Á RÉGULO (20).

En mi casa no hay dinero;
Sólo quedan tus regalos,
Oh Régulo, que vender.
¿Quieres, Régulo, comprarlos?

17.—Á LA BIBLIOTECA DE JULIO MARCIAL.

Biblioteca de quinta deliciosa,
Desde donde el lector cercana mira
A Roma, si entre tus más serios versos
Para mi loca musa espacio existe,
Acoge, aunque no sea más que en último
Lugar, los siete libros que te envió
Ya corregidos por la misma mano
De su autor. Lo raspado les da precio.
Pero tú á quien dedico aqueste humilde
Regalo, y que serás en todo el orbe
Famosa, oh biblioteca de mi amigo
Julio Marcial, protege con cuidado
De mi amistad aquesta dulce prenda.

18.—CONTRA GALA.

Quum tibi sit facies, de qua nec fœmina possit
Dicere; quum corpus nulla litura notet;
Cur te tam rarus cupiat, repetat que fututor,
Miraris? Vitium est non leve, Galla, tibi.
Accesi quoties ad opus, mixtisque movemur
Inguibus; cunnus non tacet, ipsa taces.
Di facerent, ut tu loquereris, et ipse taceret!

Offendor cunni garrulitate tui.
 Pedere te mallet: namque hoc nec inutile dicit
 Symmachus, et risum res movet ista simul.
 Quis ridere potest fatui poppysmata cunni?
 Quum sonat hic, cui non mentula mensque cadit?
 Dic aliquid saltem, clamosoque obstrepe cunno:
 Et si adeo muta es, disce vel inde loqui.

9.—ACERCA DE UN RESTO DEL NAVÍO ARGOS.

Este fragmento, que parece un leño
 Inútil por completo y sin valía,
 Fué del barco primero que ha surcado
 Ignotos mares. Lo que de Cianea
 Los arrecifes (21), en naufragios fértiles:
 Lo que la furia mucho más tremenda
 Del mar de Escitia siempre respetado
 Ha sido destruido por los siglos.
 Mas aunque haya cedido á la violencia
 Del tiempo, esta tablilla diminuta
 Es de nuestro respeto muy más digna
 Que si entero el bajel se conservase.

20.—CONTRA SANCTRA.

No hay nada más miserable
 Ni más goloso que Sanctra.
 Cuando concurre á una cena,
 Noches y días ansiada (22),
 Glándulas de jabalí (23)
 Hasta tres veces reclama,
 Y cuatro pide los lomos,
 Las dos piernas, dos espaldas
 De una liebre. Por un tordo
 Miente sin que se le caiga
 De vergüenza el rostro, y roba
 Ostras de las fibras pálidas.

Envolviendo grandes trozos
 De pastel, ensucia y mancha
 La servilleta, en que envuelve
 También uvas conservadas
 En grandes ollas de tierra,
 Alguna que otra granada,
 La piel deforme de vulva
 Vacía, haciendo compañía
 A blandujos hongos, é higos
 Que sabrosa miel derraman.
 Y cuando la servilleta
 Con tales robos se rasga,
 Coloca huesos roídos
 En un trozo de su capa,
 Y el cuerpo de tortolilla
 Que sin cabeza se halla.
 No se avergüenza coger
 Con su mano sucia y larga,
 Los restos y todo cuanto
 Los perros allí dejaran.
 Pero todo este condumio
 Su enorme gula no sacia,
 Y de vino llena un frasco
 Que depusiera á sus plantas.
 Después, subiendo doscientas
 Escaleras de su casa,
 Este glotón allí lleva
 Sus provisiones y guárdalas
 Bajo llave, para luego
 Venderlas por la mañana.

21.—ACERCA DEL NATALICIO DE LUCANO (24)

Este es el día que testigo fuera
 De ilustre nacimiento, el que á Lucano
 Y á tí, oh Pola, dió la luz hermosa.
 ¡Cruel Nerón! ninguna de tus víctimas

Te pudo hacer tirano más odioso:
Al menos este crimen nunca, nunca
Te has debido atrever á perpetrarlo (25).

22.—ACERCA DEL MISMO ASUNTO (26).

Hoy vuelve el célebre día
Del poeta insigne: honrad
Tan sacra solemnidad,
Ninfas del Pindo, á porfia.
Un día de tanta clase,
De Lucano siendo oriente,
Logró que á la Aonia fuente
Sus aguas Betis juntase.

23.—ACERCA DEL MISMO ASUNTO, Á FEBO.

Acude, Febo, ven; á mí te muestra
Del mismo modo que eras cuando diste
Al egregio cantor de guerras cívicas,
De los romanos el segundo plectro.
¿Qué votos formaré en tan almo día?
¡Oh Pola, sigue honrando con tu culto
La dulce sombra del amado esposo,
Y que el comprenda de tu amor el cielo!

24.—CONTRA UN MALDICIENTE.

Tú, que intentas enojarme
Con mi amigo Juvenal (27),
Pérfida lengua, ¿qué cosa
No te atrevieras á hablar?
Con tus horrendas mentiras,
Orestes fuera capaz
De haber odiado á su Pílates,
Y Piritóo de dejar
La compañía de Teseo.

La pareja fraternal
 De Sicilia (28) dividieras,
 Y á los Atridas, aun más
 Ilustres, y á Cástor, Pólux.
 Por premio de tal maldad
 Y de tu aviesa impudencia,
 Deseo, lengua infernal,
 Que continúes haciendo
 Lo que sospecho que estás.

25.—CONTRA UN MAL POETA (29).

Escribiendo tú siempre con dulzura
 Epigramas, que tienen más lisura
 Que la tez de una fea, que estirada
 Está del albayalde y blanqueada.
 Ni en ellos sólo un grano se percibe
 De la gustosa sal que el gusto avive,
 Ni de la amarga hiel la mordicante
 Gota que irrite. ¿Quieres, oh ignorante,
 Que corran, que se lean tus poesías.
 A todos enfadando por tan frías?
 Advierte que el manjar da más agrado
 Cuando está con el agrio sazonado,
 Ni es hermosa una cara si en el ceño
 No afecta alguna vez lo zahareño.
 Dales melcochas, dátiles é higos
 A los niños, que de esto son amigos;
 Pero para mi gusto, la pimienta,
 La naranja y mostaza me presenta.

26.—ENVÍO DE UNA POESÍA EN VERSOS ESCAZONTES
 Á APOLINAR.

Vé á visitar, escazonte,
 A mi amado Apolinar (30);
 Y si puede recibirte

—Mas no le has de importunar-
 Preséntale, según es,
 Este compendio, en el cual
 Puede reclamar su parte.
 Que la alegría jovial
 De estos versos, en su pecho
 Por su oído pueda entrar.
 Si te mirare propicio,
 Debes al punto rogar
 Que te apoye y favorezca;
 Tú sabes con cuánto afán
 Gusta de mis fruslerías;
 Yo mismo no puedo más
 Amarte que lo que él te ama;
 Y si te quieres hallar
 Libre de dardos de envidia,
 Corre, vuela á visitar,
 Escazonte, á mi por siempre
 Muy querido Apolinar.

—ACERCA DE UN JABALÍ QUE LE HABÍA ENVIADO
 DEXTRO.

Destructor de bellotas de Toscana
 A las que debes ese gordo cuerpo,
 Oh jabalí, después de fiera etolia (31)
 Mereces ser primera sin disputa.
 Mi amigo Dextro con su noble dardo
 Te ha traspasado, y hete, ansiada presa,
 Cabe mi hogar exánime y tendido.
 Que tu alegre sabor mi casa llene,
 Y que arda la madera en mi cocina
 Como en solemne día. Mas por esto
 Mi cocinero deberá hacer uso
 De gran puñado de pimienta, y pródigo
 Ser del Falerno y misteriosa salsa.
 Regresa, pues, regresa hacia tu amo,

Que es mi hogar para tí muy reducido,
 Oh jabalí ruinoso, y mi pobreza
 Reclama tener hambre á poco precio.

28.—A FUSCO.

Que de Tívoli tu bosque,
 A Diana consagrado,
 Crezca sin cesar y brote
 Cuantas veces fué podado
 Por la hoz; que tus olivos
 Compitan con los nombrados
 Que trituran los lagares
 De Tartesia (32); que tus pámpanos
 Nuevos te den muchas cubas;
 Que el foro te done aplausos;
 Que el príncipe á tí te elogie,
 Y que numerosos lauros
 Adornen la doble puerta
 De tu casa (33). Mientras tanto
 Que en la mitad de Diciembre
 Dispones de ociosos ratos,
 Recibe aquestas nonadas,
 Y léelas con el sano
 Juicio que te es natural.
 Por la verdad yo me alampo;
 La materia es harto ardua;
 Mas puedes decirme cuanto
 Quieres, Fusco, te dijeren,
 Si te hallares en tal caso.

29.—AL JOVEN TESTILO.

Dulce martirio de Voconio Victor,
 Testilo, joven á quien nadie iguala
 Por todo el universo en nombradía;
 Que tu belleza, luego que cortada

Haya sido tu blonda cabellera,
 Siga de tu señor delicias siendo,
 Y que ninguna joven pueda nunca
 Herir de amor á tu querido vate.
 Por un poco de tiempo deja á un lado
 Sus obras eruditas, mientras, me oye
 Leer mis versos. Cuando el gran Virgilio
 Su Alexis á Mecenas le cantaba,
 Melenis la morena, amor de Marso,
 Era también de todos conocida.

30.—CONTRA CÆLIA.

Das Parthis, das Germanis, das Cælia, Dacis;
 Nec Cilicum spernis, Cappadocumque toros;
 Et tibi de Pharia Memphiticus urbe fututor
 Navigat, à rubris et niger ludus aquis;
 Nec recutitorum fugis inguina Judæorum
 Nec te Sarmatico transit Alanus equo.
 Qua ratione facis, quum sis Romana puella,
 Quod Romana tibi mentula nulla placet?

31.—Á REGULO.

Los huéspedes del corral
 Estrepitoso, los huevos
 De las gallinas, los higos
 De Chío ya amarillentos
 Ante un calor moderado,
 El vástago débil, tierno
 De la quejumbrosa cabra,
 Las aceitunas que el hielo
 Ya sienten, y las legumbres
 Llenas de rocío gélido,
 ¡Como puedes suponer
 Que yo te enviara todo esto
 Desde mi casa de campo?

Como procuras, ¡oh Régulo,
 Engañarte de ese modo!
 A mí tan sólo mi huerto
 Me sostiene. Lo que dante
 A tí de Umbría el casero,
 Ó tu colono, ó tu campo
 Que tres millas está lejos,
 Los de Túsculo y Toscana;
 Cuanto te produce aquesto,
 En la plaza de Suburra
 Nace para mí y lo merco.

32.—Á ATICO.

Atico, digno vástago de padres
 Disertos (34), cuya gloria continúas,
 Y que no dejas que una ilustre casa
 Se extinga en el olvido, á tí te aplace
 Acompañarte de la turba pía
 Que de Minerva las lecciones sigue;
 Tú gozas con modesto pasatiempo,
 Y eres amigo de cualquiera sabio,
 En tanto que otros jóvenes se rompen
 La frente, recibiendo la enseñanza
 De un maestro gimnasta, que les unta
 El pellejo, y les roba su dinero.
 No con juegos del globo, ó de pelotz,
 Ó de la bala llena de plumaje (35),
 Ni dando golpes contra nudo poste (36),
 A ingresar en el baño te preparas:
 Tú no tiendes á modo del atleta,
 Tus brazos de salientes venas llenos
 Y frotados de aceite; tú no tomas
 El polvoriento tejo por el aire;
 Mas en correr junto á la fuente virgea
 Te aplaces, ó en lugares donde el toro
 Arde de amor por la Sidonia joven (37),

Es perezoso aquel que, cuando puede
Correr sencillamente, se dedica
A los variados juegos de la arena.

33.—CONTRA CINA.

Llevas la toga más sucia
Que el lodo, y es tu calzado
Más blanco que de la nieve
El recién caído ampo (38):
¿Por qué, pues, imbécil Cina,
La dejas caer flotando
Sobre tus pies? ¡Oh, recógela,
O se acabó tu calzado!

34.—Á SEVERO, ACERCA DE CARINO.

¿Preguntas, Severo, cómo
Es posible que Carino,
El hombre más malo que hay,
Pueda hacer un beneficio?
Te voy á dar la respuesta,
Y en este momento mismo.
¿Ha habido alguno que fuera
Peor que Nerón ha sido?
¿Y mejores que sus termas
Las habrá, ni las ha habido?
Mas escucho que con agrio
Tono me dice algún crítico:
«¡Que de Nerón prefirieras
Los grandiosos edificios
A tantos y tantos como
Nuestro amo y dios ha erigido!»
—Quiero de Nerón los baños
Mas que los de un libertino.

35.—Á LECANIA.

Inguina succintus nigra tibi servus aluta
 Stat, quoties calidis tota foveris aquis.
 Sed meus, ut de me taceam, Lecania, servus
 Judæum nulla sub cute pondus habet.
 Et nulli tecum juvenesque senesque lavantur.
 An sola est servi mentula vera tui?
 Ecquid femineos sequeris, matrona, recessus?
 Secretusque tua, cunne, lavaris aqua?

36.—Á STELLA (39).

Mi casa de campo vieja
 Nadaba en una laguna,
 Y de la lluvia importuna
 Se reparó con tu teja.
 Ya del Bóreas el rigor
 Se siente; ya nieva y hiela:
 La granja cubres, Stella,
 No cubres al labrador

37.—Á CASTRICO ACERCA DEL THETA.

¿No has conocido, Castrico,
 La mortífera señal (40)
 Del cuestor? Es importante
 Conocer la novedad
 De esta theta. Decidiera
 Nuestro cuestor muy formal,
 Que siempre que por el frío
 Hubiera necesidad
 De limpiarse la nariz,
 Tal acción era mortal.
 Pero un día de Diciembre,
 Día de mucha humedad,

En que soplabla la brisa
 Con gran furia y crueldad,
 De su nariz desdichada
 Se le vió un moco colgar.
 Sus colegas (41) le detienen
 Las manos. ¿Preguntas más?
 El miserable. Castrico,
 No pudo limpiarse ya.

38.—A POLIFEMO (42).

Tu Polifemo, oh Severo,
 Es tan grande y horroroso,
 Que bien pudiera causar
 Al mismo Cíclope asombro.
 Pero Escila no es menor (43).
 De suerte que si ambos monstruos
 Juntares, ha de tener
 El uno miedo del otro.

39.—ACERCA DE CELIO.

No pudiendo sujetarse
 A andar de acá para allá,
 Ni á visitas de mañana,
 Ni tampoco á tolerar
 El orgullo y los saludos
 De la gente principal,
 Celio comenzó á fingir
 De la gota el duro mal.
 Y queriendo hacer creer
 En la dicha enfermedad,
 Mientras que emplastos y vendas
 Usa para se curar
 Los pies que tiene muy sanos,
 Y cuando tiene que andar
 Con paso torpe (¡oh prodigio

De cuidar y simular
El dolor!), ya Celio cesa
De fingir aqueste mal.

40.—EPITAFIO DEL PADRE DE ETRUSCO (44).

Aquí yace el que vivió
Siempre en el palacio augusto,
Y el tiempo, con pecho justo,
De Claudio y Nerón gozó.

Junto á su consorte moza,
De los hijos la piedad
Puso en esta soledad,
Y hoy el campo Elisio goza.

Ella feneció robada
En su verde juventud,
Y él hizo en la senectud
De setenta años jornada.

Pero quien, Etrusco, viere
Que tu llanto se apresura,
No creerá su edad madura,
Pensando que mozo muere.

41.—Á SEMPRONIO TUCA.

Quieres ser cosmopolita (45),
Sempronio Tuca, y no ves
Que los bienes y los males,
Sempronio, hallarás doquier.

42.—Á CASTRICO.

Si alguno quiere luchar
Contigo en munificencia,
Que también ose, Castrico,
Luchar en vena poética.
Mas nosotros, que no habemos

Ninguna pretensión de éstas,
 Y que estamos decididos
 A ceder en la palestra,
 Preferimos dulce sueño
 Y el reposo en nuestra tienda.
 ¿Por qué, pues, quejas exhalas
 De que yo te concediera
 Tan malos versos? ¡Oh, nadie
 A Alcinoo frutos presenta!

43.—CONTRA CINA (46).

Cuando algo á pedirte llego,
 Lo primero es que lo des;
 A esto se sigue después
 Cina, que lo nieges luego.
 Yo quiero á quien sabe dar,
 Y no aborrezco á quien niega;
 Mas tu mano á dar no llega,
 Ni sabe luego negar.

44.—ACERCA DEL BUSTO DE MÁXIMO CESONIO,
 Á Q. OVIDIO.

He aquí, Ovidio, á Máximo Cesonio (47),
 Tu amigo, cuyo busto ha conservado
 Esta viviente cera. Condenóle
 Nerón, mas tú con osadía ilustre
 Condenar á Nerón te has atrevido,
 Al seguir del proscripto la fortuna.
 Compañero leal de su destierro,
 Con el atravesaste los escollos
 De Escila, tú que, cuando él era cónsul,
 Habías rehusado acompañarle.
 Si los nombres citados en mis versos
 Han de pasar á las futuras gentes,
 Y si yo sobrevivo á mis cenizas,

Los presentes sabrán y venideros,
 Que obraste con tan alto personaje
 Como el obró con su querido Séneca (48).

45.—ACERCA DEL MISMO ASUNTO.

Este es, Máximo, aquel potente amigo
 Que Séneca amó más, después de Caro,
 Y que siempre á Sereno prefería,
 Y á quien escribió cartas cariñosas.
 Por ondas de Sicilia le seguiste,
 Ovidio, y por lo tanto has merecido
 Que todos te celebren, pues osaste
 Desafiar la furia de un tirano.
 La antigüedad su Pilades elogió,
 Porque al destierro acompañó á un amigo,
 A quien su misma madre condenara:
 ¿Mas quién sus riesgos comparar podría
 Con el peligro tuyo? No dudaste
 De un reo de Nerón ser compañero.

46.—Á PRISCO.

Queriendo tú realzar
 Tus regalos con tus versos,
 Y hablar con más elegancia
 Que hablaba el poeta Homero,
 Por mucho días nos pones
 A los dos en gran aprieto,
 Y con aqueste ejercicio
 Que tal te agrada, padezco.
 A los ricos mandar debes
 —¡Oh! no olvides mi consejo—
 Rimbombantes elegías,
 Sonoros, rotundos versos;
 Mas á los pobres regala
 Objetos de mayor precio.

47.—Á LICINIO SURA (49).

¡Oh Sura, el más ilustre de los sabios
 Que tiene Roma! ¡oh tú cuya elocuencia
 Antigua hace pensar en el sesudo
 Lenguaje que empleaban los abuelos!
 ¿Por qué favor inmenso del destino
 Eres devuelto á nuestras vivas ansias,
 Cuando tus labios ya gustado habían
 Las aguas del Leteo? Ya cesáramos
 De esperar y temer; ya, entristecidos
 Y de nuestra desgracia sabedores,
 Diéramos libre rienda á nuestro lloro;
 Ya hasta lanzaras el postrer suspiro.
 Mas el monarca del callado Averno
 Temió nuestro odio, y con su mano misma
 Volvió á las Parcas los robados husos.
 Ya sabes, pues, con cuánto de amargura
 Se recibió la engañadora nueva
 De tu postrer aliento. Ahora gozas
 De tu posteridad. Por tanto, vive
 Como si un robo fuese tu existencia,
 Recoge los placeres fugitivos,
 Y del vivir que ahora has recobrado
 No habrás perdido ni siquiera un día.

48.—Á ANIO (50).

Cuando Anio á cenar convida,
 Casi doscientas se cuentan
 Las mesas á que se sientan,
 Cada cual muy bien servida:
 Pero llega la comida,
 Y las carnes van pasando,
 Y los platos van volando.
 De esto guste un poderoso:

Que yo cena de reposo
 Quiero, y no la que va andando.

49.—Á SEVERO.

Yo te remito, Severo,
 Estos humildes productos
 Del huerto que yo poseo,
 De la ciudad á extramuros:
 Huevos para tu ganazte (51)
 Y para tu hambre frutos.

50.—Á LA FUENTE DE IANTHIS (52).

Reina de aquestos sitios, fuente amada
 De tu señora Ianthis, gloria y gozo
 De esta morada bella, cuando se orna
 Tu margen con innúmeros esclavos
 Más blancos que la nieve, y que tus aguas
 Reflejan de estos nuevos Ganimedes
 Los coros, ¿qué hace Alcides en el bosque
 Que le está consagrado? ¿Por qué el numen
 Habita en esa cueva tan cercana
 A tus lípidas ondas? ¿Quizá vela
 Por que las ninfas cuyas ansias sabe
 No arrastren á la vez á muchos Hilas?

51.—Á URBICO.

Si no te conviene, Urbico,
 Adquirir mis poesías,
 Y sin embargo deseas
 Conocer mi loca lira,
 Pregunta á Pompeyo Aucto,
 De quien sin duda has noticia;
 Mas si no le conocieres,

Su casa se encuentra sita
Junto á Marte Vengador (53).
Es profunda su pericia
En el derecho, y su toga
En mil usos se ejercita.
De Pompeyo no diréte
Que lea mis poesías,
Mas sí que es mi libro mismo.
Las recuerda y las recita
Tantas veces, que jamás
Deja olvidada una sílaba.
En fin, si él lo pretendiera,
Fácilmente se creería
Que son tuyas; mas prefiero
Fomentar mi propia estima.
Podrás á la hora décima
Ir á hacerle una visita
Y preguntarle: no vayas
Antes, porque le hallarías
Ocupado en sus negocios.
Entonces una comida
Sobria os reunirá á los dos:
Él leerá mis poesías,
Tú beberás, y aun cuando
A escucharle te resistas,
Las declamará; y no obstante
Que tú «ya basta» le digas,
Él ha de seguir leyendo
Sin cansarse todavía.

52.— Á AUCTO.

Aucto, á mí me agrada mucho
Que á Céler (54) mis obras leas,
Si tal lectura le gusta.
Él á las gentes iberas
De mi patria ha gobernado

Con la virtud más severa
Que pueda haber en el mundo.
La debida reverencia
A tan grande hombre me turba,
Por tanto, más; de manera
Que me parece su juicio
No de persona cualquiera
Que escuche, sino el de un juez
Que pronuncia una sentencia.

53.—CONTRA UMBRO.

Regalo de Saturnales,
Umbro, tú me has remitido
Cuanto en estos cinco días
Te han mandado tus amigos:
Una docena de tríplex (55)
Y siete hermosos palillos
Para los dientes. A esto
Tú también has añadido
Esponja (56), mantel y vaso
Y de habas medio copino,
Aceitunas del Piceno
Y un frasco negro de vino
De Laletania; además
Higos de Siria venidos,
Ciruelas blancas, y un tarro
Con higos de Libia henchido.
Estos presentes llevados
Por ocho robustos Sirios (57),
Apenas treinta sestercios
Valían, según mi juicio.
¿No te fuera á ti más fácil,
Y á tu esclavo más sencillo,
Que cinco libras de plata
Me hubieses tú remitido?

54.—CONTRA NASIDIENO.

Siempre tú por las mañanas
 Me das cuenta de tus sueños,
 Que me amenazan desdichas;
 Y esto, en verdad, Nasidieno
 Empieza á inquietarme mucho.
 Mi vino añejo ya llevo
 Consumido hasta las heces,
 Y el de este año, con objeto
 De que una sabia hechicera
 Conjure de tus funestos
 Sueños la amenaza horrenda.
 Grandes montones de incienso
 Y de pasteles salados (58)
 También consumidos llevo;
 Ya despoblé mis rebaños
 Con los sacrificios hechos;
 Ya no me queda un marrano,
 Ni una gallina, ni un huevo (59).
 Por lo tanto, vela, ó sueña
 Por tu cuenta, Nasidieno.

55.—CONTRA CRESTO.

Nulli munera, Chreste, si remittis,
 Nec nobis, dederis, remiserisque;
 Credam te satis esse liberalem
 Sed si reddis Apicio, Lupoque,
 Et Gallo, Titioque, Gellioque;
 Lingas non mihi (nam proba et pusilla est).
 Sed quæ de Solymis venit perustis
 Damnatam modo mentulam tributi.

56.—Á RABIRIO.

Tu espíritu ya llegaba
 A las estrellas, Rabirio,
 Cuando con arte admirable
 Levantaste el edificio
 Del Palatino (60). Si Pisa (61)
 Quiere al Júpiter debido
 Al cincel de Fidias darle
 Un templo que sea digno,
 Debe pedir arquitecto
 A nuestro César olímpico.

57.—ACERCA DE AQUILAS.

Aquilas era antes Pólux,
 Y Gabinia le cambió
 En Cástor: él, que fué un día
 Poderoso luchador,
 En escudero excelente
 Desde ahora se tornó (62).

58.—Á GALA.

Jam sex, aut septem nupsisti, Galla, cinædis;
 Dum coma te nimium pexaque barba juvat.
 Deinde experta latus, madidoque simillima loro
 Inguina, nec lassa stare coacta manu,
 Deseris imbelles thalamos, mollemque maritum:
 Rursus et in similes decidis usque toros.
 Quære aliquem Curios semper Fabiosque loquentem,
 Hirsutum, et dura rusticitate trucem.
 Invenies: sed habet tristis quoque turba cinædos:
 Difficile est vero nubere, Galla, viro.

59.—ACERCA DE CECILIANO.

Nunca sin un jabalí (63)
 Nuestro amigo Ceciliano
 Se sienta, Tito, á cenar:
 ¡Oh qué hermoso convidado!

60.—Á JÚPITER CAPITOLINO.

Venerable Señor del Capitolio,
 Cuya potencia todos reconocen,
 Por el sumo cuidado con que atiendes
 A nuestro dueño; oh Jove soberano,
 Cuando te acosan todos con sus ansias,
 Pidiéndote los dones que los dioses
 Tan sólo pueden dar, ¡oh! no te ofendas
 Si, al parecer, soberbio, desdeñare
 Pedirte nada. Solamente debo
 Dirigirte mis votos por el César,
 Y al César le rogar que á mí me escuche.

61.—Á CÉSAR EL GERMÁNICO (64).

De toda Roma ya se apoderara
 El audaz mercader, y con su tienda
 La entrada de las casas obstruía.
 Tú mandaste ensanchar todas las calles
 Asaz estrechas, y hoy es vía hermosa
 Lo que antes era senda. Ya no existen
 Pilares circundados de botellas
 Encadenadas; ya en mitad del lodo
 A marchar el pretor no está obligado.
 Ya el barbero no afeita á la ventura
 En medio de apiñada muchedumbre,
 Y las negras tabernas ya no hinchen
 Ni interceptan el curso de las calles.

Barberos, cocineros, taberneros
 Y carniceros quedan en su casa.
 Y Roma, que era ayer bazar ingente,
 Hoy es por tí, cual debe, Roma espléndida.

62.—CONTRA AMILO.

Te huelgas en pleno día,
 Amilo, con grandes mozos,
 Y por miedo de que charlen
 Libertos, esclavos y otros
 Clientes de mala lengua,
 Tú deseas *coram populo*
 Hacer tales ejercicios.
 Mas ¿no percatas que el prójimo
 Que quiere hacer que se piense
 Que no es él quien sufre el potro,
 Hace con frecuencia aquello
 Que no aparece á los ojos?

63.—ACERCA DE SILIO ITÁLICO (65).

Tú, que lees las obras inmortales
 De Silió el inmortal, y sus poesías,
 Que dignas son de la romana toga,
 ¿Piensas tal vez que el vate nunca ha amado
 Sino los sitios, gozo de las Musas,
 Y coronas de hiedra entretejidas
 De vírgenes de Aonia? Antes que usara
 Del divino Virgilio el gran coturno,
 Con brillantez siguiera la carrera
 De Cicerón ilustre. Todavía
 Los centumviro de pesada lanza
 Le admiran (66), y muchísimos clientes
 Con gratitud elogian sus talentos.
 Después de haber, bajo las doce haces,
 A Roma gobernado en aquel año,

De memoria inmortal, que distinguióse
 Por haber dado libertad al mundo,
 Los días consagró de su retiro
 A Febo y á las Musas, y su foro
 Es hoy el Helicón, del que fué gloria.

64.—CONTRA CINAMO (67).

Tú, que fuiste conocido
 En la ciudad por barbero,
 Y te ha hecho caballero
 La que te hizo su marido,
 ¿Piensas que te has defendido
 De pleitos y de tristeza,
 En que el más ágil tropieza,
 Y qué por este camino
 De Sicania y del Latino
 Alcanzaste la grandeza?
 ¿De qué modo, di, ambicioso,
 Pasarás los años graves?
 ¿Qué vas á hacer, si es que sabes
 Que es desdicha andar ocioso?
 No retórico famoso,
 No gramático ratero,
 Menos preceptor severo,
 Ni cínico, ni estoico ser
 Podrás, ni aplausos vender:
 ¡Volverás á ser barbero!

65.—CONTRA GARGILIANO.

Gargiliano, hace veinte años
 Que á tí te hace padecer
 Un miserable proceso
 Juzgado ya veces tres.
 ¡Infeliz! ¿Cómo se puede
 Por veinte años defender

Ese desdichado pleito
Que es tan fácil de perder?

66.—ACERCA DE LABIENO.

De cuanta hacienda tenía,
Herederó Fabio deja
A Labieno, y él se queja,
Pues mucho más merecía (68).

67.—CONTRA FILENIS.

Podicat pueros tribas Philænis,
Et tentigine sævior mariti
Undenas vorat in die puellas.
Harpasto quoque subligata ludit,
Et flavescit happe, gravesque draucis
Halteras facili rotat lacerto,
Et putri luculenta de palæstra
Ucti verbere vapulat magistri:
Nec cænat prius, aut recumbit aute,
Quam septem vomuit meros deunces:
Ad quod fas sibi tunc putat redire,
Quum coliphia sexdecim comedit.
Post hæc omnia, quum libidinatur,
Non fellat: putat hoc parum virile:
Sed plane medias vorat puellas.
Di mentem tibi dent tuam, Philæni;
Cunuum lingere quæ putas virile.

68.—A INSTANCIO RUFO.

Instancio Rufo, cuidado:
Por favor te recomiendo
Que no alabes mis poesías
En presencia de tu suegro,
Porque tal vez sólo guste

De objetos que sean serios.
 Que si aprueba semejantes
 Lascivias, entonces puedo
 Ante Curios y Fabricios
 Dar lectura de mis versos.

69.—Á CANIO, ACERCA DE TEÓFILA.

¡Hete, Canio, á Teófila, que ha sido
 A ti en dulce nudo prometida,
 Cuyo talento encuéntrase adornado
 Con los tesoros de las letras griegas!
 Con gran razón pudiera cual discípula
 Reivindicarla el venerable viejo,
 Que de Academo enseña en los jardines,
 Y con igual premura la adoptara
 La muchedumbre rigida de estoicos.
 Vivirá cualquier obra que á su juicio
 Hayas de someter, ¡tanto esa jóven
 Supera al vulgo y á su propio sexo!
 Aun cuando tu Pantenis sea ilustre
 Entre los coros de las nueve Musas,
 No le dispute, no, la primacia.
 La amante Safo prodigara elogios
 A los rotundos versos de Teófila,
 Que fué más casta que ella, y fué tan sabia (69).

70.—CONTRA FILENIS.

Ipsarum tribadum tribas, Phileni,
 Recte, quam futuis vocas amicam.

71.—ACERCA DE UNA FAMILIA QUE TENÍA HIGOS.

Higos tiene la mujer,
 Higos también el marido,
 Y la hija, el yerno, el nieto

Todos también tienen higos.
 Ni intendente, ni colono,
 Ni el cavador que es tan rígido,
 Ni el agricola tampoco
 Están libres de este vicio
 Vergonzoso. Viejos, jóvenes,
 Todos, todos tienen higos,
 Y, lo que es más admirable,
 No tienen en sus dominios
 Una sola higuera que
 Se los haya producido.

72.—Á PAULO.

¡Ojalá, Paulo, que estés
 De este Diciembre contento!
 ¡Ojalá que te produzca
 Algo más que de vil precio
 Unas miseras tablillas,
 Ó manteles muy pequeños,
 Ó menudos paquetitos
 De media libra de inciense!
 ¡Ojalá que un acusado
 Rico ó un amigo opulento
 Te regale algunas copas
 Ó algunos platos soberbios
 De que usaban nuestros padres,
 Ó lo que tú, hace tiempo,
 Deseas y más te agrada!
 ¡Ojalá que tú en el juego
 Del ajedrez vencer puedas
 A Publio y Novio (70); que el premio
 En el trigono (71) te den
 Los luchadores intrépidos
 Que con aceite se untan,
 Y son árbitros severos!
 Ojalá que tú merezcas

Por tu hábil brazo izquierdo
 Más elogios que Polibio!
 Si alguno, por ser perverso,
 Me atribuye poesías
 Llenas de negro veneno,
 Eleva, cuanto más puedas,
 En mi defensa tu acento,
 Y grita sin que te canses:
 «No; Marcial no ha escrito eso.»

73.—A MÁXIMO.

Tienes casa en las Esquilias,
 Y otra casa en la colina
 De Diana, y también otra,
 Do vive gente patricia.
 De la una ves el templo
 De Cibeles que está viuda;
 Desde la otra el de Vesta;
 De la tercera divisas
 El antiguo Capitolio
 Y el nuevo. ¿Dónde podría,
 Dime, Máximo, buscarte?
 ¿En que lugar te hallaría?
 Porque el que doquiera se halla,
 En parte ninguna habita (72).

74.—VOTO POR CARO Y NORBANA.

¡Honor del cielo y del Cileno (73) monte,
 Elocuente ministro del gran Júpiter!
 Tú, cuya diestra se halla prevenida
 Con la varita de oro, á que se ar olla
 Doble serpiente, ¡oh! quieran las deidades
 Brindarte medios de amorosos robos,
 Ora codicies á la diosa Venus,
 Ora ardas por el joven Ganimedes;

Que los maternos Idus te decoren
 Con sagrado ramaje, y que tu abuelo
 Se alivie del gran peso que le agobia:
 Que Norbana y su esposo Caro siempre
 Con júbilo celebren este día,
 Que ha visto los misterios primitivos
 De tu lecho nupcial. Santo Pontífice,
 Caro presenta su piadosa oferta
 A la sabiduría; á tí te invoca,
 Y en tus sagradas aras quema incienso,
 Sin cesar de ser fiel á nuestro Jove.

75.—CONTRA UNA VIEJA Y FEA.

Vis futui gratis, quum sis deformis, anusque.
 Res perridicula est: vis dare, nec dare vis.

76.—Á FILOMUSO (74).

Tienes con señores suerte,
 Filomuso, porque veo
 Que en baño, teatro y paseo
 Tu donaire les divierte;
 Mas por esto, ni por verte
 Su perpetuo convidado,
 No te engrías demasiado,
 Filomuso, porque siento
 Que, aunque á todos das contento
 De ninguno eres amado.

77.—CONTRA TUCA (75).

Que mis libros te dé yo
 Pides, Tuca; no lo haré,
 Porque venderlos bien sé
 Que quieres, leerlos, no.

78.—CONTRA PAPILO.

Mientras que á tu mesa sirven
 De un pez de Sex la cabeza (76),
 Y sólo por lujo tomas
 Habas sin guiso en tu cena,
 Envías como regalo
 Sabrosas ubres de cerda,
 De liebre y de jabali,
 Hongos, ostras, rica pesca.
 Que eres un necio, Papilo,
 Y si gusto al par demuestras.

79.—Á SEVERO.

Vino consular (77) ha poco
 He apurado. Qué, ¿deseas
 Saber si era vino añejo
 Y de generosa cepa?
 El cónsul mismo lo había,
 Severo, puesto en botellas,
 Y el mismo cónsul también
 En las copas lo vertiera.

80.—Á FAUSTINO, PARA QUE ENVÍE Á MARCELINO
 LAS OBRAS DEL POETA.

Hoy que á los pueblos de la Tracia deja
 Roma vivir en paz, y que los bélicos
 Clarines callan su clangor terrible,
 Podrás, Faustino, enviar mis epigramas
 A Marcelino, el cual ha comenzado
 De nuevo sus estudios y placeres.
 Mas si no obstante anhelas dar más precio
 Al modesto regalo de tu amigo,

Lo podrás remitir con un esclavo,
 No de aquellos que, gordos con el jugo
 De las vacas de Getia, se divierten
 Jugando al aro sármata en los hielos
 De caudalosos ríos, ó por uno
 De los mancebos de la faz rosada,
 Comprado á un mercader de Mitilene,
 O bien por un Lacón, á quien su madre
 No haya mandado aún sufrir azotes.
 Porque yo solamente te podría
 Enviar misero esclavo procedente
 De las domadas márgenes del Istro,
 Jayán robusto que pastor tan sólo
 Pudiera ser de greyes Tiburtinas.

81.—Á LAUSO (78).

Treinta epigramas, oh Lauso,
 Malos el libro contiene;
 Si otros tantos buenos tiene,
 Digno es entonces de aplauso.

82.—ACERCA DE MENOFILO.

Las partes de Menofilo
 En tan gran estuche (79) se hallan
 Encerradas, que á los cómicos
 Todos él solo bastara.
 Creía, Flaco (que á veces
 Nos bañamos en compañía),
 Que por causa de su voz
 Tal precaución adoptaba.
 Mas hace poco, jugando
 Ante el pueblo, en la ancha plaza,
 Su estuche dejó caer:
 ¡Circunciso el pobre estaba!

83.—ACERCA DE EUTRAPELO (80).

Cuando el barbero Eutrapelo,
A Lupercio, bien barbado,
Rae la barba de un lado,
Ya nació en el otro el pelo.

84.—A SU LIBRO.

Mientras se hace mi retrato
Para Cecilio Segundo (81),
Y la tela todavía
Respira al pincel agudo,
Ve, libro mío, á Peucé,
La Gética, y al Danubio
Silencioso. Allí Cecilio
Ejerce mando absoluto
Sobre domadas naciones.
Es de precio casi nulo
Lo que tú le ofrecerás,
Pero lo ha de estimar mucho
Reproducirán mis versos
Con más perfección mi vulto,
Y ni tiempo ni accidentes
Le causará daño alguno,
Y vivirá aun cuando muera
De mi Apeles el producto.

85.—A SABELO (82).

Que tetrásticos salados
Y que dísticos pulidos
Escribas, Sabelo, algunos,
Lo alabo, más no lo admiro:
Que epigramas escribir
Con bello, gracioso estilo,

Cosa es fácil, pero no
Escribir de ellos un libro.

86.—CONTRA SESTO.

Me invitabas al banquete
Que das en tu natalicio,
Cuando, Sesto, todavía
No te llamabas mi amigo.
¿Cómo, cómo, por favor,
Dime, Sesto, ha sucedido
Que después de tantas prendas
De mi amistad y cariño,
Y después de tantos años,
Has relegado al olvido
A tu antiguo compañero?
Mas ya comprendo el motivo.
Es que una libra de plata
Pura no te he remitido,
Ni mantos nuevos, ni toga
Hecha de vellon finísimo.
La espórtula interesada
Ya no merece tal título;
Tú quieres regalos, Sesto,
Pero no quieres amigos.
Mas ya te escucho decir
Para desagravio mío:
«Al esclavo invitador
Azotaré de lo lindo.»

87.—ACERCA DE SÍ MISMO.

Si á mi amigo Flaco agrade
El poseer un mochuelo
De larga oreja; si á Canio
Un Etiope triste y negro (83);
Si en una perrita Publio

Pone de su amor el fuego (84);
 Si Cronio ama un mico que es
 Su retrato verdadero;
 Si el icneumón horroroso
 A Mario place en extremo;
 Si urraca saludadora
 Te da, Lauso, gran contento;
 Si con una sierpe helada
 Glacila adorna su cuello;
 Si á un ruiseñor Telesina
 Manda alzar un mausoleo,
 ¿Por qué aquel que tales gustos
 Extraños siempre está viendo,
 No habrá de amar de Labyca
 El rostro dulce y sereno,
 Rostro que á Cupido mismo
 Colmara todo el deseo?

88.—ACERCA DE SUS OBRAS.

Si no miente la fama, según dicen,
 La hermosa Viena (85) goza con mis libros:
 Todos allí me leen, ancianos, jóvenes
 Y niños, y hasta las matronas púdicas
 Delante de sus rígidos esposos.
 Tan lisonjero triunfo me deleita
 Muy más que si cantasen mis canciones
 Los que del Nilo habitan en la margen,
 Y que sus aguas beben en su origen;
 Más que si el Tajo, que en mi patria corre,
 Con el oro español me enriqueciera;
 Más que si abejas de Hibla y del Himeto
 Con su sabrosa miel me alimentaran.
 Algo de genio, por lo tanto, abrigo,
 Y víctima no soy de la lisonja:
 Ya de hoy en más, oh Lauso, me precisa
 Creer, según yo pienso, en tu dictamen.

89.—ENVÍO DE UNA CORONA DE ROSAS Á SU AMIGO
APOLINAR (86).

Vé, rosa, vé en hora buena
A ceñir con tierno lazo
De guirnaldas los cabellos
De mi Apolinar amado;
Y no dejes, así Venus
Te quiera, de coronarlos,
Aun cuando llegue á ponerlos
La helada vejez nevados.

90.—Á CRETICO (87).

La voz de que es desigual
Mi estilo Mathón ha echado:
Si es así, mis versos deben
A Matón muy grande aplauso.
Calvino y Umbro componen
Libros iguales, y es claro
Que por libro igual se entiende,
Cretico, el que es todo malo (88).

91.—Á JUVENAL (89).

Como don de Saturnales,
Docto Juvenal, te envió
Esas nueces recogidas
En mi huerto reducido.
El numen que le custodia
Numen harto libertino,
Ha dado á lascivas jóvenes
Los demás frutos habidos.

92.—CONTRA BACARA (90).

«Si algo precisas, confía;
Que no espero á ser rogado.»
Tal, Bacara, te he escuchado
Dos y tres veces al día.

Segundo (91) con voces graves
Tristemente me fatiga,
Y aunque con ellas te obliga,
Lo que es preciso no sabes.

La pensión á todas horas
Me piden publicamente,
Y aunque tú te hallas presente,
Lo que es menester ignoras.

Las quejas que doy atiendes
Del frío y viejo vestido,
Mas teniéndolo entendido,
Lo que es menester no entiendes.

Lo que deseo saber
Es que te quedes del todo
Mudo, porque de ese modo
No digas qué es menester.

93.—A NARNIA (92).

Oh Narnia, que con ondas sulfurosas
Rodea y lame un espumante río,
Tú que en doble montaña te apareces
Inaccesible, ¿qué placer disfrutas
En robarme á menudo á mi querido
Quinto (93), y en detenerle tanto tiempo?
¿Por qué, por qué privarme del deleite
De mi modesto campo Nomentano,
Cuya morada me es á mi tan dulce
Por tan próximo estar al caro amigo?
Ten, Narnia, compasión; no, no detengas

A Quinto por mas tiempo: si así lo haces,
 Los dioses quieran que por siempre goces
 Del puente que tus dos montañas une.

94.—ACERCA DE PAPILO.

Hace poco tiempo
 Que un pequeño vaso
 De ónix contenía
 Aromas preciados.
 Mas lo olió Papilo,
 Y al perfume ¡qué asco!
 En infecta podre
 Al punto ha tornado.

95.—CONTRA LINO.

Nos hallamos en invierno,
 Y Diciembre está erizado
 De carámbanos, y atrévete,
 Sin sentir ningún empacho,
 A parar á los que encuentras
 Para aplicarles tus labios
 Muy más que la nieve fríos,
 Y, en fin, por besar á cuantos
 Habitan en toda Roma (94).
 ¡Qué más de duro y de bárbaro
 Tú pudieras hacer, Lino,
 Si te hubieran azotado?
 Con un frío semejante,
 No quiero, no, ¡guarda Pablo!
 Ni aun besos de mi mujer,
 Ni sentir en mí los labios
 Tiernos de mi pura hija.
 No así tú, más refinado
 Y más galán, tú que tienes
 Nariz que es vivo retrato

De la de un can, y que siempre
 Destila mocos helados;
 Tú, cuya barba es tan dura
 Y fuerte cual la de un macho
 Cabrón de orillas del Cínifo (95)
 Por la tijera esquilado
 De un cabrero de Cilicia.
 Más quiero encontrar al paso
 Cien cunilingos que á tí;
 Que me causas más espanto
 Que un ministro de Cibeles
 Recientemente castrado.
 Por lo cual, si de prudencia
 Y de pudor guardas algo,
 Allá para el mes de Abril
 Deja el besuqueo insano.

96.—EPITAFIO DEL NIÑO URBICO.

Yo el niño Urbico, lágrimas de Baso,
 Descanso en este sitio. Díome Roma
 Familia y nombre. Sólo ya seis meses
 Para cumplir tres años me faltaban,
 Cuando las Parcas tétricas cortaron
 El delicado estambre de mis días.
 ¿De qué, de qué sirvieron mi hermosura,
 Mi lenguaje infantil, mi edad temprana?
 ¡Oh tú que estás leyendo mi epitafio,
 Sobre mi tumba vierte acerbo lloro,
 Y ojalá que la vida á quien deseas
 Mas días que á la tuya, hacia las márgenes
 No baje del Leteo, sino cuando
 Más años que Nestor vivido hubiere!

97.—Á SU LIBRO, ACERCA DE CESIO SABINO.

Si tú conoces bien, oh libro, á Cesio
 Sabino, honor de la montuosa Umbría,

Vecino de mi amigo Aulo Pudente,
 Dale estos versos, aunque esté ocupado.
 A pesar de sus múltiples negocios,
 Un rato me ha de dar, porque me estima,
 Y en mi lectura ocuparáse al punto
 Que de Turno leyere los escritos.
 ¡Cuánta será mi fama! ¡Oh cuánta gloria!
 ¡Qué multitud se arrancará mis páginas!
 Resonarás en foros, en banquetes,
 Casas, concursos, pórticos, tabernas,
 Porque aunque vas á uno dirigido,
 De todos pienso que serás leído.

98.—A CÁSTOR (96).

Todo sin regla ni modò
 Compras, Cástor; á este paso
 Llegará por fin el caso
 De venderlo también todo.

99.—A CRISPINO (97).

Ojalá puedas, Crispino,
 Ver siempre la faz serena
 Del señor, que el trueno bronco
 A su talante maneja (98).
 Que Roma, como tu patria
 Menfis, cariño te tenga,
 Si en el palacio imperial
 De mis versos se hace muestra
 (Por que el oído sagrado
 De César, con gran frecuencia
 En oír los versos míos
 Mucho se aplace y deleita).
 Lector benévolo, atrévete
 A hablarle de esta manera:
 «Al esplendor de tu reino

Contribuye este poeta,
 Y ni á Marso ni á Catulo (99)
 El docto, inferior se muestra.»
 Esto basta: lo demás
 Corre del dios por la cuenta.

100.—Á PONTICO.

Discurres sin cesar por los palacios,
 Pontico, y allí todo lo examinas.
 ¡Oh! sin duda meditas vastos planes,
 Y por esto, Pontico, eres gran hombre.
 Al hacer ciertas cosas, tú las cumples
 Sin testigos y lejos de la turba (100).
 Hay pocos que posean tus secretos,
 Por lo tanto, Pontico ¡qué prudente!
 Natura te donó belleza rara.
 Y era digna de tí la misma Élena;
 Eres, Pontico, un hombre muy hermoso.
 Tu voz ablandaría los diamantes.
 ¡Qué dulcemente suena en los oídos!
 Eres Pontico, la dulzura misma.
 Así, Pontico, engañas á los otros
 Y á tí también; ¿pero Pontico, escuchas
 La verdad? Ni siquiera eres un hombre.

101.—ACERCA DE UNA VIEJA (101).

Tocada gustas y oída,
 No vista gustas en todo;
 Mas vista, de ningún modo
 Podrás gustar en tu vida.

102.—ACERCA DE MILÓN (102).

Milón lejos ha partido;
 Mujer dejó en la ciudad;

No da fruto la heredad,
Y ella lo da sin marido.
De tierras tan desiguales
La diferencia se encierra
En que está inculta la tierra,
Y ha la mujer oficiales.

FIN DEL LIBRO SÉPTIMO.

LIBRO OCTAVO.

AL EMPERADOR DOMICIANO, CÉSAR AUGUSTO,
EL GERMÁNICO, EL DACIO, VALERIO MARCIAL, SALUD.

¡Oh príncipe! mis libros, que te deben su nombradía, ó lo que tanto monta, la vida, te dirigen sus votos; y, según mi dictamen, tal homenaje les hace ser leídos de todo el mundo. Esto no obstante, el octavo de mi colección ha tenido más á menudo ocasión de manifestarte su afecto. Me ha costado menos sudores, porque la materia me era más favorable. Sin embargo, he procurado darle el atractivo de la variedad, á fin de que todos mis versos no prodigasen á tu modestia celeste elogios más propios para fatigarla que para satisfacer las exigencias de mi gratitud. Pero, aunque mis epigramas, aun los escritos para los personajes más austeros y más elevados por la fortuna, parezcan afectar en las palabras la licencia de los histriones, no he querido que hoy hablasen con su acostumbrada libertad. Refiriéndose el libro en su mayor y mejor parte á la majestad de tu sagrado nombre, tendrá presente que no se entra nunca en un templo, sin antes purificarse por medio de abluciones. Y para que mis lectores conozcan que yo me he de conformar con este deber, quiero consignar lo prometido al frente de mi libro y en breve epigrama.

1.—Á SU LIBRO.

Estando para entrar en el alcázar,
 Que adornan los laureles victoriosos (1)
 Del príncipe y señor, aprende, oh libro,
 A hablar con gran respeto y gran decencia.
 ¡Aléjate de aquí, desnuda Venus!
 Que aqueste libro á tí no se dirige.
 Pero tú, oh Palas, que venera César (2),
 Acude presurosa á socorrerme.

2.—Á JANO.

El creador y padre de los fastos (3),
 El dios Jano, mirando, ha poco tiempo
 Al vencedor egregio del Danubio (4),
 Creyó no haber bastante con dos rostros (5),
 Y más, muchos más ojos deseaba.
 Después, usando de su doble lengua,
 Ha prometido al numen del imperio,
 Al amo de la tierra, que tendría
 Cuádruple senectud que Nestor hubo (6).
 ¡Oh padre Jano, escucha nuestros votos!
 Añádele también tus muchos años.

3.—Á SU MUSA.

«Cinco libros, ya es bastante:
 Seis ó siete, demasiado.
 ¿Por qué quieres, Musa mía,
 Seguir de nuevo jugando?
 ¡Oh! por pudor: ya detente,
 Que no puede mayor grado
 Dar á mi gloria la fama,
 Pues llenan todas las manos
 Mis libros. Y cuando el tiempo

Haya por tierra arrojado
Los soberbios monumentos
De Mesala (7), cuando el mármol
Fastüoso de Licinio (8)
Sea no más polvo vano,
Me han de leer todavía,
Y habré de ser recitado
Por multitud de extranjeros
De quienes seré regalo.»
Dije: una de nueve Musas,
La cabellera llevando
Y el traje muy bien olientes,
Me respondió: «Qué ¡malvado!
¿Podieras tú renunciar
A pasatiempos tan gratos?
Dime, ¿á qué empleo mejor
Quisieras tú dedicarlos?
¿Dejarás el borceguí (9)
Por el coturno del trágico,
Ó tal vez quieres cantar
En rimbombantes exámetros
Los furores de la guerra?
¿Y con qué objeto tal cambio?
¿Para que con ronco acento
Te lea un pedante hinchado,
Ó para ser de una joven
Ya talluda el potro bárbaro,
Ó de algún pobre estudiante?
¡Oh! deja aquesos cuidados
A hombres graves y sesudos,
Que en el conticinio usando
Están de su triste lámpara,
Para alumbrar sus trabajos.
Mas tú con la sal romana
Continúa sazonzando
Tus libros, y que tu siglo
Halle en ellos su retrato,

Y pueda en ellos leer
 Sus costumbres y sus hábitos.
 ¿Qué monta que tú aparezcas
 Con caramillo liviano,
 Si supera su sonido
 Al de clarines nombrados?

4.—Á CÉSAR DOMICIANO, Ó, SEGÚN OTROS, Á CÉSAR
 EL GERMÁNICO. (10).

Cuantos el pueblo romano
 Cumple en sus aras, y ofrece
 Nuevos votos, los merece
 Tu vista, gran Domiciano.
 Y no juzgues sólo humano
 Este gozo en tu venida,
 Que aun la imagino aplaudida
 De los dioses más supremos (11),
 Puesto que en el cielo vemos
 Tanta llama esclarecida.

5.—Á MACRO.

Por anillos regalar
 A las jóvenes muchachas,
 Macro, al fin has concluido
 Por perder el que gozabas (12).

6.—CONTRA EUCTO (13).

No hay cosa más cansada y enfadosa,
 Que estar del viejo Eucto convidado,
 Pues, eterno hablador, jamás reposa.

Más quiero yo en mi casa descansado
 Beber en una barca Saguntina
 Aunque sea de barro maestrado (14).

Ya á los aparadores se avecina,

Mostrando de sus vasos la braveza,
Que yo juzgué vasijas de cocina.

«Originales, dice, con certeza
Son todos los que veis de fina plata,
Que tal es de mi casa la grandeza.

De Laomedonte fueron paga grata.
(Y á tanto hablar se le desavaha el vino)
Esos vasos, á cuyo precio trata

Apolo, de su lira al son divino,
De hacer de Troya el muro tan perfecto.
En aquel bernegal tan peregrino

De los Lapytas en la guerra, Rheto
Bebió feroz, y estar tan abollado
Que fué de aquella guerra me prometo.

Este tazón con oro claveteado
Con cuatro asas, y de dos cabidas,
Cuyas palomas, como se han rozado,
Están, de tan usadas, más lucidas,
Es del sabio Nestór, el que ha vivido,
Como lo narra Homero, por tres vidas.

Con este cifo Aquiles ha bebido,
Y en él mandó bebieran los legados
De Agamemnón (15). Con ésta brindó Dido

A Bicias, el mayor de sus privados,
En la cena que al Teucro dió opulenta.»
Pero después que os tenga así cansados,

Notaréis que, con todo lo que ostenta,
De Priamo en el vaso torneado
Os brindara Astyanacta desdichado (16).

7.—CONTRA CINA.

¡Es abogar, es hablar
Como orador consumado,
Cina, decir nueve voces,
De diez horas en espacio?
¡Y aun acabas de pedir

Que te den clepsidras cuatro! (17)
Cina, para no hablar nada,
Exiges tiempo muy largo.

8.—Á JANO, ACERCA DEL REGRESO DE CÉSAR.

Aunque produzcas los veloces años,
Y tu figura, oh Jano, nos anuncie
De dilatados siglos el retorno;
Aunque el primero acojas el tributo
De nuestro incienso, votos y oraciones,
Y seas festejado por los cónsules
Y todo magistrado del Imperio,
Lo que te aplice más es ver á Roma
De su dios al regreso gratularse,
Cuándo retorna el mes á tí sagrado.

9.—Á QUINTO, ACERCA DE HYLAS. (18).

Nueve dozavos pagarte
Hylas cegatón quería,
Mas la mitad sólo hoy día,
Que está tuerto, quiere darte.
Harás mal si no procuras
Eso, cuanto antes, tomar,
Porque si llega á cegar,
Quedarás, como él, á obscuras.

10.—ACERCA DE BASSO (19).

En diez mil reales compró
Basso unas togas de lana
Del color más fino y bello,
Y en ellas tuvo ganancia.
—¡Qué! ¿logró acaso la dicha
De comprarlas más baratas?
—No por cierto.—Pues ¿por qué?
—Porque dejó de pagarlas.

11.—Á CÉSAR DOMICIANO.

Ya sabe el Rhin que has regresado á Roma,
 Porque escucha los vítores del pueblo,
 Y el eco de estos gritos jubilosos
 Resuena con terror entre los Sármatas
 Y Getas y habitantes del Danubio.
 Mientras del circo los nutridos plácemes,
 Oh César, te acogían con respeto,
 Nadie sintió correr los raudos potros
 Lanzados cuatro veces en la arena.
 Ningún príncipe ha sido más querido
 Que tú de Roma; y aunque pretendiese
 Amarte más, oh César, no podría.

12.—Á PRISCO (20).

¿Sabes por qué de casarme
 Con mujer rica no gusto?
 Porque no quiero, ni es justo
 A mi mujer sujetarme.
 Al marido la mujer
 Inferior se muestre en todo,
 Porque este, Prisco, es el modo
 De que iguales puedan ser.

13.—Á GARGILIANO (21).

Yo te compré, Gargiliano,
 Un loco por loco entero (22);
 Vuélveme ya mi dinero,
 Pues tiene el juicio muy sano.

14.—CONTRA UN AMIGO CRUEL.

Para que los tiernos árboles
 De Cilicia trasplantados

A tus tierras no padezcan
 Con los hielos algún daño,
 Y para que un duro viento
 No perjudique sus vástagos,
 Estufas de piedra diáfana,
 Opuestas al soplo helado
 Del invierno, dan acceso
 Del sol á los tibios rayos
 Y á la pura luz del día.
 Pero á mí me das un cuarto
 Tan miserable y tan pobre,
 Que penetra el viento airado
 Por la entreabierta ventana,
 Y que ni aún habitarlo
 El mismo Bóreas quisiera.
 ¿De esa manera tú, bárbaro,
 Prestas hospitalidad
 A amigos de tantos años?
 ¡El rincón que me darían
 Tus plantas, fuera más sano!

15.—Á DOMICIANO.

En tanto que doquiera se celebran
 Tus nuevos y perínclitos laureles.
 Ganados en la guerra de Pannonia,
 Y en todo templo se hacen sacrificios
 Por el regreso del amado Jove;
 Agradecidos pueblo, caballeros
 Y el ilustre senado, incienso queman,
 Y por tercera vez con tus bondades
 A los pueblos latinos enriqueces.
 Roma también consagrará el recuerdo
 De esos modestos triunfos (23), y esos lauros,
 Prendas de paz, igualarán los otros.
 ¿Qué auguras tú de tan piadoso celo?
 La principal virtud de un soberano
 Es conocer á sus humildes súbditos.

16.—CONTRA CIPERO.

Cipero, por muchos años
Has sido tú panadero,
Y hoy abogas por ganarte
A millares los sestercios.
Entretanto, sin cesar
Comes, y aun tomas á préstamo;
Hora bien, pues panadeas,
Y aun haces harina (24), creo
Que tu antigua profesión,
Nunca has dejado, Cipero.

17.—Á SEXTO (25).

Sexto, tu abogado fui
Por precio de dos mil reales,
Y sólo los mil cabales
Me envías: la causa dí.
Respondes que nada hablé,
Y que la causa he perdido:
Otro tanto me has debido,
Sexto, pues me avergoncé.

18.—Á CIRINO.

Cirino, si tú publicas
Tus epigramas, pudieras
Leerlos cuando los míos,
Y aun antes, si lo deseas.
Pero á mí, tu antiguo amigo,
Me guardas tal deferencia,
Que más que tu nombre y gloria
Los míos, Cirino, aprecias.
Así Virgilio negábase
Con Horacio á haber contienda
En la poesía lírica,

Cuando excederle pudiera;
 Así, pudiendo elevarse
 Hasta la heroica tragedia,
 Rehusó calzar coturno,
 Por no ofender al poeta
 Vario, con quien le ligaban
 Lazos de amistad sincera (26).
 Muchos amigos habrá
 Que oro, joyas y riqueza
 Te regalen; pero pocos
 Que en ingenio ceder quieran (27).

19.--ACERCA DE CINA (28).

Cina quiere, ya lo ves,
 Parecer pobre; y lo es.

20.—A VARO (29).

Todos los días, oh Varo,
 Compones doscientos versos;
 Pero ninguno recitas;
 Esto es ser loco y ser cuerdo.

21.--AL LUCERO DE LA MAÑANA, Ó ACERCA DE LA
LLEGADA DE CÉSAR (30).

Vuelve, lucero, el día:
 No quieras retardar nuestra alegría;
 Mira que el César ha de entrar mañana;
 Vuelve la luz más clara y más temprana,
 Roma te ruega y todo el pueblo entero.
 Que te detiene aquel tardo boyero
 En perezoso claustro me imagino,
 Según pasas despacio tu camino.
 De Leda al astro el Cilarón pudieras
 Quitar (31), porque veloz en él corrieras,

Y cuando imaginaras deseallo
 Cástor cortés te diera su caballo.
 ¿Por qué la luz de Febo detenida
 Está, cuando fogosos ya la brida
 Piden Ethon y Xantho? (32)
 No te detengas tanto,
 Que de Memnón la madre vigilante (33)
 Da prisa por mostrar el sol infante;
 Pero por más que anhelo,
 No ceden las estrellas en el cielo
 Al sol augusto (34); antes deseosa
 De gozarle, la luna más hermosa
 Su carrera parece que ha parado,
 Por ver entrar al César deseado:
 Mas aunque noche sea,
 Entra, oh César, que Roma te desea.
 Que no le faltará, si entrar quisieres,
 Alegre día al pueblo, pues Sol eres.

22.—CONTRA GALICO.

A cenar un jabalí,
 Galico, me has invitado,
 Y luego un lechón me sirves;
 Mas antes que en tal engaño
 Consienta, prefiero ser
 Un mestizo despreciado (35).

23.—A RUSTICO (36).

Muy cruel y delicado
 Hallas, Rustico, que soy;
 Pues por la comida de hoy
 Al cocinero he zurrado.
 Si para azotes ligero
 El motivo te parece,
 Pregunto: ¿Por qué merece
 Azotes un cocinero?

24.—Á CÉSAR DOMICIANO (37).

Si en humilde memorial
 A pedirte algo llegare,
 Siendo mi súplica justa,
 Atiéndeme favorable.
 Mas, aunque nada me des,
 Déjame, César, rogarte:
 Que de inciensos y de ruegos
 Nunca se ofende el Tonante.
 El que sagradas efigies
 De piedras labra ó metales,
 No hace á la verdad los dioses;
 Quien les ruega es quien los hace.

25.—CONTRA OPIANO.

Opiano, me has visto
 Tan sólo una vez
 Enfermo; á tí ciento,
 Y aun más, te veré.

26.—Á CÉSAR DOMICIANO (38).

No ha habido cazador de las orillas
 Del Ganges, que al huir despavorido
 Sobre corcel de Hircania (39), en el Oriente.
 De terror se llenase ante tal número
 De tigres, como Roma, que amas tanto,
 Oh Germánico, ha visto, ha poco tiempo,
 En su ancho coso. Ni siquiera pudo
 Contar las fieras que su goce han sido.
 Excedieron los juegos de tu arena
 A los indianos triunfos del dios Baco,
 Que ya perdieron su grandeza ilustre;
 Porque el dios victorioso con dos tigres

Bastante había, cuando tras su carro
A los domados indios arrastraba.

27.—A GAURO (40).

Viejo y rico tan de veras,
¿Quién ha dado en regalarte?
El quiere, Gauro, heredarte
Y te dice que te mueras.

28.—ACERCA DE UNA TOGA, REGALO DE PARTENIO (41).

Rico presente de Partenio docto,
¿De qué rebaño, oh toga, has sido, dime,
Adorno y esplendor? ¿Han florecido
Para ti las praderas de la Apulia
Cercanas á la villa de Falante
El espartano, y que se ven regadas
Y fértiles por ondas del Galeso
Que por Calabria corre? ¿El río Betis
Que fluye por Tartesa, y que alimenta
A los rebaños que la Iberia cría,
Ha lavado tu lana sobre el lomo
De la oveja de España? ¿Por ventura
Contó esta lana el número de bocas
Del célebre Timavo, donde el potro
Cylarón (que hoy es astro) se abrevaba?
Tú no podías ser por el veneno
Manchada de Aimclea (42), ni podía
Mileto digna ser de tus vellones.
¡Oh! tienes más albor que el blanco lirio,
Más que la flor de alheña en tallo ondeante,
Más que el marfil del Tiburtino monte (43).
Excedes de Laconia al albo cisne,
Y á las palomas cándidas de Pafos,
Y á la del Rojo mar brillante perla.
Mas aunque emules á la pura nieve

Que acaba de caer, ¡oh! no, no igualas
 A la pureza de Partenio mismo.
 Yo no te postergára por urdimbres
 Tejidas por la fiera Babilonia,
 Y bordadas por mano de Semíramis;
 Ni más me engreiría con la veste
 De oro de Atamas, cuando tú me dieras,
 Oh Frixo, tu vellón de Eolia rico.
 ¡Qué risa va á excitar á un mismo tiempo
 Esta espléndida toga Palatina (44)
 Y el manto que la cubre, vil guiñapo!

29.—ACERCA DE LOS DÍSTICOS (45).

Por breve quiere agradar
 El que dísticos escribe;
 ¿Mas si éstos forman un libro,
 La brevedad de qué sirve?

30.—ACERCA DE LA REPRESENTACIÓN DE LA HAZAÑA
 DE ESCÉVOLA (46).

Lo que hoy por juego y memoria
 La arena ha representado,
 Ha sido, en tiempo pasado,
 De Bruto la suma gloria.
 ¡Mira con qué intrepidez
 Ese hombre metió su mano
 En el brasero inhumano!
 ¡Que manda al fuego parez!
 Espectáculo se hace
 De sí propio, y el fin ama
 Del brazo, y la sacra llama
 Le alimenta y satisface.
 Y si no hubiera alcanzado
 Perdón esta mano diestra,

Ya aprestaba la siniestra
 A fuego más dilatado.
 ¿Sientes y saber deseas
 La causa de tal rigor?
 En hombre de tanto honor
 Basta que la mano veas.

31.—CONTRA DENTON (47).

Confieras lo que sospecho
 En venir á pretender,
 Teniendo, Denton, mujer,
 De tres hijos el derecho.
 Deja al César de cansar,
 Deja pretensión y corte,
 Que puede ser más te importe
 El volver á tu lugar.
 Que si de casa te vas,
 Y á tu familia no atiendes,
 Mientras tres hijos pretendes,
 En casa cuatro hallarás.

32.—ACERCA DE LA PALOMA DE ARETULA (48).

Deslizada por el viento
 Vino una dulce paloma,
 Y mansa en la falda toma
 De Aretula acogimiento.
 Pareciera sucedido
 Acaso, si detenida
 Fuera, después de venida,
 Siendo el irse permitido.
 Pero si la hermana tierna
 El buen suceso esperase,
 Y ante el ruego se ablandase
 El que este mundo gobierna (49),
 Por el hermano sería

De Cerdeña despachada
 Con la nueva deseada
 De que presto volvería.

33.—Á PAULO, ACERCA DE UNA AMPOLLETA.

De tu corona pretoriana, Paulo,
 Me envías una hoja, á la que quieres
 Designar con el nombre de ampolleta (50),
 Cuando es delgada tela que hace poco
 Ha servido de adorno en un teatro,
 Y que lavada fue con una esponja
 Mojada en agua de azafrán rojizo.
 ¿No sería más bien ligera plancha
 De metal que las uñas de tu esclavo
 Astuto arrebataron, según creo,
 A los pies de tu cama? Bien podría
 Estremecerse al vuelo de un mosquito
 Que á lo lejos volase, y la más leve
 Mariposa pudiera conmovér-la
 Con su ala débil. Se revuelve y gira
 Al humo que despide breve lámpara,
 Y una gota de vino romperíala,
 Si en ella tropezara. Es la envoltura
 Como saliva débil que recubre
 El dátíl (51) que de Enero en las calendas
 Conduce por un as cliente pobre.
 Los hilos de flexible colocasia
 Están menos trabados, no tan densas
 Están las hojas del fragante lirio,
 Que á los rayos del sol decae y muere.
 La araña vagabunda no discurre
 Por tela tan delgada, y el gusano
 De seda no trabaja suspendido
 De más débiles hilos. No es tan lúcida
 La creta con que adorna sus mejillas
 La vetusta Fabula, ni tan diáfana

La burbuja del agua que se mueve.
 Resiste más la red en que aprisionan
 Las jóvenes de Roma sus cabellos,
 Así como la espuma de Batavia
 De que usan por cambiar su colorido.
 Es cual la piel que circundaba el feto
 En el huevo de Leda, cual las tiras
 Que, imitando los cuernos de la luna,
 Disponen en su frente (52). ¿Por qué, dime,
 Enviarme una ampolleta, si podías
 Un cuchillo ó cuchara regalarme?
 ¿Pero qué estoy diciendo? Es demasiado,
 Cuando pudiste haberme remitido
 De un caracol la concha, ó, por fin, cuando
 Nada podías, Paulo, remitirme.

34.—CONTRA UN FANFARRÓN.

Que tienes vasos de plata
 Que son auténticos, Mys,
 Con gran vanidad afirmas:
 Te diera crédito, si
 No supiera que manchados
 Están, fanfarrón, por tí.

35.—CONTRA UN MAL MATRIMONIO (53).

Siendo en vicios tan acordes,
 Siendo marido y mujer
 Pésimos, extraño ver
 Que ambos vivan tan discordes.

36.—Á CÉSAR DOMICIANO.

Búrlate, César, de esas prodigiosas
 Pirámides de príncipes de Egipto;
 Y ya bárbara Menfis no nos hable

De esos trofeos de oriental orgullo.
 ¿Qué son al par de tu palacio espléndido
 Sus fatigantes masas, que de adorno
 Sirven á las comarcas de Mareótis?
 El sol en todo el mundo con sus rayos
 No ilumina más rico monumento.
 Dijérase que Roma sus colinas
 Había superpuesto, y no se encuentra
 Tan alto el Osa sobre el Pelión fijo.
 Se eleva tu morada por los aires
 De tal manera, que su cima alcanza
 Al éter azulado, donde escucha
 Tranquila resonar hórrida nube
 Por bajo de sus plantas, y se inunda
 Con los rayos ocultos todavía
 De Febo, antes que Circe vea el rostro
 De su padre cubrir el horizonte (54).
 Ese palacio, César, cuya cúpula
 Al cielo toca, iguala al mismo cielo;
 Mas cual su morador, no, no es tan grande

37.— A POLICARMO.

Policarmo, al devolver
 Ese recibo á Cayetano,
 ¿Piensas que cien mil sestercios
 Generoso le has donado?
 —Pero si me los debía.....
 —Recógelo, Policarmo,
 Y dos mil sestercios presta
 Al menos á Cayetano.

38.—A MÉLIOR.

Aquel que obliga á un hombre agradecido
 Intenta seducirle con sus dones,
 Ó en cambio se los pide; mas quien dálos

A aquel que ya no existe, y continúa
 Sirviéndole después de haber ya muerto,
 Y hasta en la tumba misma, ¿qué pretende
 Sino aliviar su dolorosa angustia?
 ¡Oh! no es lo mismo ser persona honrada
 Que serlo en apariencia. Tú eres bueno,
 Oh Mélior, y así el pueblo lo pregona,
 Porque procuras tributar honores
 Solemnes á tu amado amigo Bleso;
 Porque no quieres que su nombre muera
 Con él; y las espléndidas señales
 De tu munificencia, destinadas
 A celebrar de su natal la hora,
 Se distribuyen á la turba pía
 Y grata de escribientes, en recuerdo
 De Bleso. Tal tributo, que por muchos
 Años has de rendir, en tanto alientes,
 Lo habrás de recoger después que mueras.

39.—A DOMICIANO.

Hace poco no existía
 En tu palacio lugar
 Apto para los festines,
 Y de tal capacidad
 Que recibiese las mesas
 Cargadas con el manjar
 Exquisito. Aquí, Germánico,
 Puedes por fin saborear
 El néctar, que ya en tu copa
 Se dispone á derramar
 La mano de Ganimedes.
 Ten á bien, oye mi afán,
 Ser, lo más tarde posible,
 Del Tonante comensal;
 Y tú, Jove, si has premura,
 Al César puedes llegar.

40.—A PRIAPO.

Custodio, no de un jardín,
 Ni de una fecunda viña,
 Sino de este bosquecillo,
 Que te engendra, y todavía
 Te puede engendrar, oh Priapo,
 Te recomiendo con vivas
 Ansias que de los ladrones
 Alejes tú las malignas
 Manos y que le conserves
 Para que arda en la cocina
 De su dueño. Que si aqueste
 Alimento no le anima,
 En pena de tu descuido
 Serás tú leña maldita.

41.—A FAUSTINO.

Atenagoras se encuentra
 Triste, porque no me ha enviado
 Los presentes que en Diciembre
 Suele darme de ordinario.
 Pero yo veré, Faustino,
 Si se encuentra en ese caso;
 Lo que desde luego afirmo
 Es que me ha malhumorado.

42.—A MATHÓN.

Si la codicia de espórtula
 Más grande no te ha traído,
 Como es uso, á la morada
 En donde habitan los ricos,
 Tú podrás, Mathón, lavarte
 Cien veces en baño mío.

43.—CONTRA FABIO Y CRESTILA.

Fabio entierra á sus mujeres
 Y Crestila á sus maridos,
 Que ambos funeral antorcha
 En su lecho han sacudido.
 ¡Oh Venus! haz que combatan
 Entre sí aquestos invictos;
 El mismo fin les espera,
 Porque con un golpe mismo
 Podrá á los dos Libitina
 Herirlos á su capricho.

44.—Á TITULO.

Titulo, te aconsejo vida alegre;
 Es tarde ya para que empieces otra,
 Y fuera también tarde todavía,
 Aun cuando la emprendieras desde niño;
 Mas tú, Titulo misero, aunque viejo,
 Lo que es vivir ignoras. Visitante
 Asiduo, llamas á cualquiera puerta;
 Empapado en sudor, desde la aurora,
 Y mojado tu rostro con los ósculos
 De toda la ciudad (55), vas como ardilla
 Corriendo los tres foros (56), al encuentro
 De todo caballero; y diligente
 Vuelas de Marte al templo, y á la plaza,
 Donde de Augusto se alza el gran coloso (57),
 Y á las decurias terciá y quinta. Toma,
 Reune, roba, goza cuanto gustes;
 Todo lo has de dejar en un instante.
 Que tu soberbia bolsa palidezca
 Al peso del dinero que acumulas;
 Que los nombres de aquellos tus deudores

Cien páginas ocupen de tu libro;
 Ha de jurar, no obstante, tu heredero
 Que nada le has dejado; y mientras tanto
 Que te halles extendido sobre el fúnebre
 Lecho, ó en marmórea piedra, ó mientras se abre
 Tu hoguera alimentada con papiro (58),
 Habrá de dar el insolente besos
 A tus eunucos que derraman llanto;
 Y tu hijo desolado, *velis, nolis,*

 (59).

45.— Á FLACO, ACERCA DEL REGRESO DE TERENCEIO.

¡Flaco, ya ha vuelto Terencio
 De las campiñas del Etna,
 Y por fin puedo abrazarle!
 Tal día con blanca perla
 Señalemos (60), que el licor
 De esa ánfora, que se amengua
 Con los años, pues cien cónsules
 Ha ya que se encuentra llena,
 Corra y brille refulgente,
 Purgando con una tela
 De blanco lino las heces
 Que le turban y le afean.
 ¡Oh! ¿cuándo habré de poder,
 Sentado en la misma mesa,
 Gustar de nuevo los goces
 De esa noche tan amena?
 ¿Cuándo me será posible
 Caldear mis miembros con esa
 Bebida tan generosa?
 Será, Flaco, cuando vuelvas
 De Chipre, en donde la diosa
 Del amor vive y gobierna.

46.—AL NIÑO CESTO.

¡Cuánto candor en tí brillas!
 ¡Qué formas tan delicadas
 Son las tuyas, joven Cesto!
 ¡Son más puras y más castas
 Que las del jóven Hipólito!
 Diana misma se holgara
 En tenerte cerca de ella,
 Y Doris en tu compañía
 Se bañaría con gusto;
 Cibeles todas las gracias
 De Atys hallaría en tí,
 Y Júpiter te tomara
 En lugar de Ganimedes;
 Pero rebelde á sus ansias,
 Besos tan sólo al Tonante
 Dejarías que tomara.
 ¡Feliz la esposa que sea
 De tan tierno esposo causa
 De dolor! ¡Feliz aquella
 Virgen que primera te haga
 Conocer que eres varón
 Con pruebas ciertas y claras!

47.—CONTRA UNO QUE SE AFEITABA DE DIFERENTES
MANERAS.

De tu faz una parte
 Tú te trasquilas,
 Y otra parte rasuras,
 Y otra depilas.
 ¡Oh! ¿quién creyera
 Que tan sólo tú tienes
 Una cabeza?

48.—ACERCA DEL MANTO DE CRISPINO.

Crispino no sabe á quién
 Entregó su rico manto (61),
 Mientras vestía la toga
 Y aliñaba con cuidado.
 ¡Oh tú, quien quiera que seas,
 Que á Crispino le has tomado
 Ese manto, que era adorno
 De sus hombros soberanos,
 Te ruego que se lo vuelvas!
 Y no es Crispino, es su manto
 El que así te lo suplica.
 Porque un vestido mojado,
 En bello precioso múrice,
 No conviene á cualquier amo,
 Porque sólo este color
 Es de magnates regalo.
 Si el bien ajeno codicias
 Y si un lucro desdichado
 Y vergonzoso te arrastra,
 Deberás poner tu mano
 En la toga, y de este modo
 Fuera mejor el engaño.

49.—ACERCA DE ASPRO (62).

A una dama hermosa á fe
 Aspro enamora, aunque ciego.
 De aquí, pues, se infiere luego,
 Que ama más de lo que ve.

50.—Á CÉSAR DOMICIANO.

Cual memorable y célebre banquete (63).
 Que festejó la rota de Gigantes;

Cual fué para los númenes la noche.
 En que el benigno Jove tomó asiento,
 En medio de la turba de deidades,
 Y hasta á los faunos concedió licencia
 De que le reclamasen dulces vinos;
 Tal es, oh César, el festín espléndido
 Conque tus altos triunfos festejamos,
 Festín que alegra hasta á los mismos dioses.
 El pueblo, caballeros, senadores,
 Todos son admitidos á tu mesa,
 Y Roma, de su dueño en compañía,
 Gusta divinos platos, néctar dulce.
 Has sido, César, amplio en tus promesas
 Y cumples mucho más. Nos anunciaron
 El goce de una espórtula tan sólo,
 Y hemos tenido una comida espléndida.

51.—ACERCA DE UNA COPA DE INSTANCIO RUFO.

¿Quién la copa ha cincelado?
 ¿El sabio Mys, ó Mirón?
 ¿Fué tu mano, Policleto,
 Ó la mano de Mentor?
 Ninguna mancha perturba
 Su fúlgido resplandor,
 Y el metal sin mezcla alguna,
 No teme al ensayador,
 Cuando vaya con el fuego
 Á examinar su valor.
 El oro que la abrillanta,
 No esplende con tal fulgor
 Cual brilla su ámbar purísimo,
 Y el marfil, de niveo albor,
 Cede á los vivos reflejos
 Que le dió el cincelador.
 Los adornos son iguales
 A la materia en valor,

Y abrazan todos sus términos,
Cual la Luna en su esplendor
Abraza los de la Tierra.
En ella se ve el cabrón
Del tebano Frixo, al que
Le tiene gran afición,
Para cabalgar, su hermana.
Un Cinifio esquilador
No se atreviera á tocar
Su riquísimo vellón,
Y tú, de tu viña, oh Baco,
Le quisieras roedor.
Sentado sobre su espalda
Un alado y áureo Amor,
De su flauta, hecha de loto,
Despide muy dulce son.
De esta manera el delfin,
Feliz por llevar á Arion
De Metymno, con su carga
Dulcísima atravesó
Las ondas del mar sereno.
Tu mano, Cesto (64), otra no,
Llene este rico regalo
Del néctar, que á tu señor
Es debido. ¡Oh amado Cesto!
Tú, de mi mesa el honor,
Échame vino de Setia;
El niño alado, el cabrón
Están ardiendo de sed.
Apaguemos nuestro ardor,
Apurando tantas copas
Como letras ha la voz
De mi amigo Instancio Rufo,
Que me hizo tan rico don.
Si viniere Teletusa
Con lo que me prometió,
Saludaré su venida

Con cinco vasos, pues son
Cinco las letras de Rufo (65);
Mas si se demora, yo
Llegaré hasta siete vasos;
Mas si no viene mi amor,
He de beber los dos nombres
Para aliviar mi dolor.

52.—A CEDICIANO.

Mi barbero Cediciano,
Ese esclavo que es más diestro
En su arte que lo ha sido
Talamo, que fué barbero
De Nerón, y que en las barbas
De los Drusos fué maestro,
A Rufo se lo he prestado,
Accediendo á sus deseos,
Para que por una vez
Le rasurase el cabello.
En todo siguió sus órdenes,
Y además las del espejo,
Que le guiaba la mano,
Ya arreglándole de nuevo
El pelo que le cortara,
Ya limpiándole el pellejo,
Ya atusándole con arte
Los trasquilados cabellos:
Así es que al regresar
A mi casa mi barbero,
Volvió con la barba larga.
¡Corriera ya tanto tiempo!

53.—CONTRA CATULA (66).

Oh Catula, la más bella
Y más prostituta dama,

¡Cuánto quisiera que fueres
Menos bella, ó más honrada!

54.—Á CÉSAR DOMICIANO (67).

Aunque venciendo á los reyes,
Y aun á tí mismo venciendo,
Des grandes, y hayas de dar
Cada vez mayores premios (68),
No por los premios te quiere
Y aplaude, César, el pueblo;
Antes por tí los estima,
Por tí se complace en ellos.

55.—AL MISMO, ACERCA DE UN LEÓN.

Del mismo modo que se oyen
En los campos de Masilia (69)
Los rugidos de leones
Innumerables, que habitan
En sus selvas y que espantan
Al pastor, á quien obligan
A que lleve presuroso
Al establo su grey tímida;
Así en Ausonia, al rugido
Terrible con que una altiva
Fiera llenó el ancho circo,
Cualquiera juzgar podría
Que escuchaba una manada
De tales bestias dañinas.
Y sin embargo una sola,
Una sola fiera había,
Mas tan brava que los mismos
Leones le temblarían,
Y reina la declarara
Hasta la misma Numidia.
¡Qué aire noble! ¡qué actitud

Tan arrogante y altiva,
 Cuando erizados los pelos
 De su melena crecida
 Y blonda, sobre su cuello,
 Formando bucles, caían!
 ¡Qué venablos tan enormes
 Se emplearon para herirla
 En el ancho y fuerte pecho,
 Y cuánta fué su alegría
 Al sentir su ilustre muerte!
 ¿En cuál de tus bosques, Lybia,
 A bestia tan arrogante
 Prestaste feliz guarida?
 ¿De los montes consagrados
 A Cibeles descendía?
 ¡Ó más bien, dime, Germánico,
 No será dádiva rica
 De tu hermano, ó de tu padre (70),
 Que desde la estrella misma
 De Hércules te habrán enviado
 Una fiera tan altiva?

56.—A FLACO.

A pesar de que son los tiempos nuestros
 Muy superiores á la edad antigua;
 A pesar de que el dueño, que hoy nos rige,
 Haya aumentado el esplendor romano,
 Te admiras, Flaco, de que nuestros días
 Un vate cual Virgilio no produzcan,
 Y de que nadie se halle con alientos
 Hábiles á embocar la épica trompa.
 Haya Mecenas, Flaco, y al instante
 Habrá Virgilio, y en tus mismos campos
 Los podrás cosechar á manos llenas.
 De unas pocas yugadas que están próximas
 A la triste Cremona, despojado

'Ttiro fué; y lloraba amargamente
 Por su balante grey arrebatada.
 Mecenas le contempla con cariño,
 Y le defiende de pobreza indigna.
 «Acepta, dijo, acepta estas riquezas,
 Y sé de los poetas el más grande,
 Aunque de amores ardas por mi Alexis.»
 En el banquete, aquel hermoso joven,
 Con mano tan nevada cual el mármol,
 Negro Falerno á su señor vertía,
 Y le brindaba la nectárea copa,
 Después de desflorarla con sus labios,
 Labios de rosa, que capaces fueran
 De encender los deseos aun de Jove.
 Entonces la robusta Galatea,
 Testilis, de mejillas atezadas
 Por los ardientes rayos del estío,
 Salieron del atónito poeta.
 Italia, *Arma virumque*, de repente
 Surgen de su cerebro, cuya musa,
 Todavía inexperta, deploraba
 Solamente la muerte de un *Mosquito* (71).
 ¿Hablaréte de Varos y de Marsos,
 Y de gran muchedumbre de poetas
 Enriquecidos, de quien no podría
 El número contar? Pero, ¿qué digo?
 ¿Sería yo un Virgilio, si tú fueses
 Un para mí munífico Mecenas?
 Virgilio no sería, mas si un Marso.

57.—ACERCA DE PICENTE.

Tan sólo tres dientes
 Picente tenía,
 Y los tres lanzólos,
 Hallándose un día
 Sentado én su tumba;

Mas luego con prisa
 Al punto recoge,
 En su veste limpia,
 De su triste boca
 Aquellas reliquias,
 Sepultura dándoles
 En la tierra fría.
 Si, pues, quien le herede,
 Torpe, no se cuida
 De enterrar sus huesos,
 Ya la mano activa
 De Picente quiso
 Honrarse á sí misma,
 Tal deber cumpliendo
 En tanto vivía.

58.—CONTRA ARTEMIDORO.

Tu vestido superior
 Está tan lleno de grasa,
 Que podría con razón
 Llamarte portacasaca (72).

59.—CONTRA UN LADRÓN TUERTO.

¿No veis á aquel hombre
 Con un ojo sólo,
 Y en el agujero
 Que ha dejado el otro,
 Por bajo la frente
 Hundida, un depósito
 De torpe inmundicia?
 ¡Oh! ningún sonrojo
 Hagáis á tal hombre,
 Pues como él no hay otro
 Ladrón más astuto:

La mano de Antólico (73)
No está tan manchada
Cual la de este prójimo.
A tal convidado
No le quitéis ojo,
Pues si no le observan,
Hará suyo todo
Cuanto á mano encuentre;
Que cuando de robo
Se trata, ese tuerto
Ve con los dos ojos.
Vasos y bandejas
Desparecen pronto,
Sin que los esclavos
Le sirvan de estorbo :
De albas servilletas
Un grande manojo,
Oculta en su veste;
Él conoce el modo
De robar un manto
Caído del hombro
De otro huésped que háyase
Descuidado un poco;
Y á veces se marcha
Con dos sobretodos.
El pillo no tiene
Rubor, ni sonrojo
De robar al siervo,
Dormido cual tronco,
Con luz encendida.
Si no ha hallado modo
De robar, camela
Con arte doloso,
Al siervo que guarda
Las sandalias de otros (74),
Y acaba, por último,
Robando á sí propio.

60.—CONTRA CLAUDIA (75).

Pudieras, Cláudia, igualar
 Al Palatino coloso (76),
 Si pie y medio á tu monstruoso
 Talle pudieras quitar.

61.—Á SEVERO, ACERCA DE CARINO.

Arde Carino de envidia,
 Se enfurece, rabia y llora,
 Y busca el árbol más alto
 Para que le sirva de horca;
 No porque las gentes leen
 Mis versos, y los elogian,
 Ni porque yo, á causa de
 La belleza de mi obra,
 Y encuadernación de cedro,
 Que la enriquece y adorna,
 Sea conocido en todos
 Los pueblos que impera Roma;
 Sino porque yo poseo,
 De la ciudad á muy poca
 Distancia, casa de campo
 Para gozar grata sombra
 En el rigor del estío,
 Y porque allá me trasportan
 Dos mulas, que ya no alquilo
 Como antes, porque son propias.
 ¿Qué mal desear podría
 Oh Severo, á la carcoma
 De Carino? Le deseo
 Dos mulas y quinta hermosa.

62.—ACERCA DE PICENTE (77).

Del papel hasta la espalda
 Picente de versos llena,
 Y se queja de que Apolo
 La suya airado le vuelva.

63.—ACERCA DE AULO.

A Testilo tiene amor
 Aulo, y por Alexis arde,
 Y quizá también le sea
 Mi Jacinto deleitable.
 ¡ Pues bien! ¿dudaréis ahora
 De que le gusten los vates,
 Cuando goza en todo aquello
 Que á los poetas complace?

64.—CONTRA CLITO.

Para pedir un presente,
 Clito, y para reclamarlo,
 Acostumbras á nacer
 Ocho veces en cada año.
 En cuantas calendas hay,
 A excepción de tres ó cuatro,
 Según mi dictamen, piensas
 Celebrar tu aniversario.
 Más aun cuando tu faz sea
 Mas lisa que los guijarros,
 Que en la ribera del río
 Se encuentran pulimentados;
 Aunque sean tus cabellos
 Más negros que el sazonado
 Fruto del moral, tu cutis
 Más bello, más tierno y blanco

Que la pluma y leche fresca,
 Y aunque tu pecho abultado
 Te haga parecer á virgen
 Núbil que guarda su encanto
 Para un esposo querido,
 Pareces, Clito, un anciano.
 Porque ¿quién, dime, creyera
 Que Nestor ó que Priamo
 Hayan podido contar
 Tal golpe de aniversarios?
 Avergüénzate y pon término
 A tus rapiñas y amaños,
 Porque si tú perseveras
 De aquese modo burlándonos,
 Y no te basta nacer
 Una sola vez al año,
 He de creer, Clito, que
 Aun por nacer haz quedado.

65.—Á DOMICIANO.

En aquel sitio do se yergue espléndido
 El magnífico templo consagrado
 A la Fortuna del regreso (78), había
 En otro tiempo plaza afortunada.
 Allí, brillante con el noble polvo,
 Del Norte en las batallas recogido,
 César apareció con rostro fúlgido;
 Allí, adornada con la blanca veste
 Y de verde laurel la sien ceñida,
 A su dueño y señor saludó Roma
 Con la voz, con el gesto y los aplausos.
 Hay otros monumentos todavía,
 Que testimonio prestan de la justa
 Celebridad de tal lugar. Un arco
 De triunfo en él se eleva, por recuerdo
 De haber domado á exóticas naciones (79).

Por cima están dos carros arrastrados
 Por muchos elefantes, tiro inmenso
 Que la estatua dorada del gran César
 Conduce, al parecer. Digno es, Germánico,
 Este arco de tus ínclitos laureles,
 Y de adornar la ciudad de Marte.

66.—ACERCA DEL CONSULADO DE SILIO.

Quemad, Musas, quemad piadoso incienso,
 De nuestro amado Silio en dulce nombre;
 Y en esplendor de nuestro dueño agosto (80)
 Rocíe el ara sangre de las víctimas.
 Por orden suya el vástago de Silio (81)
 Es cónsul otra vez, y las doce haces
 Regresan á la casa del poeta,
 Y retumba la puerta, donde moran
 Las Musas, al golpear de nobles varas (82).
 Conservador supremo del Imperio
 Y su único sostén, oh grande César,
 Aun tienes que colmar el gozo y ansias
 De Silio, decorando con la púrpura
 Consular á un tercero de su cepa.
 Aunque el Senado ilustre concediere
 Sólo á Pompeyo, y César á su yerno
 El espléndido honor de que los nombres
 De aquestos dos egregios personajes
 Tres veces se inscribieran en los fastos
 Del pacífico Jano, Silio empero
 Sus consulados numerar prefiere
 En la persona de sus nobles hijos.

67.—CONTRA CECILIANO.

Ceciliano, la hora quinta
 Tu esclavo no te anunciara (83),
 Y te llegas presuroso

A cenar en mi compañía,
 Cuando apenas los asuntos
 Que en la hora cuarta se tratan
 Se han suspendido, y aun corren
 Las feroces alimañas
 Que á diosa Flora celebran
 En la arena ensangrentada (84).
 Calisto, véte, apresúrate,
 A todos los siervos llama,
 Antes que entren en el baño;
 Los triclinios nos prepara,
 Y entretanto, amigo mío,
 Asiento toma y descansa.
 Me pides agua caliente,
 Y aun no han traído á mi casa
 El agua fría; el hogar
 Aun cerrado se halla,
 Y los hornillos sin lumbre.
 Ven mejor por la mañana,
 ¿Por qué esperar la hora quinta?
 Hoy fué mucha tu tardanza
 Para poder, Ceciliano,
 Almorzar en mi compañía.

68.—Á ENTELO.

El que ha visto los jardines
 Del Rey de Corcira (85), oh Entelo,
 De seguro prefiriera
 Tu hermosa quinta y tus huertos.
 Para preservar tus parras
 De los fríos del invierno
 Y defender los regalos,
 Que te hace Baco, de hielos,
 Bajo piedra transparente
 Preparas abrigo tierno,
 Que, sin ocultarlos, cubre

A tus racimos soberbios.
 Así brilla bajo seda
 De una dama el cuerpo bello;
 Así se cuentan las piedras
 En un límpido arroyuelo.
 ¡Oh sabia Naturaleza,
 Qué no permites al genio!
 ¡A dar frutos del otoño
 Se obliga al inerte invierno!

69.—CONTRA VACERRA (86).

A los autores antiguos
 Admiras sólo, Vacerra;
 Sólo alabas, sólo aplaudes
 A los difuntos poetas.
 Permite, amigo, que en esto
 Complacerte no pretenda:
 No estimo tu voto en tanto,
 Que por lograrle me muera.

70.—ACERCA DE NERVA.

Cuanto el carácter de Nerva (87)
 Es dulce, otro tanto es
 Su elocuencia impetuosa;
 Mas su modestia también
 Corta el ala de su genio.
 Siendo capaz de beber
 A grandes sorbos las ondas
 Del Permiso, tuvo á bien
 Mojar tan sólo sus labios;
 Y satisfecha su sien
 De poeta con modesta
 Corona (88), plegó al vaivén
 De los vientos de la fama

Sus velas ¡Qué sencillez!
 Sin embargo, quien al docto
 Nerón leyere una vez,
 Sabe que de nuestros días
 Nerva nuestro Tibulo es

71.—CONTRA POSTUMIANO.

Con cuatro libras de plata
 Tú me diste, hace diez años
 Por Diciembre, prueba cierta
 De tu afecto, Postumiano.
 Esperaba mucho más
 —En esto te seré franco—
 (Por que deben ser los mismos,
 Ó aumentarse los regalos);
 Pero dos libras más, menos,
 Me mandaste al siguiente año:
 El presente fue aun menor
 En el tercero y el cuarto;
 Y en el quinto no pasó
 De una libra tu agasajo.
 ¡Qué generoso! En el sexto
 Año me mandaste un vaso
 De unas ocho onzas, y al otro
 Yo recibí de tu mano,
 De plata una media libra
 En una hemina. Al octavo
 Me remitiste un vasito
 De poco precio, y al año
 Siguiente, otro más pequeño
 Y más que una aguja vano.
 De seguro ya no puedes
 Amenguar más tus regalos;
 Por lo tanto, á cuatro libras
 Vuelve, vuelve, Postumiano.

72.—A SU LIBRO.

Aun no cubierto de púrpura,
 Ni todavía pulido
 Por la áspera piedra pómez,
 Te apresuras, libro mío,
 A seguir á Artano, cuando
 Narbona, de tanto brillo,
 Narbona, donde Votieno (89)
 El docto la luz ha visto,
 Le llama á las haces anuas
 Y á judiciales oficios (90).
 El vivir en tal morada
 Y con semejante amigo
 Deberá ser el objeto
 De tus deseos más vivos.
 ¡Oh, quién pudiera encontrarse
 En el lugar de mi libro!

73.—A INSTANCIO (91).

Instancio, cuyo honor y cortesía
 Estimo y amo, si mi nombre y gloria
 Procuras encargar á la memoria;
 Si dar fervor y aliento á mi Talía
 Quieres, y autorizar mis versos, dame
 Que algunos ojos ame.
 De Cintia el dulce amor templó la lira
 Tuya, Propercio, cuya voz admira;
 Bastó Licoris á mover el genio
 Del noble Galo y su gallardo ingenio.
 También al docto y cándido Tibulo
 Dió eterna fama Némesis hermosa:
 Rigió la lengua culta y numerosa,
 La Lesbia del suavísimo Catulo.
 Así, cobrando honor la musa mía

En tu feliz poesía,
 Verás, amigo, que jamás envidio
 El diestro canto de Marón y Ovidio,
 Como alcance mi cítara latina
 Su Alexis, que celebre, ó su Corina.

74.—CONTRA UN MAL MÉDICO (92).

Médico eras de la vista;
 Hoy eres ya gladiador:
 Lo que haces esgrimidor,
 Hiciste siendo oculista.

75.—ACERCA DE UN GALO DE LANGRES.

Al regresar de noche, y ya muy tarde,
 Por las calles Cubierta y Flaminiana,
 A la morada que alquilado había,
 Un Langrés que viniera hacía poco,
 Chocó contra una piedra, y dislocóse
 Un pie, midiendo con su cuerpo el suelo.
 ¿Qué hacer entonces? ¿Cómo levantarse?
 Tan grueso personaje no tenía
 A su servicio más que un pobre esclavo
 Tan débil y tan flojo, que ni apenas
 Podía sostener el manto pobre
 De su señor. Pero al acaso plugo
 Venir á socorrer al desdichado.
 Cuatro siervos marcados en la frente (93)
 Pasaron por allí con un cadáver
 De aquellos miserables que se arrojan
 En grande copia á la fatal hoguera,
 A quienes en voz baja suplicóles
 Que arrojasen el muerto en cualquier parte.
 Cambiando, pues, de carga, colocaron
 Con grande esfuerzo la pesada, ingente
 Mole del Galo en su ataúd mezquino.

El tal desconocido me parece
 Ser el sólo de quien decirse pueda
 Con justa exactitud: *un Galo muerto* (94).

76.—CONTRA GALICO.

«Díme, dime por favor,
 Díme, Marco, la verdad,
 Porque no hay nada que escuche
 Con más gusto y voluntad.»
 Tal es tu ruego incesante,
 Tal es tu eterno refrán,
 Galico, siempre que empiezas
 Tus versos á recitar,
 Ó defiendes algún pleito.
 Me es muy duro rehusar
 Lo que me pides, Galico;
 Mas te voy á contestar
 Con lo que yo considero
 Mas cierto que la verdad:
 —Nunca la verdad escuchas,
 Galico, con voluntad.

77.—Á SU AMIGO LIBER.

Liber, objeto de las tiernas ansias
 De todos tus amigos; Liber, digno
 De vivir en deleites sempiternos,
 Procura, si eres sabio, que en perfumes
 De cinamomo asirio siempre brille
 Tu blonda cabellera, y á tus sienes
 Enguirnaldar con olorosas flores.
 Que el cristal transparente de tus copas
 Con obscuro Falerno se ennegrezca,
 Y que á tu lecho, de placeres lleno,
 Un ternísimo amor sus gracias brinde.
 Vivir así, aunque la Parca dura

Tus días corte en medio de su curso,
Es vivir por más tiempo, amigo mío,
Que gozar de la vida de otro modo.

78.—ACERCA DE LOS JUEGOS DE STELLA.

Los juegos que en los campos de Flegrea (95).
Quisiera el vencedor de los Gigantes,
Que en gloria suya celebrados fuesen,
Y los cuyo esplendor envidiarías,
Baco, después de domeñar al Indo,
Los ha mi dulce Stella (96) celebrado,
Por festejar las fúlgidas victorias
De César sobre bárbaros del Norte:
Y, ¡oh cuánto de modestia, oh afecto insigne!
Aun juzga todavía que hizo poco!
Cuanto oro arrastra en sus fangosas aguas
El Hermo, y lleva el rumoroso Tajo,
En las que van serpeando por Hesperia,
No basta, no, á su pecho generoso.
A nuevo día, nuevos ricos dones;
Mercedes sin cesar prodiga al pueblo,
Que de ellas da brillante testimonio.
Ora le brinda plata amonedada;
Ora anchas fichas que le dan derecho
A recoger algunas de la fieras
Que luchar en el circo ha contemplado (97):
Ora, por fin, un pájaro le ofrece,
Que, por no haberse visto en juegos tales,
Se goza al encontrar un amo noble,
Que impedirá que sea trizas hecho.
¿Y qué diré del número de carros,
Y de los treinta premios prometidos,
A quien consiga la gloriosa palma,
Regalos que conceden raras veces
Los cónsules al darnos otros juegos?

Mas lo que sobepuja el alto brillo
 De todas estas fiestas concedidas
 En honra de tus ínclitos laureles,
 Es, César, que tú mismo las presencias.

79.—CONTRA FABULA (98).

Todas tus amigas son
 Las más viejas y más feas;
 Con ellas vas y paseas,
 Ya se sabe tu intención.
 Estas, en toda ocasión,
 Contigo gustas traer,
 Para con eso poder,
 Fabula, siempre engañosa,
 Entre feas ser hermosa,
 Y entre viejas niña ser.

80.—A DOMICIANO.

Tú, César, nos devuelves los prodigios
 De nuestros padres siempre venerandos,
 Y no consientes que en el polvo yazga
 La gloria de pretéritas edades.
 Aquellos espectáculo renuevas
 Que Italia celebraba en otros días
 En el anfiteatro, y los alientos
 En él se ven en más benignas luchas (99).
 Bajo tus leyes nuestros templos guardan
 Su pristino esplendor, y la primera
 Cabaña donde Jove fué adorado
 También recibe tus fervientes cultos.
 De aqueste modo, en tanto que construyes,
 Oh César, nuevos templos, tu restauras
 Los ya vetustos, y te debe Roma
 Los ya erigidos hoy y en otros días.

81.—ACERCA DE GELIA.

No por los sacros misterios
De Cibeles, ni siquiera
Por el buey enamorado
De la brillante becerra
De Menfis, ni por ninguno
De nuestros dioses ó deas
Jura Gelia, sino sólo
Por sus riquísimas perlas.
Mil besos les da con ansia,
Y á su pecho las estrecha,
Y las llama sus hermanos
Y hermanas y dulces prendas,
Y, en fin, más que á sus dos hijos
Les tiene cariño Gelia.
Si se diera el caso de
Que la infeliz las perdiera,
Afirma que ni una hora
Pudiera vivir sin ellas.
¡Ah, Papiriano! ¡qué hazaña
En esta ocasión pudiera
Cumplir de Anneo Sereno
La rapaz y astuta diestra! (100)

82.—Á DOMICIANO.

Cuando la turba, César, te presenta
Sus lamentos humildes, comprendemos
Nosotros, que tan sólo te brindamos
Fútiles versos, que tu numen puede
Tener al par las riendas del gobierno
Y dedicarse al culto de las Musas;
Y que á tus ojos son de gran valía
Las coronas espléndidas que ofrecen.
Socorre, ayuda, César, á tus vates;

Que también somos parte de tu gloria,
Un tanto dulce, y somos tus delicias
Y objeto predilecto de tus ansias.
No sólo á ti convienen los emblemas
De verde encina y de laurel de Apolo.
Y por tanto á tu sien corona cívica
Trenzamos con tu hiedra consagrada.

FIN DEL LIBRO OCTAVO.

LIBRO NOVENO.

I.—Á AVITO.

Oh poeta sublime, celebérrimo,
Aunque no quieras, tú, cuyas cenizas
Habrán un día de obtener la palma
De que es tan digna tu brillante Musa,
Avito (1), escribe al pie de mi retrato,
Que has puesto con cariño entre los otros
De ilustres ciudadanos, esta corta
Leyenda: «Soy aquel que á nadie cede
En fútiles nonadas, y á quien creo,
Lector, que quieres, aunque no le admiras.
Otros de más alientos canten versos
De mayor esplendor; á mí me basta,
Poeta de futesas divertidas,
Ocupar á menudo vuestras manos.»

MARCIAL Á SU QUERIDO TURANIO, SALUD.

Turanio (2), mi amadísimo hermano, buenos días. He dirigido á Estertinio (3), distinguido personaje que ha colocado mi retrato en su biblioteca, el epigrama que se halla fuera de las páginas de este libro. He juzgado oportuno advertírtelo, para que sepas á quien he designado con el nombre de Avito.

Adiós: prepárame hospitalidad.

2.—ACERCA DEL TEMPLO DE LA FAMILIA FLAVIA (4).

En tanto que al invierno dé su nombre
 Bifronte Jano, y al fecundo otoño
 Domiciano (5), y Augusto á ardiente estío:
 En tanto que el gran día de calendas
 Germánicas (6) evoque la memoria
 Del debelado Rhin; en tanto duren
 El Capitolio y el augusto templo
 De Jove; y mientras la matrona rica
 Con suplicante voz, quemando aromas,
 Ruegue de Julia á la deidad benévola (7),
 No se habrá de eclipsar el noble lustre
 De la familia Flavia, que fulgura
 Cual sol, y estrellas, y el poder romano.
 Que todo monumento que se eleva
 Por mano invicta, dura lo que el cielo.

3.—CONTRA LUPO.

Pauper amicitiae quum sis, Lupe, non es amicae;
 Et queritur de te mentula sola nihil.
 Illa siligineis pinguescit adultera cunnis,
 Convivam pascit nigra farina tuum.
 Incensura nives dominae Setina liquantur;
 Nos bibimus Corsi pulla venena cadi.
 Empta tibi nox est fundis non tota paternis;
 Haud sua desertus rura sodalis arat.
 Splendet Erythraeis pellucida mæcha lapillis:
 Ducitur addictus, te futuente, cliens.
 Octo Syris suffulta datur lectica puellae;
 Nudum sandapilæ pondus amicus erit.
 I nunc, et miseros, Cybele, procéde cinædos;
 Hæ cerat, hæccultris mentula digna tuis.

4.—Á DOMICIANO.

Si exiges á los númenes y al cielo
 Los dones de tu mano generosa,
 ¡Oh César! y si quieres presentarte
 Cual su acreedor, por más que fuera enorme
 La subasta que hiciere el alto Olimpo,
 Y aunque los dioses viéranse obligados
 A vender cuanto tienen y disfrutan,
 Atlas al punto haría bancarrota,
 Y ni hasta el mismo padre de los dioses
 Te pagaría la dozava parte
 De las contigo contraídas deudas.
 Porque, en verdad, ¿á cuánto montar puede
 Lo que él te diera por el templo augusto
 Del Capitolio? (8) ¿Cómo consiguiera
 Pagarte las coronas de follaje
 En juegos tarpeyanos distribuidas? (9)
 ¿Cuánto Juno también por sus dos templos?
 No quiero hablar de Palas (10); que ella misma
 Aboga por tu causa y te defiende.
 ¿A Alcides nombraré, nombraré á Apolo,
 Y á los gemelos píos de Laconia? (11)
 ¿Debo citar el templo de los Flavios
 Con todos los demás que el Lació ostenta?
 César Augusto, debes darle próroga,
 Que las arcas de Júpiter no tienen
 Asáz para pagarte tus regalos.

5.—CONTRA ESQUILO.

Aureolis futui quum possit Galla duobus,
 Et plus quam futui, si totidem addideris;
 Aureolos à te cur accipit, Æschyle, denos?
 Non fellat tanti Galla: quid ergo? tacet.

6.—CONTRA PAULA (12).

Haces, oh Paula, muy bien
 Con Prisco en querer casar.
 Prisco no quiere aceptar;
 Bien hace Prisco también.

7.—A DOMICIANO.

Glorioso vencedor del Rhin rebelde,
 Padre del mundo, pudoroso príncipe (13),
 Te rinden gracias todas las ciudades,
 Porque aumentarse ven sus moradores,
 Y ya sin crimen procrear se puede.
 El joven mutilado en otros días
 De avaro mercader por arte infame,
 Por sus perdidos miembros ya no llora,
 Y la madre indigente al poderoso
 Medianero en infamias ya no entrega
 Su vástago infeliz á la lascivia.
 ¡Oh César, el pudor, que en otro tiempo.
 El lecho conyugal abandonara,
 Penetra ya por tí hasta en los antros,
 Do se guarece el vil libertinaje!

8.—CONTRA AFRO.

Afro, desde que llegaste
 De las comarcas de Lybia,
 He intentado cinco veces
 Yo darte los buenos días.
 «Está ocupado, ó durmiendo»,
 Dos ó tres veces seguidas
 Me han dicho. Pero, ya basta;

No quieres la bienvenida,
Según sospecho; por tanto,
Adiós, Afro, hasta la vista.

9.—Á DOMICIANO.

Como si hubiera sido leve ofensa
A nuestro sexo prostituir vilmente
Del pueblo á la torpeza á nuestros vástagos,
La cuna ya se había convertido
En presa torpe de alcahuete infame,
Y el niño al seno maternal robado
Pedía, al parecer, con sus vagidos
De su lascivia el premio vergonzoso,
Y seres, casi en fárfara, sufrían
Tormentos horrorosos é inauditos.
El padre soberano de la Ausonia
Tales horrores tolerar no pudo,
Él, que hace poco daba dulce apoyo
A candorosa y tierna adolescencia,
É impedía que audaz libertinaje
La edad viril sumiese en la infecundia.
De jóvenes, de adultos y de ancianos
Has merecido, oh César, vivo afecto,
Mas hoy los niños á su vez te adoran.

10.—Á BITINICO.

Nada, Bitinico,
Te ha dejado Fabio,
A quien regalabas
(Si es que no me engaño)
De seis mil sestercios
Una cuota al año.
Pero, Bitinico,
Tampoco ha dejado
Nada á ninguno otro;

Cese, pues, tu llanto,
 Que á tí por lo menos,
 Una suma al año
 De seis mil sestercios
 Fabio te ha legado.

11. -CONTRA CANTARO.

Cantaro, con gusto
 Te vas á cenar
 A la casa ajena,
 Mas, de esto á pesar,
 No deja tu boca
 Bravatas de echar,
 Y tu lengua muerde,
 Y es siempre minaz.
 Deja, te aconsejo,
 Aire tan audaz,
 Porque nadie es libre
 Y glotón al par.

12. ACERCA DE EARINO, FAVORITO DE DOMICIANO (14).

Nombre nacido con fragantes rosas
 Y tiernas violetas; nombre dulce
 Que designa del año la más bella
 Estación; tú que exhalas los aromas
 Del Hibla y de las flores de la Hélade;
 Nombre tan bién oliente como el nido
 Del orgulloso fénix (15), más süavé
 Que el néctar celestial, y que quisieran
 Hasta el amante mismo de Cibeles,
 Y el que brinda la copa al rey del trueno;
 Nombre al cual los Amores y las Gracias
 Responden, cuando sueñas ante el César:
 Oh nombre dulce, delicado, noble,
 ¡Cuán grande es mi deseo de ingerirte

En elegante, numeroso verso!
 Mas tú, rebelde sílaba, te opones
 A mis ardientes ánsias. Sin embargo,
 Los poetas pronuncian *Earinon*;
 Son Griegos, á quien nada se prohíbe,
 Y que solos á su capricho pueden
 Las sílabas medir de *Ares, Ares* (16).
 Mas tal licencia véclase á nosotros,
 Porque las Musas á quien damos culto,
 Muy más rígidas son y más severas.

13.—ACERCA DEL MISMO.

Si el otoño me pidiese
 Algún nombre, el de Oporino
 Elegiría con gusto;
 Si fuera el invierno frío,
 Quien tal petición me hiciese,
 Me llamara Quimerino:
 Siendo el ardiente verano,
 Tomaría el de Terino.
 ¿Cómo, pues, llamar á aquel
 Que debe su nombre lindo
 A la dulce primavera?
 Debo llamarle Earino.

14.—ACERCA DEL MISMO.

Tienes por nombre un nombre que designa
 Del año la estación más grata y dulce,
 A la fugaz y amable primavera,
 Que ve libar el polen de las flores
 Del Atica á la abeja susurrante;
 Un nombre que merece ser escrito
 Con una flecha del Amor; un nombre
 Que Venus Cíterea se complace
 En bordar con su aguja; nombre hermoso

Cuyas letras debieran ser formadas
 Con perlas de Eritrea, ó con succino
 Por mano de las Héliadas tomado;
 Un nombre que las grullas voladoras
 Debieran dibujar en las alturas;
 Un nombre, en fin, que solamente es digno
 De resonar en el cesáreo alcázar.

15.—CONTRA UN AMIGO PARÁSITO.

Ese, á quien tus cenas
 Han hecho tu amigo,
 Juzgas que tendráte
 Profundo cariño?
 Las ubres de puerca,
 El jabalí rico,
 Las ostras y barbos,
 No tú, son su ahinco.
 Si en mi casa diérale
 Banquetes opíparos,
 No dudes que fuera
 Mi amigo querido.

16.—ACERCA DE CLOE (17).

Cloe la séptima vez
 Las exequias celebró.
 Siete maridos lloró;
 No hay tan honrada viudez.
 ¿Pudo con más sencillez
 Toda la verdad decir?
 Mandó en la piedra escribir
 Que ella les dió sepultura,
 Y dijo la verdad pura,
 Porque los hizo morir.

17.—ACERCA DE LA CABELLERA DE MARINO.

El niño que es el más bello
 Ornamento del palacio
 De nuestro amo, y cuyo nombre
 Designa parte del año
 La más bella y más florida,
 Este niño ha consagrado
 El espejo consejero
 De su belleza y encantos,
 Y su hermosa cabellera
 De Pérgamo al numen sacro (18).
 Dichoso el país que honora
 A tan precioso regalo;
 El pelo de Ganimedes
 No lo estimaría tanto.

18.—ACERCA DE LA MISMA, Á ESCULAPIO.

Oh, venerable nieto de Latona (19),
 Que con auxilio de salubres hierbas
 Conjuras de las Parcas los rigores
 Y los rápidos husos, con que tejen
 El estambre vital; un niño hermoso
 De los que en Roma tienes, te tributa
 El homenaje de sus trenzas blondas,
 Que de su dueño han merecido aplausos.
 Ha unido á la venusta cabellera,
 Que á tí consagra, el brillador espejo,
 En donde contemplaba dibujada
 Con toda exactitud su faz hermosa.
 Sus gracias juveniles hora guárdale,
 A fin de que no sea menos lindo
 Cortadas sus guedejas, que en el tiempo
 En que profusa cabellera había.

19.—A DOMICIANO.

César, poseo, y aun hago
 Votos para poseerla
 Mucho tiempo en tu reinado,
 Una casa muy modesta
 En el campo, y en la ciudad
 Otra también como aquélla.
 Pero en tanto que una bomba
 Corva aspira con gran pena
 Del fondo de estrecho valle
 El agua con que se riega
 Mi campo sediento, la otra,
 Que está sin agua, se queja
 De que el rocío más mínimo
 No la refresque siquiera,
 Aunque el rumor de la fuente
 Marcia se escuche desde ella.
 César Augusto, las aguas
 Con que tú me favorezcas
 Habrán de ser para mí
 Cual si de Castalia fueran,
 Y como si el mismo Júpiter
 A mí su lluvia me diera.

20.—CONTRA SABELO (20).

Debe, Sabelo, á tu vena
 Más de mil versos el baño
 De Concio, que todo el año
 Mantiene mesa tan buena.
 Pero ya llegó á entender
 De tus elogios el arte:
 Lo que quieres no es bañarte,
 Sabelo, sino comer.

21.—Á DOMICIANO.

El suelo que sostiene un templo abierto
 A todos, y que cubre el oro y mármoles,
 Testigo fué de la aurora
 Del amo del Imperio. ¡Oh feliz tierra,
 Por haber escuchado sus vagidos
 Y haberle visto y dado dulce apoyo
 Al ensayar su ternezuela planta,
 Y reptar con sus manos infantiles!
 Allí se alzó la estancia venerable,
 Que ha dado al mundo lo que pía Creta
 Y Rodas dieron al lumbroso cielo.
 Las armas de Curetas (21) agitadas
 Con gran rumor, y tales cual podían
 Manejar los castrados sacerdotes,
 De Jove han protegido el nacimiento;
 Mas á tí, Cesar, hasta el mismo padre
 De las deidades te prestó socorro,
 No de escudo valido y jabalina,
 Sino de egida y de su ardiente rayo

22.—Á AUCTO (22).

Compró un mozo Artemidoro
 Por el precio en que estimó
 Su heredad, pues la trocó
 Por el mozo á Caliodoro.

Aucto, dime, ¿quién mejor
 Su hacienda supo emplear?
 Sabe Artemidoro amar,
 Caliodoro es labrador.

23.—Á PASTOR.

Quizá, Pastor, imaginas
 Que quiero ser opulento,
 Por lo que hace desear

Riquezas al vulgo necio;
Que yo quisiera emplear
Mis azadas en terrenos
De Setia; ó para cubrir
Con innumerables siervos,
Cargados de férreos grillos
De son lúgubre y siniestro (23),
De Toscana las campiñas;
Ó para gozar de un ciento
De mesas de Mauritania
Con pies de marfil soberbios;
Ó por tener brilladores
Por el oro ricos lechos;
Ó porque opriman mis labios
Vasos de cristal espléndidos;
Ó por beber entre nieve
Sabroso, negro falerno;
Ó porque suden mis Sirios
De Canusa (24) bajo el peso
De mi litera, seguida
De numeroso cortejo
De clientes officiosos;
Ó por ver mi joven siervo
(Que no quisiera cambiar
De Jove por el mancebo)
Estimular la lascivia
De un convidado ya ebrio;
Ó por montar una mula
Que me salpique con cieno
Mis vestidos purpurinos,
Y azotar con golpe fiero
A un caballo masiliano (25).
No, no ansío nada de esto,
¡Los dioses sean testigos
Y testigo el alto cielo!
—¿Qué deseo, pues, me dices?
—Dar y erigir monumentos.

24.—Á CARO.

Oh tú, que hubiste la suprema dicha
 De, en juegos de la púdica Minerva,
 Alcanzar la corona de oro, dime,
 Oh Caro, ¿dónde se halla ese trofeo
 Que tanto esmalta tu persona ilustre?—
 «¿Ves el busto de mármol, de nuestro amo
 Imagen refulgente? Mi corona
 Fué por sí misma á circundar sus sienas.»
 Ya de hoy en más celosa puede hallarse
 La sacra encina del olivo albano,
 Porque ha sido el primero que ha ceñido
 Esa cabeza invicta con su fronda.

25.—AL MISMO.

¿Qué egregio artista, con buril ardiente,
 De César ha exprimido la figura
 Con tal exactitud, haciendo al mármol
 Del Lacio superior al marfil rico
 Que Fidias animara? Tal el rostro,
 Tales son las facciones del gran Jove
 En su tranquila majestad serena.
 Tal es el dios, cuando en el limpio cielo
 Hace vibrar sus rayos por el éter.
 Caro, no solo Palas te ha donado
 Espléndida corona de alto precio,
 Sino—lo que más vale—copia exacta
 Del soberano á quien tributas culto.

26.—CONTRA AFRO.

Siempre que miro á tu Hilo,
 Cuando me echa de beber,
 Me observas, Afro, con ojos

Inquietos al parecer.
 Dime por favor, ¿qué crimen
 Pudiera yo cometer
 Mirando un esclavo hermoso?
 Al sol miramos también,
 Y á los astros, y á los dioses,
 Y á sus templos de alta prez.
 ¡Qué! ¿esconderé mi persona?
 ¡Ojos, faz ocultaré
 Cual si fuera la Gorgona (26)
 Quien me echara de beber?
 Hércules, aunque de genio
 Áspero, tenía á bien
 Que se mirase á su Hílas,
 Y á Mercurio lícito es
 Gozarse con Ganimedes.
 Afro, si no quieres, pues,
 Que á tus jóvenes esclavos
 Puedan tus huéspedes ver,
 A Fineas solamente
 Y á Edipos llama á comer (27).

27.—ACERCA DE NERVA.

Osar dirigir versos al facundo
 Nerva es, oh Cosmo, cual si á tí te diesen
 Un traje verde cual marinas ondas,
 Ó como regalar alheñas blancas
 Y dulces violetas á colonos
 De Pestum (28), ó miel rica de la Córcega
 A las abejas célebres del Híbla.
 Sin embargo la musa más modesta
 De algún encanto va seguida siempre,
 Y la humilde aceituna es rebuscada
 Después que se sirvió el marino lobo:
 Por tanto no te admire, que mi musa,
 Al conocer sus débiles alientos,

Con timidez espere tu dictamen.
Hasta el mismo Nerón, según se dice,
En su edad juvenil temió tu juicio,
Al leerte sus obras más ligeras.

28.—CONTRA CRESTO.

Quum depilatos, Chreste, coleos portes,
Et vulturino mentulam parem collo,
Et prostitutis lævius caput culis,
Nec vivat ullus in tuo pilus crure,
Purgentque crebræ cana labra volsell
Curios, Camillos, Quintios, Numas, Aucos,
Et quidquid usquam legimus pilosorum
Loqueris, sonasque grandibus minax verbis;
Et cum theatris sæculoque rixaris.
Occurrit aliquis inter ista si draucus,
Jam pædagogo liberatus, et cujus
Refibulavit turgidum faber penem,
Nutu vocatum ducis, et pudet fari,
Catoniana, Chreste, quod facis lingua.

29.—EPITAFIO DE LATINO (29).

Yo soy Latino, vuestro actor famoso,
Vuestras delicias, el adorno dulce
De la escena, y honor de vuestros juegos;
Yo soy aquel en cuya mano estuvo
Cautivar de Catón los graves ojos,
Y desrugar el ceño de Fabricios
Y Curios. Más mi vida no ha tomado
Los usos licenciosos de la escena,
Y siendo actor, tan sólo pertenezco
Por el arte al teatro. Sin costumbres
No hubiera yo placido á nuestro príncipe,
Al dios que ve hasta el fondo de las almas.
¡Oh! llamadme vosotros el parásito.



De Apolo (30), siempre que comprenda Roma
Que soy el servidor de su gran Júpiter.

30.—EPITAFIO DE FILENIS (31).

Después de haber, cual Nestor,
Vivido siglos completos,
Filenis, ¿vas arrastrada
De Plutón á los infiernos?
De la sibila de Cumas
Aun no contabas los tiempos,
Porque ésta murió más vieja
Que tú en tres meses al menos.
¡Ah, qué lengua está obligada
A guardar silencio eterno!
No la vencían las voces
De mil esclavos expuestos
En venta, ni la gran turba
Que á Serapis (32) rinde incienso,
Ni una tropa de escolares
De los de rizado pelo,
Que corren por la mañana
A casa de su maestro,
Ni una bandada de grullas
Que con sus gritos molestos
De Estrimón llenan las márgenes (33).
¿Quién ahora tendrá medios
De, con rombo tesaliano (34),
La luna bajar del cielo?
¿Qué alcahueta de hoy en más
Podrá tejer un enredo
De amores? ¡Oh, que te sea
El suelo siempre ligero;
Que débil capa de arena
Encubra siempre tu cuerpo,
Para que desenterrar
Puedan los canes tus huesos!

31.—ACERCA DE LA PIEDAD CONYUGAL DE NIGRINA.

Antistio ha perecido en las riberas
 De Capadocia bárbaras; ¡oh suelo
 Culpable por un crimen tan odioso!
 Nigrina, conduciendo en su vestido
 Los dulces restos de su esposo amado,
 Ha vuelto á Roma, lamentando triste
 De que tan corta fuese la jornada;
 Y cuando confiaba la urna pía
 A aquella tumba de que está celosa,
 Le pareció que por la vez segunda
 Perdía la infeliz al caro esposo.

32.—ACERCA DEL VOTO DE VELIO.

Mientras á César Velio acompañaba
 A debelar al Sárмата; hizo voto
 Por su señor y dueño de que á Marte
 Habría de inmolar aqueste pájaro.
 La Luna no corriera todavía
 Ocho veces su curso, cuando el numen
 El pago de su deuda reclamaba.
 Alegre el ánsar vuela desalado
 Hacia el altar, y, víctima modesta,
 Sobre el sagrado hogar rendido cae.
 ¿No veis las ocho piezas suspendidas
 De su entreabierto pico? En sus entrañas
 Las había escondido, ha poco tiempo.
 El sacrificio en que, en lugar de sangre,
 Se prodiga el dinero, nos enseña,
 Oh César, que de hoy más nos es inútil
 El manejar el sanguinoso acero.

33.—CÓMO HA DE SER SU QUERIDA.

Hanc volo, quæ facilis, quæ palliolata vagatur;
 Hanc volo, quæ puero jam dedit ante meo;
 Hanc volo, quam redimit totam denarius alter;
 Hanc volo, quæ pariter sufficit una tribus.
 Poscentem nummos, et grandia verba sonantem,
 Possideat crassi mentula Burdigali.

34. — Á FLACO.

Si alguna vez escuchas,
 Amigo Flaco,
 Que en un baño resuenan
 Grandes aplausos,

.

 (35).

35.—ACERCA DEL TEMPLO DE LA FAMILIA FLAVIA.

Al descubrir el templo construído
 Por Domiciano á la familia Flavia,
 De la tumba falaz rióse Jove
 Que tiene alzada sobre el monte Ida.
 Al punto, saboreando en el banquete
 El néctar derramado á grandes olas,
 Y al presentar su copa á su hijo Marte,
 Tornó los ojos hacia el blondo Febo,
 Y hacia su hermana, junto á quien se hallaban
 Mercurio pío y valeroso Alcides,
 Y así le dijo con sonrisa frónica:

« Vosotros que en mi honor habéis alzado
 En Creta un monumento, mirad cómo
 Mas útil esme ser padre de César. »

36.—CONTRA FILOMUSO.

Filomuso, he aquí el medio
 De que tú te sirves para
 Atrapar una comida:
 Inventas noticias falsas,
 Y luego como verdades
 Certísimas las propalas.
 Tú sabes lo que ha resuelto
 El partho Pacoro (36), y cuantas
 Son las tropas con que cuentan
 El Rhin y fiera Sarmacia.
 Tú del jefe de los Dacios
 Conoces las ordenanzas
 Transcritas en sus tablillas;
 Tú ves la gloriosa palma
 De la victoria, antes que
 A nosotros llegado haya.
 No se te ocultan las veces
 Que ha llovido en las comarcas
 De Syene la negra (37); sabes
 Qué barcos de Libia zarpan;
 Qué frente ha de coronar
 El César con la preclara
 Óliva (38), y á quién destina
 Júpiter la ovante palma (39).
 Filomuso, no te tomes
 Tal fatiga y pena tanta;
 Hoy has de cenar conmigo,
 Siempre que me des palabra
 De que no me has de contar
 Ninguna de tus patrañas.

37.—CONVERSACIÓN DE JÚPITER Y GANIMEDES CON
MOTIVO DE EARINO Y DE OTROS FAVORITOS DE
DOMICIANO.

Viendo, hace poco, al favorito ausonio (40)
 Depositar su larga cabellera,
 El favorito frigio, amor ilustre
 Del otro Jove, dijo:—Lo que César
 Tu amigo ha tolerado á su mancebo,
 Oh Soberano dueño de los orbes,
 También debieras permitirlo al tuyo.
 Ya mi pristino vello está sombreado
 Por luenga cabellera; ya se ríe
 Juno de mí, y me dice que soy hombre»
 —Oh dulcísimo joven, le contesta
 El Dios del cielo; es el destino mismo,
 No yo, quien niega lo que tú me pides.
 A nuestro amado César le ministran
 Mil siervos que la flor de la belleza
 Ostentan como tú; y á tanta tropa
 Celeste apenas puede dar cabida
 Su inmenso alcázar. Mas si el sacrificio
 De tus cabellos hace de tí un hombre,
 ¿Quién de néctar la copa me llenara?

38.—CONTRA GALA.

Mientras te hallas en tu casa,
 Te están rizando el cabello
 En la tienda, que en la calle
 De Suburra há un peluquero,
 Quien solamente se ocupa
 En tu tocado y arreo.
 Todas las noches te quitas
 Tus dientes, como tu velo,
 Y encierras tus atractivos

En tarros de cien diversos
 Menjures, y nunca, nunca
 Tu rostro duerme en tu lecho.
 Sin embargo, me haces señas
 Con la ceja que te has puesto
 Por la mañana (41), é impúdica
 Me muestras con torpe empeño
 Tus gracias, que ya blanquean
 Con el curso de los tiempos.
 ¡Oh! ya puedes tú contarlas
 Entre tus rancios abuelos.
 En vano tú me prometes
 Mil deleites estupendos;

.....

 (42).

39.—Á AGATINO (43).

Aunque á juegos peligrosos
 Tú juegas con gran destreza,
 No lograrás, Agatino,
 Que el escudo caiga en tierra.
 A todas partes te sigue,
 Aunque tú no lo pretendas,
 Y vuelve siempre hacia tí,
 Dando por el aire vueltas,
 A colocarse en tus plantas,
 Ó en tus hombros, ó en tus piernas,
 Ó en la punta de tus dedos.
 En vano se halla la escena
 Por la lluvia de azafrán
 Resbaladiza y ligera;
 En vano el viento arrebata
 Las telas (44), que con braveza
 Luchan contra su furor;

Que el escudo se pasea
 Por tus miembros, que recíbenlo
 Sin que de ello dense cuenta,
 Y ni el vendaval ni lluvia
 Son óbice á tu destreza.
 Aun cuando tú pretendieses
 Errar, no lo consiguieras,
 Y si cayese el escudo,
 Eso mismo fuera prueba
 De la gran habilidad
 Con que el escudo manejas.

40.—ACERCA DEL NATALICIO DE CESONIA.

Este es el primer día que ha alumbrado
 Para el tonante Dios del Palatino (45),
 El día que Cibeles deseara
 Para testigo del nacer de Jove.
 La púdica Cesonia en este día
 Para mi amado Rufo abrió los ojos:
 ¿Qué más pudiera dar ninguna madre,
 Al adorado fruto de su entraña?
 Su marido se goza con la doble
 Felicidad que colma sus deseos,
 Porque dos grandes, válidos motivos
 Le hacen amar tan generoso día.

41.—ACERCA DE DIODORO, Y EL VOTO DE FILENIS,
 SU ESPOSA.

Tarpeias Diodorus ad coronas
 Romam quum peteret Pharo relicta;
 Vovit pro reditu viri Philænis,
 Illam lingeret ut puella simplex,
 Quam castæ quoque diligunt Sabina.
 Dispersa rate tristibus procellis,
 Mersus fluctibus, obrutusque ponto,

Ad votum Diodorus enatavit.
 O tardus nimis et piger maritus!
 Hoc á littore si puella votum
 Fecisset mea, protinus redissem.

42.—CONTRA PONTICO.

Pontice, quod nunquam futuis, sed pellica læva
 Uteris, et Veneri servit amica manus,
 Hoc nihil esse putas? Scelus est, mihi crede, sed ingens,
 Quantum vix animo concipis ipse tuo.
 Nempe semel futuit, generaret Horatius ut tres;
 Mars semel, ut geminos Ilia casta daret.
 Omnia perdiderat, si masturbatus uterque
 Mandasset manibus gaudia fœda suis.
 Ipsam crede tibi naturam dicere rerum:
 Istud quod digitis, Pontice, perdis, homo est.

43.—Á APOLO, EN PRO DE SU AMIGO STELLA.

¡Ojalá que en los campos de Myrina (46)
 Puedas, radiante Apolo, gozar siempre
 De tus antiguos cisnes, y las sabias
 Hermanas continen obsequiosas
 Formando tu cortejo, y que no mienta
 Jamás de Delfos tu sagrado oráculol
 ¡Ojalá que te adoren y veneren
 Los huéspedes del monte Palatino!
 ¡Ojalá César, siempre bondadoso,
 Al punto ofrezca—tales son mis ansias—
 A mi querido Stella las doce haces! (47)
 Entonces yo feliz, y preparado
 A cumplirte un piadoso compromiso,
 Conduciré cabe tus aras rústicas,
 Para que en sacrificio ante ellas caiga,
 Un becerrillo de dorados cuernos (48).
 ¡Oh refulgente Febo! ya la víctima
 La luz ha visto: ¿por qué te demoras?

44.—ACERCA DE UNA ESTATUA DE HÉRCULES.

El que descansa sobre aqueste mármol
 Y con piel de león su reciedumbre
 Mitiga, dios magnánimo en mezquina
 Forma de bronce, que, tornado el rostro
 A la azulada esfera, mira al cielo
 Que ha sostenido en su robusta espalda,
 Y que en su mano diestra nos ofrece
 Una pesada maza, y en la izquierda
 Una ancha copa, no es de nuestros días
 Famoso objeto, ni tampoco gloria
 De nuestro pueblo: fué regalo noble,
 Y es obra de la mano de Lysipo (49).
 Un tiempo ha figurado aquesta imagen
 Adornando la mesa del tirano
 De Pela (50), que sepulto fué al momento
 En la tierra que al yugo sujetara.
 Annibal siendo joven la ofreciera
 En voto á los altares de la Lybia;
 Es ella la que á Sila (51) ha persuadido
 A que abdicara su poder horrendo.
 Odiando la soberbia de las cortes
 Y el orgullo y pavor que en ellas reina,
 Se aplice en ocupar la dulce estancia
 De modesto y sencillo ciudadano;
 Y como un tiempo fué querido huésped
 Del plácido Molorco (52), así desea
 Ser hoy el numen de erudito Vindex.

45.—ACERCA DE LA MISMA ESTATUA.

Preguntaba, ha poco, al Hércules
 Que tiene Vindex, qué artista
 Habilidoso le hiciera.
 Como suele, una sonrisa

En sus labios dibujóse;
 Mas luego la frente inclina
 Un tanto: «Poeta, dice,
 ¿Te será desconocida
 La lengua griega? ¿No lees
 La palabra que está inscrita
 En el pedestal?» ¡Lysipo!
 Y pensaba leer Fidias!

46.—A MARCELINO.

Soldado pronto á enderezar tu planta
 A las regiones frías del Norte,
 Y á impávido sufrir las implacables
 Estrellas perezosas de la Getia,
 Tú vas al punto, amado Marcelino,
 A ver de cerca el célebre peñasco
 Do Prometeo encadenado estuvo (53).
 Cuando contemples tan abruptas rocas,
 Eternos confidentes de las ansias
 Del viejo, exclamarás: «Fué todavía
 Más fuerte y más sufrido que los dioses.»
 Y podrás añadir: «Quien tan constante
 Tormentos horribles ha sufrido,
 Pudo también formar la raza humana.»

47.—CONTRA GELIO (54).

Siempre Gelio edificando
 Está: ya las puertas pone,
 Ya las ventanas dispone
 De otra suerte; ya comprando
 Cerraduras, ya mudando
 Le hallaréis lo que hizo ayer:
 Nunca le falta quehacer,
 Por si le vais á pedir
 Prestado, poder cumplir,
 Y «estoy de obra» responder.

48.—CONTRA PANICO.

Democritos, Zenonas, inexplicitosque Platonas.
 Quidquid et hirsutis squalet imaginibus,
 Sic quasi Pythagoræ loqueris sucesor, et hæres:
 Præpendet mento nec tibi barba minor,
 Sed, quod et hircosis serum est, et turpe pilosis,
 In molli rigidum clune libenter habes.
 Tu, qui sectarum causas et pondera nosti,
 Dic mihi, percidi, Panuice, dogma facit?

49.—CONTRA GALICO (55).

Tu vida y dioses en prenda,
 Galico, pusiste un día,
 Jurando que heredaría
 Yo la cuarta de tu hacienda.
 Y te creí: no pensaba
 Que mudanza haber pudiera:
 (¿Quién no cree en lo que espera?)
 Y mil regalos te enviaba.
 Entre otros, te dí un pesado
 Jabalí, y si repararas
 En lo grande, ser pensaras
 En Calidonia cebado (56).
 Luego llamados por tí
 Fueron pueblo y senadores,
 Que aun regoldan los sabores
 De mi rico jabalí.
 Mas á mí (¿quién tal creyera?)
 No me ofreciste una silla,
 Ni mandaste una costilla,
 Ni un pedacito siquiera.
 ¿Cómo, Galico, esperar
 Yo pudiera algo de tí,
 Cuando de mi jabalí
 Nada me quisiste enviar?

50.—ACERCA DE UNA TOGA QUE LE HABÍA REGALADO
PARTENIO.

Mirad aquella toga que cantada
 Ha sido tantas veces en mis versos,
 Por el lector amados y aprendidos.
 Un tiempo fué regalo muy precioso,
 Con que obsequió Partenio á su poeta,
 Regalo siempre fijo en mi memoria.
 ¡Oh! como distinguido caballero
 Yo me esponjaba con tan bella toga,
 Cuando flamante aún su rica lana
 Espléndidos vislumbres despedía;
 Cuando era digna del donante egregio.
 Hoy se halla astrosa y vieja; apenas puede
 A nadie presentarse, ni siquiera
 La vestiría el último petate
 Mas friolero que habitara en Roma:
 Traje de nieve con razón diríase.
 ¡Oh larga serie de horas, luengos años!
 ¿Qué habrá que á vuestro diente se resista?
 Aquesta toga no es del gran Partenio,
 Si mía por lo ruin y miserable.

51.—CONTRA GAURO.

Tú, Gauro, atestigüas
 Mi poco talento,
 Porque, por lo breves,
 Agradan mis versos.
 Estamos conformes;
 Mas tú, que del viejo
 Priamo nos cuentas
 Los ínclitos hechos
 En veinte volúmenes,
 ¡Oh, tú eres un genio!

Nosotros pintamos
Al amado siervo
De Lagón y Bruto (57)
Con tales arreos,
Que gozar parece
De vida y aliento.
Pero tú, en arcilla
Haces, Gauro egregio,
Tornarse un gigante
Que no tiene precio.

52. — ACERCA DE LUCANO Y TULO (58).

Lo que tú pedías siempre
A los dioses, á pesar
De tu hermano, esto es, morir
Antes que él, Lucano, lo has
Logrado. Pero él te tiene
Envidia, y aunque su edad
Fuese menor que la tuya,
Tulo quería bajar
Primero á las negras ondas
De la Estigia. Pero ya
Que hoy goza del Eliseo
Y de su grato solaz,
Por la vez primera quieres
Lejos de tu hermano estar;
Y si uno de los gemelos
Llega á la tierra á morar
Desde los brillantes astros,
A Cástor eres capaz
De advertir que no descienda
A Pólux á reemplazar.

53. — A QUINTO OVIDIO (59).

Tanto de Abril las calendas
(Pues lo mereces, Ovidio)

Como las del mes de Marzo,
 Cree que quiero y estimo.
 ¡Oh, felices ambos días,
 Ambos de notarse dignos
 Por mi mano con las piedras
 De los quilates más finos!
 El uno me dió la vida;
 El otro me da un amigo:
 Más que á mis propias calendas,
 Debo á las tuyas, oh Quinto.

54.—AL MISMO (60).

Un regalo no costoso
 Ofrecí á tu nacimiento;
 Mas tú desechas mi intento,
 Quinto, de un modo imperioso.
 Yo, aunque no soy poderoso,
 Ya que te obedezco á tí
 No dando lo que ofrecí,
 Quiero obedezcas también,
 (Pues á los dos está bien),
 Y que tú me des á mí.

55.—A SU PRIMO.

Si yo poseyese tordos
 Engordados por olivas
 Del Piceno; si los bosques
 De montüosa Sabina
 Se llenasen con mis redes;
 Si yo cazase con liga
 Gruesas aves, ó pescase
 Con caña pesca muy fina,
 Entonces diera al pariente
 A quien tengo en tanta estima
 El regalo consagrado

Por una costumbre antigua,
 Y ni mi hermano ni abuelo
 Obtuvieran primacia.
 Mas sólo el flaco estornino,
 Y las quejas repetidas
 Del pinzón, y del gorrión
 La gárrula algarabía,
 Cuando viene primavera
 Resuenan en mis campiñas.
 Aquí el labrador responde
 Saludando á la marica;
 Allí el milano rapaz
 Tiende el ala, á nuestra vista,
 Volando con rapidez
 Hasta á las estrellas mismas.
 Por ende sólo te envío
 Dones de poca valía
 De mi modesto corral;
 Y si forman tu delicia,
 Habrás de ser muchas veces
 De mi querida familia.

56.—Á FLACO (61).

En el festejado día
 De los parientes, y cuando
 Se regalan tantas aves;
 Mientras que tordos preparo
 Para mi querido Stella,
 Y también para tí, Flaco,
 Veo correr hacia mí
 Un turbión desarrapado
 De personas, pretendiendo
 Cada cual ser en mi ánimo
 La primera y más querida.
 Por placer á dos me alampo;
 Pero el ofender á muchos

Es expuesto á graves daños,
 Y hacer regalos á todos
 Es gravoso, y demasiado.
 Un medio sólo me resta
 De salir de este embarazo,
 Y lo adopto: ya no envío
 Tordos ni á Stella ni á Flaco.

57.—ACERCA DE ESPENDOFORO.

El bello Esendoforo, el escudero
 De César, á la Lybia se dirige.
 ¡Oh Cupido, prepara aquellas flechas,
 Con que el pecho taladras de los mozos,
 Y de doncellas dulces, para darlas
 A mancebo tan lindo y tan gallardo!
 Aunque en su mano delicada lleve
 Ligera jabalina, cuida, cuida
 De tu escudo, tu espada y tu coraza.
 De toda lucha ha de salir ileso,
 Si en plena desnudez en ella entrare.
 Así Paternopeo (62) no fué herido
 De flecha, ni de lanza, ni de espada,
 Mientras no tuvo casco ni loriga.
 ¡El hombre á quien Esendoforo hiera
 Ha de morir de amor! ¡Feliz mil veces
 Quien haya de gozar tan dulce suerte!
 ¡Oh! vuelve mientras eres todavía
 Un niño y á tu faz hermosa esmaltan
 De la niñez las gracias seductoras.
 Roma, tu bella ciudad, no Lybia,
 Te debe dar viriles atributos.

58.—CONTRA HEDILO.

Nada se halla tan raído
 Como está de Hedilo el manto:

Ni las asas manoseadas
 De vetustísimos vasos
 De Corinto, ni la pierna
 Rozada por el contacto
 De diez años de cadena,
 Ni el pescuezo desollado
 De una derrengada mula,
 Ni los muchos altibajos
 De la vía Flaminiana,
 Ni el refulgente guijarro
 De las márgenes del río,
 Ni el escardillo toscano,
 Que laboreando las viñas,
 Se pule, ni el deslustrado
 Traje que cubre el cadáver
 De un mísero ciudadano,
 Ni la rueda fatigada
 De un carrero descuidado,
 Ni los lomos de un bisonte,
 Que en los muros de un establo
 Se frota, ni el viejo diente
 De jabalí sanguinario.
 Mas ¿qué digo? Hay una cosa
 —Y Hedilo no negaralo—
 Que se encuentra más raída,
 Más gastada que su manto,

 (63).

59.—Á LA NINFA DE SABINO.

¡Oh ninfa, reina de ondas consagradas!
 ¡Oh ninfa, á quien Sabino (64) por un acto
 De pía esplendidez ha construído
 Un duradero y elegante templo;
 Ojalá que la Umbría montüosa
 Rinda á tu fuente eternos homenajes,

Y que Sarsina (65), tu ciudad amada,
De Bayas á las ondas la prefiera!
Recibe con bondad mis poesías,
Que siempre están de tal honor ansiosas.
¡Oh, tú has de ser para mi pobre musa
La fuente de Pegaso! Quien presenta
Sus versos en el templo de las Ninfas,
Con toda claridad él mismo advierte
Lo que con ellos deberá ser hecho (66).

60.—CONTRA MAMURRA.

Después de haberse paseado
Largo trecho y mucho tiempo,
Recorriendo los bazares,
En donde el pueblo opulento
De Roma muestra orgulloso
De sus riquezas trofeos,
Mamura pasa revista
Y devora como hambriento
A los jóvenes esclavos,
No tan sólo á los que expuestos
Se hallan en los mostradores
De las tiendas, sino á aquellos
Que se encuentran reservados
En los sitios más secretos,
Y que ni el pueblo, ni otros
Como yo, mirar podemos.
Saciado ya de este examen,
Recorre las mesas: luego
Ordena le enseñen la
Que está cubierta de un lienzo:
Después pide la que se halla
Algo elevada del suelo,
Y que es toda de marfil.
Ya medido por lo menos
Cuatro veces, incrustado

De escamas, hermoso lecho
Capaz para seis personas (67),
Lanza profundos lamentos,
Porque no es bastante para
Su mesa de limonero.
Consulta con su nariz,
Para poder estar cierto
De que al metal de Corinto
Huelen los vasos soberbios:
Hasta critica tus bellas
Estatuas, oh Polycleto.
Se lamenta de que se haya
Turbado el cristal espléndido
Por mezclar algo de vidrio,
Y, no obstante, aparte ha puesto
Unos diez vasos murrinos,
Que ha notado como experto:
Examina antiguas cestas,
Y de ellas pregunta el precio,
Y hasta las copas (si encuéntralas)
Del famosísimo Méntor.
Numera las esmeraldas
De un vaso de oro soberbio (68),
Y los pendientes enormes
Que producen un son hueco
En orejas de las damas:
Busca en cada mesa luego
Las verdaderas sardónicas,
Y á los jaspes más espléndidos
Y de mayor magnitud
Avalora y pone precio.
Por fin, cuando ya cansado
De ocuparse en tal empleo,
Se retira á la hora onцена,
Compra dos vasos pequeños
Por un as, y hacia su casa
Los lleva después corriendo.

61.—REMITE Á SABINO UNA CORONA DE ROSAS.

Ora vinieres de Tíboli,
 Ora vinieres de Pesto,
 Ó ya la tierra de Túsculo
 Te haya dado ese soberbio
 Colorido de tus rosas,
 Ó ya en cármenes amenos
 De Preneste te cogieran
 De una aldeana los dedos,
 Ó ya por fin que hayas sido
 El orgullo de los huertos
 De la Campania, oh corona,
 Para ser de mayor precio
 Ante mi amado Sabino,
 Aparece como espléndido
 Producto de la campiña
 Que yo disfruto en Nomento.

62.—ACERCA DEL PLÁTANO DE CÉSAR.

En las campiñas de Tartesia, donde
 Córdoba la opulenta se complace
 Del pacífico Betis en la orilla;
 En donde los vellones se revisten
 Del pálido color de los metales
 Que el río encubre; donde en fin la lana
 De los rebaños de la Hesperia brilla
 Del oro con vivísimos vislumbres,
 Un alcázar espléndido se encumbra,
 Alcázar que conoce todo el orbe.
 En medio del magnífico palacio,
 Un plátano se yergue, cuya fronda
 Espesa cubre cuantos edificios
 Se encuentran alelaños. Es el plátano
 De César. Él con su gloriosa diestra

Lo plantó por sí mismo, y ella ha hecho
Brotar lozano su primer retoño.
Por el vivaz verdor de su follaje,
Y por la altura de sus grandes ramos,
Que á las estrellas álzanse atrevidos,
Aqueste bosque, al parecer, conoce
Quién fué su autor y soberano dueño.
Los faunos embriagados á menudo
Bajo su amena sombra han jugueteado,
Y el eco de su flauta ha interrumpido
El silencio nocturno del alcázar.
El árbol muchas veces fué guarida
A rústicas driadas, que evitaban,
A través de campiñas solitarias,
Los nocturnos asaltos amorosos
De Pan; y muchas veces los que abriga
Benignos Lares, el olor lanzaron
De los báquicos brindis favorables
A su crecer pomposo y lozanía (69).
Allí también el césped, con coronas
De rosas, recubrióse, y nadie pudo
Decir después que allí las depusiera.
Arbol querido de los santos dioses,
Arbol del César grande é invencible,
No temas, no, al destructor acero
Ni á la llama sacrílega. Tú puedes
La gloria pretender de eterna fronda,
Porque no fueron manos pompeyanas
Las que te han arraigado en ese suelo (70).

63.—CONTRA FILENIS.

Lleva Filenis de día
Y noche hermosos vestidos
De púrpura, y hace aquesto
No por orgullo ridículo,

Ni por ambición; es que ama
El olor, no el colorido.

64.—CONTRA FEBO.

Ad cœnam invitant omnes te, Phœbe, cinedi;
Mentula quem pascit, non, puto, purus homo est.

65.—ACERCA DE UNA ESTATUA DE DOMICIANO.

Habiéndose dignado el grande César
Descender al extremo de adaptarse
Del magnánimo Alcides las facciones (71),
En la vía Latina nuevo templo
Construye, en el lugar do el transeunte
Que va piadoso á visitar el bosque
Sagrado de Dïana, la distancia
A Roma cuenta de unas ocho millas.
Hércules era, en otro tiempo, honrado
Por votos del mortal, y por la sangre
De innumerables víctimas, y ahora
El mismo abate su divina altura,
Y á otro, mas grande que él (72) tributo rinde.
Unos le piden ópimas riquezas,
Honores otros; más á aquél se puede,
Sin miedo de causarle ofensa alguna,
Dirigirle los más humildes votos.

66.—Á HÉRCULES, ACERCA DE LA MISMA ESTATUA.

Alcides, á quien hoy latino Jove
Debe reconocer, pues que revistes
Los espléndidos rasgos del dios César;
Si tal aspecto y porte te adornara;
Al inmolar tal número de monstruos,
No presenciara el mundo la obediencia
Que al tirano de Argólide prestaste (73),

Ni te viera sufrir su imperio duro.
 Por el contrario, hubieras dado leyes
 Al déspota Euristeo, y el maligno
 Lycas (74) no te ofreciera aquel de Neso
 Pérfido don: al cielo ascenderías,
 En donde mora tu glorioso padre,
 Sin daño alguno, y sin haber sufrido
 En la hoguera de Oeta aquel tormento
 Que te impusieran rígidos los hados;
 No hubieras tú para soberbia amante
 Hilado en Lybia, ni tus ojos vieran
 La negra Estigia y el trifauce perro,
 Que guarda el reino de las tristes sombras (75).
 Hoy Juno te es propicia; también Hebe
 Te adora, y hoy aquella misma ninfa,
 Que á tu adorado Hylas te robara,
 Te lo volviera al verte tan hermoso.

67.—Á FABULO.

Esposo de mujer bella,
 Casta y joven, di, ¿por qué,
 Fabulo, pides ansioso
 El privilegio de ser
 Padre de tres hijos? Lo
 Que con tanto interés
 Solicitas de nuestro amo
 Y nuestro dios, tú muy bien
 Lograráslo por tí mismo,
 Si puedes cópula haber (76).

68.—CONTRA ESQUILO.

Lascivam tota possedi nocte puellam,
 Cujus nequitias vincere nemo potest.
 Fessus mille modis, illud puerile poposci;
 Ante preces totas, primaque verba dedit.

Improbium quiddam ridensque rubensque rogavi;
 Pollicita est nulla luxuriosa mora.
 Sed mihi pura fuit; tibi non erit Æschyle: si vis,
 Accipe et hoc munus conditione mala.

69.—CONTRA UN MAESTRO DE ESCUELA.

¿Qué tenemos, di, que ver
 Contigo, infame maestro
 De escuela, cabeza odiosa
 A doncellas y mancebos?
 El gallo, alzando la cresta,
 No ha roto aún el silencio
 Con su canto, y ya se escuchan
 Tu látigo y tus acentos.
 El amartillado bronce
 No produce tanto estrépito,
 Al fijarse en un corcel,
 Por mano de hábil herrero,
 La estatua de un abogado:
 No son, no, tan violentos
 Los clamores que en el circo
 Lanza frenético el pueblo,
 Cuando aplaude al que consigue
 De victoria el alto premio.
 Nosotros no te pedimos,
 Aunque vecinos, que déjenos
 Toda la noche dormir,
 Porque es de poco momento
 Despertar de cuando en cuando;
 Pero es un suplicio horrendo
 No poder cerrar los ojos.
 Da á los muchachos asueto:
 ¿Quieres, parlanchín maldito,
 Recibir el mismo precio
 Por callar, como recibes
 Por tu charlar sempiterno? (77)

70.—CONTRA POLICARMO.

Quum futuis, Polycarme, soles in fine cacare,
 Quum pcedicares, quid, Polycarme, facis?

71.—CONTRA CECILIANO.

¡Oh, qué tiempos! ¡qué costumbres!
 Exclamaba Cicerón,
 Cuando Catilina urdía
 Sus sacrilegos complots;
 Cuando yerno y suegro airados
 Se atacaban con furor,
 Y á la tierra humedecía
 De sangre inmenso turbión.
 ¡Por qué, Ceciliano, exclamas
 Ahora con triste son
 ¡Oh, qué tiempos! ¡qué costumbres?!
 ¡Qué es lo que te enoja hoy?
 No tenemos capitanes
 De genio áspero y feroz,
 Ni se esgrime en lucha injusta
 El acero destructor;
 Por el contrario, gozamos
 De paz y júbilo el don.
 ¡Oh! no son nuestras costumbres
 Las que te causan horror;
 Son las tuyas, Ceciliano,
 Y tu torpe condición.

72.—ACERCA DE UN LEÓN Y UN CARNERO.

¡Cómo suspende el ánimo y asombra
 El dulce afecto con que se han unido
 El león fiero, orgullo de Numidia,
 Y el carnero lanígero! ¡Miradlos

Juntos viviendo en una misma jaula,
 Y usando de los mismos alimentos!
 Desdeñan los productos de los bosques
 Y los sabrosos pastos, y su hambre
 Sacia en común la carne de una oveja.
 ¿Con qué derecho brillan en el cielo,
 En medio de los astros rutilantes,
 El león que á Nemea fuera espanto
 Y el pérfido raptor de Frixo y Helle? (78)
 Si las bestias lanudas y las fieras
 Un sitio en el éter ocuparan
 De nuevo, fueran de él merecedores
 Este león y este carnero amigos.

73.—A LIBER.

Líber (79), cuya frente ciñe
 La corona de Amiclea (80),
 Y cuyo puño romano
 Hierre con la misma fuerza
 Que el de un luchador del Atica.
 Al mandarme en una cesta
 Muy tapada comestibles,
 ¿Por qué, dime, una botella
 No añadiste? Si regalos
 Dignos del nombre que llevas
 Quieres hacerme, no ignoras
 Los que mandarme debieras.

74.—CONTRA UN ZAPATERO (81).

Estabas acostumbrado
 Con los dientes á extender
 El cordobán, y á morder
 Del zapato lo enlodado;
 Mas ahora has heredado
 A tu difunto señor,

70.—CONTRA POLICARMO.

Quum futuis, Polycarme, soles in fine cacare,
 Quum pœdicares, quid, Polycarme, facis?

71.—CONTRA CECILIANO.

¡Oh, qué tiempos! ¡qué costumbres!
 Exclamaba Cicerón,
 Cuando Catilina urdía
 Sus sacrilegos complots;
 Cuando yerno y suegro airados
 Se atacaban con furor,
 Y á la tierra humedecía
 De sangre inmenso turbión.
 ¡Por qué, Ceciliano, exclamas
 Ahora con triste son
 ¡Oh, qué tiempos! ¡qué costumbres?!
 ¡Qué es lo que te enoja hoy?
 No tenemos capitanes
 De genio áspero y feroz,
 Ni se esgrime en lucha injusta
 El acero destructor;
 Por el contrario, gozamos
 De paz y júbilo el don.
 ¡Oh! no son nuestras costumbres
 Las que te causan horror;
 Son las tuyas, Ceciliano,
 Y tu torpe condición.

72.—ACERCA DE UN LEÓN Y UN CARNERO.

¡Cómo suspende el ánimo y asombra
 El dulce afecto con que se han unido
 El león fiero, orgullo de Numidia,
 Y el carnero lanígero! ¡Miradlos

Juntos viviendo en una misma jaula,
 Y usando de los mismos alimentos !
 Desdeñan los productos de los bosques
 Y los sabrosos paños, y su hambre
 Sacia en común la carne de una oveja.
 ¿Con qué derecho brillan en el cielo,
 En medio de los astros rutilantes,
 El león que á Nemea fuera espanto
 Y el pérfido raptor de Frixo y Helle? (78)
 Si las bestias lanudas y las fieras
 Un sitio en el éter ocuparan
 De nuevo, fueran de él merecedores
 Este león y este carnero amigos.

73.—A LÍBER.

Líber (79), cuya frente ciñe
 La corona de Amiclea (80),
 Y cuyo puño romano
 Hierde con la misma fuerza
 Que el de un luchador del Atica.
 Al mandarme en una cesta
 Muy tapada comestibles,
 ¿Por qué, dime, una botella
 No añadiste? Si regalos
 Dignos del nombre que llevas
 Quieres hacerme, no ignoras
 Los que mandarme debieras.

74.—CONTRA UN ZAPATERO (81).

Estabas acostumbrado
 Con los dientes á extender
 El cordobán, y á morder
 Del zapato lo enlodado;
 Mas ahora has heredado
 A tu difunto señor,

Y con ajeno sudor
Gozas casas y alquerías,
Donde, si un rincón tenías,
De todos era el peor.

Después de muy avinado,
Quebrantas el trasparente
Cristal, que con el ardiente
Falerno se halla ocupado;
Y viéndote así premiado,
Piensas que pagar no puedes
De otra suerte las mercedes
Que desperdició tu dueño,
Sino gozando en el sueño
De su amado Ganimedes.

¡Qué necios mis padres fueron,
Pues á ciencias me inclinaron,
Y gramática enseñaron,
Y en retórica instruyeron,
Pues les fuera más barato
Ocuparme en ese trato!
¡Oh Talía! no presumas;
Libros rompe, quiebra plumas,
Si tanto alcanza un zapato.

75.—ACERCA DEL RETRATO DE CAMONO.

Sólo la pintura
Nos ha trasmitido
Del joven Camono
La imagen de un niño
Estando en la cuna,
Y los primitivos
Rasgos de su rostro.
Si no le ha exprimido
En la edad lozana
De su Abril florido,
Es porque su padre,

¡ Paternal cariño !
Teme ver el rostro
Mudo de su hijo.

76.—ACERCA DEL BAÑO DE TUCA.

Su baño no ha construido
Tuca con piedras labradas,
Ni tampoco con guijarros
Que entre sí el cemento enlaza,
Ni con ladrillos recochos,
Como son los de las vastas
Murallas de Babilonia
Por Semíramis alzadas;
Sino con trozos de leños
Y de pinos selva magna,
De tal manera que Tuca,
De este baño como barca,
Pudiera muy bien servirse,
Si navegar precisara.
Además ha construido
Termas con marmóreas lápidas
Que de Caristo (82), de Simnas (83)
Y de Numidia arrancadas
Fueron, y de las canteras
Que el humilde Eurotas baña
Con sus límpidos cristales;
Pero madera le falta;
Y así, Tuca, pon tu baño
Bajo tus termas preciadas.

77.—ACERCA DEL RETRATO DE CAMONO.

Este es el rostro y estas las facciones
De mi amado Camono, según era
Cuando en su hermosa infancia se encontraba.
Frisando en los veinte años era un hombre

Robusto, y un ligero, leve bozo
 Sombrea el rosicler de sus mejillas
 Ya desfloradas por navaja aguda,
 Cuando celosa de sus muchas gracias
 Cortó la Parca su vital estambre.
 En una urna fueron sus cenizas
 Llevadas á su padre, de él ausente
 Al despedir el postrimer aliento.
 Mas, porque solamente la pintura
 No tenga el exclusivo privilegio
 De hablarnos de este joven, un retrato
 Más duradero harán los versos míos.

78.—ACERCA DEL FESTÍN DE PRISCO.

Prisco, en página elocuente,
 Quiere saber cuál sería
 El mejor festín. Su libro
 Tiene gracias infinitas,
 Al par de cosas sublimes,
 Y en todo mucha doctrina.
 ¿Cuál es el mejor banquete?
 El en donde no hay flautistas (84).

79.—Á PICENTINO (85).

Después de haber acabado
 Gala con siete maridos,
 Con Picentino se casa.
 Sin duda quiere seguirlos.

80.—Á DOMICIANO.

Antes de tu reinado, Roma odiaba
 A todos los sirvientes de los príncipes,
 A la turba de excelsos palatinos,
 Y á la soberbia audaz de cortesanos.

Mas hoy, oh César, tal es el afecto
 Que por tus servidores nos embarga,
 Que al de nuestra familia en mucho excede.
 ¡Con tal dulzura y tanta deferencia
 Y bondad y modestia nos distinguen!
 ¡Oh! los usos de gentes cesarianas
 (Como sucede en corte poderosa)
 Conformes siempre son con los del dueño!

81.—ACERCA DE GELIO.

Con una vieja opulenta,
 Pobre y hambriento, casó
 Gelio, y en ella encontró
 La mesa que le sustenta
 Y el lecho que deseó.

82.—A AUCTO (86).

Aucto, si el lector y oyente
 Aplauden mis poesías,
 Poco importa que por frías
 Las condene el maldiciente:
 De un mal poeta no siente
 Mi musa el diente severo,
 Que si convidado, más quiero
 Que los platos sazonados
 Den gusto á los convidados,
 Que no al mismo cocinero.

83.—CONTRA MUNNA.

Te predijera un astrólogo
 Que habrías de morir presto,
 Munna, y á mi parecer
 Estuvo acertado en esto.
 Porque temiendo dejar

Algo después de tu entierro,
 Has disipado tu hacienda
 En órgías y devaneos,
 Gastando en menos de un año
 Dos millones de sestercios.
 ¿Dime, Munna, aquel que vive
 Así, no muere muy presto?

84.—Á DOMICIANO (87).

Si atiendo á las maravillas,
 Oh gran César, de tu circo,
 Que exceden tanto á las fiestas
 De los príncipes antiguos,
 Mucho te deben los ojos,
 Y mucho más los oídos;
 Pues ya son espectadores
 Los que recitaban libros.

85.—Á NORBANO.

Norbano, cuando tú leal y pío
 A César escoltabas, por guardarle
 De furiosos sacrilegos (88), yo, amado
 De las festivas musas, y orgulloso
 De cultivar tu codiciado afecto,
 Me gozaba escribiendo poesías
 No obstante, la noticia de mi muerte
 Llegó á tu oído, cuando en las regiones
 De Vindelicia duras te encontrabas,
 Y la Osa misma conoció mi nombre.
 ¡Oh! ¡cuántas veces al recuerdo dulce
 De la antigua amistad que nos unía,
 Has dicho: «Es él, es mi querido vate!»
 Acoge por lo mismo de la mano
 Del autor el compendio de los versos
 Que durante seis años, y hasta entonces,
 Solamente en detalle te leyera.

86.—ACERCA DE PAULO.

Si Paulo se encuentra
 Un tantico malo,
 Atilio, no es él,
 Son sus convidados
 Los que sufren dieta.
 Ese mal tan rápido
 Es mentira pura;
 Mi espórtula, Paulo,
 Es la que ¡infelice!
 La vida ha lanzado (89).

87.—ACERCA DE LA MUERTE DE SEVERO SILIO.

Mientras que Silio (90), timbre de la Ausonia,
 Como orador egregio y vate ilustre,
 Lloraba el fin precoz de su querido
 Severo, yo mezclaba mis lamentos
 A los de Apolo y de las nueve hermanas.
 «Yo mismo, el dios decía, yo he llorado
 A Lino» (91). Y luego vuelto hacia Calíope,
 Le dijo: «Tu también herido tienes
 Como yo el corazón.» Mirad al Júpiter
 Que habita el Capitolio y al que vive
 En monte Palatino; la atrevida
 Lachesis fué con ellos implacable.
 Cuando los mismos númenes se encuentran
 Cual míseros mortales sometidos
 A la ley inflexible de los hados,
 ¿Se les podrá acusar de ser injustos?

87.—A LUPERCO (92).

Quando ya he apurado siete
 Vasos de vino de Opimio;

Cuando después de abundantes
 Libaciones, hecha un lío
 Se halla mi lengua, me traes
 En tablillas un escrito (93),
 Y dices: «Liberto á Nasaa
 (Esclavo de mi dominio,
 Pues lo heredé de mi padre);
 Firma aquí como testigo.»
 Luperco, será mejor
 Arreglar ese asuntillo
 Mañana; porque hoy tan sólo
 En la botella yo firmo.

89.—A RUFO.

Cuando tú me pedías
 Gloria y aplausos,
 Solías remitirme
 Buenos regalos.
 Hoy que cumplidas
 Están tus ansias, Rufo,
 Nada me envías.
 ¿En tus lazos caído
 Quieres que quede
 Por siempre? Pues envíame
 Algún presente;
 Que de otro modo
 El jabalí sin cebo
 Se aleja pronto.

90. -A STELLA (94).

Obligas á escribir versos,
 Stella, á tu convidado.
 Escribirlos obligado
 Bien podrá, pero perversos.

91.—Á FLACO.

Con dulce negligencia reclinado
 En el mullido y florecido césped,
 Cabe un arroyo de cristal que arrastra,
 En sus mil curvas, de una en otra margen
 Sus quejas, alejado de importunos
 Y ceñida la sien de frescas flores,
 Negro falerno helado saboreas,
 Y sólo te complaces en las gracias
 De tu querido, y en de virgen púdica.
 Más, Flaco, te prevengo y te conjuro,
 Que desconfies de calores pérfidos
 De Chipre, cuando azota los trigales
 El fiero vendabal, y agita airado
 El león su inflamada cabellera.
 Y tu, diosa de Pafos, torna, torna
 A nuestros votos á ese amado joven:
 ¡Oh! tórnalo á nosotros sano y salvo;
 ¡Y ojalá que de Marzo las calendas
 Te puedan ser por siempre consagradas!
 ¡Ojalá que el incienso, vino y hostias
 Piadosas con innúmeros pasteles
 En tus cándidas aras se te ofrezcan!

92.—ADULA Á DOMICIANO (95).

Si á la vez me convidaran
 A comer en dos Olimpos,
 Aquí con César, y allí
 Con Júpiter el altísimo,
 Y aunque el cielo se encontrase
 Más próximo que el divino
 Palacio del noble César,
 Sin el cuidado más mínimo
 Contestaría á los dioses:

«Buscad quien ansie solícito
La mesa de vuestro Júpiter:
Me quedo aquí con el mío.»

93.—A CONDILO.

Condilo, tú que lamentas
Ser por tanto tiempo esclavo
Sin duda ignoras las penas
Y disgustos de ser amo,
Y las ventajas que tiene
El ser, como tú, criado.
Tú duermes á pierna suelta
En pobre lecho; mas Cayo,
Sin poder cerrar los ojos,
Yace en uno delicado.
El, desde que albea el día,
Se va á saludar temblando
A multitud de magnates;
Mas tú, Condilo, á tu amo
Siquiera una vez saludas.
«Cayo» grita, por un lado
Febo, y Cinamo por otro;
«¡Devuélveme lo prestado!»
Verdad es que siempre temes
Afrentas y duros tratos;
Pero Cayo, que se encuentra
Gotoso de pies y manos,
Preferiría sufrir
Un millar de latigazos,
A padecer de ese modo.
Por la mañana temprano
No vomitas, ni tampoco
Te ves, Condilo, obligado
A cumplir obsceno oficio.
¿No quisieras, por lo tanto,

Ser simplemente Condilo,
Antes que tres veces Cayo?

94.—Á CALOCISO.

Esclavo, ¿por qué, di, cesas
De echarme inmortal falerno?
Llena seis veces mi copa
De aquel tonel más añejo.
Y ahora di, Calociso,
¿Por qué deidad brindaremos
Estos seis vasos? Veamos.
Por nuestro César egregio.
Con diez coronas de rosas
Nuestras sienes coronemos,
Porque tantas letras cuenta
El nombre grande y excelso (96)
Del que á su familia ilustre
Ha erigido un almo templo.
Después de esto, mi querido,
Me regalarás diez besos,
Tantos como letras tiene
El sobrenombre que nuestro
Dios mereció por los triunfos
Que logró en bárbaro suelo.

95.—ACERCA DE HIPÓCRATES.

Hipócrates dióme pócima
Envenenada de absinto;
Y en cambio ¡qué descarado!
Me pide melado vino.
No fuiste, Glauco, tan tonto
Cuando cambiaste tus ricos
Dorados arreos bélicos
Por otros de hierro fino (97).
¿Quieres dulce por amargo?

Verá sus gustos cumplidos,
 Más á condición de ser
 Con eléboro bebido.

96 —ACERCA DE ATENÁGORAS.

Atenágoras era
 Antes Alfico (98);
 Más después de casado
 Ya es Olfico.
 Amigo, ¿piensas
 Que el nombre de Atenágoras
 Cierto no sea?
 —Que muera, si ese nombre
 Comprender logro.
 —Pues creo que te digo
 Un nombre propio.
 —¡Oh! tú, Atenágoras,
 Y no yo, es quien entonces
 A sí se engaña.

97.—ACERCA DE HERODES.

El médico Herodes
 Robaba la taza
 Del mísero enfermo,
 A quien visitaba:
 Cogido infraganti,
 Así exclamaba:
 «¡Qué necio! No debes,
 No debes usarla.»

98.—Á JULIO.

Cierto individuo
 De envidia rabia,
 Viendo que Roma

Me lee con ansia:
Julio querido,
De envidia rabia.
Arde de envidia
Porque en las plazas
Todas las gentes
A mí señalan;
La envidia torpe,
Sí, le taladra.
La infame envidia
Le roe el alma,
Pues los dos Césares
Me hacen la gracia
De que yo pueda
Tener la gala
De tres rapaces:
De envidia rabia.
La negra envidia
Le trunca y mata,
Porque yo tengo
En Roma casa,
Y además otra
En la campaña:
La envidia róele.
De envidia pálida
Su pecho trónzase,
Porque me aman
Los mis amigos,
Y porque alampañan
De que á banquetes
Con ellos vaya:
De envidia quémase.
De envidia rabia,
Porque á mí todos
Me aplauden y aman:
¡Ah, pues reviente
Quien de envidia arda!

99.—A Q. OVIDIO (99).

No en todas partes estrecha
 Igualmente se ha mostrado,
 Ovidio, como has juzgado,
 De las uvas la cosecha,
 Pues un chaparrón mediano
 En algunas ha servido:
 Y de agua bien ha cogido
 Sus cien cántaras Corano.

100.—A ATICO, ACERCA DE M. ANTONIO.

Atico, aquel Marco Antonio (100)
 Que Tolosa reivindica
 Con orgullo, y que nació
 En medio de las delicias,
 Que la amable paz engendra,
 Se complace en mis poesías,
 A juzgar por lo que dice
 En su epístola expresiva.
 Tú, que puedes sostener
 Los gastos de una partida
 Muy larga, ve, libro mío,
 Prenda de amistad muy íntima
 Que ha resistido á la ausencia.
 Reconozco que serías
 Cosa vil, si te compraran
 Para ser dado en seguida,
 Pero te avalora el ser
 Un don de mi mano misma.
 ¡Oh! créeme: hay diferencia
 En beber la cristalina
 Agua corriente, ó en beber
 La en un charco detenida.

101.—CONTRA BASO.

Tú me invitas á comer
 Comida de tres denarios,
 Y quieres que desde el alba
 Corra con mi toga, Baso,
 A hacerte la corte; y luego,
 Pegándome á tu costado,
 Y precediendo tu silla,
 Que yo te acompañe, cuando
 A diez viudas más ó menos
 Vas á ver enamorado.
 Mi pobre toga por sucia
 Y raída, vil harapo,
 Vale muy poco: no obstante,
 Otra igual, amigo Baso,
 Yo me podría comprar
 Tan sólo por tres denarios.

102.—ADULA Á DOMICIANO.

Oh vía de Apio, que sagrada has sido
 Por venerando César, figurado
 En la persona de Hércules valiente;
 ¡Oh vía, la mejor de toda Italia,
 Si quieres conocer las admirables
 Acciones del primer Alcides, óyeme.
 La Libia sometió: robó las de oro
 Manzanas del jardín de las Hespérides;
 A la reina Amazona el talabarte
 Escita le arrancó, y á la derrota
 Del jabalí feroz del Erimanto
 Unió la de la fiera de Nemea.
 Purgó los aires de malignas aves
 Del lago de Estinfalia, y las montañas
 De la cierva cruel de pie broncíneo.

Tornó desde la margen de la Estigia,
 Trayendo encadenado al Can Cerbero;
 Destruyó de la Hidra las cabezas,
 Que hasta la misma muerte fecundaba,
 Y hundió del mar Toscano entre las olas
 Los bueyes del tirano de la Hesperia.
 Tal fué lo que hizo el más pequeño Alcides:
 Escucha ahora las hazañas inclitas
 Del Hércules mayor, del que se adora
 A la distancia de seis millas de Alba.
 Reconquistó de usurpador infame
 El palacio imperial, y aun siendo mozo,
 En pro guerreó del padre de los dioses (101).
 Dueño absoluto del supremo mando,
 Lo resignó gustoso, contentándose
 Con un tercer sitial (102), ¡y todo el orbe
 A sus órdenes sólo obedecía!
 Tres veces en la margen del Danubio
 Domó al astuto Sárмата; tres veces
 De Getia en los carámbanos ha hundido
 Su corcel de batalla sudoriento.
 ¡Cuántos laureles siempre ha rehusado!
 Se aplació solamente como timbre
 De sus triunfos del Norte con un nombre.
 Ha alzado templos á los santos númenes,
 Costumbres ha devuelto á las naciones,
 Dejó dormir la espada, á su familia
 Ha dado el cielo, y al espacio estrellas,
 Y guirnaldas de flores al gran Júpiter.
 Para tamaños hechos no, no basta
 De Alcides la deidad: el sumo Jove
 Que el Capitolio ocupa, debería
 De César adoptar los nobles rasgos.

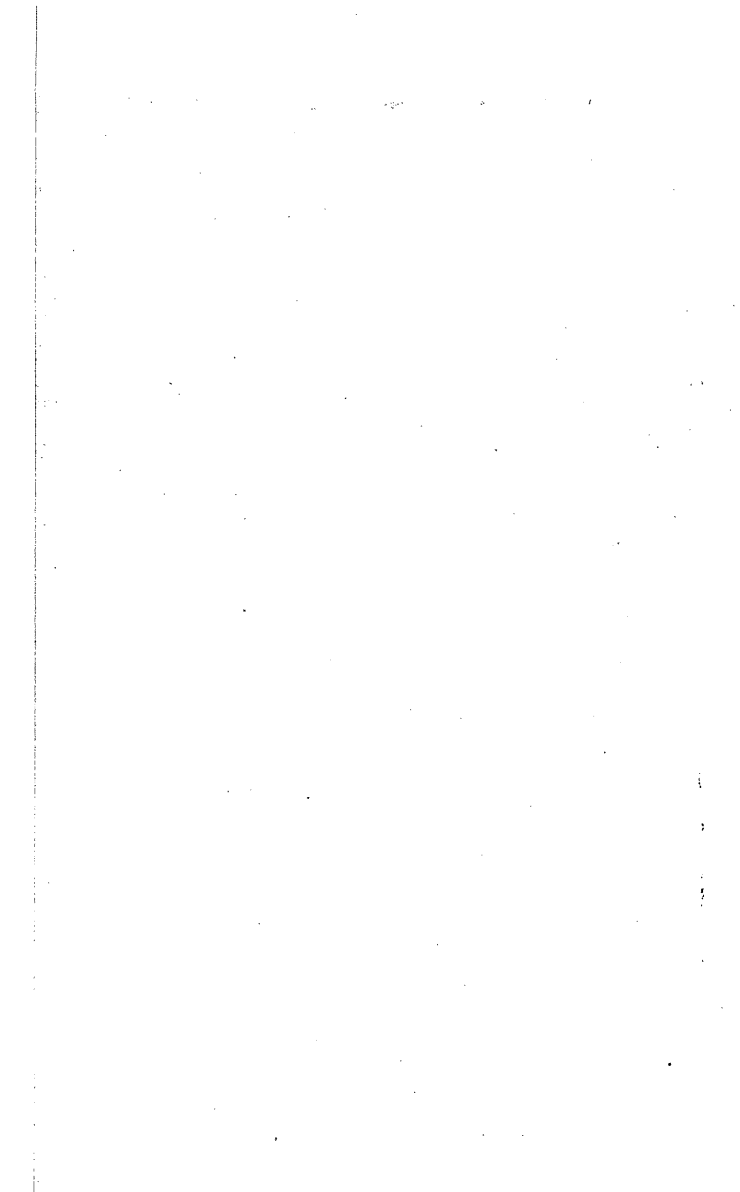
103.—A FEBO (103).

Vuévesme un recibo de
 Cuatrocientos mil sestercios

Pero mejor obrarías,
Dándome otros cien á préstamo.
Vete á otra parte á engreirte
De un servicio tan pequeño,
Porque es mío todo cuanto
No te puedo pagar, Febo.

104.—Á CERCA DE UNOS HERMANOS GEMELOS.

¿Qué nueva Leda dióte esos dos jóvenes
Que tan exacto parecido tienen?
¿A qué Espartana bella ha seducido
Un cisne nuevamente? Ha dado Pólux
Sus rasgos á Hierón, Cástor á Asilo,
Y sobre el rostro de los dos mancebos
De bella Elena el esplendor refulge.
Si aquesas dos figuras tan hermosas
Hubiesen parecido en Amiclea,
Cuando el gallardo Paris desdafiaba
Las gracias de dos diosas, á las cuales
Te prefería, Elena, sí, sin duda
Hubiéraste quedado en tu palacio,
Y el bello Paris retornara á Frigia
Con estos dos hermosos Ganimedes.



LIBRO DÉCIMO.

1.—EL LIBRO AL LECTOR (1).

Si te parezco
Que soy muy largo,
Y si encontrases
Que nunca acabo,
Lee pocas piezas,
Y harásme parvo.
En cada página
Hay tres ó cuatro,
Que son pequeñas:
Con este amaño,
Como deseas,
No seré largo.

2.—AL MISMO.

Este décimo libro, á calacuerda
Escrito y publicado, solicita
Y me impone el deber de revisarle.
En él podrás leer algunas piezas
Que ya conoces, pero que he limado.
Otras (y son las más) del yunque salen:
Presta á las dos favor, lector amigo,
Tú que compones todas mis riquezas,

Tú, á quien Roma me dió con estas frases:
 «Yo no te puedo hacer mayor regalo.
 Por él podrás huir la desdichada
 Influencia del fúnebre Leteo,
 Y la más noble parte de tí mismo
 Ha de sobrevivir á tus cenizas.
 Los ricos monumentos de Mesala
 Hiende salvaje higuera, é impudente
 Muletero se ríe de los potros
 Castrados que opulento Crispo goza (2);
 Mas ni mano rapaz, ni luengos años
 Podrán valer en contra de las letras,
 Unicos monumentos inmortales.»

3.—A PRISCO.

Cierto anónimo poeta
 Por entre el público esparce
 Chistes propios de lacayos,
 Y sátiras repugnantes,
 Y bufonadas inuobles
 De vagabundos pillastres,
 Y, en fin, tales porquerías,
 Que, ni siquiera de balde,
 Las quisiera un mercader
 De vasos rotos, ¡y sale
 Con la embajada de que
 Soy el autor de esas frases!
 ¿Crees, Prisco, que la cotorra
 A codorniz, débil ave,
 Quiere imitar, y que Cano (3)
 Tocando el cuerno se aplace?
 ¡No, no: huya de mí lejos
 Nombradía tan infame!
 Cuando la gloria me lleva
 Sobre sus alas brillantes,
 ¿Habría yo de aspirar

A fama tan miserable,
 Conociendo que se compra
 Siempre el silencio de balde?

4.—Á MAMURRA.

Tú, que te ocupas leyendo
 A Edipo y á obscuro Tiestes (4),
 A la Escila y á Medea (5),
 Tan sólo fábulas lees.
 ¿Qué te importa el rapto de Hylas,
 Ni qué te importa la muerte
 De Partenopeo (6) ó de Atys?
 ¿Qué utilidad te proviene
 De saber la historia de
 Endimión que tanto duerme,
 De Icaro y de sus alas
 Que sostenerle no pueden,
 De Hermafrodito y su odio
 A la Ninfa que le quiere? (7)
 ¿De qué valen esos sueños
 Tan fútiles como leves?
 Lee mejor el libro mío,
 Que es un espejo elocuente
 De lo que es la vida humana,
 Y del que decirse puede:
 Aquesto á mí se dirige,
 Sufri lo que aquí se advierte.
 No con Centauros, ni Arpias,
 Ni Gorgonas te entretiene,
 Pues mi libro en cada página
 Se ocupa del hombre siempre.
 Mas tú desdeñas, Mamurra,
 Estudiarte y comprenderte:
 Por lo tanto, de Calímaco
 Recorrer las *Causas* debes (8).

5.—CONTRA UN POETA MALDICIENTE.

Que el que desprecia á matronas
Y á los patricios soberbios
Que debe honrar, y que insulta
En sus sacrilegos versos,
Vague abandonado por
Calles y puentes nuestros;
Que, siendo el pobre más mísero,
Mendigue con ronco acento
Un mendrugo del pan torpe,
Que se arroja á viles perros;
Que nunca contemple el fin
Del Diciembre y de sus hielos;
Que refugiado en un hoyo
Padezca fríos extremos;
Que contemple con envidia
La felicidad de aquellos
Que se llevan á enterrar
En el carro de los muertos,
Y cuando después de larga
Espera, el postrer momento
Llegue para él, que escuche
En torno suyo los perros
Ya prontos á disputarse
De su cadáver los restos,
Y que arroje por sí mismo,
Su roto manto, moviendo
A los pájaros voraces;
Que después que se halle muerto,
No se terminen sus penas,
Sino que, ora deshecho
Por el látigo cruel
De Eaco, ora bajo el peso
De la roca siempre móvil
De Sisifo, ora sediento

Entre las ondas fugaces
 De Tántalo el indiscreto,
 Apure cuanto los vates
 Han pensado de tormentos.
 Y cuando las Furias le hayan
 Arrancado su secreto,
 Que la conciencia le obligue
 A gritar: « ¡Yo he escrito eso! »

6.—ACERCA DE LA LLEGADA DE CÉSAR TRAJANO.

¡Felices los á quien ha concedido
 La suerte contemplar al jefe ilustre,
 Que irradia el brillo de hiperbóreos astros!
 ¡Oh! ¡Cuándo, cuándo lucirá ese día
 En que el campo de Marte, y grandes árboles
 Que le circundan, se verán cubiertos
 De turbas apiñadas; en que, ansiosas
 Las matronas del Lacio por mirarle,
 Han de brillar en todas las ventanas?
 ¿Cuándo, después de tan gozosa espera,
 Hemos de ver de polvo torbellinos
 Alzados por el séquito de César,
 Y á toda Roma en la Flaminia vía? (9)
 ¡Oh! ¡Cuándo, cuándo, ilustres caballeros,
 Y vosotros, oh Moros, adornados
 De túnicas egipcias, seréis vistos? (10).
 ¡Oh! ¡Cuándo sólo llenará los aires
 El grito jubiloso de «Ya viene?»

7.—AL RHIN, ACERCA DE LA LLEGADA DE TRAJANO.

¡Oh Rhin, padre de Ninfas y de ríos,
 Que del Norte las nieves alimentan,
 Ojalá que tus ondas vuelques siempre,
 Sin conocer los grillos de la helada,
 Y sin sentir jamás el torpe carro

De bárbaro boyero! ¡Ojalá puedan
 Tus dos embocaduras, tus dos márgenes
 Sujetas siempre estar de Roma al yugo!
 Mas el Tíber, tu dueño, te conjura
 A devolver cuanto antes á Trajano
 A la gran ciudad y á sus naciones.

8.—ACERCA DE PAULA (11).

Bien quiere Paula casarse
 Conmigo; mas yo por vieja
 No la quiero. Si lo fuese
 Algo más, bien la quisiera.

9.—ACERCA DE SÍ MISMO.

Yo soy el Marcial
 Que todos los pueblos
 Del mundo conocen
 Por mis largos versos
 Que once pies miden,
 Y otros más pequeños
 De mucho donaire,
 Pero sin ajenjos.
 ¿Por qué vuestros ojos
 Me miran con celos?
 Yo no soy más célebre
 Que Caballo Andrémon (12).

10.—CONTRA PAULO.

Cuando inauguras el año,
 Paulo, y siendo precedido
 De las haces consulares,
 Tú te presentas solícito,
 Desde el alba, en mil dinteles,
 Rindiendo parias á ricos,

¿Qué me resta á mi que hacer?
 ¿Para qué, dime, yo sirvo
 Después de tí, yo que soy
 Del mísero pueblo hijo,
 Y de tribu más poblada?
 ¿Quién me verá con cariño?
 ¿A quién yo podré decir:
 Oh mi señor, oh rey mío! (13).
 ¡Tú con tantas fililíes
 Desempeñas este oficio!
 ¿Iré en pos de una litera
 O de una silla solícito?
 Pero aquesta humillación
 No la desdeñas tú mismo,
 Y disputas á los otros
 El favor, y con gran brio,
 De ser, en medio del cieno,
 El que marche primerizo.
 ¿Me alzaré yo de mi banco
 Por dar aplausos nutridos
 A un poeta que recita
 Sus versos? Si te diviso
 Ya puesto en pie, con las manos
 Dirigidas hacia el lírico.
 ¿Qué hará, pues, el miserable
 A quien no puede ser lícito
 Obrar cual pobre cliente?
 La púrpura del patricio,
 La toga de los pequeños
 Por desgracia ha suprimido.

11.—CONTRA CALIODORO.

De Teseo y Piritóo (14),
 Caliodoro, tan sólo hablas,
 Y hasta con el mismo Pílates,
 ¡Vanidoso! tú te igualas.

¡Que me maten si mereces
 Ofrecer en la mañana
 A Pilades el sillico,
 Ni apacentar la manada
 De puercos de Piritóo!
 «Sin embargo, tú nos clamas,
 Cinco mil sestercios di
 A un dulce amigo del alma,
 Y una toga (¡qué regalo!)
 Que solamente en el agua
 Se lavó tres, cuatro veces.»
 ¡Qué! ¿Orestes jamás dió nada
 A Pilades? El que da,
 A pesar de que sus dádivas
 Sean muchas, siempre niega
 Más que aquello que regala (15).

12.—Á DOMICIO.

Vas á la Emilia (16), á Vercelli,
 De Apolo lugar querido,
 Y á gozar de las campiñas
 Que fecunda y riega el río
 Donde cayó Faetonte:
 ¡Muerto me caiga, Domicio,
 Si no veo tu viaje
 Con el placer más cumplido,
 Aunque sin tí no hallo día
 En que goce á mi capricho!
 Pero mi mayor deseo
 Es que de trabajos ímprobos
 De la ciudad te libertes,
 Siquiera por un estío.
 Marcha, te ruego, y absorbe
 Por todos tus poros fríos
 El penetrante calórico
 Del sol refulgente y vivo.

¡Oh! qué hermoso vas á estar
 Mientras estés en ese sitio!
 No te habrán de conocer,
 Al regresar, tus amigos,
 Cuya pálida blancura
 Envidiará el colorido
 Rosado de tus mejillas.
 Pero ese color tan lindo
 Que te habrán dado los campos
 Pronto se verá marchito
 En Roma, aun cuando volvieres
 Negro como hijo del Nilo.

13.—Á TUCA (17).

Pajes rodean tu carroza hermosos,
 Al caballo africano veloz picas,
 Termas de varias mesas te fabricas,
 Que tienen siempre unguentos olorosos.

En vasos de cristal vinos preciosos
 De Setia á tu opulenta mesa aplicas:
 Tu blanco lecho con cortinas ricas
 Excede á los de Venus deliciosos.

De noche á la soberbia mujeril
 Sordos riegan tus ojos su portal.
 ¿Por qué suspiras siempre? ¡Oh Tuca! ¿Quién
 Tu pecho abrasa en llama juvenil?
 ¿Quieres que te lo diga? Tanto mal
 Procede de que tienes tanto bien.

14.—Á CRISPO.

Pretendes, Crispo, que tú
 No cedas á ningún otro
 En amistad hacia mí;
 Pero, por favor, di pronto:
 ¿Cómo queso probarías?

Yo te pedía hace poco
 Cinco sestercios prestados,
 Y no me diste uno solo,
 A pesar de que tus arcas
 Revientan con tantos oros.
 ¿Cuándo de habas ó de harina
 Me enviaste siquiera un modio?
 Y sin embargo, en Egipto
 Tienes tierras y colonos.
 ¿Cuándo, en invierno, me diste
 Un manto siquiera roto?
 ¿Y media libra de plata
 Cuándo le has dado á este prójimo?
 Crispo, no encuentro razones
 Para creerte amoroso
 Amigo mío, á no ser
 Por el hábito asqueroso
 Que tienes de, en mis narices,
 Soltar pe..... con rimbombo.

15.—ACERCA DE APRO (18).

Apro á su mujer, muy rica,
 De un flechazo pasó el pecho,
 Y fué jugando. A fe que
 La jugada fué de diestro.

16.—CONTRA CAYO.

Si llamas dar, prometer
 Sin cumplir, deseo, Cayo,
 Ser más que tú generoso.
 Recibe, pues, todo cuanto
 Oro extrae de las minas
 De Galicia el Asturiano;
 Todo el que arrastran las ondas
 Del fecundo patrio Tajo;

Todas las perlas que en algas
 Del Eritreo, el Indiano
 Recoge; cuantos perfumes
 En su nido ha congregado
 El fénix; cuantas estofas
 De púrpura, la hábil mano
 Del Tirio pone en sus cubas
 De bronce; en fin, todos cuantos
 Tesoros contiene el mundo
 Recibe, cual los has dado.

17.—ACERCA DE MACRO, Á SU MUSA.

En vano, oh musa mía,
 Quieres privar á Macro
 De lo que en Saturnales
 Le das como regalo (19):
 El te lo está exigiendo,
 No puedes, no, negarlo.
 No son poemas graves,
 Ni versos elegiacos,
 Los que te pide ansioso,
 Sino por el contrario
 Se queja de que en chistes
 Yo no me esté ocupando.
 Mas él mismo se entrega
 A libros matemáticos (20).
 ¿En qué te convirtieras,
 Hermosa vía de Apio,
 Si leyendo mis versos
 Se entretuviere Macro?

18.—ACERCA DE MARIO.

Mario no invita á cenar
 Ni tampoco hace presentes,
 Ni fia á nadie, ni presta,

Pues ni un as siquiera tiene.
 Y, sin embargo, no faltan
 En Roma diversas gentes,
 Que cultivan codiciosas
 Esta amistad tan estéril.
 ¡Oh Roma! ¡Y á cuántos necios
 En tu recinto mantienes!

19.—ENVÍA SU LIBRO Á PLINIO EL JOVEN.

Vuela á llevar al elocuente Plinio,
 Oh musa, aqúeste libro que está ayuno
 De gravedad y ciencia, no de gracias.
 Muy pronto subirás sin gran trabajo
 La cuesta de Suburra. Allí, en seguida,
 Un Orfeo hallarás sobre la cumbre
 De un húmedo teatro (21); y á él próximo
 Las fieras alimañas que le miran
 Con asombro, y el águila que trajo
 A Ganimedes al Señor del trueno.
 Allí también se encuentra la morada
 De tu querido Pedo (22) (bien humilde
 Por cierto), y cuyo frontis adornado
 Por otra águila está, más diminuta.
 Pero no corras ebria y aturdida
 A llamar á destiempo á los dinteles
 De la elocuencia mora. Que su dueño
 Consagra en ellos todos sus instantes
 A comprender la ciencia más difícil,
 Ganoso de adquirir el noble lauro
 Del sufragio de egregios centunviro (23),
 Y merecer un día que los pósteros
 Al orador de Arpino le equiparen (24).
 Por tanto, es más seguro que te acerques
 Cuando obscurezca, al encender las luces.
 Tu momento feliz, oh musa mía;
 Será cuando el banquete se encontrare

En su mayor fervor, cuando las frentes
 Se ven ceñidas de fragantes rosas,
 Y llenos de perfumes los cabellos.
 Entonces los más rígidos Catones
 Podrán tender su vista por mis páginas.

20.—A MANIO (25).

Si, Manio, rever codicio
 Mi patria y sus corvos techos,
 El Jalón y sus campiñas,
 Que oro esconden en su gremio,
 Es por tí, mi dulce amigo,
 A quien cariño profeso,
 Desde mis más tiernos años,
 Y cuya amistad, ya siendo
 Joven, cultivé con ansia;
 Por tí, pues que yo no encuentro
 Otro cual tú en toda Iberia
 Digno de un amor sincero.
 Habitaría contigo
 Muy gozoso y satisfecho
 Las tiendas de la ardorosa
 Getulia, y míseros techos
 Del salvaje Escita. Si
 Te anima igual sentimiento
 Y la amistad que me has
 Iguala á la que te tengo,
 Roma se ha de hallar en donde
 Juntos los dos nos hallemos.

21.—A SEXTO.

¿Por qué te gusta, Sexto,
 Escribir de materias
 Que Modesto y Clarano (26)
 No comprenden apenas?

Apolo, y no lectores,
 Exigen tus leyendas (27).
 Cina, según tu juicio,
 A Virgilio supera (28);
 ¡Y ojalá que otro tanto
 De tí decirse pueda!
 En cuanto á mí, deseo
 Que á gramáticos sean
 Gustosos mis escritos,
 Mas bajo ley expresa
 De que con sus comentos
 Y notas no me vengan.

22.—CONTRA FILENIS.

Filenis, ¿preguntas
 Por qué muchas veces
 Yo tengo en la barba
 Emplastos, y afeites
 Blanquean mis labios?
 ¿Saberlo pretendes?
 No quiero, no quiero
 Besarte, Filenis.

23.—ACERCA DE MARCO ANTONIO (29).

Feliz Antonio Primo ya numera
 Quince olimpiadas (30) que pasó en el seno
 De la más dulce placidez: repasa
 Los años y los días que ha vivido
 Sin temer, aunque se hallan ya muy próximas
 Las ondas del fatídico Leteo:
 No hay un instante de su noble vida
 Cuyo recuerdo le importune ó atriste,
 Ni uno en que gozoso no se aplazca
 En recordar. De aqueste modo el hombre

De vida pura ensancha su existencia:
Que el poder alegrarse del pasado
Es gozar por dos veces de la vida (31).

24.—Á LAS CALENDAS DE MARZO.

Hermosas calendas,
Calendas de Marzo,
De mi natal día
Dulce aniversario,
Muy más que no en otras
En vos me complazco,
Aunque ellas me brinden
De mozas regalos.
Ya por quinquagésimo
Y séptimo año,
En vuestros altares
Os ofrezco grato
Mi incienso y mi vino.
Añadid á tanto
(Si es que el voto mío
Es de vuestro agrado)
Que aun yo vivir pueda
Dos veces nueve años,
Para que muy poco
Sintiendo yo el fardo
De vejez, y luego
Que haya disfrutado
Tres edades, baje
A los tristes campos
Donde Proserpina
Tiene su reinado.
Después de esta vida
De Néstor, no clamo
Porque un solo día
Me deis de regalo.

25.—ACERCA DE MUCIO.

El Mucio que últimamente
 Se vía en el espectáculo
 De la mañana (32) meter
 En un brasero inflamado
 Su mano, si te parece
 Fuerte, insensible y de ánimo
 Mostrarás tener el genio
 De un vecino Abderitano (33).
 Cuando á un hombre se le dice
 Al darle el terrible manto,
 «Deja que tu mano arda»,
 Demuestra tener más ánimo
 Si contesta valeroso:
 «No meteré, no, mi mano.»

26.—ACERCA DE LA MUERTE DE VARO.

Oh Varo, que llevabas con orgullo,
 De centurión la insignia en las regiones
 Que riega el Nilo caudaloso! oh digno
 Jefe de cien guerreros, ¡ay! en vano
 Espera tu regreso el pueblo ansioso:
 Tu sombra yace desterrada, en donde
 Ejerce Lago el soberano imperio.
 No nos fué dado á tus cenizas frías
 Regar con nuestras lágrimas, ni aromas
 Arrojar á tu pira funeraria;
 Mas el poeta puede con sus versos
 Prestar á tu memoria eterna vida.
 ¡Pues qué! ¿podrías tú, pérfido Nilo,
 También este solaz arrebatarnos?

27.—Á DIODORO (34).

En tu natalicio,
 Diodoro, al Senado,
 Y de caballeros
 A número máximo,
 Traes á tu mesa
 Como convidados,
 Y das en espórtula
 No menos (¡qué largo!)
 De treinta monedas.
 Pero, ¡oh desdichado!
 Nadie te cree fuera
 Del materno claustro (35).

28.—Á JANO.

Oh padre de los fastos, oh dichoso
 Creador del magnífico universo,
 Primer objeto á quien las nuestras preces
 Y votos dirigimos, no habitaste
 En otros días más que en templo exiguo
 Abierto á cualesquiera transeunte,
 Y por el cual pasaba toda Roma.
 De César hoy la gran munificencia
 Te acaba de ceñir con un recinto,
 Y tantas son las plazas con que lindas
 Como los rostros que presentas (36). Padre
 Y protector divino, ¡ojalá tengas
 Por gratitud á tanto beneficio
 Cerrados siempre tus dinteles férreos!

29.—Á SESTILIANO.

El plato que tú, en las fiestas
 Saturnales, de ordinario

Acostumbrabas á darme,
 Lo has enviado, Sestiliano,
 A tu dama, y con el precio
 De la toga que de Marzo
 En las calendas me dabas,
 Le has comprado un verde manto
 Ya empiezas á tener gratis
 Las queridas, Sestiliano,
 Y con ellas te deleitas,
 Pero yo soy quien las pago.

30.—ACERCA DE LA COSTA DE FORMIA, MORADA
 DE APOLINAR (37).

Hermosísimas riberas
 De la deliciosa Formia,
 Que á todo lugar prefiere
 Apólinar, cuando Roma
 Le fastidia y de ella huye
 Por evitar las zozobras
 Y los múltiples cuidados
 Que le asedian y le agobian,
 El dulce Tiboli, patria
 De su muy querida esposa,
 Las de Túsculo y de Algido (38)
 Moradas frescas y umbrosas,
 La de Preneste y la de Ancio (39)
 No le agradan cual vosotras.
 No echa de menos á Circe,
 A Circe la encantadora,
 Ni á Gaeta, que de vástagos
 De Dardano ha sido obra;
 Tampoco á Marica, á Liris,
 Ni aun á Salmacis la hermosa,
 Cuyos términos fecundan
 Del Lucrino ricas olas (40).
 La superficie del mar

Aura leve riza en Formia,
Y el süave movimiento
De las no dormidas ondas,
Bajo el soplo de la brisa
A las márgenes arroja
A la frágil navecilla
Que mil colores adornan.
De suave y fresco céfiro
En tales sitios se goza,
Semejante al que una niña,
A quien el sol incomoda,
Se procura, conmoviendo
Acelerada su ropa.
La caña no va muy lejos
En pos de pesca sabrosa,
Pues arrojada de casa
Y hasta del lecho, rotorna
Con el pez que cautivado
Estaba en aguas más hondas.
Si algunas veces Nereo (41)
Sufre de Eolo la cólera,
La mesa bien abastada,
De la tempestad se mofa.
Allí se halla una piscina (42)
En donde crecen y engordan
El rombo y lobo marinos;
La murena deliciosa
Allí nada hacia su dueño;
Allí el mágil surca la ola
A la voz del Nomenclátor (43),
A quien obediencia pronta
También rinden barbos viejos.
Pero ¿cuando puede Roma
Permitir á Apolinar
Disfrutar de tales glorias?
¿Por cuántos días al año
Los negocios que le agobian

En la ciudad, le consienten
Venir á gozar á Formia?
¡Dichosísimos custodios
Y colonos que la abonan!
De los bienes de vuestro amo
Disfrutáis á cada hora.

31.—CONTRA CALIODORO.

Caliodoro, tú vendiste
Ayer un robusto esclavo
Por mil trescientos escudos,
Para gozar del regalo,
Una vez, de un buen banquete,
Y has comido sin embargo
Pésimamente! Compraste
Por cuatro libras un barbo,
Que fué el plato principal
De tu festín soberano.
Ganas me dan de gritar:
«No es á un pez, no, desdichado,
Sino á un hombre, sí, á un hombre,
Lo que tú estás devorando.

32.—Á CEDICIANO, ACERCA DEL RETRATO
DE M. ANTONIO (44).

Cediciano, ¿tú deseas
Saber cuyo es el retrato
Que ceñido de violetas
Y rosas tengo guardado?
Es de Marco Antonio Primo
En sus años más lozanos.
El viejo descubre en él
De su Abril todos los rasgos.
¡Ah! ¿Por qué el arte no puede
Exprimir con igual mano

Las virtudes y los dones
Del corazón y del ánimo?
No habría en el mundo entonces
Un más hermoso retrato.

33.—A MUNACIO GALO.

Munacio Galo,
Muy más sencillo
Que los vetustos
Héroes Sabinos,
Más virtuoso
Que lo que ha sido
Aquel anciano
De Cecrops hijo (45),
Ojalá Venus,
La de amor lícito,
Te dé que un día
El lazo íntimo
De tu hija afirme
Tu estancia en inclito
Solar del nuevo
Suegro querido.
Si la calumnia
Lanza silbidos,
Y audaz me imputa
Versos indignos,
Galo, desmíentela,
Cual lo has cumplido;
Niega que un vate
Cuyos escritos,
Aunque muy poco
Fueren leídos,
Escribir pueda
Infames libros.
Y ahora atiende
Cómo yo escribo:

Respeto al hombre,
Y azoto al vicio (46).

34.—Á TRAJANO.

Traiano, que los dioses te concedan
Cuanto mereces; que su fértil mano
Te colme para siempre de favores.
Tú has devuelto al patrono los derechos
De que, otros días, fuera despojado,
Y los libertos ya no trataránle
Como si fuera misero proscrito (47).
Eres digno también de á la clientela
Guardar todos sus fueros y franquicias:
Que se presente una ocasión, y al punto
Probarás la verdad de mis acentos.

35.—ELOGIO DE SULPICIA (48).

Muchachas que codiciáis
El amor de un solo esposo,
Leed, leed á Sulpicia.
Leedla también vosotros,
Maridos que á una mujer
Profesáis amor tan sólo.
No describe de Medea
La furia, ni el horroroso
Banquete de Tiestes, ni
Presta crédito tampoco
A cuentos de Escila y Biblis (49);
Mas enseña pudorosos,
Santos amores, y pinta
Sus juegos, sus dulces gozos
Y sus bromas. Todo el hombre,
Que aprecie en su valer propio
Sus versos, confesará
Que no ha habido ningún otro

Poeta más reservado,
 Ni más maligno tampoco.
 Tales creo que habrán sido,
 De Numa en el antro acusoso
 Los ratos que ninfa Egeria
 Pasara más deleitosos.
 Si ella fuera tu maestra,
 O condiscípula sólo,
 Más saber tendrías, Safo,
 Y más pudor y decoro;
 Y si á las dos á la vez
 Viera Faón vigoroso,
 De seguro por Sulpicia
 De amor se volviera loco.
 Pero en vano; pues si pierde
 A Caleno, su tesoro,
 No podrá sobrevivirle,
 Aun cuando Jove su esposo
 Le ofreciera ser, ó amante
 Del mismo Baco, ó Apolo.

36.—CONTRA MUNA.

Cuantos vinos ahumados
 Y viejos por la cochura
 Hay en cuevas de Marsella,
 Tú nos los envías, Muna.
 Atravesando los mares
 Y vías de gran longura,
 A tus míseros amigos
 Siempre remitir procuras
 Los venenos más nocivos;
 ¡Y si fuera en débil sumal
 Mas un frasco de Falerno
 Ó de Setia, jamás, Muna,
 Pudiera costar tan caro.
 Nadie en Roma te vislumbra

Ha tiempo: ¿por qué motivo?
 Diréte lo con lisura:
 Porque no quieres beber
 En ella tu infame zupia.

37.—A MATERNO (50).

Observador concienzudo
 Del derecho y la justicia,
 Oh Materno, cuya boca,
 Siempre ajustada y verídica,
 Es oráculo del foro
 De la gran ciudad latina,
 ¿Tienes algo que mandar
 En la costa de Galicia
 A tu conterráneo, amigo
 De fecha ya muy antigua?
 ¿Piensas, Materno, que vale
 Mas coger en Laurentina
 Margen ranas repugnantes,
 Ó pescar brechas mezquinas,
 Que devolver á sus rocas
 El barbo que unas tres libras
 No nos parece que pesa? (51)
 ¿Tal vez mejor imaginas
 Que un insípido marisco
 Por segundo plato sirvan,
 Ó almejas en leves conchas,
 Y no las ostras tan ricas
 Como las de Bayas son (52),
 Y que en cantidad crecida
 Las devoren los esclavos,
 Del amo licencia habida?
 En Roma podrás cazar
 Con estruendo y griteria
 Un zorro de mal olor,
 No sin que esta bestia indigna

Haga sentir á tus perros
De sus dientes las heridas.
Aquí mis redes sacadas
De margen, en pesca rica,
Servirán, aunque estén húmedas,
Para cazar liebres tímidas.
Mientras que te estoy hablando,
Veo que aquí se aproxima
Tu pescador, con la nasa
Completamente vacía,
Y á tu cazador, que trae
Un tejón, ¡caza magnífica!
Sus provisiones al mar
La plaza de Roma envía:
¿Tienes algo que mandarme
En la costa de Galicia?

38.— Á CALENO (53).

¡Oh, qué deliciosos
Fueron los quince años
Del felice enlace,
Que, por un regalo
De los santos dioses,
Caleno, has pasado
Con Sulpicia bella!
¡Oh momentos gratos
De noches dulcísimas!
¡Oh días notados
Con perlas valiosas
Del país indiano!
Lámpara rociada
Con perfumes blandos
Del hábil Niceros (54),
Lecho afortunado,
¡A qué tiernas luchas
Fuistes de espectáculo!

Caleno, has vivido
 Tan sólo quince años:
 Esta fué tu vida,
 Porque no has contado
 Más que los momentos,
 En que goces tantos
 Te dió con Sulpicia
 El estar casado.
 Si Atropos te hubiera
 Un día donado,
 Un día tan sólo,
 Que has pedido tanto,
 Tú lo prefirieras
 A gozar del cuádruplo
 Tiempo que ha vivido
 Néstor el anciano.

39.- -CONTRA LESBIA (55).

Ya jurando que has nacido
 De Bruto en el consulado (56),
 Ya de Numa en el reinado,
 Lesbica, igualmente has mentido.
 ¿Quieres saber sin rodeo
 Tu edad puntual y ajustada?
 Dice que fuiste formada
 Del barro de Prometeo.

40.— Á LUPO, ACERCA DE POLA.

Semper quum mihi diceretur esse
 Secreto mea Polla cum cincedo,
 Irrupi, Lupe: non erat cincedus.

41.—CONTRA PROCULEYA.

Cuando el Enero retorna,
 Dejas á tu esposo viejo,

Proculeya, y le declaras
 Que no quieres por más tiempo
 Juntar tu caudal al suyo.
 ¿Qué motivó tal suceso?
 ¿Por qué, por qué, Proculeya,
 Te arrojas á aquese extremo?
 Nada me dices, mas yo
 Por tí lo diré muy luego:
 Era pretor tu marido (57),
 Y debía el nuevo empleo
 Cien mil sestercios costarle
 En los Megalenses juegos (58),
 Calculando no muy bajo
 Su arrojó y desprendimiento.
 Veinte mil más costaría
 La fiesta que diera al pueblo (59);
 Por lo tanto, Proculeya,
 No veo divorcio en eso,
 Pero sí una economía
 De muchísimo provecho.

42.—A DIDYMO.

El bozo de tus mejillas
 Es tan delicado y tierno,
 Que el leve calor del sol,
 Y el aliento más ligero,
 Ó leve brisa marchítale.
 Del mismo vello cubiertos
 Están los agrios membrillos
 Que una joven, con su dedo
 Frotándolos, limpia y pule.
 Si acaso á besarte llego
 Con más fuerza cinco veces,
 Didymo, entonces me veo
 Más barbudo, con despojos
 Que de tus labios me llevo.

43. — A FILEROS (60).

Siete mujeres se cuenta
 Que has enterrado en tu huerto.
 La tierra, si el caso es cierto,
 Más á tí que á nadie renta (61).

44. — A OVIDIO.

¡Y qué! ¿Tu planta se endereza, Ovidio,
 A visitar al pueblo Caledonio,
 La verde Tetis y Oceano antiguo?
 ¿Y abandonas de Numa los collados (62)
 Y tus sabrosos ocios de Nomento?
 ¡Qué! ¿Ni tu hogar, ni tu feliz campiña
 Podrán en tu vejez ya detenerte?
 Tus júbilos dilatas; pero Atropos
 No da paz á sus husos, y tus horas,
 Todas tus horas, hállanse contadas.
 Vas á servir (y quién no te aplaudiera)
 A un adorado amigo (63), porque estimas
 De más valor el entrañable afecto
 Que el gozar de la vida. Al menos torna,
 Torna algún día á tus hermosas fincas
 De la Sabina, y mora siempre en ellas,
 Y tenne como dulce amigo tuyo.

45. — CONTRA UN LECTOR DIFÍCIL.

Si alguna gracia
 Tienen mis versos;
 Si algo de dulce
 Transpira en ellos;
 Si dan elogios
 De un modo tierno,
 Tú los encuentras

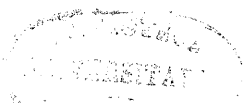
Torpes, groseros,
 Y con más ansia
 Roes un hueso,
 Que no el filete
 Que te ofrecemos
 De un laurentino
 Sabroso puerco.
 ¡Oh! Vaticano,
 Bebe, si acedo
 Más te pluguiere:
 Que el vino nuestro
 Para tu estómago
 No se ha compuesto.

46.—CONTRA MATÓN (64).

Matón, ¿tú quieres
 Purista ser?
 Entonces, habla,
 Habla, pardiez,
 Bien algún día;
 Ni mal ni bien
 A veces hables;
 Y alguna vez
 Hablar tú debes
 Muy mal también.

47.—A JULIO MARCIAL (65).

Carísimo lector, escucha atento
 Lo que discurre el dulce pensamiento:
 Que ha de tener la vida descansada,
 Para llamarse bienaventurada;
 Hacienda suficiente
 Heredada del padre ó del pariente,
 Que del propio sudor es muy costosa;
 Fértil tierra abundante y provechosa,



Fuego alegre y perene,
 Día libre de pleitos, y si tiene
 Algún oficio urbano, no procure
 Que mucho tiempo dure.
 Quieta la mente, la salud entera,
 Prudente candidez y verdadera;
 Iguales los amigos,
 Y que nunca se vuelvan enemigos.
 Ordinario el manjar, mesa sin arte,
 Sin ceremonia el gusto se reparte;
 Noche no violenta,
 Sino de afán y de cuidado exenta.
 Blando lecho y honesto,
 Ni triste, ni tampoco descompuesto;
 Que se mida el deseo
 Con la hacienda, los gustos y el empleo,
 Sin que otra cosa más apeteciére
 De aquello que tuviere;
 Y por último, al fin, precisa suerte
 El no temer ni desear la muerte.

48.—PREPARATIVOS DE UN FESTÍN DEL POETA.

Los sacerdotes de Isis (66)
 Ya anuncian la hora octava,
 Y á sus cuarteles regresan
 Las tropas que hacen la guardia
 Armadas con el venablo (67).
 Es la hora en que las aguas
 De las termas ya se encuentran
 Más tibias y moderadas,
 Mientras que un vapor ardiente
 En la hora séptima exhalan,
 Y en la hora sexta no pueden
 Sufrirse las Neronianas.
 Nepote, Stella, Cereal,
 Canio, Flaco, ya os aguarda

Vuestro amigo, ¿no venís?
Mi mesa á siete da entrada,
Y pronto ha de venir Lupo.
Recibi de mi hortelana
Malvas laxantes con otras
Hortalizas muy preciadas
Que me produce mi huerto,
A saber: lechugas blandas,
Puerros estoposos y
Hierbabuena en abundancia
Para el flato, y jaramagos,
Que á los amores arrastran;
Además tendréis anguilas
De áspera ruda adornadas,
Y de pedazos de huevos,
Y de atún, en rica salsa,
Ubres sabrosas de cerda.
Sin embargo, sólo halagan
Aquestos platos el gusto.
Al par de estas ensaladas
Vendrá un sabroso cordero,
Arrebatado á las garras
Del lobo; luego, jigotes,
Que no ocuparán en nada
Del trinchador el cuchillo (68),
Y berzas pequeñas y habas,
Con un pollo y un jamón
Que ha servido ya en tres varias
Comidas; y como postres,
Frutas dulces, delicadas,
Y una botella de vino
Sin heces, que me regala
Mi posesión de Nomento,
Y que ya tiene la data
Del segundo consulado
De Frontino (69). Sazonada
Ha de estar esta comida

Con inocentes palabras,
 Y bromas libres, que no
 Habrán de causar mañana
 Rubor ni vergüenza alguna,
 Y que otra vez pronunciarlas
 Podréis sin miedo. Hablaráse
 Con la libertad más amplia
 De Prasino y de Veneto (70),
 Sin que á nadie sean causa
 De compromiso ó perjuicio
 Nuestras libaciones francas.

49.—CONTRA COTA.

En tanto que bebes
 De amatista en copas,
 Y el licor bermejo
 De Opimio regoldas,
 Mosto de Sabina
 En la mía arrojas,
 Y luego me dices:
 « ¿Lo quieres en copa
 De oro? » ¿Quién querría
 Beber en hermosa
 Copa de oro, vino
 Tan infame, Cota?

50.—ACERCA DE ESCORPO (71).

¡ Oh! ¡ rompa la Victoria desolada
 Sus palmas idumeas! ¡ Hiere, hiere,
 Oh Favor, sin piedad tu nudo pecho!
 ¡ Honor, reviste luctüosa veste!
 ¡ Oh Gloria, lanza al fuego las coronas
 Que ciñen tu cabello! ¡ Oh, qué gran crimen!
 ¡ En tu florida edad, Escorpo, mueres,
 Y vas á uncir con tan ligera planta

Del Tártaro los negros pisadores!
 ¿Por qué con tanta rapidez pasaste
 La meta de tu vida, cual tu carro
 Los límites del circo rebasaba?

51.—A FAUSTINO.

Ya el Toro deja tras de sí al Carnero (72),
 Y de los dos Gemelos ya se aleja
 El invierno (73). Los campos, ¡cómo rien!
 La tierra viste su tapiz brillante,
 Y las plantas su pompa y ufanía.
 Al Tracio Itys desolada llora
 La adúltera Ateniense (74). ¡De qué hermosos,
 De qué soberbios días, oh Faustino,
 De qué espléndida Rávena te priva
 La morada de Roma! ¡Oh ricos soles!
 ¡Oh dulzuras de paz en simple túnica!
 ¡Cuánta delicia guardan estas selvas,
 Estas fontanas, estas dulces márgenes
 De húmeda arena, mas al pie segura,
 Estos de Auxúr (75) peñascos que refulgen
 A los reflejos de cerúleas ondas,
 Y este lecho de donde las miradas
 Se explayan, contemplando aquí del río
 Las frágiles barquillas, y allá lejos
 Las gruesas naves de la mar undosa!
 Mas aquí no hallarás el gran teatro
 De Marcelo ó magnánimo Pompeyo,
 Ni los tres baños (76), ni los cuatro foros,
 Ni el magnífico templo que el Tonante
 En Capitolio ocupa, ni otros muchos
 Que espléndidos se yerguen, y parecen
 Llegar á la morada de sus dioses (77).
 ¡Oh! ¡cuántas veces me parece oírte,
 Cansado ya de tantas maravillas:
 «¡Quirino (78), guarda para tí lo tuyo,
 Y déjame gozar de lo que es mío!»

52.—ACERCA DE UN EUNUCO.

Un día vió Numa
 Al eunuco Thelos
 Vestido de toga (79),
 Y dijo al momento:
 «Ese es una adúltera
 Que lleva su premio.»

53.—EPITAFIO DE ESCORPO (80).

Yo soy el célebre Escorpo,
 Gloria del circo parlero (81),
 Breve aplauso, hechizo breve,
 Oh gran Roma, de tu pueblo,
 Y á quien la Parca envidiosa,
 Aun seis lustros no teniendo,
 Se llevó; porque al contar
 Sus triunfos, le creyó viejo.

54.—CONTRA OLO (82).

Buenas mesas pones, Olo;
 Pero las pones cubiertas.
 De ese modo también yo
 Las puedo tener muy buenas.

55.—CONTRA MARULA.

Arrectum quoties Marulla penem
 Pensavit digitis, dúque mensa est;
 Libras, scriptula, sextulasque dicit.
 Idem post opus, et suas palæstras,
 Loro quum similis jacet remisso,
 Quanto sit levior Marulla dicit.
 Non ergo est manus ista, sed statera

56.—CONTRA GALO.

Pretendes te sacrifique
 Todas mis horas, oh Galo,
 Y que á tu monte Aventino
 Vaya tres veces ó cuatro
 A visitarte en el día.
 Un diente que se halla insano
 Arranca ó cura Cascelio (83);
 Quema los pelos que daño
 Causan á la vista Higinio;
 Y sin que la corte, Fanio
 Arranca la campanilla
 Enferma; Eros del esclavo
 Sabe borrar las señales;
 Hermes es el cirujano
 De las personas que de hernias
 Están gimiendo y llorando;
 Pero dime, Galo, ¿quién
 Hay que cure á un deslomado?

57.—Á SEXTO (84).

Antes de plata una libra;
 De pimienta hoy sólo media
 Me envías, Sexto: tan cara
 No compro yo la pimienta.

58.—Á FRONTINO.

Frontino, en tanto que de Anxur vivía
 En retiro pacífico y ameno,
 Y en Bayas, que de Roma está más cerca,
 Y en el hogar en la ribera alzado,
 Y en medio de los bosques, donde nunca
 Penetran las cigarras inhumanas,

Ni siquiera en las horas más ardientes,
 Y en la margen de lagos semejantes
 A ríos, ¡ay! entonces yo podía
 Contigo festejar las doctas Musas.
 Mas hoy sobre nosotros pesa Roma
 Con toda su gran mole. ¿Hay un momento
 Que no sea de Roma? Sumergido
 En este inmenso golfo, en él consumo
 Mi vida en medio de afanar inútil,
 Sacando mi alimento del menguado
 Producto que me rinde un huerto próximo
 A la ciudad, y vegetando triste
 En tu barrio, oh Quirino venerable.
 Mas no está solo aquel que abriga un pecho
 Amante, y á quien vese noche y día
 Asediar el dintel de duro amo:
 Tal pérdida de tiempo nada importa
 A un vate. Pero yo también abrigo
 Amor, ¡oh! sí; lo juro por el culto
 Que á las Musas profeso, y por los dioses:
 Pero yo no amo, no, como oficioso.

59.---CONTRA UN LECTOR DIFÍCIL.

Si alguna poesía
 Excede de una página,
 La omites: no la buena,
 La corta sí te agrada.
 Así de mesa rica
 Repleta de viandas
 Las golosinas sólo
 Tu paladar halagan.
 ¡Pero un lector goloso!
 ¡Oh! vaya en hora mala:
 A mí tan sólo gústame
 Aquel que no se sacia,

Sin que en la mesa denle
El pan en abundancia.

60.—ACERCA DE MUNA (85).

De tres discípulos Muna
Pidió al César privilegio,
No habiendo jamás llegado
Sino á dos su magisterio.

61.—EPITAFIO DE EROCIÓN (86).

Aquí descansa Eroción,
Sombra que, en su sexto invierno,
Nos ha sido arrebatada
Por crimen del hado fiero.
Quien quiera que de este campo
Humilde llegue á ser dueño
Después de mí, rendir debe
Todos los años á aquestos
Tiernos manes los honores
Que reclaman con derecho.
¡Y ojalá pueda tu casa
Vivir años sempiternos,
Y tu familia ser siempre
De felicidad modelo,
Y esta piedra ser la única
Aquí do se llora á un muerto!

62.—Á UN MAESTRO DE ESCUELA.

Dales, maestro de escuela,
Dales algo de descanso
A tus jóvenes discípulos,
Si quieres que el coro blando
De la Musa, aquesè coro
De los cabellos peinados,

Venga á tu escuela en gran número
 A escucharte con agrado;
 Y que un logrero mañoso
 Ó un estenógrafo rápido
 No extienda de su auditorio
 El gremio para tu daño.
 Hermosos brillan los días
 Del León al soplo cálido,
 Y ardiente Julio madura
 Nuestros amarillos campos.
 Deja hasta idus de Octubre
 Descansar en sueño blando
 Esas correas de cuero
 De Escitia, y aquesos látigos
 Que, un día, la piel de Marsyas
 De Celene (87) han azotado,
 Y aquesas férulas tristes,
 Cetros de maestros bárbaros.
 Bastante aprenden los niños,
 Si están en estío sanos.

63.—EPITAFIO DE UNA NOBLE MATRONA.

Pasajero, esta inscripción
 Atento lee, y aunque se halle
 Grabada en mármol modesto,
 Vale tanto como valen,
 Ya la tumba de Mausolo
 Ya las célebres Pirámides.
 Dos veces he presenciado
 Yo los juegos seculares (88),
 Y hasta mi muerte he podido
 Siempre dichosa llamarme.
 Juno me ha dado cinco hijos,
 Y cinco hijas muy amables,
 Que han cerrado mis pupilas.
 Por privilegio notable

Que rara vez se concede
 A otros lechos conyugales,
 A un solo hombre han conocido
 Mis deleites sensüales.

64.—Á POLA (89).

Pola, mi reina, si yo
 Te doy en la mano hermosa
 Un beso, que esta nonada
 No te haga montar en cólera.
 El vate, tu favorito,
 Y de nuestro Helicón gloria.
 Cuando las sangrientas guerras
 Cantaba en épica trompa,
 No tuvo vergüenza de
 Escribir el verso: «Cota,
 Aquí yo ¿de un Ganimedes
 Qué hago más que la persona?»

65.—CONTRA CARMENIÓN (90).

Cuando, Carmenión, te jactas
 Tú de habitar en Corinto (91),
 Lo que nadie te disputa,
 ¿Por qué llamarme, atrevido,
 Tu hermano, á mí que procedo
 De Celtiberia, y he visto
 La luz á orillas del Tajo?
 ¿Tienen algún parecido
 Nuestros rostros? Tu cabello
 Está rizado y con brillo;
 Rudo y peinado sin arte,
 Y á la española, está el mío.
 No hay un día sin que tú
 El vello arranques solícito;
 Mas mis piernas y mejillas

Abundan en pelos hispídos.
 Tú ceceas, y tu acento
 Es débil, lánguido, insípido,
 Tanto, que el de cualquier niña
 Tiene para mí más brío.
 No en tal modo desemeja
 Del águila el vuelo altivo
 Del de cobarde paloma,
 Ni el león feroz del tímido
 Gamo, cual nosotros dos.
 Cesa por tanto, atrevido,
 De llamarme hermano tuyo;
 De lo contrario, permiso
 Me darás para llamarte
 Hermana mía con mimo.

66.—ACERCA DE TEOPOMPO.

¿Qué dueño insolente,
 Qué dueño tan bárbaro
 A ser cocinero
 A tí te ha obligado?
 ¿Quién sufre que el humo
 De cocina y crasos
 Vapores negrezcan
 Un rostro tan cándido,
 Y manchen un pelo
 De tanto regalo?
 ¿Quién habrá que ofrezca
 Las copas y vasos
 Mejor, Teopompo,
 Que lo hace tu mano?
 ¿Y quién al Falerno
 Dará más grato
 Sabor, cuando vaya
 En copas á echarlo?
 Si de esos coperos,

Tan lindos cual astros,
 Cocineros se hacen,
 Jove soberano
 A su Ganimedes
 Déle ya tal cargo.

67.—EPITAFIO DE UNA VIEJA.

La hija de Pirra
 De Néstor madrastra,
 A la que Niobe
 En su edad lozana
 Vió con cabellera
 Cual la nieve, blanca,
 Y á la que Laertes
 Su abuela llamaba,
 Y Tiestes su suegra,
 Y Priamo aya;
 En fin, esa añosa,
 Que supera á cuantas
 Cornejas existen;
 En una palabra,
 Plocia experimenta,
 Aun en tumba helada,
 Por Melanti6n calvo
 Amorosas ansias.

68.—CONTRA LELIA.

Aunque no nacida en Efeso,
 Ni en Mitilene, ni en Rodas,
 Mas sí pura y netamente
 En un arrabal de Roma;
 Aunque tu madre, que nunca
 Hase limpiado la roña,
 Naciera entre los Etruscos.
 Que tienen tezada costra,

Prodigas, no obstante, en griego
 Las del deleite sabrosas
 Palabras «¡Oh vida mía,
 Alma mía!» ¡Qué deshonra!
 ¡Tú, de Hersilias y de Egerias
 Conciudadana, en tu boca
 Tener esas expresiones
 Que sólo al lecho acomodan!
 ¡Y aún debe ser ese lecho
 Alzado por la bribona
 Para su lascivo amante!
 ¿Quieres saber, si señora
 Fueras casta, la manera
 De usar mejor de tu boca?
 ¡Pero qué! ¿en tus arrebatos
 Puedes ser más amorosa?
 Pero, ¡bah! aunque á Corinto
 Supieras, sin perder jota,
 Tú de Láis por completo
 No imitarás la persona.

69.—ACERCA DE POLA (92).

Pola, al marido poner
 Quieres guardas, y que sola
 Te deje andar. Esto es, Pola,
 Ser marido y no mujer.

70.—Á POTITO.

Soy culpable de pereza,
 Según tú, docto Potito,
 Porque apenas doy á luz
 Todos los años un libro.
 Más bien debiera asombrarte
 Si uno tan solo publico,

Cuando en no hacer nada á veces
 Empleo días cumplidos.
 Porque, ora vienen á verme
 Por la noche los amigos (93)
 Que visité en la mañana,
 Y á quienes yo felicito,
 Aunque ninguno quisiera
 Congratularse conmigo;
 Ora tengo que ir corriendo
 A firmar al Aventino;
 Ya en la hora primera,
 Ya en la quinta necesito
 Marchar pronto. Luego el cónsul
 Y el pretor, y un torbellino
 De gente que en procesión
 Vuelve de un santo edificio,
 Me causan miles estorbos:
 Hablarte de un vate omito
 A quien tengo muchas veces
 Que dar todo el día oídos.
 Además, ¿pueden negarse,
 Sin que merezca castigo,
 Unas horas á un gramático,
 A un retórico, á un causídico?
 Rendido ya, en la hora sexta
 Hacia el baño me dirijo,
 Y de allí á comer me marchó
 Mis cien cuadrantes (94). Potito,
 Dime, pues, si tengo tiempo
 Para publicar un libro.

71.—ACERCA DE RABIRIO (95).

Tú, que á tus padres deseas
 Fin dichoso y vida larga,
 Lee, y gózate al leer

Aquesta inscripción grabada
 En mármol: «En esta tumba
 A dos sombras muy amadas
 Rabirio ha depositado.
 No ha habido viejos que hayan
 Sido más felices que éstos.
 En una noche, sin ansias,
 Ha concluído su enlace,
 Que doce lustros durara;
 Y bastó una misma hoguera
 Para sus exequias santas» (96).
 Sin embargo, al buen Rabirio
 El dolor le despedaza,
 Como si hubieran sus padres
 Muerto en edad muy temprana:
 ¡Qué! ¿habrá cosa más injusta
 Que derramar tales lágrimas?

72.—ADULA Á TRAJANO.

Huid, huid, aduladores viles,
 De labios por mentiras ya marchitos.
 ¡Oh! yo no he de cantar á un dios ni á un dueño.
 Para vosotros ya no hay sitio en Roma;
 Huid, huid á la región del Partho;
 Id, vergonzosos, bajos, suplicantes,
 A besar las sandalias de sus reyes,
 Que con trajes ridículos se adornan.
 Aquí no existe un amo; sólo alienta
 Un noble emperador, el más ilustre
 Entre todo el Senado, que del fondo
 De los infiernos hános conducido
 La cándida Verdad de pura frente.
 ¡Oh Roma, si eres sabia, cuida, cuida
 De no emplear bajo tan noble príncipe
 Las torpes voces que otro tiempo usabas!

73.—A MARCO.

Una carta de mi docto
Amigo me participa
Que me remite, cual prenda
De su amistad muy querida,
Una toga, veste grave
De Ausonia. No la querría
Fabricio tal vez llevar;
Pero si la llevarían
Apicio (97) y noble Mecenas,
El de la amistad tan íntima
Con Augusto. En mucho menos
Aprecio yo la tendría,
Si de otra mano viniera;
Porque para que una víctima
Sea agradable á los dioses,
Es de importancia no mínima
Elegir la mano que
Ante el altar la derriba.
Una toga me regalas,
En verdad toga muy linda,
Que si yo no la estimase
A causa de quien la envía,
Por tu nombre, igual al mío,
La habría, Marco, en estima.
Mas lo que supera al don
Y me causa más delicia
Que el nombre, es tu urbanidad
Y tu opinión erudita.

74.—A ROMA.

¡Perdona, Roma, por fin
A obsequioso fatigado,
A un cliente sin resuello!

¿Por cuánto tiempo, por cuánto
 Tendré que andar todavía
 En pos del turbión parásito,
 Que ansioso busca la espórtula,
 A saludar con agrado
 Todo un día, y recoger
 Cien cuadrantes desdichados?
 Escorpo en una hora sola
 Se ganará quince sacos
 De dinero, mientras yo,
 De mis libelos en pago
 (Mas ¿qué valen en efecto?),
 No aceptaría los campos
 De la Apulia ni del Híbla,
 Ni las trigos egipcíacos,
 Que fecunda el padre Nilo,
 Ni los celebrados pámpanos
 Que desde lo alto de Setia
 Dominan Pontinos lagos.
 —¡Oh! ¿pues qué quieres? dirá
 Alguien.—Dormir descansado.

75.—ACERCA DE GALA.

En otros días pidióme
 Gala veinte mil sestercios,
 Y declaro que tal suma
 No me pareció un exceso.
 Pasó un año, y Gala díjome:
 «Por diez mil á ti me entrego.»
 Me pareció que era entonces
 Mucho más subido el precio.
 Después de seis meses, ella
 Descendió á dos mil sestercios:
 Le doy mil, pero rehusa.
 Dos, tres calendas corrieron,
 Y por unas moneditas

De oro se me ofrece luego,
 Pero á mi vez la despido.
 «¿Quieres, pues, por cien sestercios?»
 Me dice entonces. Crei
 Tal suma enorme en extremo.
 De cien cuadrantes la espórtula
 Recibo yo al poco tiempo;
 Gala me la pide, y dígole
 Que se la he dado á mi siervo.
 ¿Podía descender más
 Gala? Podía en efecto:
 Hoy se me ofrece de balde,
 Y aun me regala, y no quiero.

76. — ACERCA DE MEVIO.

¿Es justo, Fortuna,
 El que un ciudadano
 Que no es de la Siria (98),
 Ni tampoco Partho;
 Que ni es caballero
 De raza de esclavos,
 Mas si de la cepa
 De Roma, y vasallo
 De Numa, y amable,
 Virtuoso, honrado,
 Amigo excelente,
 En dos lenguas sabio,
 Con sólo un defecto,
 En verdad muy alto,
 Que es el ser poeta;
 Que, en fin, Mevio, helado
 Se encuentre de frío
 Con capuchón basto,
 Cuando el muletero
 Llamado Incitato (99)
 Se engrie y pasea
 Con purpúreo manto?

77.—ACERCA DEL MÉDICO CARO.

Máximo, nada peor
 Hizo Caro que expirar
 De fiebre, y la fiebre misma
 Fué bien culpable en verdad.
 ¡Cruel! ¿por qué la cuartana
 No fué su fiebre mortal?
 Para su médico, ella
 Se ha debido conservar.

78.—Á MACRO (100).

Hacia Salona (101), oh Macro, te diriges,
 Y el honor, la lealtad y la justicia,
 Amables compañeras, van contigo.
 El magistrado próbo siempre deja
 De ejercer sus funciones sacrosantas
 Con más pobreza que antes. Por lo tanto,
 ¡Oh pueblos de Dalmacia! ¡oh moradores
 Felices de un país que el oro engendra!
 Despediréis un día al noble Macro,
 Vuestro pretor, sin que os rebato nada,
 Y habréis de lamentar que vuelva á Roma,
 Y le habréis de llorar agradecidos.
 En tanto yo, sintiendo tu partida,
 Me voy del feroz Celta y del Ibero
 A la región; y cuanto allí escribiere,
 Cabe la margen del piscoso Tajo,
 Habrá de recordar tu dulce nombre.
 De aqueste modo habré de ser leído,
 Al par de dulces vates de otros tiempos;
 Y sin que me prefieras demasiado
 A otros poetas, ojalá me pongas
 Próximo, aunque inferior, al gran Catulo.

79.—ACERCA DE TORCUATO Y OTACILIO.

Torcuato tiene un palacio
 A cuatro millas de Roma;
 Otacilio á igual distancia
 Casa miserable compra.
 Torcuato construye termas
 De varias piedras marmóreas;
 Otacilio un pobre baño
 Adquiere de poca monta.
 Torcuato planta en su huerto
 De laureles selva hermosa;
 Otacilio cien castaños
 Para gozar de su sombra.
 Cuando Torcuato fué cónsul,
 Otacilio tuvo la honra
 De ser de su barrio síndico,
 Y tan mísera persona
 También se creía ser
 Un gran personaje en Roma.
 Me parece que Torcuato
 Va á hacer que Otacilio de honda
 Envidia estalle y reviente,
 Como el buey á rana zonza.

80.—ACERCA DE EROS.

Eros llora cuando ve
 Vasos murrinos jaspeados,
 O muebles de limonero,
 O jovencillos esclavos.
 Laméntase inconsolable
 Porque es pobre el desdichado
 Para comprar y llevarse
 Todo lo que encuentra al paso.
 ¡Cuántos hacen como Eros,

Pero sin derramar llanto!
 ¡Cuántos mofan de sus lágrimas
 Y por dentro están llorando!

81.—ACERCA DE FILIS.

Quum duo venissent ad Phyllida mane fututum
 Et nudam cuperet sumere uterque prior:
 Promisit pariter se Phyllis utrique daturam,
 Et dedit: ille pedem sustulit, hic tunicam.

82.—Á GALO.

Si el trabajo que me impongo
 Útil te pudiera ser,
 Me hallara en pie desde el alba
 Y aun antes de amanecer,
 Y el huracán, lluvia y nieves
 Sufriría con desdén.
 Mas si en pos de tanto esfuerzo
 Y dolores de gran prez (102),
 No consigues ser más rico
 Ni en un cuadrante siquiera,
 Por favor te ruego, Galo,
 Que á mi fatiga le des
 Descanso, y que me dispenses
 De ese continuo vaivén
 Que de nada á tí te sirve
 Y á mí me daña, pardiez.

83.—Á MARINO.

Marino, juntas tus pelos,
 Tus pelos pocos y lacios,
 Y, valido de los que
 A tus sienas son amparo,
 Disimulas la gran calva

De tu refulgente cráneo.
 Mas el viento los perturba,
 En su lugar colocándolos,
 Y muestra tu nuda testa,
 Tan lampiña como un parámo,
 Solamente con dos rizos,
 De tu sien en cada lado.
 Cualquiera diría que eras
 De Hermeros el celebrado
 Autor entre Esendoforo
 Y Telesforo galanos (103).
 ¿Deseas sencillamente
 Confesar tus muchos años
 Y parecer siempre el mismo?
 Pues, entonces, que la mano
 Del barbero ponga fin
 A tus cabellos livianos,
 Porque nada hay de tan feo
 Como un cabelludo calvo.

84.—Á CEDICIANO, ACERCA DE AFRO.

A tí, Cediciano, asombra
 Que no vaya á dormir Afro;
 Pero ¿no ves con qué dama
 El infeliz se ha acostado?

85.—ACERCA DEL BARQUERO LADÓN (104).

Ladón, barquero del Tíber,
 Compró en sus últimos años
 Un campo junto á la orilla
 De su río muy amado.
 Mas el río muchas veces
 Se desbordaba inundando
 Con sus aguas turbulentas
 De Ladón el pobre campo,

De modo que aquella finca
 Se convertía en un lago.
 La inútil barca yacía
 Del río á la margen, cuando
 A Ladón se le ocurrió,
 Llenándola de peñascos,
 Poner un dique á las olas.
 ¿Quién lo creyera? el naufragio
 De aquella inservible barca
 Fué la salvación del amo.

86.—ACERCA DE LAURO (105).

No ha habido amante novicio
 Que tuviese tanto amor
 A su dama, como Lauro
 A la pelota afición.
 Pero si en su juventud
 Era el primer jugador,
 Después en primer pelota
 El infeliz se trocó (106).

87.—ACERCA DEL NATALICIO DE RESTITUTO.

Agradecida Roma que festeje
 Las calendas de Octubre, aniversario
 Del elocuente y noble Restituto.
 ¡Silencio, que no se oyen nuestros votos!
 Aqueste natalicio celebramos:
 ¡Tregua, tregua á los pleitos y discordias!
 ¡Oh! para alegres saturnales déjense
 La cera, las tablillas de tres hojas,
 Los pequeños tapices, los mezquinos
 Regalos de cliente miserable:
 Que hoy los felices de este siglo deben
 Luchar en esplendor con fértil mano.
 Que el orgulloso mercader del pórtico

De Agripa te regale estofas ricas
 De Tiro; que te envíe el acusado
 De crimen cometido en noche alegre
 Su traje de festín, por la defensa
 Que dél has hecho; que la mal llamada
 Joven, triunfante de la vil calumnia,
 Venga á ofrecerte con su misma mano
 Verdaderas sardónicas; que el viejo
 Admirador de restos vetustísimos
 Con un vaso de Fidias te agasaje;
 Que el cazador regálete una liebre,
 El colono un sabroso corderuelo,
 El pescador productos de su caña!
 Si cada cual te da de aqueste modo
 Lo que en su mano está, ¿qué, Restituto,
 Te habrá de enviar un vate más que versos?

88.—Á COTA.

Cota, del pretor los sacos
 Te veo que acechas siempre;
 También cuidas sus tablillas:
 ¡Oh, qué hombre tan diligente!

89.—ACERCA DE UNA ESTATUA DE JUNO.

Polycleto, aquesta Juno,
 Labor de tu mano y gloria,
 Que el mismo Fidias tuviera
 El burilarla á gran honra,
 Con tantas gracias esplende,
 Que el juez que en el Ida mora
 No dudara en preferirla
 A las tres soberbias diosas (107).
 Si Jove no amara tanto
 A Juno, su hermana propia,
 Pudiera amar á la tuya,
 Polycleto, por lo hermosa.

90.—CONTRA LIGELA.

Quid vellis vetulum, Ligella, cunnum?
 Quid busti cineres tui lacessis?
 Tales munditiæ decent puellas:
 Nam tu jam nec anus potes videri.
 Istud, crede mihi, Ligella, belle
 Non mater facit Hectoris, sed uxor.
 Erras, si tibi cunus hic videtur,
 Ad quem mentula pertinere desit.
 Quare si pudor est, Ligella noli
 Barbam vellere mortuo leoni.

91.—ACERCA DE ALMÓN.

Omnes eunuchos habet Almo, nec arrigit ipse,
 Et queritur, pariat quod sua Polla nihil.

92.—Á MARIO.

Oh Mario, amante del reposo dulce,
 Cuyo vivir al mío ha acompañado,
 A tí el honor de Atina la vetusta (108)
 Estos gemelos pinos recomiendo,
 Orgullo del agreste bosquecillo,
 Y estas carrascas, goce de los Faunos (109),
 Y aquestas aras del Señor del trueno
 Y de hórridos Silvanos, construídas
 Por mano semidocta del colono,
 Y rociadas á veces con la sangre
 De cabrón ó de tierno corderillo.
 También te recomiendo á virgen diosa (110)
 Del templo venerando, y al dios Marte,
 Huésped de aquesa pudorosa hermana,
 Patrón de las calendas de mi aurora,
 Y este laurino bosque consagrado

A tierna Flora, porque en él guarida
Halló al ardor de lujurioso Priapo.
Ora que inmoles hostia expiatoria,
Ora que ardas oloroso incienso
En honor de estos dioses. protectores
De mi pequeño campo, díles, Mario:
«En cualquiera lugar en donde more
Mi querido Marcial, vuestro pontífice,
A mí se aduna en este sacrificio:
Aunque se encuentre lejos, contempladle
Como presente, y á los dos donadnos
Lo que cualquiera de ellos os pidiera.»

93.—Á CLEMENTE.

Clemente, si antes que yo
Ves los montes Euganeos (111).
Y la ciudad do reinó
Helicaón (112), y los bellos
Campos, y aquellas colinas
Coronadas de sarmientos,
Lleva á Sabina de Atesta (113)
Estos versos aun inéditos,
Pero que de nueva púrpura
Ya tienen adorno espléndido.
Como deleita una rosa
Cogida há muy poco tiempo,
Así nos agrada un libro
Que el lector aun no ha abierto
Ni con su barba lo ha
Manchado al querer leerlo (114).

94.—REGALO DE FRUTOS.

Un dragón de Masilia (115)
No custodia mi huerto,
Ni de Alcínoo tampoco

Los cármenes poseo;
 Pero crecen mis árboles
 Seguros en Nomento,
 Sin que á ladrones teman
 Sus productos groseros.
 Por lo tanto te envío
 Tan solamente aquestos,
 Que deben á mi otoño
 Estar amarillentos,
 Y que por mí han nacido
 De la Suburra en medio (116).

95.—Á GALA.

Gala, tu esposo y tu amante
 Te han remitido á tu hijo;
 Con lo que, á mi parecer,
 Probaron de modo explícito
 Que para que fueras madre
 No han hecho nada contigo.

96.—Á AVITO.

Avito, te maravillas
 De que, en Roma envejecido,
 Nombro á menudo regiones
 Extrañas; de que codicio
 Saciar mi sed en las aguas
 Del hermoso Tajo aurífero,
 Y en las ricas del Jalón
 En donde la luz he visto;
 De que echo mucho de menos
 Los campos rústicos míos,
 Y mi cabaña provista
 De cuanto yo necesito.
 Es cierto: me agrada el suelo

En donde con poco vivo,
Y soy feliz; donde todo
El lujo está circunscrito
A un bienestar moderado.
En Roma se hace preciso
Nutrir la tierra; allí es ella
La que me nutre á mí mismo.
Aquí una lumbre avara (117)
Deja el hogar casi frio;
Allí me da luz inmensa.
Cuesta aquí el hambre un sentido,
Y el mercado nos conduce
A gastar todo el bolsillo (118);
Allí mi mesa relleno
Con lo que dá el suelo rico.
Aquí gasto cuatro togas,
Y aun más, durante el estío,
Y allí una cuatro otoños
Me presta el mismo servicio.
¡Ea, vete á hacer la corte
A grandes, cuando hay un sitio
Que te da cuanto precisas,
Y que te niega un amigo!

97.—ACERCA DE NUMA.

Preparábase la hoguera;
Con papel iba á arder luego;
Ya la esposa desolada
Compraba mirra y romero (119);
Ya se hallaban preparados
La fosa, el fúnebre lecho
Y el diestro embalsamador:
Pero Numa su heredero
Me nombró, y al punto mismo
Se halló sano por completo.

98.—CONTRA PUBLIO.

Mientras que, más gracioso
 Que Ganimedes bello,
 Y más en sus afeites
 Rebuscado y compuesto
 Que tu mujer, tu hija
 O hermana, tu copero
 El céculo me vierte,
 ¿Pretendes que yo atento
 Tan sólo mire el traje,
 Adorno de tu cuerpo,
 Tu antigua hermosa mesa
 De rico limonero,
 Y sus pies elegantes
 De marfil bello, espléndido?
 Si quieres que disipe
 Las sospechas que tengo,
 Ordena que me sirvan
 Los rústicos labriegos,
 Olientes todavía
 A su villano pueblo,
 De cabeza pelada,
 Sucios, groseros, feos,
 Hijos al fin que sean
 De algún soez porquero.
 Tú no tendrás entonces
 Que sufrir el tormento
 De avergonzarte, Publio;
 Porque hábitos severos
 Y castos mal se avienen
 Con tan lindo copero.

99.—ACERCA DE UN RETRATO DE SÓCRATES.

Si este retrato de Sócrates
 Pudiera ser de un romano,

Seria el de Julio Rufo
 Cuando representa á Sátiros.

100.—CONTRA UN PLAGIARIO.

Imbécil, ¿por qué mezclar
 A los tuyos los mis versos?
 ¿Qué tienes tú de común,
 Ente mísero y pequeño,
 Con mi libro, que revela
 La exigüidad de tu ingenio?
 ¿Por qué pretendes juntar
 Al zorro con el soberbio
 León, y aparear el águila
 Con torpe y feo mochuelo?
 ¿De qué te sirve de Lada (120)
 Tener ese pie ligero,
 Cuando pretendas correr,
 De madera el otro siendo?

101.—ACERCA DE CAPITOLINO.

Si el viejo Galba (121), á quien tanto
 Augusto César amaba,
 Regresase de los campos
 Elisios, quien le escuchara
 Luchar con Capitolino (122)
 En chistes, broncas, nonadas,
 Exclamaría al momento:
 Cállate, grosero Galba.

102.—ACERCA DE FILENO.

¿Tú me preguntas, Avito,
 Cómo ha logrado Fileno
 Ser padre, no haciendo nada
 Para conseguir aquesto?

Dirátelo Gaditano,
 el, que jamás hizo versos,
 Y sin embargo se tiene
 Por un poeta completo.

103.—Á LOS BILBILITANOS SUS CONCIUDADANOS.

Municipes de Bilbilis la Augusta,
 Sobre escarpado monte construída,
 Y circundada por corriente rauda
 Del Jalón, ¿no os halláis alegres, fieros
 Con vuestro vate? Porque vuestra gloria
 Yo soy y vuestro honor y nombradía.
 No debe más Verona á su Catulo
 Dulcísimo, y no fuera más ansiosa
 De entre sus hijos el poder contarme.
 Han ya pasado treinta y cuatro estíos
 Desde que, ausente, presentáis ofrendas
 A diosa Ceres, de pasteles rústicos;
 Y, desde el tiempo en que en soberbia Roma
 Habito, de color mudó mi pelo.
 Si me acogéis con amorosa entraña,
 Iré á morar en medio de vosotros;
 Mas si con frialdad me recibiereis,
 Habré, con prontitud, de dar la vuelta.

104.—Á SU LIBRO.

¡Oh libro mío, corre y acompaña
 A Flaco, en su lejana, mas dichosa
 Navegación; que favorables auras
 Y fácil derrotero te conduzcan
 A Tarragona hispánica: desde este
 Lugar, rápido coche llevaráte
 En cinco días á la enhiesta Bilbilis,
 Bañada del Jalón por caras ondas.
 ¿Me preguntas qué encargos te encomiendo?

Helos aquí: al momento que llegares,
Saluda en nombre mío á algunos pocos
Amigos de la infancia, á quien no he visto
Ha ya treinta y cuatro años: recomienda
Después á Flaco, que me elija cómodo
Retiro deleitoso, de modesto
Precio, y que pueda, en fin, prestar abrigo
A la pereza de tu amado padre.
Nada más, nada más. Ya con imperio
Llama el patrón y riñe á los morosos:
Propicio viento el puerto ya franquea.
Adiós, mi libro, adiós. Ligero corre,
Pues sabes que el bajel no aguarda á uno.

FIN DEL LIBRO DÉCIMO.

LIBRO UNDÉCIMO.

1.—Á SU LIBRO.

A dónde vas, ocioso,
A dónde vas, mi libro,
Ornado con tu traje
Mejor de egipcio lino? (1)
¿Vas por ventura á casa
De mi opulento amigo
Partenio? (2).—Sí.—Pues marcha;
Mas puede ser que listo
Hayas de dar la vuelta,
Porque él no lee libros,
Y sí solicitudes (3),
Y ocúpase en servicio
De las hermanas doctas
Tan sólo por sí mismo.
¿Te gustarán lectores
Que sean menos ricos?
Entonces vete al pórtico
Cercano de Quirino (4),
Porque el del gran Pompeyo (5),
El de Europa, ó del primo,
Que gobernó en el piélago
Un párvulo navío (6),
No abrigan tantos hombres

Que se hallen inactivos.
 Dos, tres aficionados
 Hay en aquese sitio,
 Los cuales mis futesas,
 Pasto de insectos mínimos,
 Revolverán gustosos;
 Mas sólo si rendidos
 De disputar se hallaren,
 O de apostar del ínclito
 Escorpo, ó de Incitato,
 Aurigas del gran circo (7).

2.—Á LOS LECTORES.

Gentes de torva mirada,
 Catones de duro aspecto,
 Hijas de Fabricios rústicos,
 Máscaras de altos alientos,
 De la moral norma y pauta,
 Cuantos no amáis el misterio
 Como nosotros, marchaos:
 He aquí venir mis versos
 Exclamando: ¡Oh Saturnales!
 Sin obstáculo ni miedo,
 Porque eres tú, dulce Nerva,
 El que gobierna el imperio (8).
 Aprended, lectores tristes,
 A Sanctra, vate roquero (9):
 El libro es mío, y por tanto
 Con vosotros nada tengo.

3.—ACERCA DE SUS OBRAS.

No sólo agrada mi musa
 A ciudadanos ociosos;
 Yo no escribo únicamente
 Para bodoques y zonzos,

Pues que soy también leído
 Por centurión rigoroso
 Que entre los Getas combate (10)
 En medio de un clima bronco;
 Hasta dicen que el Britano
 También canta nuestros tonos.
 Más, ¿para qué? Mi bolsillo
 No se llena de este modo.
 Y sin embargo, también
 Yo podría escribir tomos
 Inmortales; yo podría
 Embocar el clarín ronco
 De sanguinosas batallas,
 Si los dioses diesen otro
 Augusto, y Roma ofreciérame
 Un Mecenas generoso.

—INVOCACIÓN Á LOS DIOS EN FAVOR DE TRAJANO.

Oh sacrosantas aras, Lares frigios,
 Que el heredero de soberbia Troya (11),
 De Laomedón los oros desdeñando,
 Prefirió arrebatarse al fuego ardiente.
 Oh Jove, figurado en áurea, eterna
 Estatua (12), y tú, su hermana (13), y tú, su hija
 Del tan sólo nacida (14), en fin, tú, Jano,
 Que ya tres veces has inscrito el nombre
 Del gran Nerva (15) en los fastos consulares,
 Oid, oid mis súplicas piadosas:
 Amparad nuestro jefe y al Senado,
 Y haced que éste se amolde en sus costumbres
 A las de nuestro príncipe, y que aqueste
 Mantenga siempre las que son su brillo!

5.—EN ALABANZA DE TRAJANO.

Oh César, tú respetas el derecho
 Y la justicia como el mismo Numa;

Mas era pobre Numa; y ardua empresa
 Era salvar tus cándidas costumbres,
 En medio de riquezas seductoras,
 Y Numa ser, vencidos tantos Cresos (16).
 Si nuestros padres, héroes tan ilustres,
 Dejar pudiesen los Elisios campos,
 Y volver á este mundo, el invencible
 Camilo (17), á tí, Trajano, prefiriera
 Aun á la libertad; aceptaría
 Oro Fabricio (18) de tu noble mano;
 Tu imperio viera Bruto (19) jubiloso,
 Y Sila, al abdicar, el feroz Sila
 Las riendas del gobierno te entregara:
 Amor te profesara el gran Pompeyo,
 Y César, aun privado, y te daría
 El opulento Craso sus riquezas;
 Y hasta el mismo Catón, si retornase
 De los infiernos, fuera de tu bando (20).

6. — Á ROMA.

En días alegres
 De Saturno el viejo,
 Días que permiten
 De dados el juego (21),
 Oh Roma, consientes
 (Lo juzgo así al menos)
 Que yo te divierta
 Con chistosos versos,
 A tí y á quien lleve
 El bonete puesto (22).
 ¡Te ríes! ¡pues ea,
 Me lanzo sin miedo!
 ¡Pálidos cuidados,
 Huid de aquí lejos!
 Cuanto se ocurriere
 Al punto diremos,

Sin pecatar nada
 Y sin pudor necio.
 Echa, esclavo, vasos,
 Pero á medias llenos,
 Cual los que Pitágoras (23)
 Propinaba á Nero;
 Echa más, Dindimo,
 Echa más falerno.
 No sirvo de nada
 Con gazzate seco;
 Mas valgo por quince
 Poetas si bebo.
 Hora á lo Catulo,
 Dame, dame besos,
 Y si los que ha dicho
 Me dieres contento,
 De Catulo el pájaro
 Te regalo en premio (24).

7.—Á PAULA.

No, Paula, ya no dirás
 A tu estúpido marido,
 Cuando pretendas correr
 En pos de gozes ilícitos:
 «Esta mañana mandóme
 Ir á Alba el César mismo;
 César me llama á Circeya.»
 Ya no cabe tal motivo.
 En el reinado de Nerva
 Ser Penélope es preciso;
 Pero á tí la comezón
 Del placer, y el contraído
 Hábito te lo prohiben.
 ¡Desdichada! ahora mismo
 ¿Qué vas á hacer? ¡á inventar
 Que ha enfermado de imprevisto

Tu amiga? pero á tí al punto
Se pegará tu marido;
Y aunque á casa de tus padres
Ó hermano fueres, solícito
Habrá de ir en tu compañía.
¿Qué expediente nuevo y lindo
Inventará tu cacumen?
Otra cualquiera en el mismo
Caso se diría histérica,
Y simulara el motivo
De tomar la de Sinuesa
Agua y baños salutíferos (25).
Pero ¡oh! tú tienes talento
E ingenio más peregrino,
Pues siempre que buscas goces
Lo dices á tu marido.

8.—ACERCA DE LOS BESOS DE SU FAVORITO.

El fuerte olor balsámico
Que un sodomita exhala,
El de azafrán doblado
Sobre su tierna planta,
Con que perfuma el aire,
Antes que en tierra yazga,
El de un frutero lleno
De hibernales manzanas,
El de un jardín de flores
En primavera blanda,
El que de emperatriz
El tocador emana,
El del ámbar caldeado
Por mano de muchacha,
El de una ánfora rota,
Que oliere á gran distancia,
El que Cosmo en los vasos
Alabastrinos guarda,

El de aras de los dioses
 Y el de hermosa guirnalda,
 Que de sienes de un rico
 De desprenderse acaba;
 Pero ¿qué estoy diciendo?
 Cualquier de éstos no basta,
 Tomado aisladamente;
 Hágase mezclanza
 De todos ellos juntos,
 Y habráse la fragancia
 De besos delicados,
 Con que por la mañana
 A mí mi favorito
 Me aplace y me regala.
 ¿Saber su nombre anhelas?
 Pues burlaré tus ansias;
 Que sólo de sus besos
 Se ocupan mis palabras.
 Silencio me has jurado,
 Mas veo que te alampas
 Por conocer, Sabino,
 Lo ajeno, ¡oh buena maula!

9.—ACERCA DE UN RETRATO DE MÉMOR.

Coronado de encina de Júpiter
 El cómico Mémor,
 Del coturno romano la gloria
 Respira en el lienzo.

10.—ACERCA DE TURNO.

Turno consagró á la sátira
 Su genio profundo y vasto.
 ¿Por qué no ha imitado á Mémor
 Siendo, como era, su hermano?

11.—Á SU ESCLAVO.

Esclavo, quita esos cálices
 Y esos vasos del Egipto
 Ardiente, y dame sin miedo
 Esas copas que han servido
 A nuestros padres, y que
 Por ningún copero lindo
 Fueron tocadas. Volvamos
 A nuestras mesas los prístinos
 Usos de nuestros abuelos.
 A nadie más que á tí mismo,
 Sardanápalo, se debe
 Beber deliciosos vinos
 En una piedra preciosa;
 A tí, que mutilas lindo
 Méntor, para hacer con él
 A tu querida un sillico.

12.—CONTRA ZOILO (26).

De siete hijos el derecho
 En hora buena que alcances,
 Oh Zoilo, como ninguno
 Ni padre te dé, ni madre.

13.—EPITAFIO DEL MISMO PARIS.

Tú que por vía Flaminia (27)
 Vas andando, pasajero,
 Detén tu planta, y contempla
 Aqueste mármol soberbio.
 En él descansan con Páris,
 Deleite de Roma ameno,
 La sal mordaz del Egipto,
 Arte, gracia, goces, juegos

Y de la escena romana
 El esplendor y el tormento;
 En fin, todos los placeres
 Del Amor y madre Venus.

14.—ACERCA DE COLONO (28).

Labrador de tan menguada
 Estatura no se entierra;
 Porque, aunque poca, la tierra
 Siempre le será pesada.

15.—ACERCA DE SU LIBRO.

He compuesto algunos libros
 Que muy bien leer podrían,
 Ya la mujer de Catón,
 Ya las austeras Sabinas.
 Mas quiero que éste promueva
 Por todas partes la risa;
 Que sea el más descocado,
 Que olor á vino despida,
 Y que no se ruborice
 De oler á esencias muy finas.
 Loquillo con los mancebos,
 Amoroso con las niñas,
 Ha de nombrar sin rebozo
 Aquella parte lasciva
 De la que todos nacimos,
 Que es padre de nuestra vida
 Y á la que el piadoso Numa
Mentula llamar solía.
 Sin embargo, Apolinar
 Percata que estas poesías
 No retratan mis costumbres,
 Sino las Saturnalicias (29).

16.—A LOS LECTORES.

Lector muy escrupuloso,
 Vete donde mejor quieras,
 Pues yo escribo para aquellos
 Que en Roma ociosos vegetan.
 Mi musa, del dios de Lámpsaco (30)
 Se halla del todo repleta,
 Y en mi mano ya restallan
 Los crótalos de Tartesia (31).

.

Y tú también, jovencita,
 Aun cuando en Padua (32) nacieras,
 Has de leer conmovida
 Mis bromitas é indecencias.
 Lucrecia arrojó ya el libro
 Al suelo con gran vergüenza,
 Mas porque estaba allí Bruto:
 Sal, Bruto, de su presencia,
 Y verás que al punto mismo
 Lo recoge tu Lucrecia.

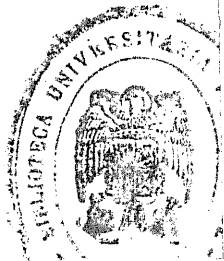
17.—A SABINO.

Todos los anchos folios
 De aqueste libro,
 Para la negra noche
 No han sido escritos.
 Pues tiene varios
 Que pueden ser leídos
 De día claro.

18.—CONTRA LUPO.

Tú, Lupo, me has regalado
 Junto á Roma una campiña,

Y bajo de mi ventana
Tengo una de más estima.
Campiña dices audaz:
¡Llamas á eso campaña!
¡Cuando el bosque consagrado
A Diana es una mínima
Planta de ruda que el ala
De cigarra cubriría;
Que en solo un dia comiera
La más delicada hormiga;
Que coronara una hoja
Y una rosa todavía
No abierta; donde no hay
Más césped que una matita
De costo y de adormidera,
Y donde nunca podría
Crecer derecho un pepino,
Ni pequeña lagartija
Pudiera extender su cuerpo!
Una oruga ayunaría
En ella, y un leve cínife
De hambre muriera, á fe mía,
Aun cuando todos los sauces
Le sirvieran de comida.
¡Oh, un topo fuera bastante
Para laborear tal finca!
Hongos, higos, violetas
No pueden hallar cabida
En ella. Ratón pequeño,
Que al jardinero horroriza
Más que el jabalí terrible
De Calidon, la aniquila.
Para construir su nido
Progne al vuelo tomaría
Todo el heno que contiene:
Priapo sin su hoz temida,
Y sin su arma, no cabe,



Ni á medias, en tal campiña.
 No llenará una cuchara
 Su cosecha recogida,
 Y el vino que ella produce,
 En una nuez bien cabria.
 Lupo, tú te has engañado,
 Mas tan sólo en una sílaba:
 Tú me has dado un jardinito;
 Más quisiera una comida (33).

19.—CONTRA GALA.

Quæris cur nolim te ducere, Galla? diserta es.
 Sæpe solcecismum mentula nostra facit.

20.—A UN LECTOR SEVERO.

Cæsarís Augusti lascivos, livide, versus
 Sex lege, qui tristis verba Latina legis:
 Quod futuit Glaphyren Antonius, hanc mihi pœnam
 Fulvia constituit, se quoque uti futuam.
 Fulvia ego ut futuam? Quid si me Manius oret
 Pœdicem, faciam? non puto, si sapiam.
 Aut futue, aut pugnemus, ait. Quid, quod mihi vita
 Carior est ipsa mentula? signa canant.
 Absolvís lepidos nimirum, Auguste, libellos,
 Qui scis Romana simplicitate loqui.

21.—CONTRA LIDIA.

Lydia tam laxa est, equitis quam culus aheni;
 Quam celer arguto qui sonat ære trochus;
 Quam rota transmisso toties intacta petauro;
 Quam vetus á crassa calceus udus aqua;

Quam quæ rara vagos expectant retia turdos,
 Quam Pompeiano vela negata Noto;
 Quam quæ de phthisico lapsa est armilla cinædo,
 Culcita Leuconico quam viduata suo;
 Quam veteres brachæ Britonis pauperis, et quam
 Turpe Raven natis guttur onocrotali.
 Hanc in piscina dicor futuisse marina.
 Nescio: piscinam me futuisse puto.

22.—CONTRA UN PEDERASTA MASTURBADOR.

Mollia quod nivei duro teris ora Galesi
 Basia, quod nudo cum Ganymede jaces,
 Quis negat hoc nimium? sed sit satis: inguina saltem
 Parce fututrice sollicitare manu.
 Levibus in pueris plus hæc, quam mentula, peccat;
 Et faciunt digiti, præcipitantque virum.
 Inde tragus, celeresque pili, mirandaque matrì
 Barba, nec in clara balnea luce placent.
 Divisit natura mares: pars una puellis,
 Una viris genita est: utere parte tua.

23.—CONTRA SILA.

Sila quiere que con ella
 Yo me case á cualquier precio,
 Pero yo de ningún modo
 Casarme con Sila quiero.
 Mas ella éfeta: entonces
 Le digo: Bien: de sestercios
 Me has de aportar un millón:
 ¿Puedo yo pedirte menos?
 Item: aunque tu marido,
 Me dispensarás de serlo
 Aun en la primer noche,
 Y habremos aparte el lecho.

Abrazaré á mi querida
Sin que te opongas á ello,
Y mandarás tu sirvienta
Cuando tal fuere mi anhelo.
Mi esclavo, y también el tuyo,
En tus barbas y aparejos
Me darán besos amantes;
Tendrás en la mesa puesto
Tan distante, que ni aun
Nuestras vestes tocaremos.
Solamente me darás
Raros besos, en el tiempo
Y hora en que yo te los pida,
Pero no han de ser de aquellos
Que da una esposa, no, no;
Sino de abuela á su nieto.
Con aquestas condiciones
Y pudiendo sufrir eso,
No dudo que hallarás, Síla,
Quien contigo case luego.

24.—Á LABULO.

Mientras que sigo tus huellas,
Y á tu casa te acompaño,
Y soy todo orejas al
Menor signo de tus labios,
Y admiro cuanto pronuncias,
Y cuanto cumples aplaudo,
¡Qué de versos, oh Labulo,
Pudiera haber publicado!
Mas, según tú, importa un bledo
Que obras que son el encanto
De Roma; que son buscadas
Con afán por los extraños;
Que el caballero arrebatá;

Que el senador con cuidado
 Guarda; que el jurisconsulto
 Aplauda con entusiasmo,
 Y que envidian los poetas,
 Por tu causa sufran daño.
 En verdad, Labulo, ¿cómo
 Ver, con ánimo pacato,
 Que, porque aumentes el número
 De tus clientes togados,
 Mis libros se disminuyan?
 Treinta días ya pasaron,
 Y ni siquiera una página
 Escribir pudo mi mano.
 ¡Desdicha de un vate á quien
 Cenar en casa no es dado!

25.—CONTRA LINO.

*Illa salax nimium, nec paucis nota puellis,
 Stare Lino desit mentula: lingua, cave.*

26.—AL JOVEN TELESFORO.

*O mihi grata quies, o blanda, Telesphore, cura
 Qualis in amplexu non fuit ante meo!
 Basia da nobis vetulo, puer, uda Falerno,
 Pocula da labris facta minora tuis.
 Addideris super hæc Veneris si gaudia vera,
 Esse negem melius cum Ganymede Jovi.*

27.—Á FLACO.

*¿Eres, Flaco, tú de hierro
 Cuando con sosiego tanto
 Te encuentras junto á una moza*

Que á sí misma se ha apreciado
 En seis pucheros de salsa,
 Y de atún en dos pedazos,
 Ó en un lagarto mezquino:
 Que sólo se estima en cuanto
 Un racimo de uvas vale;
 Que devora de un bocado
 Un arenque, que la ofrece
 Su sirvienta en rojo plato:
 Que, al perder toda vergüenza,
 Pide, sin ningún empacho,
 Cinco vellones de lana
 Bruta para hacer un manto?
 Pero si á mí me pidiese
 La mujer á quien yo amo
 Una libra de perfumes
 Los más preciosos y raros,
 O esmeraldas y sardónicas,
 O ricas sedas del barrio
 De Toscana (34), ó cien aureolos (35)
 Como si fueran de estaño,
 ¿Piensas tú que yo querría
 Darle objetos tan preciados?
 No: porque quiero una dama
 Digna de tales regalos.

28.—ACERCA DE UN NEFRÍTICO FRENÉTICO.

Persiguió Aucto el nefrítico
 Con el puñal á su médico,
 Y ha logrado atravesarle:
 ¡Oh, no estaba tan enfermo!

29.—Á FILIS.

Apenas tu vieja mano
 Me ha palpado enamorada,

Creí, Filis, que los dedos
 De la muerte me agarraban.
 En vano tu ratoncillo,
 Tus bellos ojos me llamas;
 Que diez horas de tu arte
 Para curarme no bastan.
 No sabes, no, acariciar;
 Dime, dime estas palabras:
 «Te daré cien mil sestercios
 Y tierras muy cultivadas
 En los collados de Setia,
 Vino, esclavos, buenas casas,
 Espléndido mobiliario
 Y gran vajilla dorada.»
 Esto me dará más gusto
 Filis, que tu mano helada.

30.—CONTRA ZOILO.

Os male causicis et dicis olere poetis;
 Sed fellatori, Zoile, pejus olet.

31.—CONTRA CECILIO.

Atreo de calabazas (36),
 Cecilio las parte y corta
 En mil pedazos, cual Tiestes
 Hizo con sus hijos. Pónelas
 Al principiar la comida,
 Y en los tres servicios obran.
 A los postres las presenta,
 Y con ellas hace tortas
 De sabor insoportable,
 Pasteles de clases todas,
 Y dátiles parecidos
 A los que el teatro adornan.
 Las saca de su cocina,

Ya de picadillo en forma,
Ya de habas ó de lentejas :
Hace que imiten la cola
De un atún, ó á salchichas,
O á hongos, ó á anchoas.
Cuantos recursos ofrece
El arte, todos agota
Su mayordomo, intentando
De la ruda con las hojas
Hacer sabrosos los platos.
Cecilio con esta mónica
Llena platos, llena fuentes,
Cazuelas y cacerolas,
Y se cree el muy taimado
Hacer cosas prodigiosas,
Cuando un as tan sólo gasta
En comida tan hermosa.

32.—CONTRA NÉSTOR.

Tú no tienes ni una toga,
Ni casa, ni lecho infecto
De chinches, ni una estera,
Ni esclavo joven ni viejo,
Ni una criada, ni un niño,
Ni puerta, llave, ni perro,
Ni un vaso para beber,
Y, sin embargo, tú, Néstor,
Pretendes pasar por pobre
Y que así te juzgue el pueblo.
Mientes, Néstor: me parece
Que te adulas en extremo:
La pobreza no consiste
En no ser de nada dueño (37).

33.—ACERCA DEL COCHERO DEL BANDO VERDE.

Desde que murió Nerón,
Prasino, que es el cochero
Del bando verde, á menudo
Ha alcanzado el noble premio,
Y aun á la vez conseguido
Otros muchos de gran precio.
Vé ahora, maligna envidia,
Véte por ahí diciendo
Que por Nerón se lo han dado:
Hoy no vence Nerón muerto,
Sino el ínclito Prasino,
Del bando verde cochero (38).

34.—ACERCA DE APRO (39).

Apro ha comprado una casa,
Pero tan negra y tan vieja,
Que aun la más triste lechuza
Para sí no la quisiera.
El espléndido Marón
Tiene seis jardines cerca;
Con esto, si no buen cuarto,
Apro tendrá buena mesa (40).

35.—Á FABULO (41).

Cuando convidas, Fabulo,
A muchos que no conozco,
No te quejes si no asisto:
No me gusta comer solo (42).

36.—ACERCA DE CAYO PRÓCULO.

Señalemos este día
Con hermosa piedra blanca,

¡Qué fortuna! Cayo Julio,
 Cumpliendo mis votos, sana.
 ¡Cómo me agrada el haber
 Perdido toda esperanza,
 Como si hubieran sus días
 Cortado las tristes Parcas!
 La alegría no es tan grande,
 Si al temor no fué mezclada.
 Esclavo, ¡ahi con los brazos
 Cruzados, dime, á qué aguardas?
 Viérteme inmortal falerno
 De la más añeja ánfora.
 Por Cayo, por Julio y Próculo
 Beberemos bien colmadas
 Cinco, seis y ocho copas,
 Según sus letras reclaman.

37.—CONTRA ZOILO (43).

¿Por qué te gusta emplea
 Una libra de oro, Zoilo,
 En formar con esa piedra
 Un anillo, y de tal modo
 Ahogar la pobre sardónica?
 A tus piernas hace poco
 Convendría: que á tu dedo
 Es peso muy oneroso.

38.—ACERCA DE UN MULETERO SORDO.

En veinte mil sestercios
 Vendióse hace muy poco
 Un muletero. Aulo,
 ¿Te causa gran asombro
 Tan grave precio? Atiende
 Que era cual tapia sordo (44).

39.—CONTRA CARIDEMO.

Caridemo, me has mecido
Cuando me hallaba en mantillas,
Siendo compañero y guarda
De mi infancia y mi puericia.
Mas, rasurada mi barba
Mancha servilletas limpias,
Y las jóvenes se quejan
De que mis besos irritanlas.
Para tí únicamente
No he crecido ni una línea.
A colonos é intendente
Pones miedo y horrorizas,
Y á toda, toda la casa
Miedo le causas y grima:
No quieres que juegue, ni
Que haga el amor á una niña;
Todo, todo me lo vedas,
Mas tú de nada te privas.
Me reprendes y me acechas,
Te quejas, gruñes, suspiras
Y rabias, porque mi mano
Huye tu férula impía.
Si me pongo mis vestidos
De roja púrpura tiria;
Si perfume mis cabellos:
«Tu padre, al punto me gritas,
Tu padre no hacía eso.»
Cuentas, frunciendo la vista,
Los vasos que bebo á veces,
Cual si fueran de tu misma
Cuba. Mas, disfraces fuera:
No puedo, por vida mía,
Soportar en un liberto
De duro Catón la mímica:

¿Quieres saber si soy hombre?
Pregúntalo á mi querida.

40.—ACERCA DE LUPERCO.

Formosam Glyceren amat Lupercus,
Et solus tenet, imperatque solus;
Quam toto sibi mense non fututam
Quum tristis quereretur, et roganti
Causam reddere vellet Æliano;
Respondit, Glycerœ dolere dentes.

41.—ACERCA DE AMINTAS.

A su rebaño guardaba
Amintas con sumo celo:
Muy gozoso con oír
Elogiar sus pingües cerdos.
A una encina se subiera
Para arrojar en el suelo
La bellota; mas rompiéronse
Las ramas al grave peso,
Y con su cosecha Amintas
En tierra dió con su cuerpo.
Su triste padre no quiere
Que aquel árbol tan funesto
A su hijo sobreviva,
Y así le condena al fuego.
Ligdo, deja á tu vecino
Iolas engordar sus puercos,
Y tú, contando los tuyos,
Vive alegre y satisfecho.

42.—CONTRA CECILIANO.

Tú me pides epigramas
Que tengan sal y pimienta;

Mas para esto, Ceciliano,
 Me ofreces leve materia.
 ¿Cómo quieres que yo haga?
 Me reclamas miel hiblea,
 Y sólo tomillo corso
 Das á la abeja de Atenas.

43.—CONTRA SU MUJER.

Deprensum in puero tetricis me vocibus, uxor,
 Corripis, et culum te quoque habere refers.
 Dixit idem quoties lascivo Juno Tonanti?
 Ille tamen gracili cum Ganymede jacet.
 Incurvabat Hylam posito Tirynthius arcu;
 Tu Megaram credis non habuisse nates?
 Torquebat Phœbum Daphne fugitiva: sed illas
 Cœbalius flammis jussit abire puer.
 Briseis multum quamvis aversa jaceret,
 Æacidæ propior levis amicus erat.
 Parece tuis igitur dare mascula nomina rebus:
 Teque puta cunnos, uxor, habere duos.

44.—Á UN VIEJO QUE HA PERDIDO SUS HIJOS.

Sin hijos, rico, y nacido
 De Bruto en el consulado,
 ¿Cómo imaginas tener
 Amigos leales? Haylos,
 No obstante; y son los que habías
 Cuando mozo y desdichado.
 Mas los nuevos son amigos,
 Que quieren verte enterrado.

45.—CONTRA CANTARO.

Cuantas veces, atraído
 Por las gracias de un muchacho

Ó de una joven, penetras
 En un lugar retirado
 Dando crédito al cartel (45),
 No estás contento, ni aun cuando
 Te ocultes tras de una puerta,
 Ó de un cerrojo, ó de un paño,
 Pues exiges más secreto.
 De una rendija tu ánimo
 Sospecha, ó de un agujero
 Que apenas daría paso
 A una aguja, y al instante
 Mandas taparlos. Cantaro,
 Nadie tiene tan inquieto
 Pudor y tan delicado,
 Cuando satisfecho se halla
 Con placeres ordinarios.

46. —CONTRA MEVIO.

Jam, nisi per somnum, non arrigis, et tibi, Mævi,
 Incipit in medios meiere verpa pedes;
 Truditur et digitis pannucea mentula lassis,
 Nec levat exstinctum sollicitata caput.
 Quid miseros frustra cunnos, culosque laccessis?
 Summa petas: illic mentula vivit anus.

47. —CONTRA BLATARA.

Omnia femineis quare dilecta catervis
 Balnea devitat Blattara? ne futuat.
 Cur nec Pompeia lentus spatietur in umbra;
 Nec petit Inachidos limina? ne futuat.
 Cur Lacedemonio luteum ceromate corpus
 Perfundit gelida Virgine? ne futuat.
 Quum sic feminei generis contagia vitet.
 Cur lingit cunnum Blattara? ne futuat.

48.—ACERCA DE SILIO ITÁLICO.

A la tumba de Virgilio
 Consagra Silio su culto,
 Y además posee el campo
 Del gran Cicerón facundo (46).
 Los dos jamás eligieran
 Mejor heredero, el uno
 De sus Penates, y el otro
 De su ya olvidado túmulo (47).

49.—ACERCA DEL MISMO.

Tan solamente quedara
 Un desdichado petate,
 Que el nombre del gran Virgilio
 Y sus cenizas honrase,
 Cuando Silio acude al punto
 En pro de esta sombra amable,
 Y el gran poeta fué honrado
 Por uno de sus iguales.

50.—ACERCA DE FILIS.

¡Cuánta habilidad empleas
 En robarme cada día!
 Ora llorando á mí viene
 Tu taimada doncellita,
 Porque ha perdido tu espejo,
 Tu pendiente, ó joya rica;
 Ora pide que le compre
 Sederías baratísimas
 Por ser de *matute*; ora
 Perfumes con que me obliga
 A llenar tu braserillo;
 Ó bien una ánfora antigua

De Falerno, para hacer
 Que hechicera parlanchina
 Espie tu insomnio; ora
 A comprar me solicita
 Algún gran lobo de mar,
 Ó barbo de unas dos libras,
 Para que en la cena obsequies
 A tu adinerada amiga.
 Por pudor, Filis, á un tiempo
 Sé justa y séme verídica:
 Si sabes que nada niégote,
 Nada me niegues tú misma.

51.—ACERCA DE TICIO.

La columna que le cuelga
 A Ticio tiene el tamaño
 Que tiene aquella que adoran
 Las mujeres de Lampsaco (48).
 Solo y sin necios testigos
 Se baña en sus anchos baños,
 Y sin embargo, el gran Ticio
 Está en ellos apretado.

52.—Á JULIO CEREAL.

Julio Cereal (49), comerás
 Buena comida en mi casa:
 Vente, pues, si otra mejor
 Invitación no te aguarda.
 Mi hora será la tuya,
 A saber, la hora octava,
 Y juntos nos bañaremos.
 Ya sabes que está cercana
 Mi casa á baños de Esteban.
 Dará principio ensalada
 De laxativa lechuga

Y de puerros tiras largas;
 El atún le seguirá
 Y la cordila más ancha
 Que la anchoa, todo lleo
 De huevos y de hojas varias
 De ruda; luego otros huevos
 Cocidos á lumbre blanda,
 Rico queso del Velabro (50)
 Endurecido á la llama,
 Y aceitunas del Piceno
 Por los hielos arrugadas.
 Estos son aperitivos.
 ¿Y qué más, dices, te aguarda?
 Tendrás peces y conchillas
 De mil especies variadas,
 Ubres de puerca, gallinas,
 Y de lagos aves raras;
 En fin, todo cuanto Stella
 Pocas veces nos regala (51).
 Además me comprometo
 A no leerte palabra;
 Al contrario, leerásme
 Tus furibundas batallas
 De Gigantes, ó las églogas
 En que al gran Virgilio igualas.

53.—ACERCA DE CLAUDIA RUFINA.

Aunque hija de Britanos ojizarcos,
 Es Italiana por completo Claudia.
 ¡Qué hermosa es! Del Lacio las matronas
 Creyéranla Romana, y las de Atenas
 Juzgáranla Ateniense. ¡Santos dioses,
 Que su púdico seno fecundasteis
 Y le habéis prometido yernos, nueras,
 Haced que nunca más que á un solo esposo
 Conozca, y goce siempre sus tres hijos!

54.—CONTRA ZOILO.

Arroja, Zoilo bribón,
Del bolsillo repugnante
Los perfumes, la canela,
La mirra que á muerto sabe (52),
El incienso que ante el fuego
De la pira aun casi arde,
Y el cinamo que en el lecho
Funeral arrebataste.
Tus manos perversas han
De los tus pies miserables
Aprendido esa lección.
¡ Oh ! no me admira el hallarte
Ladrón, después de haber sido
Fugitivo en todas partes (53).

55.—ACERCA DE LUPO, Á URBICO.

Urbico, no creas á Lupo
Cuando te exhorta á ser padre:
Eso es lo que menos quiere.
De seducir el gran arte
Consiste en aparentar
Querer lo que en nada aplace.
Su deseo es que no hagas
Lo á que te excita y aplaude;
Que tu esposa solamente
En cinta diga encontrarse,
Y al punto verásle pálido,
Mas que mujer cuando pare.
Más si quieres hacer ver
Que obras según su dictamen,
Muere de modo que Lupo
No dude que has sido padre (54).

56.—CONTRA QUEREMÓN.

Por tu extremado elogio de la muerte,
 Estoico Queremón, que admire anhelas
 Tu valor y que exalte tu gran ánimo?
 Mas veo que tu misera vajilla
 Toda cascada, tu apagado fuego,
 Tu cama, y rota estera que divides
 Con chinches repugnantes, y tu toga
 Raída, que te sirve noche y día,
 Te prestan la virtud de ser filósofo.
 ¡Oh, qué hombre tan magnánimo el que sabe
 Privarse de las heces de un vinacho
 Que se cambió en vinagre, y de una poca
 Infecta paja, y de mendrugo negro!
 Ten un colchón de rica y blanda lana,
 Y tejidos de púrpura, un amigo
 De lecho, un joven siervo de rosados
 Labios, que envidien los á quienes vierta
 El cécubo, y entonces, ¡oh! tú entonces
 Codiciarás la senectud de Néstor,
 Y en no perder un día de esta vida
 Tan deliciosa cifrarás tus ansias.
 La vida fácilmente se desprecia
 En los casos adversos; mas el fuerte
 En cualquier infortunio la soporta (55).

57.—Á SEVERO.

Docto Severo, ¿te admiras
 De que te remita versos?
 De que á comer te convide,
 ¿Te admiras, docto Severo?
 También néctar y ambrosía
 Sirve á Jove de sustento,
 Y no obstante vino, y víctimas

Chorreando sangre, ofrecemos.
 Si ya, colmado de todos
 Los dones que dan los cielos,
 No quieres lo que posees,
 ¿Qué aceptarías contento?

58.—CONTRA TELESFORO.

Quum me velle vides, tantumque, Telesphore, sentis;
 Magna rogas: puta me velle negare nihil.
 Et nisi juratus dixi, dabo, subtrahis illas,
 Permitunt in me quæ tibi multa, nates.
 Quid si me tonsor, quum stricta novacula supra est,
 Tunc libertatem, divitiasque roget?
 Promittam; nec enim rogat illo tempore tonsor.
 Latro rogat: res est imperiosa timor.
 Sed fuerit curva quum tua novacula theca,
 Frangam tonsori crura manusque simul.
 At tibi nil faciam: sed lota mentula læva
Deijasein cupidæ dicet avaritiæ.

59.—ACERCA DE CARINO.

Carino lleva ostentoso
 Seis joyas en cada dedo;
 Las lleva de noche al baño,
 Porque no tiene joyero (56).

60.—ACERCA DE CHIONE Y FLOGIS.

¿Quién de Chione ó de Flogis (57)
 Es más propia para amar,
 Preguntas? Es más hermosa
 Chione, pero un volcán
 Es Flogis, que al viejo Príamo
 Fuera de encender capaz,
 Y al mismo Néstor daría

Juventud y ardiente afán;
 Volcán cuyo ardor quisiera
 Para su dama un galán;
 Volcán que Hygia (58) no lograra
 Mas sí Crístón (59), apagar.
 Chione, por el contrario,
 Es de sentir incapaz,
 Y no dice una palabra;
 De modo que á dama tal,
 Como ausente ó como un mármol
 Se la pudiera juzgar.
 ¡Oh dioses! si en vuestra mano
 Está hacer un colosal
 Milagro, y queréis prestarme
 Un servicio sin igual,
 Haced que Flogis adquiera
 De Chione la beldad,
 Y que Chione, de Flogis
 El ardor pueda tomar.

61.—ACERCA DE MANEYO.

Lingua maritus, mæchus ore Manneius,
 Summænianis inquinatior buccis;
 Quem quum fenestra vidit à Suburrana
 Obscæna nudum lena, fornicem cludit,
 Mediumque mavult basiare, quam summum:
 Modo qui per omnes viscerum tubos ibat,
 Et voce certa, consciaque dicebat,
 Puer, an puella matris esset in ventre;
 (Gaudete cunni; vestra namque res acta est)
 Arrigere linguam non potest fututricem.
 Nam, dum tumentis mersus hæret in vulva,
 Et vagientes intus audit infantes,
 Partem gulosam solvit indecens morbus:
 Nec purus esse num potest, nec impurus.

62.—ACERCA DE LESBIA.

Jura Lesbia que ninguno
De balde jamás la amó,
Y es cierto, pues ella paga
Porque le hagan tal favor.

63.—CONTRA FILOMUSO.

Al bañarme, Filomuso,
Me miras, y luego ansioso,
Me preguntas por qué traigo
Esclavos de tanto tono.
Dirételo en dos palabras:
Explotan á los curiosos.

64.—CONTRA FAUSTO (60).

Por qué á tantas mozas bellas
Escribes, Fausto, no sé:
Lo que sé de cierto es que
Ninguna te escribe de ellas.

65.—CONTRA JUSTINO.

A seiscientos en tu casa
Has invitado á comer,
Para festejar el día
En que lograste nacer.
En otros tiempos no era
—¡Oh! lo recuerdo muy bien—
El último convidado,
Y entonces no era ¡pardiez!
Envidiado de ninguno.
Pero mañana han de ser
Los honores de tu mesa

Para mí: Justino, pues
 Hoy naces para seiscientos,
 Mañana será mi vez.

66.—CONTRA VACERRA.

Delator, calumniador,
 Estafador y tercero,
 Libertino, espadachin,
 Sí, Vacerra, eres todo eso,
 Y lo que más me sorprende
 Es que no tengas dinero (61).

67.—CONTRA MARÓN (62).

En vida nada me das;
 Prometes darme en muriendo;
 Si no eres necio, Marón,
 Ya entiendes lo que deseo.

68.—A MATHÓN (63).

Poco pides á los grandes,
 Y aun te niegan eso poco.
 Pídeles mucho, Mathón,
 Y tendrás menos sonrojo.

69.—EPITAFIO DE LA PERRA LYDIA.

Nutrida por los maestros
 De los juegos, adiestrada
 Para la caza, é intrépida
 Por bosques, selvas, montañas;
 En casa, alegre, festiva,
 Lydia un tiempo me llamaba (64).
 Muy fiel á mi dueño Destro,
 Él á mí no me dejara

Ni por la perra de Erígona (65),
 Ni el perro que acompañaba
 A Céfalo (66), y que después
 De su muerte, en la azulada
 Esfera fué colocado
 Junto á la que el día llama.
 El tiempo á mi edad inútil
 No la postra ni la acaba,
 Como ha sucedido al perro
 Famoso del Rey de Itáca.
 Muero ante el diente feroz
 De una fiera arrebatada,
 Igual á las de Erimanto
 O Calydón en lo brava.
 Pero yo no exhalo quejas,
 Aunque tan pronto arrojada
 Al infierno: ¡qué! ¿podría
 Morir de muerte más alta?

70.—CONTRA TUCA.

¡Qué! ¿Tuca, puedes vender
 Ya esos jóvenes esclavos
 Que en cien mil sestercios has
 En otro tiempo comprado;
 Que fueron en otros días
 Tus dueños, y que hoy llorando
 Están? ¿Ni sus tiernas quejas,
 Ni sus caricias y halagos,
 Ni sus discursos sencillos,
 Ni sus cuellos aun marcados
 Con tus dientes, no podrán
 Ablandar tu cruel ánimo?
 ¡Qué crimen! ¡ya los desnudan,
 Ya los miran con cuidado
 Por delante y por detrás,
 Ya sus miembros, que tu mano

Formó, examinan! Si estás
 De moneda tan escaso,
 Vende tu rica vajilla,
 Tus muebles y tus preciados
 Vasos murrinos, tus casas
 De la ciudad y del campo:
 Vende tus viejos sirvientes,
 Vende lo que has heredado,
 Véndelo todo, infeliz,
 Antes que á esos muchachos.
 Era (¿quién lo duda ó niega?)
 Ser muy pródigo el comprarlos,
 Pero el venderlos aun es
 Mayor y más grave escándalo.

71.—ACERCA DE LEDA.

Declara encontrarse histérica
 Leda á su viejo marido,
 Y se queja de que aquéste
 Le diga que le es preciso
 Se ayuntar. Mas Leda llora,
 Lanza profundos gemidos,
 Y dice no ha de buscar
 Su cura por tan subido
 Precio. «Prefiero, le dice
 Con mucha mónita y mimo,
 Morir.» Mas él la conjura
 A vivir y de sus lindos
 Años gozar, y hasta dale
 El conveniente permiso,
 Para que con otro haga
 Lo que no puede ya él mismo;
 Al punto llegan los médicos;
 Las matronas ya se han ido:
 La esposa ya se prepara:
 ¡Qué remedio pesadísimo!

72.—ACERCA DE NATA.

Drauci Nata sui vocat pipinam,
Collatus cui Gallus est Priapus.

73.—CONTRA LYGDO.

Siempre, Lygdo, me prometes
Que has de acudir á mis citas,
Y hasta el momento y el sitio
Tú mismo me los indicas (67).
Mas ¿para qué ruego á un hombre
De conducta tan indigna?
Vete, Lygdo engañador,
Vete á llevar la sombrilla
De esa miserable tuerta,
Que te echaste por querida.

74.—ACERCA DE BACCARA.

Curandum penem commisit Baccara Græcus
Rivali medico: Baccara Garus erit.

75.—CONTRA CELIA.

Cubierto se halla tu esclavo
Cuando te bañas con él;
Mas te ruego que me digas
El motivo, cuando no es
Citaredo ni flautista.
Sin duda no quieres ver
Nudos sus órganos. Pero,
¿Cómo entonces puede ser
Que te bañes con nosotros?
¿Ó todos á tí tal vez
Seremos eunucos? Celia,

Teme, teme aparecer
Celosa de tu esclavillo,
Y al punto destepalé.

76.—Á PETO.

Doscientos sestercios, Peto,
Busconio te ha defraudado,
Y por diez que me has prestado
Hoy me pones en aprieto.
No me castigues, y acabe
Lo que yo no cometí,
Y pierda estos diez por mí,
Quien perder doscientos sabe.

77.—CONTRA VACERRA.

Vacerra todas las horas
Y todo el día se pasa
Metido en el gabinete,
No para vaciar su panza,
Sino para prepararse
A nuevamente llenarla.

78.—Á VÍCTOR, QUE SE IBA Á CASAR.

Utere femineis complexibus, utere, Victor,
Ignotumque sibi mentula discat opus.
Flammea texuntur sponsæ, jam virgo paratur,
Tondebit pueros jam nova nupta tuos.
Pædicare semel cupido dabit illa marito,
Dum metuit teli vulnera prima novi.
Scæpius hoc fieri nutrix materque vetabunt,
Et dicent: Uxor, non puer, ista tibi est.
Heu quantos cæstus, quantos patiere labores,
Si fuerit cunnus res peregrina tibi!
Ergo Suburranae tironem trade magistræ.
Illa virum faciet; non bene virgo docet.

79.—Á PETO.

Porque á la décima hora (68)
 Sólo he llegado al extremo
 De mi milla, me acriminas
 De perezoso y de lento;
 Pero no tienen la culpa
 Ni camino, ni viajero,
 Sino tú que me has mandado
 Tus mulas, querido Peto.

80.—ACERCA DE BAYAS.

Un poema de mil versos
 Haría alabando á Bayas,
 A aquellas dulces riberas
 De Venus tan adoradas,
 En donde naturaleza
 Ha prodigado sus dádivas
 De un modo, que no se puede,
 Como merece, alabarla.
 Pero, Flaco, yo más quiero
 Á Marcial que á todo Bayas.
 Pretender á un mismo tiempo
 En los dos sanciar las ansias,
 Fuera querer demasiado.
 Sin embargo, si las sacras
 Deidades te concedieren
 Favor de tal importancia,
 ¡Qué dicha poder gozar
 Al par de Marcial y Bayas!

81.—ACERCA DE UN EUNUCO Y UN VIEJO.

Cum sene communem vexat spado Dindymus Æglen,
 Et jacet in medio sicca puella toro:

Viribus hic operi non est, hic utilis annis.

Ergo sine effectu prurit uterque labor.

Supplex illa rogat pro se, miserisque duobus,

Hunc juvenem fasias, hunc, Cytherea, virum.

82.—ACERCA DE FILOSTRATO.

Filostrato, al regresar
Ya muy tarde de Sinuesa,
En donde cenara opíparo,
Rodó desde la escalera
De su casa, estando á punto
De romperse la cabeza
Y morir como Elpenor (69).
Ninfas de Sinuesa bellas,
No corriera tal peligro
Si vuestras aguas bebiera.

83.—Á SOSIBIANO (70).

Ninguno vive de balde
En tu casa, Sosibiano,
Sino algún rico sin hijos.
Él pagará alquiler caro.

84.—ACERCA DEL BARBERO ANTÍOCO.

El que no se halle causado
De vivir, si es que es prudente,
Huya de Antíoco el barbero.
Sus navajas más crueles
Son que los fieros cuchillos
Con que los miembros se hienden,
Al eco del tamboril,
Los ministros de Cibeles.
De Alcón (71) la mano es más dulce
Al cortar una hernia aleve,

Ó si huesos fracturados
 En su lugar pone y vuelve.
 Por tanto, á míseros cínicos,
 Ó estoicas barbas afeite,
 Ó las crines polvorientas
 De caballos corte y peine.
 Mas si al triste Prometeo
 En su roca á afeitar viene,
 Pedirá al momento el buitre
 Que le desgarrá inclemente.
 Hacia su madre Penteo (72)
 Se acogerá, y á las Ménades
 Irá Orfeo, al escuchar
 El rumor tan solamente
 De su feroz instrumento.
 Estas señales crueles
 Que en mi barba estáis mirando,
 Tan numerosas cual débiles
 Arrugas de viejo atleta,
 No de las uñas proceden
 De una esposa enfurecida,
 Sino de la mano aleve
 Y del hierro de ese bárbaro.
 ¡Oh! entre todos los seres,
 El macho cabrío es
 El más sabio y más prudente,
 Porque vive con su barba
 Por temor que á Antíoco tiene.

85.—CONTRA ZOILO.

Sidere percussa est subito tibi, Zoile, lingua
 Dum lingis: certe, Zoile, nunc futues.

86.—CONTRA PARTENOPEO (73).

Para ablandarte las fauces,
 Que affige una tos continua,

El médico te receta
 Las más blandas medicinas.
 Mándate que tomes miel,
 Tortas de dulce, pastillas,
 Y todo lo que á los niños
 Lágrimas y enojos quita.
 Pero por eso no cesas
 De toser todos los días.
 Dime, pues, Partenopeo,
 ¿Esa es tos, ó es golosina?

87.—Á CARIDEMO.

En otro tiempo eras rico,
 Y eras también pederasta,
 Y huías de las mujeres:
 Hoy corres tras las ancianas.
 ¡Oh poder de la miseria,
 Que te da vida ordinaria!

88.—ACERCA DE CARISIANO.

Multis jam Lupe, posse se diebus
 Pædicare negat Charisianus.
 Caussam quum modo quærerent sodales,
 Ventrem dixit habere se solutum.

89.—Á POLA (74).

¿Por qué de nadie tocadas
 Tu amor guirnaldas me envía?
 Más quisiera, Pola mía,
 Rosas de tu mano ajadas.

90.—CONTRA CRESTILO.

Versos fluidos y fáciles
 No te deleitan, porque



Gustas de ásperos y duros.
 El verso de Homero, que es
 Tan dulce, tú lo desdeñas
 Por este verso soez:
Luceilei columella
Heic si tu' Metrophan' est
 Y el *terrai frugiferai*
 Te hace en éxtasis caer,
 Como lo que Accio y Pacuvio
 Han vomitado una vez.
 ¿Quieres, Crestilo, que imite
 A vates de tal jaez,
 A esos poetas vetustos,
 Que tienes en tanta prez?
 Mas ¡que me muera ahora mismo,
 Si alcanzas á comprender
 Cuanto en la palabra *méntula*
 Hay de dulce placidez!

91.—EPITAFIO DE CANACEA.

Aquí yace Canacea
 La Eolia, cándida niña,
 Cuyo año séptimo fué
 El último de su vida.
 ¡Qué gran crimen! ¡qué maldad!
 Mas ¿para qué con tal prisa,
 Pasajero, viertes llanto?
 No merece nuestras vivas
 Lágrimas su vida breve,
 Sino la clase maldita
 De su muerte que es más triste,
 Que lo fué la muerte misma.
 Lepra horrible ha destruído
 De su faz las rosas lindas,
 Y en su delicada boca
 Calcó sus huellas indignas,

Devorando la morada
 De los besos y caricias,
 Y casi, casi robando
 Sus labios á triste pira.
 Ya que al bárbaro destino
 Acosaba tanta prisa
 De caer súbitamente
 Sobre su infelice víctima,
 Debíó de haberse acercado
 Por muy diferente vía.
 Mas la muerte apresuróse
 A ahogar su voz dulcísima,
 A fin de que no pudiese
 Ablandar las diosas rígidas.

92.—CONTRA ZOILO (75).

Quien á llamarte vicioso
 Se atreve, Zoilo, ha mentido.
 Vicioso no eres por cierto:
 Eres, Zoilo, el vicio mismo.

93.—ACERCA DE TEODORO.

Devoró el fuego la casa
 Del poeta Teodoro;
 ¡Y lo han sufrido las Musas!
 Y lo sufrió el mismo Apolo!
 ¡Qué crimen! ¡qué gran maldad!
 ¡Qué hecho injusto y tan odioso
 De los dioses! ¡se quemó
 La casa, y no Teodoro!

94.—CONTRA UN RIVAL CIRCUNCISO.

Seco de envidia, desgarras
 En todas partes mis libros,

Porque eso te lo perdono,
 Oh poeta circunciso,
 Pues tus razones tendrás:
 Tampoco nada me cuido
 De que, plagiando mis versos,
 Los persigas con tus dichos;
 Que, oh vate circuncidado,
 Para eso tendrás motivos.
 Lo que me incomoda más
 Es que, verdadero hijo
 De Solima, te permitas
 Tú, poeta circunciso,
 Profanar las posaderas
 De mi esclavo favorito.
 Es inútil que lo niegues
 Y que tomes por testigo
 Hasta á Júpiter Tonante,
 Pues no te creo, maldito:
 Jura, pues, por tu Anquialo (76),
 Jura, vate circunciso.

95.—Á FLACO.

Incideris quoties in basia fellatorum,
 In solio puto te mergere, Flacce, caput.

96.—Á UN GERMANO.

Fuente de Marte aquí brota
 Y no el Rhin: ¿por qué, Germano,
 Quieres prohibir á un niño
 Sus cristales soberanos?
 El agua de vencedores
 No debe jamás, ¡oh bárbaro!
 Calmar la sed á un cautivo,
 Con perjuicio de un Romano.

97.—CONTRA TELESILA.

Una nocte quater possum: sed quator annis
Si possum, peream, te, Thelesilla, semel.

98.—A BASO.

Baso, de los besadores
Es imposible escapar.
Tus pasos siguen, te paran,
Te acosan aquí y allá,
Y te salen al encuentro
Por donde quiera que vas.
Úlceras ni granos vivos,
Ni de barba el malestar,
Ni herpes inmundas, ni labios
Que con emplastos están,
Ni mocos en la nariz,
De ellos te libertarán.
Si tienes calor, te besan,
Y también si á helarte vas,
Y te besan cuando quieres
Sólo el beso conyugal.
El capuchón que te cubre
La sien no te amparará,
Ni las pieles ni cortinas
De tu silla (77); ni el afán
De mantenerla cerrada,
De valla te servirán,
Porque á través de un resquicio
El besador pasará.
Cónsul, tribuno con haces,
Con lictores de varal
Imponente (78) y voz chillona,

Nunca, nunca lograrás
 Arrojar á un besador.
 Siéntate en el tribunal,
 A ser desde curul silla (79)
 Órgano de la equidad,
 Pues aun ahí un besador
 Te habrá de ir á acosar.
 Aunque ardas de calentura,
 Sus besos has de gustar;
 Si lloras, éfeta, besos;
 Si bostezas, bueno va;
 Si nadas, besos y besos,
 Y besos te habrá de dar,
 Cuando exoneres el vientre.
 Contra tal plaga no hay
 Más que un remedio: un amigo
 Ten que no quieras besar.

99.—CONTRA LESBIA.

Cuando te alzas de la silla
 Observo, misera Lesbia,
 Que tus faldas casi siempre
 Penetran en tu trasera.
 Tiras con grandes esfuerzos,
 Ya por derecha ó izquierda,
 Para arrancarlas, y sólo
 Después de cuitas extremas,
 Y mucho llorar, lo obtienes.
 ¡Tal se adhieren á tus piernas!
 ¡Tan encajadas se hallan
 En esas nuevas Symplégadas (80)!
 ¿Quieres saber el remedio
 A esa desdicha funesta?
 Pues te lo voy á decir:
 Ni te alces ni sientes, Lesbia.

100.—Á FLACO.

No quiero, Flaco, querida
Tan deslomada y tan flaca,
Que se forme brazaletes
De mis joyas; cuyas nalgas
Sean finas raederas,
Y que por rodillas haya
Un punzón, y que una sierra
Aguda forme su espalda,
Y la trasera un venablo.
Pero tampoco me agrada
La que pesare mil libras:
Carne me gusta y no grasa.

101.—Á FLACO (81).

¿Cómo siendo tan delgada
Ver, Flaco, á Tais pudiste?
Yo creo que si la viste,
También puedes ver la nada.

102.—CONTRA LYDIA.

No miente, Lidia, quien dice
Que sin tener cara bella,
Tienes bella encarnadura.
Y en verdad es cosa cierta,
Cuando estás muda é inmóvil
Como figura de cera,
Ó retrato. Mas al punto
Que, Lidia, tú á hablar comienzas,
Pierdes ya todo tu mérito,
Y á nadie daña tu lengua
Más que á ti misma. Cuidado

Con que el edil no te vea
Ni te oiga: hablar una estatua
Es siempre cosa estupenda.

103.—Á SOFRONIO (82).

Tan pura tienes el alma
Y tan modesto el semblante,
Sofronio, que no sé cómo
Te has atrevido á ser padre.

104.—CONTRA SU MUJER.

Uxor, vade foras aut moribus utere nostris:
Non ego sum Curius, non Numa, non Tatius
Me jucunda juvant tractæ per pocula noctes;
Tu properas pota surgere tristis aqua.
Tu tenebris gaudes: me ludere teste lucerna,
Et juvat admissa rumpere luce latus.
Fascia te, tunicæque, obscuraque pallia celant;
At mihi nulla satis nuda puella jacet.
Basia me capiunt blandas imitata columbas;
Tu mihi das, aviæ qualia mane soles.
Nec motu dignaris opus, nec voce juvare.
Nec digitis; tanquam thura merumque pares
Masturbabantur Phrygii post ostia servi,
Hectoreo quoties sederet uxor equo.
Et quamvis Ithaco stertente, pudica solebat
Illie Penelope semper habere manum.
Pædicare negas: dabat hoc Cornelia Graccho;
Julia Pompeio; Porcia, Brute, tibi.
Dulcia Dardanio nondum miscente ministro
Pocula, Juno fuit pro Ganymede Jovi.
Si te delectat gravitas, Lucretia toto
Sis licet usque die; Laida nocte volo.

105.—Á GARRICO.

Una libra de plata
Antes me enviabas,
Mas hoy, Garrico, sólo
Me das la cuarta.
¡Oh! tan siquiera
Acércate, Garrico,
Hasta la media.

106.—Á ALBIO MÁXIMO.

Albio Máximo, si tienes
Tiempo, lee aquesto sólo;
Porque estás muy ocupado,
Y no eres muy laborioso.
Mas ¡qué! ¿ni estos pocos versos?
¡En verdad que no eres loco!

107.—Á SEPTICIANO.

Mi manuscrito devuélvesme,
Septiciano, como si
Lo hubieras desarrollado
Y recorrido hasta el fin.
Todo, todo lo has leído:
Lo creo, lo sé, y de ahí
Que me alegre. Así también
Tus cinco libros leí.

108.—AL LECTOR.

Aunque ya tengas bastante,
Y aun demasiado, á mi fe,
Con un libro tan extenso,

Lector, pidesme otra vez
Nuevos dísticos. Mas Lupo (83)
Me reclama el interés
De su dinero, y mis siervos
También me piden su haber (84).
Por tanto, paga. Mas callas,
Y haces el sordo: adiós, pues.

FIN DEL LIBRO UNDÉCIMO.

NOTAS.

LIBRO SEXTO.

(1) Acerca de Julio Marcial, véase lib. IV, ep. 64.

(2) Aunque infame y corrompido, Domiciano publicó muchos edictos favorables á las buenas costumbres, poniendo principalmente en vigor la ley Julia contra los adúlteros, y prohibiendo la castración en todo el Imperio. Marcial y los demás aduladores de este príncipe no han dejado de pregonar muy alto tales órdenes; pero algo se debe rebajar de tales elogios, si es cierto, como dice el abreviador de Dión, que Domiciano haya prohibido la castración en odio á la memoria de su hermano Tito, que tenía pasión por los eunucos. El mismo tuvo por favorito al eunuco Carino, de modo que con su ejemplo destruía ó atenuaba los buenos efectos de sus ordenanzas.

(3) Había damas en Roma que amaban á los eunucos, y buscaban sus abrazos porque eran estériles. Véase Marcial, epigr. 67 de este libro, y á Juvenal, *sátira* VI.

(4) Traducción de Salinas. Este hijo es el que Domiciano tuvo de Domicia durante su segundo consulado, año de R. 826, de J. C. 73. Murió en la cuna, y recibió los honores de la apoteosis, como se ve en un denario de plata de Domicia, en cuyo reverso este niño está representado desnudo, encima de un globo, y rodeado de estrellas con la inscripción: *Divus. Caesar imp. Domitiani F.*

(5) Julia, hija de Tito, y por lo tanto, sobrina de Domiciano. Suetonio da algunos detalles acerca de esta princesa. Quisieron casarla con Domiciano, mas éste negóse; pero la

sedujo después que se casó con otro, aun en vida de Tito; y cuando quedó sin padre y sin marido, Domiciano la amó públicamente, y fué causa de su muerte, obligándola á abortar. No existía ya cuando Marcial escribía esta pieza, en que supone que ella es la que hilara el destino de su primo, el niño de Domiciano, y que empleara en ello toda la lana del carnero de Frixo, que fué, como es sabido, el que proporcionó el vellocino de oro.

(6) Traducción del P. Morell.

(7) Versión de Iriarte.

(8) Los antiguos no ponían á la vez en escena más de tres interlocutores; si había un cuarto, era un personaje mudo. De aquí la broma de Marcial contra Paula, que amaba á los actores dramáticos, y no se le daba un bledo del número de sus amantes.

(9) Traducción del anónimo.

(10) Los pregoneros, clase antes despreciada, eran en aquel tiempo, en que la estimación se medía por la fortuna, personajes muy considerados, porque ejercían una profesión lucrativa; se les apreciaba por tal razón, así como á los citaristas y flautistas, más que á los poetas, gramáticos y retóricos, que morían de hambre: hasta se les prefería á magistrados, pretores y tribunos, á quienes faltaba el prestigio de la riqueza. La riqueza lo era todo. Marcial ataca directamente este extravío de su siglo en el epigr. 56 del libro v, donde da á un padre de familia, dudoso acerca de la mejor educación que daría á su hijo, el consejo de hacer de él un músico, ó si es de mollera dura, un pregonero público ó un arquitecto.

(11) Trátase de un falso caballero, de un intruso, que se sentaba en el teatro en los bancos de los caballeros, donde le sorprendió Océano. Fingía dormir, pero Océano le despertó y le arrojó de allí; pues la palabra *suscitat* del texto latino, tiene esta doble acepción, y sobre ella estriba el chiste expresado en latín de un modo bastante vivo.

(12) El teatro de Pompeyo estaba situado en la IX región de Roma: contenía 80.000 espectadores.

(13) Don Juan de Iriarte ha traducido el último distico de este epigrama del siguiente modo:

Orestes aquel se muestre
Que Pilades me buscare.

Obras, no palabras, Macro:
Ama si quieres que te amen.

(14) Versión de Iriarte. Don Manuel de Salinas también lo ha traducido del modo siguiente:

Que es suyo, Fabula jura,
Aquel pelo rubio y bello;
Y si ella compró el cabello,
Paulo, di, ¿será perjura?

(15) Acerca de Julia véase la nota del epigrama 3.º de este libro. La estatua de Julia era de mármol blanco, y si se cree á Marcial, digna de Fidias ó de la misma Minerva. Tenía en la mano el ceñidor de Venus.

(16) *Lygdos* estaba en el monte Tauro en Arabia; de él se extraía un mármol célebre por su belleza y su blancura.

(17) El ceñidor de Venus, especie de banda tomada á Cupido, y cuyo contacto excitaba el amor. Venus se sirvió de él para inflamar á Marte, y Juno para encender á Júpiter. Véase la admirable descripción que de él hace Homero, *Iliada*, XIV, 5. Sin duda, Julia lo tenía en las manos como símbolo del encanto que esta princesa ejercía en Domiciano. Llama *Acidaliana* á Venus, aludiendo á la fuente *Acidalia*, en la que se bañaban las Gracias, y que corría cerca de Orcomenes, en Beocia.

(18) Véanse las notas sobre los epigrs. 32 y 59 del lib. IV.

(19) Esta pieza es del género de las que componen el compendio titulado *Diversorum poetarum in Priapum lusus*, y que Sciopio creía que al principio habían sido inscritas en los muros de una capilla dedicada á Priapo en los jardines de Mecenas por los poetas que hacían la corte á éste.

(20) Este epigrama es de los que no pueden traducirse, y aun suponiendo que sea bueno, no lo es más que en latín. Cinamo es sin duda el barbero contra quien está dirigido el epig. 64 del libro VII; había querido llamarse Cina, nombre conocido y hasta célebre. «¿Por qué, dice el poeta, abreviar y alterar así tu nombre? Si esto te fuese permitido y te llamas *Furio*, se te podría por lo mismo llamarte *Fur*.» *Furio* era también un nombre romano muy conocido, y *fur* significa *ladrón*.

(21) Traducción del anónimo. Este epitafio es bueno, y termina con un rasgo conmovedor y digno de un cristiano.

No nos dice qué lazo unía al Prisco, á quien está dirigido, y al Salonino: ¿eran padre é hijo, ó solamente dos amigos?

(22) Este epigrama es muy conocido, y el último verso: *Jam dic., Postume, de tribus capellis*, se ha convertido casi en refrán, que se aplica á quien habla mucho sin tocar á la cuestión, como sucede con muchos abogados y oradores del Parlamento.

Ha existido también un Lucilio, poeta de la Antología griega, quien en un epigrama presenta el mismo cuadro y el mismo fondo que el epigramatista latino: solamente está cambiado el nombre del abogado, que se llamaba Meneclés, en vez de Póstumo, y el asunto del proceso, pues se trataba de un lechoncillo, de una vaca y de una cabra, en vez de tres. Pero ¿á qué época pertenece Lucilio? Los sabios no están de acuerdo. Lessing y Fabricio le hacen vivir bajo los Antoninos; pero Jacobs demuestra la poca solidez de esta opinión, y conjetura con alguna verosimilitud que Lucilio vivía en tiempo de Nerón. En tal hipótesis Marcial sería el copista.

(23) Traducción del anónimo.

(24) Lucio Arruncio Stella. Véase la nota del epigr. 8 del lib. 1. *Ianthis* es el nombre, en griego, de la esposa de Stella, cuyo nombre romano era *Violantilla*. Marcial compuso esta pieza con motivo de su matrimonio.

(25) Carisiano era sin duda un desdichado, sin más vestido que su toga; traje que no se usaba en las Saturnales, pues que se reemplazaba por el llamado *synthesis*.

(26) Marcelino era militar y servía en un ejército romano. Calderino cree que era español como el poeta, á causa de las palabras *patrius amicus*; pero más bien parecen decir que era hijo de un amigo de Marcial.

(27) Este verso indica un país septentrional, un país situado bajo la constelación de la Osa llamada *Parrasiana*, del nombre de la ciudad de Arcadia donde nació Calisto, á quien Júpiter cambió en osa y colocó en el cielo. Se cree que este país es la Dacia, donde los Romanos guerreaban entonces.

(28) El Nepote á quien está dirigido este epigrama epigráfico se presenta en otros epigramas de Marcial. Era, al parecer, uno de sus más íntimos amigos, casado y con una hija sola.

(29) Esto es, vecino en el campo y en la ciudad: en ésta porque vivía cerca del templo de Flora, en el barrio que

habitaba Marcial; y en el campo ó en el distrito de Roma ocupaban la misma localidad designada aquí con el nombre de la *Vetusta Ficelias*. ¿Es ésta Nomento, donde hemos visto que Marcial tenía una pequeña finca? ¿Es otro dominio que también poseía y que llama *rus sub urbe*?

(30) Atedio Mélior, personaje importante en su época, como ya hemos visto, era un amigo ó un protector de Marcial, al mismo tiempo que de Estacio. Este último le ha alabado mucho: le ha dedicado el segundo libro de sus *Silvas*, de las que tres le están consagradas. La primera de estas piezas es lo que los antiguos llamaban un *epicedion*, y versa sobre la muerte de un joven liberto de Mélior, llamado Glaucias, cuyo epitafio nos ofrece aquí Marcial.

(31) Había muchas tumbas á lo largo de la vía Flaminia. Sabido es que los antiguos acostumbraban colocar los cementerios á la margen de los caminos más transitados. De aquí procede el uso de dirigirse á los pasajeros ó viandantes en los epitafios.

(32) Versión de Salinas.

(33) Los dos versos latinos disueltos en este último terceto se citan con frecuencia y merecen serlo.

(34) Traducción del anónimo.

(35) La muerte de Othón, que Marcial hace superior á la de Catón, es referida con muchos detalles por Suetonio, Dion y Tácito. La antigüedad unánimemente elogia esta muerte. Othón se mató á los tres meses de reinado por odio á la guerra civil y para ponerle término. Es cierto que su ejército había sufrido un descalabro en Bedrias por los partidarios de Vitelio, pero su causa no estaba, ni con mucho, en grave peligro. Este príncipe tenía las costumbres de un libertino, y se suicidó como héroe, al menos según las ideas de su tiempo.

(36) Traducción del anónimo. Este Diadumeno, joven esclavo amado de Marcial, figura también en otros dos epigramas en los que se trata de amor y de besos. Esta y otras composiciones parecidas han sido muy imitadas en las lenguas modernas, pero los imitadores han cuidado de cambiar su objeto aplicándolo á un amor más honrado y de mejor gusto. Nuestras costumbres, justamente severas acerca de esta materia, reprueban en absoluto la falsa dirección que los antiguos han dado muchas veces al más dulce y más natural de los instintos.

(37) La clepsidra ó reloj de agua servía entre los Atenienses para medir el tiempo concedido á los oradores. Se introdujo su uso en Roma en el tercer consulado de Pompeyo. No se sabe exactamente cuánto tiempo señalaba el vacío completo de la clepsidra, ni cuántas veces se la renovaba para cada defensa. Parece que las había de diferentes tamaños, y se dejaban vaciar más ó menos veces á voluntad de los jueces, y según la naturaleza de la causa y el abogado.

El defensor ó el abogado era siempre más favorecido bajo este aspecto que el acusador ó demandante. Por abuso de lenguaje, por sinédoque, se empleaba la palabra *clepsidra* para designar el tiempo que el agua contenida en esta especie de reloj tardaba en pasar. Se decía que se había concedido á tal orador tantas clepsidras. El Ceciliano objeto del epigrama era un abogado gárrulo y difuso: pedía siete clepsidras, que apenas bastaban á su locuacidad: además tenía la costumbre de beber vasos de agua tibia mientras abogaba. Marcial le aconseja beber el agua de la clepsidra; lo que á la vez aliviaria su voz y su sed, al par que abreviaría su discurso, con gran satisfacción de su auditorio.—Beber y aun comer abogando era costumbre de algunos oradores y que Quintiliano condena formalmente.

(38) Versión de Iriarte.

(39) Estacio, que muchas veces sigue á Marcial y que vivía en la misma sociedad, ha celebrado también los baños de Etrusco. Este Etrusco era hijo de Claudio Etrusco, natural de Jonia: esclavo advenedizo, luego liberto, obtuvo por su carácter y talento el favor de Tiberio, de Calígula y de Claudio; también mereció gracia de Vespasiano, y por algún tiempo de Domiciano, que perdió después, pero que volvió á recobrar á solicitud de sus hijos: había sido desterrado á Capua, de donde fué llamado y restablecido en sus bienes: no tardó en morir casi nonagenario.

(40) La fuente Apona, cerca de Padua, se llama hoy *Bagni d'Albano*: son aguas termales y sanas, muy elogiadas por los antiguos.

(41) Sinuese, ciudad marítima de la Campania, situada al pie de una montaña llamada hoy *Rocca di Mondragone*. También era célebre por la salubridad de sus aguas.

(42) El mármol Sinadico, que era rojo y venía de Frigia, y el mármol Nomadico, que era amarillo y procedía de Africa.

(43) Los Lacedemonios se bañaban en agua fría para endurecerse el cuerpo. La fuente de la Virgen es el acueducto construido por Agripa, como nos dice Plinio. Hoy todavía se la llama *Aqua Vergine*. Derrama sus aguas por la hermosa fuente de *Trevi*. La fuente de Marcio surtía también á Roma, y había sido construida por el rey Anco Marcio, ó por el pretor Q. Marcio.

(44) Los antiguos bebían y después pasaban la copa á otro convidado. Singular cortesía desconocida de nosotros, pero aun hoy usada en muchos pueblos.

(45) Los Venetos eran una de las cuatro facciones del circo; habían adoptado el color azul, como los *Prasini* el verde, los *Russati* el rojo, y los *Albi* el blanco.

(46) Un tiro que á latigazos se logra hacer marchar, no ofrece nada de admirable; pero no es lo mismo con aquel que castigado hasta arrancarle sangre, permanece inmóvil, insensible á los golpes, como el sabio á la caída del universo. ¡He aquí el prodigio!

(47) Stella había puesto el nombre de *Ianthis* á una fuente que corría en su casa, traduciendo en griego el nombre latino *Violantilla*, que era el de su mujer.

(48) La mujer de Numa es la ninfa Egeria; el antro de Trivia sería la gruta donde se suponía que habían tenido sus secretas conversaciones. Este arco estaba situado cerca de Aricia, donde había un bosque consagrado á Diana, llamada *Trivia*.

(49) O bien seas una de las nueve musas. Había allí un *Camænorum lucus*, en el cual ó en sus cercanías estaban el bosque y la fuente de Egeria.

(50) Versión de Iriarte. Don Juan Pablo Forner tiene un epigrama, el 6.º, titulado *El Imperio del hambre*, en el que se ha inspirado en el de Marcial. He lo aquí:

«Venid á comer conmigo,
Me dijo don Perantón,
Que hay perdicillas, amigo,
Y un sonetito en borrón
Que á que os agrade me obligo.»
Comí, leyóme el soneto:
«¿Qué tal?.....» Los dientes aprieto,
Pero alabélo: oh barriga,
Por tí, implacable enemiga,
Pasa por blanco lo prieto.

(51) Este epigrama es una Priapea del género de las que se hallan en la colección que nos han dejado los antiguos. Véase la nota del epigr. 16 de este libro.

(52) Y te produciría higos ó tumores. Véase la nota del epigrama 66 del lib. I.

(53) Versión de Iriarte.

(54) Traducción del anónimo.

(55) Versión de Iriarte. Don Manuel de Salinas lo ha traducido así:

Cenó Andragoras bañado
 Conmigo anoche de gana,
 Y ya muerto esta mañana
 En su cama lo han hallado:
 Si de tan arrebatado
 Fin quieres saber, Faustino,
 La causa, ya la adivino:
 Que en Hermócrates doctor,
 Soñó, y que sin más dolor
 De un médico á morir vino.

Muchos epigramas se han escrito contra los médicos, basándose en este de Marcial; pero pocos hemos leído de tanta gracia é intención como este:

¿Qué ha sucedido? ¿que pasa?
 ¿Por qué tiembla así la gente?
 Dijo asustada Tomasa:
 Y apareció de repente
 El médico de la casa.

El poeta de la Antología, Lucilio, ha tratado el mismo asunto en un distico acerca de Diofanto y el médico Hermógenes; pero no se sabe si este poeta es anterior ó posterior á Marcial. Nicasio, otro poeta griego, que vivió en el segundo siglo de nuestra era, tiene en su epigrama 27 (Brunck., *Anal.*, tom. II, pág. 355) un pensamiento análogo, pero con mayor hipérbole aún: habla una mujer, y nos dice que no ha recibido el clister de manos del médico Fidón, que éste no la ha tocado, pero que con sólo recordar su nombre un día que tenía calentura, murióse inmediatamente.

(56) Los epigramas 12 y 27 del lib. I están también dirigidos á un Sestiliano: el de este epigrama tenía un resabio ó

vicio: repetía sin cesar *tantos y tantas* con cualquier motivo, sin salir de tales voces. Marcial se pregunta lo que quiere decir, y responde que sospecha que Sestiliano ama á *tantos* y á *tantas*; lo que los intérpretes explican por *prægrandes draucos eorumque mentulas*.

(57) La canela y cinamomo eran perfumes de ciertos árboles de Arabia, ó de Etiopía. El fénix recogía estos perfumes y otros en su nido, donde se suponía que se iba á recogerlos.

(58) Nicero era un perfumista célebre en aquella época. Los perfumes que llevaban su nombre estaban sin duda encerrados en tarros de plomo; de aquí el epíteto de *plumbeos* que le da el poeta.

(59) Es tan repugnante la conclusión del epigrama, que la hemos dejado en latín, y que dice:

Fue pedicari te, Charideme, putent.

(60) El modo de hacerse una peluca con un emplasto es cosa bastante difícil de concebir; pero, según esta pieza, es posible; lo cual admitido, se comprende la broma de Marcial, pues basta una esponja para cortar el pelo.

En cuanto á la persona que el poeta tenía presente, el nombre de *Febo* que le da es sin duda una ironía más; pues tal nombre era el de un dios que se representaba siempre con hermosa cabellera.

(61) Acerca de Aulo Pudente, véase el epigr. 32 del libro I.

(62) El Septentrión, los países del Norte, esto es, el país de los Getas, de los Sármatas que las habitaban. El epíteto de *Parrasis* se deriva del nombre de la ciudad de Arcadia, llamada *Parrasia*, y se extendía tal nombre á todo lo procedente de la Arcadia. La fábula que suponía que Calisto, amada de Júpiter, cambiada en osa y puesta entre los astros, era arcadiana, daba también la misma patria á los *Triones*, ó estrellas que hoy forman lo que se llama el carro.

(63) Pueblo de Germania muy inconstante en sus alianzas. Se cree que ocupaban el ducado de Cleves, más allá del Rhin y parte del obispado de Munster.

(64) Estos últimos versos recuerdan el de Terenciano Mauro, que se cita más á menudo, pero en otro sentido y omitiendo las tres primeras palabras:

Pro captu lectoris habent sua fata libelli, y que pudiéramos traducir:

El talento del lector
Hace la suerte de un libro,

y al cual se reduce esta frase del P. de Tournemine en su *Defense du grand Corneille*: «On ne trouve dans un livre qu'autant d'esprit qu'on en a.»

Pero Marcial ha querido decir más, ó por lo menos su pensamiento tiene más extensión. Sabido es que los antiguos tenían dioses y genios para todo, y que, por lo tanto, los libros dependían también de estos poderes ocultos.

(65) Versión de Iriarte.

(66) Traducción del anónimo.

(67) Familia que se distinguió mucho desde los primeros días de la República por la rigidez de sus costumbres y sus virtudes guerreras.

(68) Marco Curio Dentato, conocido por sus victorias sobre Samnitas, Sabinos y Pirro, no menos que por su vida rústica y frugal. Véanse los historiadores romanos.

(69) Del inmortal Silio Itálico.

(70) Eutico, joven esclavo de Castrico, sus *delicias*, como decían los antiguos, su Alexis, se había ahogado en las aguas del Bayas. Marcial consagra esta bonita pieza á su memoria.

(71) Versión de Salinas.

(72) Marcial, porque su amigo Cota llegó á los sesenta y dos años, le hace observar que tal no es el destino ordinario de los hombres. ¿El Marciano de este epigrama es el Flavio Marciano que nombra Plinio el Joven, lib. II, y que fué envuelto en una gran causa en que el mismo Plinio y Tácito peroraron?

(73) El dedo impúdico, obsceno ó infame es el dedo del medio. Enseñar á alguno este dedo derecho doblando los otros, era un gesto de mofa, de insulto trivial, que todavía se usa entre nosotros entre gente vulgar y en Italia.

(74) Los bailes de Cádiz eran célebres por su lascivia, como son aún muchos bailes andaluces.

(75) Rey de Tesalia, padre de Jasón, que llegó á gran edad.

(76) Príamo.

(77) No se sabe si este Cilis es un nombre propio, ó si designa el ladrón de que se trata por el país de donde era, la Cilicia, parte del Asia menor.

(78) Otra composición del género de las que se llaman Priapeas.

(79) Hemos traducido la palabra latina *dispensator* por intendente ó mayordomo, pero puede ser el nombre del obrero que había esculpido este Priapo, ó indicar la calidad con que Hilario tenía y cultivaba las catorce yugadas de terreno. Marcial en otros epigramas le da el sentido de intendente, de administrador; era un mayoral que gobernaba la hacienda del amo, á quien daba cuenta; tenía bajo sí á los *villici* ó colonos que cultivaban las fincas con su propia mano.

(80) *Caré* era una ciudad de Etruria.

(81) Hemos visto ya un Priapo de ciprés: Catulo menciona uno de encina y otro de álamo. El ciprés es una madera muy dura, á la que no atacan los gusanos, y que se conserva largo tiempo; de aquí el epíteto de *perpetuo*. El que Horacio nos presenta en su *sát.* I, lib. VIII, era de higuera.

(82) Llamar *santo* al dios de los jardines tiene un poco de ironía; porque era uno de esos dioses inferiores, con quienes los antiguos poetas, aunque paganos, se divertían á menudo, como se ve en el epigrama anterior y en la *sát.* VIII del lib. I de Horacio.

(83) La yugada era una medida agraria de 240 pies de longitud y de 120 de anchura.

(84) Poncia, envenenadora célebre del tiempo de Marcial, ya nombrada, lib. II, ep. 34.

(85) Este Fusco parece haber sido prefecto del Pretorio, bajo Domiciano, y después jefe de la expedición de este Príncipe contra los Dacios, donde fué muerto en el momento de alcanzar la victoria, á lo que alude Marcial al final de esta pieza. Plinio el Joven, en varias de sus *Epistolas*, habla de un *Fusco Salinator*, joven de gran mérito, orador y literato muy distinguido.

(86) Mendigo de Ítaca, pintado por Homero, *Odis.*, VII, y cuyo nombre es el tipo de la mayor pobreza.

(87) Silio.

(88) Nombre, al parecer, de un atleta ó gladiador, de quien nada se sabe.

(89) Litera llevada por seis mozos. Era el ataúd de los

ricos. Marcial dice que éste no sería el de Afro, aunque se sirviese de él en vida; lo que significa que era pobre y que había de ser conducido en un ataúd vulgar, llamado *sandapila*.

(90) Versión de Iriarte.

(91) El Egipto surtía á Italia de rosas durante el invierno; pero se llegó á tenerlas indígenas en Roma durante la misma estación, sin duda por medio de estufas.

(92) Las rosas de *Paestum*, llamada al principio *Posidonia*, eran célebres en la antigüedad: hacían dos cosechas.

(93) Traducción del anónimo.

(94) Acerca de Etrusco véase el ep. 42 de este libro.

(95) El vino de Setia, ciudad de la Campania, hoy *Sezza*, es á menudo mencionado por Marcial como excelente. Las *nieves divinas*, las de que se servían para refrescar el agua y el vino según la moda de entonces.

(96) Se concibe fácilmente que Marcial desee á sus envidiosos una bebida tan repugnante y nauseabunda como el agua caliente, que, sin embargo, tenía partidarios en Roma, puesto que había en ella muchos establecimientos públicos, llamados *thermopolia*, donde se vendía.

(97) Los cien cuadrantes equivalen á unas dos pesetas.

(98) Traducción del anónimo.

(99) Traducción del anónimo.

LIBRO SÉPTIMO.

(1) Domiciano, en la expedición que emprendió contra los Sármatas ó contra los Dacios, se había mandado hacer una coraza igual á la egida de Minerva, diosa á quien siempre honró con especialidad y de la cual pretendía ser hijo.

(2) Esta coraza era como las de los Sármatas, de cuero bruto. Eran tan duras, que sufrían sin daño alguno los más rudos golpes, según atestigua Pausanias. Ovidio, en sus *Tristes* y en *Cartas del Ponto*, habla muchas veces de las flechas de los Sármatas, hoy Polacos.

(3) O del dardo de Meleagro, nacido en Etolia.

(4) Las túnicas ordinarias de los Romanos eran blancas, guarnecidas de tiras de púrpura, y se llamaban *palmatae*, á

causa de la anchura de estas tiras, sin duda iguales á la palma de la mano. Después se pintaron; tal pintura se aplicó luego á las túnicas de los triunfadores, y se las llamó *pal-matae*, cuyo nombre también tenían las túnicas de los que llevaban en las ceremonias las estatuas de los dioses.

(5) Versión de Iriarte: también ha hecho la siguiente:

¿Por qué piensas que mis libros
No te envió, Pontiliano?
Porque temo que los tuyos
Me has de remitir en cambio.

También D. Fernando de la Torre Farfan ha traducido este epigrama del modo siguiente:

¿Dudas porque, Pontiliano,
No te doy versos algunos?
Pontiliano, porque no
Vuelvas á darme los tuyos.

Este Pontiliano es el mismo que el del ep. 73 del lib. v. Catulo, *carm.* XIV, se queja de lo mismo á Calvo.

(6) Este Opiano, de quien ya se ha hecho mención en el epigrama 42 del lib. VI, se aplicó á la poesía, creyendo que por su tez de valetudinario pasaría por poeta famoso.

(7) Traducción del anónimo.

(8) De entre los Sármatas, pueblos del Norte.

(9) Los soldados adornaban sus lanzas con laurel ú otras hojas en regocijo de la victoria.

(10) Metonimia: el poeta dice el Rhin tres veces abatido, en vez de los Bátavos, Germanos y Catos: alude también al cuerno con que se armaba la frente de los dioses de los ríos.

(11) Nombres de dos caballos célebres. Sin embargo, debe entenderse aquí los carros tirados por estos caballos más que los caballos mismos.—Paserino es lo que hoy llamaríamos *castaño*; y Tigris, *tordillo*, *rucio*.

(12) Nombre dado á este país, de Odrysa, ciudad de Tracia, cerca del Ponto-Euxino.

(13) Cuando un general romano triunfaba, sus soldados, al acompañarle, entonaban cantos militares, en los que el mismo triunfador no era perdonado.

(14) Es tan obsceno el principio de este epigrama que



nos obliga á dejarlo en la lengua, en que fué escrito, y que dice así :

*Godiatur Eros, fellat Linus: Ole, quid ad te,
De cute quid faciant ille, vel ille, sua?
Centenis futuít Matho millibus: Ole, quid ad te.
Non tu propterea, sed Matho pauper erit.*

(15) Se ve que los autógrafos, las primeras ediciones de los libros, no son solamente estimadas en nuestra época.

(16) Arquíloco, poeta lacedemonio, escribió yambos tan acerbos contra Lycambo, que le había negado su hija, que obligó á él y á su hija á ahorcarse. Véase lib. x, ep. 3 y 33.

(17) Versión de Iriarte.

(18) Termina este epigrama del modo siguiente, que por obscuro no se traduce.

*Bis decem puerum numerantem perdit annos,
Mentula cui nondum sesquipedalis erat.‡*

(19) Véase acerca de esta fuente el ep. 47 del lib. vi.

(20) Versión de Iriarte.

(21) Eran dos islas situadas en la embocadura del Ponto Euxino, y se llamaban *Symplegados*, *Syndromades* ó *Planete*, porque, de lejos, parecían moverse y precipitarse una contra otra lanzando gemidos.

(22) La cena que Domiciano había impuesto á los patronos en lugar de la espórtula que antes daban á sus clientes. Véase el lib. I, ep. 60 y la nota.

(23) Llamaban glándulas á ciertas partes carneas, muy sabrosas, que el jabalí tiene junto al pescuezo.

(24) Lucano, nacido en Córdoba el 4 de las nonas de Noviembre, en el consulado de C. César Germánico y de L. Cesariano.

(25) Lucano había conspirado contra Nerón porque éste, celoso de la reputación del poeta, le había impedido publicar su obra. Nerón le obligó en seguida á abrirse las venas.

(26) Versión de Iriarte.

(27) El poeta satírico.

(28) Anfinomo y Anapia, nacidos en Catania, en Sicilia, cuyo piadoso afecto á sus padres citan Estrabón y Séneca.

(29) Versión de Salinas.

(30) Personaje importante y de mucho crédito, si es el

Apolinar á quien Plinio el Joven dirige las cartas 9 del lib. II, y 6 del v. Este epigrama anunciaría que también era muy sabio. Ya de él se ha tratado en el ep. 87 del lib. II.—*Escu-zonte* es un yambo cojo que tiene un espondeo en el sexto pie.

(31) El jabalí de Calydón, suscitado por Diana irritada contra los Etolios. Véase *Espect.*, ep. 15.

(32) Andalucía.

(33) Se plantaban palmas á la puerta de la casa de los abogados que habían ganado una causa. Véase Juvenal, *sátira* VII.

(34) El poeta habla aquí de Pomponio Atico, amigo de Cicerón, cuya vida ha escrito Cornelio Nepote, y á cuyo descendiente está dirigido este epigrama.

(35) Véase la nota del ep. 9 del lib. IV.

(36) Clavábase en la tierra un poste, con el cual se agarraban como si fuera un adversario.

(37) Véase la nota del ep. 14 del lib. II.

(38) ¿Los Romanos se servirían de calzado blanco?

(39) Traducción del anónimo.

(40) El poeta llama *mortifera* á esta theta porque era la señal de la sentencia de muerte entre los Griegos. Es la primera letra de *tanatos*. Los Romanos, para absolver, empleaban la letra A; la letra C, para condenar, y las letras NI, para expresar que el asunto no estaba dilucidado (*non liquet*).

(41) Había muchos cuestores de la muerte. Al principio eran dos; hubo después cuatro, número que después se aumentó todavía.

(42) Versión de Iriarte.

(43) Era el esclavo gemelo de Severo.

(44) Traducción del anónimo. Trátase de los Etruscos, padre é hijo, VI, ep. 83.

(45) Turnebo, lib. XXV, c. 24, explica de este modo el presente epigrama: «Creo, dice, que Sempronio quería parecer imitar á Sócrates y á los filósofos que se decían *mundanos* ó *cosmopolitas*, es decir, ciudadanos de todo el mundo. Pero Marcial, que sabía que hay en el mundo tanto bien como mal, y que comprendía que muchas gentes ocultaban grandes vicios bajo el ambicioso título de filósofo, dice que los bienes y los males son *cosmica*, á fin de que Sempronio no se engría demasiado con su nombre de filósofo.»

(46) Versión de Iriarte.

(47) Personaje consular: fué condenado por Nerón y desterrado como cómplice de la conjuración de Pisón. Tác., *Ann.*, libro xv. Q. Ovidio, que le acompañó, conservó de este personaje, después de su muerte, una imagen en cera, á quien Marcial dirige su epigrama.

(48) Cesonio había, al parecer, seguido á Aneo Séneca á Córcega, donde este ilustre filósofo había sido desterrado por Claudio.

(49) El mismo á quien Plinio el Joven dirige la carta 30 del lib. iv.

(50) Traducción del anónimo.

(51) Sabido es que los huevos dulcifican la voz y que los cantores de teatro los toman hoy algunas veces antes de presentarse en la escena.

(52) Véase el anterior epigr. 15 y el 47 del lib. vi.

(53) Templo erigido por Augusto, después de la batalla de Filipos, en memoria de César, cuya muerte acababa de vengar. Véase á *Suet. Aug.*, c. 29, Juvenal, *sat.* iv.

(54) Gobernador de España. Era hermano de aquel á quien Plinio el Joven dirige la carta 11 del lib. iv, y que acusado de incesto con la vestal Cornelia espiró á golpes en la plaza de los Comicios.

(55) Estas tablillas eran ó de limonero ó de marfil ó de otra cualquier materia. Véase lib. xiv, epigr. 7.

(56) Limpiábanse las mesas con esponjas. Véase lib. xiv, epigr. 144.

(57) Los Sirios se empleaban en Roma por lo robustos, como hoy los mozos de cordel.

(58) Se servían en los sacrificios con objeto de evitar el efecto de los malos agüeros.

(59) Todos estos objetos se usaban para las expiaciones.

(60) El palacio del monte Palatino, donde Evandro, de Parrasia, en Arcadia, construyó la primera casa.

(61) Ciudad del Peloponeso, célebre por sus carreras de carros.

(62) Gabinia, mujer rica, dió el censo ecuestre á Aquilas para que fuese caballero. Marcial alude á un verso de Homero, en el que el vate meonio llama á Cástor *Hippodamos*, y á Pólux *Pyraquathor*. Ahora bien; Aquilas, que antes era atleta en el pugilato, se convertía en domador de caballos, es decir, caballero, é iba á ser el galán ó el esposo de Gabinia (lib. iii, epigr. 91). El poeta juega aquí con la ambigüe-

dad de la palabra *pyx*, puño; esta palabra, *pyx*, en Aristóteles se toma por *pige*, que quiere decir la trasera. Así Aquilas, joven libertino, que hace poco se aprovechaba para ganar dinero de su *pyx* ó *pige*, es ahora un escudero (*ipp dumos*); *per manegiare é cavalcare á Gabinia*; es decir, de Cástor se ha cambiado en Pólux.

(63) Domicio no quiere que se trate aquí de un jabalí (*apro*), sino de un personaje así llamado, del que habla el poeta en el ep. 15 del lib. x.

(64) Llama Germánico á César por las victorias que Domiciano obtuvo de los Germanos.

(65) Véase el ep. 14 del lib. ix, y á Plinio el Joven, libro III, *epist.* 7.

(66) Los centumviros juzgaban de los testamentos y herencias. Hallábase plantada una lanza en medio de ellos cuando se hacían las ventas públicamente.

(67) Traducción del anónimo.

(68) Sin duda á causa del trabajo que le había costado captarse la benevolencia del testador.

(69) Conocidos son la historia de los extravíos de Safo, su genio poético y su amor á Faón.

(70) Dos hábiles jugadores de ajedrez. No se sabe el modo con que los antiguos jugaban á este juego, aunque de él hablen muchos autores. Véase el ep. 20 del lib. xiv.

(71) Véase lib. iv, ep. 19.

(72) El final de este epigrama lo ha vertido, y de dos modos, D. Juan de Iriarte. Presentamos el siguiente:

Dime dónde la fortuna
Tendré, Máximo, de hallarte;
Que quien vive en cualquier parte
No vive en parte ninguna.

(73) Monte de Arcadia, donde Maña dió á luz á Mercurio; de aquí el epíteto de *Cileneo* aplicado á Mercurio.

(74) Traducción del anónimo.

(75) Versión de Iriarte.

(76) Detestable pez que se pescaba en el Betis, según Plinio, lib. xxxii, c. 11.

(77) Véase el ep. 27 del lib. i, y la nota.

(78) Versión de Iriarte. También lo ha vertido así:

Treinta malos epigramas
Hay en todo el libro, Lauso;

Como haya otros tantos buenos,
El libro no será malo.

(79) Hemos traducido por estuche la palabra *fibula* del texto latino: los comentadores dicen que hay dos especies de *fibula*: la primera, una especie de cubierta ó suspensorio que protegía y sostenía las partes nobles; la segunda, un hilo de bronce ó de plata que atravesaba el prepucio. Este doble aserto es falso; porque Celso dice que no es un hilo, pues distingue el hilo de la *fibula*, y que ésta permanece aun cuando se haya quitado el hilo; añade que no es tampoco un *vestido* para uso de las partes de que se trata. La *fibula* era un anillo de bronce ó plata que se soldaba á fin de que no pudiera quitarse fácilmente, y que se desoldaba cuando era necesario por medio de un obrero. ¿Qué es, pues, esta *fibula* de que habla Marcial y cuyas funciones indica? ¿Es un ceñidor? ¿Es una vaina? Pero este objeto no podía servir para conservar la voz; ¿y cómo hubiese podido servir para esto, pudiendo caer ó quitarse tan fácilmente? Se le llevaba, pues, por un sentimiento de honradez, de pudor, principalmente por los judíos, para disimular su circuncisión. Ahora bien: los judíos, no teniendo prepucio, y no pudiendo tener en esta parte un hilo que la atravesase, debemos concluir que la *fibula* de que aquí habla Marcial es un nombre impropio, y que no se trata de la *fibula* pura y simple, sino de la máquina que servía en general, ya para ocultar las partes, ya para impedir que el anillo demasiado agitado hiriese la piel, ó para cualquier otra cosa.

(80) Versión de Salinas. Iriarte lo ha traducido así:

Mientras Eutrappelo vuelve
De Luperco á andar la cara
Y las mejillas le rae.
Ya le ha salido otra barba.

(81) Cecilio Plinio Segundo ó Plinio el Joven, gobernador que fué del Ponto y de la Bitina, como nos dice una de sus cartas.

(82) Versión de Iriarte.

(83) Canio, poeta de Cádiz, de quien se ha ocupado en el lib. III, ep. 20. Marcial llama triste al Etiope, ya por ser negro, ya porque se consideraba de mal agüero el encuentro de un Etiope. Véase Juvenal, *sát.* vi.

(84) Véase acerca de la perra de Publio el lib. I, 110.

(85) Ciudad situada á la margen del Ródano, que fué en otro tiempo la ciudad más importante del país de los Allobrogos.

(86) Versión de Iriarte. Apolinar es el del ep. 26 de este libro, y el del 87 del lib. IV.

(87) Versión de Iriarte.

(88) Es malo, según Marcial, porque para que un libro sea bueno, debe reunir sin duda las tres condiciones que el poeta indica en el ep. 17 del lib. I, á saber: que sea «bueno, mediano y malo.»

(89) El satírico.

(90) Traducción del anónimo.

(91) Probablemente algún usurero.

(92) Ciudad de Umbria, hoy Narni.

(93) Q. Quinto, de quien ha hablado en el epigr. 44 de este libro.

(94) Los besos eran muy usados entre los antiguos. Los besos en los ojos se daban al volver de un viaje. Cicerón y Plinio dan razones curiosas acerca de esto. «Es, dice el primero, porque los ojos son las ventanas del alma.» «Es, dice el segundo, porque un beso dado en los ojos parece penetrar hasta el corazón.» Antiguamente se usaba besar en la boca, y aun hoy se usa entre los italianos y pueblos del Norte.

(95) Río de Africa, en cuyas márgenes había gran multitud de machos cabríos.

(96) Versión de Iriarte. También lo ha vertido de los dos modos siguientes:

Todo compras: de este modo
Lo venderás, Cástor, todo.
Todo lo compras, oh Cástor;
Llegarás, pues, de este modo
A venderlo también todo.

También D. Manuel de Salinas ha hecho la versión siguiente:

En comprarlo todo da
Cástor, cuanto topa y ve;
Quien todo lo compra, á fe
Que todo lo venderá!

(97) Es el Crispino de que habla Juvenal, *sát.* I, v. 26, y Marcial en el lib. VIII, ep. 48.

(98) De Domiciano. Modesta lisonja del poeta.

(99) Acerca de estos dos poetas epigramatistas, véase la *Epistola al lector* del lib. I.

(100) El poeta tiene probablemente presente alguna obscenidad de Pontico.

(101) Versión de Iriarte. Se comprende bastante el mérito y sentido de este bonito epigrama, sin que sea necesario anotarlo.

(102) Traducción del anónimo.

LIBRO OCTAVO.

(1) Alude á la victoria que Domiciano acababa de alcanzar sobre los Sármatas.

(2) Domiciano afectaba gran veneración hacia Minerva, y hasta quiso, según dice Suetonio, que se le tuviese por su hijo.

(3) Llama así á Jano, porque este dios presidía al primer día del año; y los Romanos llamaban *Fustos* á un calendario que señalaba sus ceremonias religiosas.

(4) Por la victoria sobre los Sármatas, que habitaban á orillas del Danubio.

(5) Se representaba á Jano ordinariamente con dos rostros, porque conocía lo pasado y lo porvenir; algunas veces también se le daban cuatro, á causa de las cuatro estaciones ó de los cuatro elementos.

(6) Nestor, rey de Pilos, ciudad de la Hélide; vivió tres edades de hombres, es decir, trescientos años, según unos, ó noventa, según otros.

(7) M. Valerio Mesala Corvino, célebre orador, que fué amigo de Tibulo.

(8) Este Licinio, esclavo y barbero de Augusto, fué, después de su libertad, nombrado por este Príncipe senador: murió muy rico.

(9) El borceguí, *soccus*, era el calzado de los actores cómicos, como el coturno, el de los actores trágicos.

(10) Versión de Salinas.

(11) Domiciano mandó construir gran número de templos, por lo cual el poeta nos muestra aquí á los mismos dioses ofreciéndole sacrificios y aplaudiéndole por su regreso.

(12) Macre, que era caballero, había gastado con jóvenes gran parte de su patrimonio, y había sido borrado del orden ecuestre, al que no se podía pertenecer, cuando se dejaba de poseer una fortuna de 400.000 sestericios. Ahora bien; todo caballero degradado debía cesar de llevar el anillo de oro, distintivo de los que pertenecían á este orden.

(13) Versión de Salinas.

(14) Vaso en forma de barca, *cymba*, que se hacía en Sagunto.

(15) Ulises, Ajax y Fénix, enviados por Agamemnon á calmar á Aquiles.

(16) Es decir, vino de tan poca edad como Astyanax, nieto de Príamo, por oposición á *Priamum bibes*, beberás vino tan viejo como Príamo.

(17) Relojos de agua. Colocábanse en los tribunales, una ante el acusador, otra ante el acusado, y servían para medir el tiempo concedido á cada parte para defender su causa. Así se decía hablar dos, tres clepsidras, como entre nosotros hablar tres, cuatro horas. Véase lib. vi, epigr. 35 y la nota.

(18) Versión de Iriarte.

(19) Del mismo.

(20) Del mismo.

(21) Del mismo.

(22) Llamábanse *moriones*, locos, los que servían para diversión de los ricos, y que costaban mucho.

(23) Domiciano, después de su victoria sobre los Sármatas, rehusó los honores del triunfo, y se contentó con ir á depner una rama de laurel en el templo de Júpiter Capitolino. Marcial llama, pues, *modestos triunfos* á un triunfo que el vencedor hubiese querido en cierto modo ocultar.

(24) Evidentemente hay aquí un juego de palabras producido por el cambio de estado de Cipro. Haces pan, dice el poeta, cuando abogas, y procuras ganar 200.000 sestericios contra las prescripciones de la ley Sincia; y haces harina cuando gastas lo que tan mal has adquirido, porque cuando se pasa la harina á través de un cedazo, lo bueno cae y queda lo malo.

(25) Versión de Salinas. Don Juan de Iriarte también lo ha traducido así:

Tomé, Sesto, tu defensa
De dos mil reales por precio.
¿Y cuánto me envías?—Mil.
—¿Qué quieres que haga con eso?
Dices que nada alegué,
Y en suma que perdí el pleito.
Pues si llevé este sonrojo,
Tanto más me debes, Sesto.

(26) L. Vario, poeta famoso del siglo de Augusto, y amigo de Virgilio y Horacio.

(27) Estos cuatro últimos versos son de Iriarte.

(28) Versión de Iriarte. El mismo humanista ha parafraseado este epigrama de este modo:

Cina quiere que por pobre
Le tengan; y á la verdad
Nada, sino vanidad,
Nada tiene que le sobre.

También le ha traducido Salinas así:

Pobre parecer quería
Cina, y es pobre á fe mía.

(29) Versión de Iriarte.

(30) Versión de Salinas.

(31) El astro de *Leda* es la constelación de *Cústor* y *Pólux*, hijos de *Léda*.— El *Ciluron*, famoso caballo perteneciente á *Pólux*, según atestigua Virgilio. Séneca, Claudiano y Marcial se lo dan con preferencia á *Cústor*; mas los dos hermanos se entendían mejor, pues lo montaban alternativamente al volver uno después de otro de los infiernos.

(32) Caballos del Sol.

(33) La Aurora, madre de Memnón.

(34) El poeta indica con bastante claridad que á sus ojos Domiciano es otro Sol.

(35) Se llamaba así todo animal nacido de uno salvaje y de otro doméstico. Por extensión se aplicaba este epíteto á los hijos de madre libre y de padre esclavo.

(36) Versión de Iriarte.

(37) Del mismo.

(38) Domiciano había presentado en la arena multitud de tigres: el poeta aprovecha esta ocasión para alabarle y oponerle á Baco, que no triunfó en las márgenes del Ganges más que sobre un carro tirado por dos tigres.

(39) Es decir, un corcel rápido. A lo menos tal es el sentido que pretende darle Marcial.

(40) Versión de Salinas. Iriarte lo ha traducido así:

Quien, Gauro, á tí te regala,
Que eres rico y eres viejo,
Ese, si lo adviertes bien,
Te dice: muérete luego.

(41) Marcial había recibido de Partenio, favorito del emperador Domiciano, y prefecto del palacio, una toga blanca muy hermosa: en este epigrama le pide un manto que corresponda á la belleza de la toga.

(42) Amiclea, ciudad de Laconia, y Mileto, ciudad de Jonia, eran famosas por sus tintes.

(43) Sobre este monte, donde la temperatura era muy fría, se exponía el marfil que se quería blanquear.

(44) Esta toga procedía del palacio de César, situado en el monte Palatino.

(45) Versión de Salinas.

(46) Traducción del anónimo.

(47) Del mismo.

(48) Del mismo.

(49) Domiciano había desterrado al hermano de Aretula, que no cesaba de pedir que se le levantase el destierro.

(50) En los juegos los pretores daban á los vencedores coronas enriquecidas con láminas de oro y plata, que representaban hojas y flores. El avaro Paulo no había enviado á Marcial durante las Saturnales más que un frasquito tan pequeño como una de estas hojas.

(51) Los dátiles son de ordinario húmedos y viscosos. ¿No se puede decir que el comerciante los humedecía con saliva, para refrescarlos cuando eran viejos y devolverles la apariencia de un fruto recién llegado? Esta interpretación tiene el mismo valor que la de Escaligero y la de Farnabio.

(52) Era una especie de banda que se arreglaba sobre la frente, de modo que los dos extremos imitaban á una media luna.

(53) Versión de Iriarte.

(54) Es decir, los primeros rayos del sol iluminan la cumbre de tu palacio antes de llegar á la cima del monte Circe. Sabido es que Circe era hija del Sol y de la ninfa Persa.

(55) Los antiguos acostumbraban á besar y abrazar á los que les visitaban. Véase el epigr. 95 del lib. vii y la nota.

(56) Al principio no hubo en Roma más que un foro; César y Augusto construyeron otros dos; Domiciano, un cuarto, terminado por Nerva, y Trajano, un quinto, el más hermoso de todos.

(57) La estatua colosal de Apolo.

(58) Echaban en las hogueras fúnebres papiro para acelerar la combustión de los materiales que las componían. Véase lib. x, epigr. 97.

(59) Omitimos, por la idea obscena que pudiera sugerir, la traducción del último verso latino, que dice así:

Cum concubino nocta dormit prima.

(60) Los antiguos señalaban con piedra blanca los días felices, y los desgraciados con negra.

(61) Crispino era un egipcio muy influyente y poderoso en tiempo de Domiciano.

(62) Versión de Iriarte.

(63) En este epigrama celebra Marcial una magnífica comida dada por Domiciano al pueblo, después de vencer á los Sármatas.

(64) Joven amado de Marcial.

(65) Véase el lib. i. epigr. 72 y nota.

(66) Versión de Iriarte.

(67) Del mismo.

(68) El pueblo había recibido tres veces de Domiciano la gratificación llamada *congiarium*.

(69) Masilia era una parte de la Libia, célebre por la prodigiosa cantidad de sus leones.

(70) Tito y Vespasiano puestos los dos en el número de los dioses.

(71) Virgilio compuso en su juventud un poemita titulado *Cúlex*, Mosquito.

(72) Gira este epigrama sobre la palabra *sagum*, vestido militar de entonces.

(73) Hábil ladrón, cuyas maravillas ha referido la fábula, y de quien habla Homero. *Iliad.* K.

(74) Los convidados antes de ponerse á la mesa se quitaban las sandalias, que guardaban los esclavos.

(75) Versión de Salinas. Don Juan de Iriarte también lo ha vertido así:

Del Palatino pudieras
A la estatua colosal
Ser, Claudia, en altura igual,
Si pie y medio te encogieras.

(76) Es, según unos, la estatua colosal de Apolo; según otros, la estatua ecuestre de Domiciano, colocada cerca del palacio imperial.

(77) Versión de Iriarte. La punta de este epigrama, en que Marcial se burla de la desdichada fecundidad de Picente, estriba en las palabras *aversa charta* y *averso deo*. Los antiguos no escribían ordinariamente más que de un lado; era preciso estar poseído, como Picente, del furor de versificar, para escribir en el reverso de la hoja, sobre el *verso*.

(78) Domiciano había hecho construir con este nombre un templo á la Fortuna, porque le había preservado de todo accidente en su retorno.

(79) Entre los numerosos arcos de triunfo que Domiciano hizo construir después de la victoria sobre los Sármatas, había uno más magnífico que los demás, cuya magnificencia elogia aquí Marcial.

(80) Domiciano.

(81) El poeta Silio, cónsul primera vez bajo Nerón, y segunda vez bajo Domiciano.

(82) Cuando un cónsul entraba en una casa extraña ó en la suya, uno de los lictores que le precedían llamaba á la puerta con su vara para anunciar su llegada.

(83) Los esclavos estaban encargados de anunciar la hora. Véase á Juvenal, *sát.* II.

(84) En los juegos florales los ediles exponían al público liebres, cabras y otros animales.

(85) De Alcinos, rey de los Feacios, en la isla de Corcyra.

(86) Versión de Iriarte.

(87) M. Ulpio Cocceyo Nerva, que fué emperador después de Domiciano.

(88) De hiedra: la de encina era para los poetas épicos.

(89) Votieno Montano, escritor de fama desterrado á las Baleares por Tiberio.

(90) Narbona, colonia romana, estaba gobernada como las otras por Roma. Los senadores se llamaban en ella decuriones, y entre éstos se elegían todos los años los cónsules llamados decenviros. A esto alude Marcial.

(91) Vertido por Don Juan de Jáuregui.

(92) Versión de Iriarte.

(93) Eran esclavos que llevaban sin duda alguna placa que indicaba la naturaleza de sus funciones.

(94) Marcial juega aquí con estas dos palabras. *Gallus* significa un Galo y un sacerdote de Cibeles, un eunuco; y se daba á estos últimos el epíteto de *muertos*, á causa de la operación que habían sufrido ántes de consagrarse al culto de la Buena Diosa.

(95) La victoria lograda por los dioses sobre los Gigantes en los campos de Flegrea, cerca de Cumas.

(96) El poeta Arruncio Stella, que poseía una gran fortuna, cantó la victoria de Domiciano sobre los Sármatas, y dió para celebrarla magníficos juegos, elogiados en este epigrama.

(97) Estas fichas consistían en una pequeña bola, que llevaba escrito el nombre del animal. Arrojábanse al pueblo, y se daba al que lograba recogerlas el animal cuyo nombre tenía la bola.

(98) Versión de Salinas.

D. Juan de Iriarte ha hecho de este bello epigrama, las dos versiones siguientes:

Todas tus amigas son,
 Fabula, viejas ó feas;
 Mas donde quiera que vas
 Las llevas por compañeras.
 Por convites, por teatros,
 Y pórticos las pascas,
 De esta suerte logras ser
 Siempre moza, siempre bella.
 Las amigas que has logrado
 Son todas viejas ó feas;
 Y á todas, cuando pascas,
 Las tienes siempre á tu lado.

A donde el gusto te brinda,
Teatros, convites, plazas,
Las llevas, con tales trazas,
Fabula, eres moza y linda.

(99) En este verso y los precedentes Marcial felicita á Domiciano por haber restablecido el pugilato, que no ensangrentaba la arena como los combates de los gladiadores: en los siguientes le alaba por su piedad.

(100) Ladrón famoso. Marcial desea que robe las joyas y preseas de Gelia, que se moriría de disgusto, pues que las quiere más que á sus hijos y que á los mismos dioses.

LIRRO NOVENO.

(1) Ya se ha tratado de un Avito en el ep. 17 del lib. I. ¿Es el mismo? Lo ignoramos. Sea quien fuere, Marcial había colocado el retrato de Avito en su biblioteca entre los de los poetas más célebres.

(2) No se sabe lo que, ni quien era este Turanio.

(3) Es otro nombre de Avito.

(4) Son Vespasiano y sus dos hijos Tito y Domiciano.

(5) Porque Domiciano había dado su nombre al mes de Octubre.

(6) Habiendo recibido el mes de Octubre su nombre de Domiciano, las calendas germánicas ó de Domiciano el Germánico eran el primer día de Octubre.

(7) Era Julia, hija de Tito, á la que, según dice Suetonio, Domiciano amó locamente, y de la que hizo una divinidad después de su muerte.

(8) Véase el ep. 54 del lib. IV y la nota.

(9) Véase el ep. 54 del lib. IV y la nota.

(10) Alusión á otro templo de Minerva.

(11) Otros templos.

(12) Versión de Iriarte.

(13) Alusión á las leyes dadas por Domiciano contra el adulterio, la prostitución.... Véase el ep. 4.º del lib. VI.

(14) Earino, palabra que viene de la griega *ear*, primavera; *earinos*, primaveral. Era el eunuco favorito de Domiciano, cantado por Estacio en una de sus silvas.

(15) El fénix, según creían los antiguos, embadurnaba su nido con incienso, cinamomo y canela. Véase lib. vi, ep. 55.

(16) La primera sílaba de *Ares* en griego, es común, pero con acento diferente.

(17) Versión de Bartolomé Leonardo de Argensola. Con esta elegante traducción compite la que del mismo epigrama hizo D. Juan de Mallara: *Floresta de varia poesia*, t. II de *Líricos del siglo XVI y XVII*: He la aquí:

Donde sus siete maridos
Cloe tiene sepultados,
Para mostrar cuán amados
Le fueron y cuán queridos,
Ha mandado allí escribir
Que ella les dió sepultura:
Y escribió la verdad pura:
Que ella los hizo morir.

D. Juan de Iriarte lo tradujo con más concisión y sin embotar la punta del epigrama:

Cloe puso esta inscripción:
Cloe fecit donde encierra
Sus siete esposos la tierra:
¿Qué más llana confesión?

(18) A Esculapio, que tenía un templo célebre en Pergamo, ciudad de la Troade, en el Asia menor.

(19) Esculapio, vástago de los amores de Apolo, hijo de Latona, y de la ninfa Coronis.

(20) Versión de Iriarte.

(21) Sacerdotes de Cibeles que ocultaron á Júpiter de las pesquisas de Saturno y le educaron secretamente en la isla de Creta.

(22) Traducción del anónimo.

(23) Los esclavos trabajaban en los campos, encadenados.

(24) Ciudad de la Apulia.

(25) Caballo númera. La Masilia es lo mismo que la Numidia.

(26) Medusa, la más célebre de las tres Gorgonas, aunque la única de las tres que no fué inmortal. Habiéndola violado Neptuno, y trasladádola al templo de Minerva, la ahogó. Minerva, según otros, cambió en serpientes la hermosa cabellera de Medusa, y dió á sus ojos la virtud de cambiar en piedra á quien la mirase.

(27) Fineas tuvo dos mujeres. Persuadido por la segunda, hizo sacar los ojos á los hijos de la primera, por lo cual los dioses le dejaron ciego. Se sabe también como Edipo perdió la vista.

(28) Pestum, hoy *Agropilli*, ciudad de Lucania, cuya campiña abundaba en toda clase de flores, y en especial en rosas.

(29) Véase lib. I, ep. 5.^o y nota.

(30) Llamábase así á los mimos ó histriones, y en particular á los mimos que representaban los segundos papeles, porque en los juegos de Apolo había muchos parásitos entre estos mimos.

(31) Se ha ocupado de Filenis en el lib. VII, ep. 67.

(32) Dios de los Egipcios.

(33) El Estrimón era un río de Tracia.

(34) El rombo que servía á las hechiceras en sus operaciones mágicas era una especie de trompo, que se azotaba para hacerle dar vueltas. Se le azotaba después en sentido contrario cuando se quería destruir el encanto. Véase lib. XII, epigrama 57, y Horacio, *Epod.*, 17.—La Tesalia era célebre por sus encantos y venenos.

(35) Hemos dejado truncada esta seguidilla por lo obsceno de la conclusión del epigrama que dice:

Morionis illie esse mentulam scito.

(36) Rey de los Parthos. Este epigrama no ha sido hecho en el reinado de Domiciano; porque no hubo más que dos reyes llamados Pacoro, de los cuales el primero sucedió á Vologeso el año de Roma 861, de Jesucristo el 108, y por consiguiente doce años después de muerto Domiciano.

(37) Syene está situada en los confines del Egipto y de la Etiopía, bajo el trópico de Cáncer. De aquí el epíteto de *negra*.

(38) El poeta alude aquí á las fiestas quinquenales, en las que los vencedores habían de ser coronados por Domiciano.

(39) Se trata aquí de las fiestas en honor de Júpiter Capitolino.

(40) De este Earino ya se ha ocupado en los eps. 17 y 18 de este libro. *Ausonio* significa unido al servicio del jefe de la Ausonia.

(41) Se trata ó de falsas cejas, sacadas de una cajita de

tocador, ó de cejas prolongadas por medio de una sustancia negra.

(42) La conclusión obscena de este epigrama nos obliga á dejarlo en la lengua matriz, y dice así :

. *Sed mentula surda est;*
Et, sit lusca licet, te tamen illa videt.

(43) Trátase aquí de uno de esos jugadores de bolas, de quienes habla Quintiliano, que eran tan hábiles que el objeto que arrojaban por el aire parecía venir por sí mismo á sus manos.

(44) Trátase aquí del viento que agitaba el *velarium*, telón inmenso que cubría el teatro.

(45) El 9 de las calendas de Noviembre nació, según atestigua Petronio, el Júpiter Palatino, como Marcial llama á Domiciano.

(46) Pequeña ciudad de los Myrinianos, comarca de la Eólide, en Asia menor, donde se hallaba, según Estrabón, un templo de Apolo, con un oráculo antiguo, suntuoso y construido de piedra blanca.

(47) Las doce haces eran una de las insignias del consulado.

(48) Se acostumbraba, para aumentar la pompa de los sacrificios, dorar los cuernos de las víctimas

(49) Estatuario célebre que vivía en tiempo de Alejandro, y á quien regaló esta estatua de Hércules.

(50) Ciudad de Macedonia, donde nació Alejandro.

(51) El poeta supone que Sila, que poseyó esta estatua, había recibido de ella el consejo de abdicar.

(52) Véase lib. iv, ep. 64 y la nota.

(53) El Cáucaso, en cuya cumbre, según la fábula, había sido amarrado Prometeo.

(54) Versión de Salinas.

(55) Traducción del anónimo.

(56) Ciudad de Etolia, en cuyos campos se hallaba el jabalí que mató Meleagro.

(57) Del esclavo de Bruto habla Marcial en el ep. 171 del lib. xiv, y Plinio habla de Lagón como de un hermoso niño.

(58) Ya ha hablado de estos dos hermanos en el ep. 37 del lib. i.

(59) Versión de Iriarte. De este Q. Ovidio ya trató en el lib. VII, eps. 44 y 93.

(60) Traducción del anónimo.

(61) ¿Se trata aquí del poeta Valerio Flaco, autor de los *Argonautas*, que florecía en tiempo de los Flavios y era de los amigos de Marcial? Si nada lo indica, nada tampoco prueba lo contrario.

(62) Hijo de Meleagro y de Atalante, cuya belleza era célebre. Tomó parte en la guerra de Tebas. Véase la *Tebaida* de Estacio. Llamábase así á causa de sus ojos, que tenían la belleza de los de una joven.

(63) La conclusión de este epigrama es obscena y la dejamos en latín. Dice así:

Culus tritior Hedyli lacernis.

(64) El mismo á quien Marcial ofrece el séptimo libro de sus epigramas, lib. VII, ep. 96.

(65) Ciudad de Umbria.

(66) Consúltese lib. III, epigr. 100, y lib. IV, epigr. 10.

(67) El lecho de mesa que contenía seis convidados, y estaba adornado de conchas de tortuga. Véase Juvenal, *sát.* II.

(68) Los antiguos apreciaban mucho las esmeraldas incrustadas en copas de oro.

(69) Los antiguos acostumbraban regar los plátanos con vino para que creciesen más pronto.

(70) Es decir, no son manos vencidas y de mal presagio.

(71) Domiciano se había hecho representar y adorar bajo los rasgos de Hércules, al que había elevado un templo en la vía Apia.

(72) Á Domiciano.

(73) Euristeo.

(74) Esclavo de Deyanira.

(75) Por orden ya de Omphale, ya de Euristeo.

(76) El severo Fórner, que en sus *Epigramas* tanto recuerda á Marcial, tiene el siguiente, el 59, que casi es una traducción del poeta bilbilitano:

Ansiosa por hijos Ana,
Porque es mayorazga rica,
A San Antonio suplica
Que se le cumpla la gana.

Ved un raro testimonio
De devoción singular:
Pide al señor San Antonio
Lo que el marido ha de dar.

(77) El último dístico de este epigrama lo ha traducido así D. Juan de Iriarte:

Dómine, ¿quieres cerrar
Tu aula, ó quieres se te dé
Por callar lo mismo que
Te suelen dar por gritar?

(78) El macho cabrío que llevó á Friso y Helle.

(79) Marcial pregunta á un atleta ejercitado en el pugilato, que le había regalado unos comestibles, por qué al regalo no había añadido vino: después juega con su nombre *Liber*, que quiere decir Baco.

(80) Ciudad de la Laconia, donde el espartano Pólux inventó el pugilato, arte que floreció especialmente entre los habitantes de Amiclea.

(81) Traducción del anónimo.

(82) Ciudad de la isla de Eubea, hoy *Negroponto*.

(83) Ciudad de Frigia.

(84) Los Romanos tenían en sus festines músicos, cantores y bailarines para divertirles, pero que con frecuencia debían causar un ruido infernal. El poeta se mofa aquí de Prisco, que escribía un libro para preguntarse cuál era el mejor banquete: lo que Prisco podía decir en pocas palabras: *el en donde no hay flautistas*.

(85) Versión de Iriarte.

(86) Versión de Salinas. Don Juan de Iriarte lo ha traducido así:

Los Lectores, los oyentes,
Aprueban, Aucto, mis versos;
Sólo un poeta no tersos
Los halla ni muy corrientes.
Mas yo, sin tales esmeros,
Deseo que mis guisados
Gusten á los convidados
Más bien que á los cocineros.

(87) Versión de Iriarte.

(88) Se trata de la guerra civil excitada por Antonio Sa

turnino, gobernador de la Germania superior. Véase lib. iv, epigr. 11 y nota.

(89) Atilio fingía estar enfermo por no dar la espórtula á sus amigos.

(90) El poeta Silio Itálico.

(91) Hijo de Apolo y de Terpsicore, muerto por Hércules, según los poetas.

(92) Este Luperco era probablemente uno de los muchos que en Roma se empleaban en arrancar ó estafar los testamentos.

(93) Supuestas tablillas por Luperco, que se aprovecha de la embriaguez de su víctima para hacerle firmar.

(94) Versión de Iriarte. También lo ha vertido así:

Al que convidas, Stella,
Le obligas á escribir versos.
Escribirlos bien podrá,
Mas ¡qué tales serán ellos!

(95) El poeta alude indudablemente á la comida dada por Domiciano, de que habla Estacio en el lib. i de sus Silvas.

(96) Véase acerca de este uso el epigr. 72 y la nota del lib. i.

(97) Glauco cambió sus armas de oro por las de hierro de Diomedes.

(98) Es decir, médico que cura las herpes, de la palabra griega *alfos*, herpe. Atenágoras, al casarse, se convierte en *alficus*, esto es, *olfaciens cummum*. El poeta, pues, no se engaña diciendo que conoce muy bien al personaje de quien habla, y al que llama *Alficus* y *Olficus*; Atenágoras es el que se engaña creyendo llamarse Atenágoras.

(99) Versión de Iriarte.

(100) Marcial trata aquí de aquel M. Antonio, el más hábil guerrero del partido Flaviano, el cual dió á Vespasiano el imperio que Muciano no había hecho más que conferirle.

(101) En la guerra contra los partidarios de *Vitelio*, Domiciano se refugió en el Capitolio. Suetonio, *Vida de Domiciano*.

(102) En ausencia de su padre, Domiciano gobernó á Roma con Muciano, hasta que regresó Vespasiano. Entonces entregó el gobierno á su padre, y no reinó sino después de él y de Tito.

(103) Es el mismo asunto que el del epigrama 37 del lib. VIII.

LIBRO DÉCIMO.

(1) Muerto Domiciano cuando se escribió este libro, el autor no se vuelve acordar del emperador á quien tanto había adulado en los libros anteriores.

(2) Véase acerca de Crispo el epigr. 54 y su nota, lib IV.

(3) Famoso flautista. Galba le apreciaba mucho y le pagaba muy caro.

(4) Se llama *obscura* porque hizo retroceder al Sol, que no quería verle comer á su propio hijo que le había servido su hermano Atreo.

(5) Las tragedias de Medea.—Escila era hija de Niso.

(6) Hijo de Meleagro y de Atalante, que fué muerto en la guerra de Troya. Véase lib. VI, epigr. 77. Atys, véase lib. II, epigr. 86.

(7) Salmacis.

(8) Era una obra de Calímaco, enfática y obscura.

(9) Era la calle de la Germania.

(10) Los Romanos tenían por lujo caballeros moros á su servicio. Sin embargo, creemos que aquí se trata de correos encargados de anunciar la llegada del Príncipe.

(11) Version de Iriarte.

(12) Uno de los escuderos más famosos del Circo.

(13) Nombres que los clientes no se avergonzaban de dar á sus patronos.

(14) Conocida es la historia de estos personajes.

(15) Don Juan de Iriarte ha traducido el último distico de este epigrama del modo siguiente:

No sé que haya dado Orestes
Algo á Pílates jamás:
Por mucho que dé cualquiera,
Más niega siempre que da.

(16) La Emilia era una de las provincias de Italia, bajo los emperadores, situada entre el Po y el Apenino.

(17) Versión de Salinas,

- (18) Versión de Iriarte.
- (19) Versos que Marcial dirigía á este Macro en los días de Saturnales. Es lo que llama el poeta *tributo Saturnalicio*; pero se puede decir que es Macro el que pagaba el tributo.
- (20) Macro, por la naturaleza de sus funciones de ingeniero de la vía Apia, debía leer con preferencia obras de geometría.
- (21) Era la estatua de Orfeo colocada en lo alto de un teatro, y de la que se trata *Espect.*, ep. 3.
- (22) Véase la nota de la epístola al lector del lib. 1.
- (23) Jueces que conocían de los testamentos y herencias. Véase lib. VII, ep. 63.
- (24) Cicerón había nacido en Arpino. Plinio el Joven confiesa que se había propuesto imitarle.
- (25) Marcial iba á regresar á España cuando escribió este epigrama, y pensaba no volver á Roma.
- (26) Modesto, célebre gramático citado con elogio por Suetonio. Hay otro Modesto que compuso un tratado *De re militari*, que hoy se conserva.—Clarano era otro gramático tan famoso como modesto.
- (27) Quiere decir que solamente el oráculo de Apolo puede hallar sentido en el galimatías de Sexto.
- (28) Helvio Cina, poetaastro de los últimos tiempos de la república.
- (29) El del epigrama 100 del lib. IX.
- (30) Quince olimpiadas: sesenta años.
- (31) D. Juan de Iriarte ha hecho dos versiones del último dístico de este epigrama; dice así la una:

El hombre de bien se alarga
La vida; pues el poderse
Alegrar de lo vivido
Viene á ser vivir dos veces.

Y la otra:

El justo su edad alarga;
Pues el poderse alegrar
De lo vivido, es lograr
La vida dos veces larga.

(32) Los gladiadores combatían dos veces al día; por la mañana contra las bestias feroces, y por la tarde unos contra otros.

(33) Alude á un uso bárbaro de los habitantes de Abdera,

que ofrecían al gladiador la alternativa, ó de meter la mano en un brasero encendido, ó de revestirse de una camisa de azufre á la que se daba fuego. Se comprende ahora el sentido del epigrama.

(34) Este Diodoro era un ciudadano de la última estofa de Roma que había adquirido enorme capital. Se ve por este epigrama que acostumbraba á celebrar su natalicio con magníficas fiestas.

(35) Es decir, nadie te cree nacido á causa de la obscuridad de tu nacimiento.

(36) El templo de Jano estaba en el barrio más frecuentado de Roma. Su nuevo recinto y las plazas que le rodeaban fueron empezadas por Domiciano y terminadas por Nerva, y se llamaban *forum vetus Romanum*, *forum Julium*, *forum Augustum*, *forum Transitorium*.

(37) Formia, hoy *Mola*. Su puerto era muy seguro y muy cómodo. Situado en el Adriático y próximo á la provincia de Campania, tenía fama por su dulce temperatura. Se ve en la mitología que al principio fué habitada por los Lestrigones, que cultivaron la viña en su territorio.

(38) Cerca de Túsculo, á siete leguas de Roma.

(39) Preneste en el Lacio era conocida por su templo de la Fortuna. Mario murió en ella.—Ancio era la capital de los Volscos antes de su derrota. Conocida es la oda de Horacio á la Fortuna de Ancio. Esta diosa tenía allí un templo famoso, cuyos sacerdotes pronunciaban oráculos. Había también allí un templo consagrado á Esculapio.

(40) Circe, promontorio de Italia, notable por la salubridad de su clima. Decíase que Circe había habitado en él.—Gacta, fundada por los Troyanos ó Dardamianos. Tomaba su nombre de Caieta, nodriza de Eneas.—Marica, ciudad de Campania. Se la llamaba así de Marica, ninfa del río Liris y madre de Latino.—Salmacis, fuente famosa de la Caria, tan renombrada entre los antiguos.

(41) Dios del mar.

(42) Había en casa de todos los ricos un vivero de peces.

(43) El nomenclátor anunciaba al amo el nombre de los clientes que encontraba al paso; había además otro que acomodaba los convidados en la mesa; y, en fin, un tercero encargado de decir el nombre de los peces.

(44) Es el M. Antonio Primo de que se ha ocupado en el epigrama 23 de este libro, y en el 100 del lib. ix.

D. Juan de Iriarte ha vertido el último dístico de este epigrama del tenor siguiente:

Si retratar la hermosura
De su alma el arte pudiera,
En todo el orbe no hubiera
Mas excelente pintura.

(45) Según unos, Sócrates; según otros, Epicuro.

(46) D. Juan de Iriarte ha traducido el último dístico de este epigrama así:

Mi libro siempre sazona
Las censuras de sus juicios
Con reprehender los vicios
Sin tocar á la persona.

D. Jusepe Antonio González de Salas, también ha traducido este último dístico de este modo:

Esta templanza ha observado
Mi musa: siempre perdona
El ofender la persona;
Solo castiga el pecado.

(47) Los patronos tenían el derecho de volver de nuevo á la esclavitud á los libertos que eran ingratos con ellos. Domiciano les quitó este derecho, que les devolvió Trajano.

(48) Esta Sulpicia hizo un poema sobre el amor conyugal.

(49) Hermana de Cauno, de quien se enamoró y fué cambiada en fuente.

(50) Jurisconsulto y compatriota de Marcial. Ha hablado de él en el epigr. 64, lib. II.

(51) El pez barbo era sumamente caro, sobre todo cuando pesaba más de dos libras.

(52) Las ostras del lago Lucrino, cerca de Bayas, muy apreciadas de los golosos de Roma.

(53) Marido de Sulpicia, de quien se ha hablado antes.

(54) Célebre mercader de perfumes, de quien se ha ocupado en el epigr. 55 del lib. VI.

(55) Versión de Iriarte.

(56) Bruto, el primero de los cónsules romanos.

(57) Los pretores estaban obligados á dar juegos al pueblo para ser de él queridos, juegos que costaban enormes sumas.

(58) Los juegos Megalenses habían sido establecidos en honor de Cibeles, cuya estatua fué traída de Pesinunte, ciudad de Frigia, á Roma.

(59) Los juegos florales en los que se distribuía dinero y trigo á la plebe de Roma.

(60) Versión de Iriarte, que también hizo la siguiente:

Fileros, siete mujeres
Has enterrado en tu huerta;
A nadie, pues, más que á tí
Rinde, Fileros, la tierra.

(61) Á causa de la dote de estas siete mujeres que le dejaron heredero.

(62) Es decir, las colinas del país de los Sabinos, patria de Numa.

(63) Alude á un rasgo de generosidad de Q. Ovidio, que siguió al destierro á su amigo Cesonio Máximo, desterrado por Nerón. Véase lib. VII, epigrs. 43 y 44.

(64) D. Fernando de la Torre Farfán ha traducido este epigrama de este modo:

¿Mato, bellamente quieres
Cuánto piensas proferir.
Dí bien algo, dí algo mal,
Dí alguna vez, *así, así.*

(65) Versión de Salinas. Don Juan de Iriarte lo ha vertido del modo siguiente:

Las cosas que hacen feliz,
Amigo Marcial, la vida
Son: el caudal heredado,
No adquirido con fatiga;
Tierra al cultivo no ingrata;
Hogar con lumbre continua;
Ningún pleito; poca corte;
La mente siempre tranquila;
Decentes fuerzas; salud;
Prudencia, pero sencilla;
Igualdad en los amigos;
Mesa sin arte exquisita;
Noche libre de tristezas,

Sin exceso en la bebida;
 Mujer casta, alegre, y sueño
 Que acorte la noche fría;
 Contentarse con su suerte
 Sin aspirar á más dicha;
 Finalmente, no temer
 Ni anhelar el postrer día.

D. Juan de Jáuregui en la *Elegía de la felicidad de la vida*, ha imitado este epigrama con gran elegancia, del modo siguiente:

.....
 ¡Oh, cuán ajenas son, cuán diferentes
 De la vida feliz y descansada
 Estas vulgares honras aparentes!
 Oye, Licino, pues, y la engañada
 Multitud á mi voz contigo atienda
 Si el bien humano conocer te agrada.
 Este será la moderada hacienda
 Habida por herencia, y sin que el dueño
 Con perpetuos afanes la pretenda.
 Florido y fértil campo, aunque pequeño,
 Cuya cosecha al que lo siembra ufano
 Ni le desvele, ni perturbe el sueño.
 Cómoda habitación que en el verano
 El fresco admita, y en invierno el fuego
 Atizado tal vez con propia mano.
 Tranquilidad del ánimo, y sosiego
 De litigios exento y pretensiones,
 Nunca pendiente del favor ni el ruego.
 Bien compuesta salud, sin presunciones
 De aliento y fuerzas que á seguir te obliguen
 Las tropas de guerreros escuadrones.
 Prudente sencillez, do se mitiguen
 Los vuelos del ingenio remontados,
 Ni en desvelos ocultos se fatiguen.
 Iguales los amigos, no encumbrados
 Donde obliguen á ser destituidos
 Ó con violenta maña conservados.
 Fácil templada mesa, do servidos
 Serán manjares limpios, naturales,
 No los adulterados ni fingidos.
 Y pues nacidos somos y mortales,
 Ni tiembles de la muerte aborrecida,
 Ni la procures; que en templanzas tales
 Hallarás el descanso de la vida.

- (66) Divinidad egipcia, cuyo templo estaba en el campo de Marte.
- (67) La legión pretoriana encargada de la guardia del palacio y que estaba armada de venablos.
- (68) Esclavo encargado de trincar los platos.
- (69) Julio Frontino, autor de una obra acerca del arte militar, titulada *Estratagemas*.
- (70) Los Prasinos y Venetos, dos facciones del Circo, la azul y la verde. Véase el epigr. 46 del lib. vi.
- (71) Deplora la muerte de Escorpo, famoso cochero del Circo. Véase más adelante el epigr. 53.
- (72) Júpiter, que en forma de toro robó á Europa, hija del Rey de Tiro.—El carnero es el en que Friso y Helle fueron arrebatados: los antiguos lo pusieron entre las estrellas.
- (73) Cástor y Pólux los dos gemelos.
- (74) Filomela. V. Ovid., *Met.*, vi.
- (75) Hoy Terracina.
- (76) Los baños de Agripa, de Nerón y de Tito.
- (77) Los templos de los Flavios, construidos por Domiciano.
- (78) Es decir Roma. Los Romanos se expresaban así á menudo, designando la ciudad por el nombre del fundador.
- (79) Las mujeres condenadas por adulterio estaban obligadas á dejar la *stola*, vestido de mujer, por la *toqa*, vestido de hombre. Se comprende ahora la sal del epigrama de Marcial.
- (80) Versión de Iriarte.
- (81) Por los aplausos que se prodigaban á este Escorpo. Véase el anterior epigrama 50.
- (82) Versión de Iriarte.
- (83) Un cirujano.
- (84) Versión de Iriarte.
- (85) Del mismo.
- (86) Marcial ha hablado de esta jovencilla en los epigramas 34 y 37 del lib. v.
- (87) Celene era patria de Mariyas, el cual, vencido por Apolo á quien había desafiado al combate de la flauta y del canto, fué desgarrado por el dios á latigazos.
- (88) Los juegos seculares se celebraban en un recinto del campo de Marte llamado Terento. Esta mujer no debía de haberlos visto más que una vez, puesto que sólo se celebraban cada cien años. Pero como no se había seguido con exac-

titud el orden de las épocas, Domiciano, para reparar este error, mandó renovar las ceremonias en su reinado, cuarenta años después de la última vez que se habían celebrado en tiempo de Claudio; y los habitantes de Roma consideraban como un favor de los dioses el haber asistido dos veces á estos juegos, que sus antepasados y descendientes no habían visto ó no verían más que una vez.

(89) Era la mujer de Lucano, muerto por Nerón cuando se descubrió la conjuración de Pisón. Véanse los epigramas 21 y 22 del lib. VII.

(90) El eminente repúblico y eximio literato D. Pedro José Pidal, primer Marqués de Pidal, entre otras muchas y elegantes versiones que hizo de autores clásicos, tradujo este epigrama del modo siguiente:

Ya, Carmenion, que te glorias tanto
De ser Corintio, lo que nadie niega,
¿Por qué á mí que de Celtas y de Iberos
Nací español del Tajo en las regiones
Me has de llamar hermano? ¿Por ventura
Somos acaso en algo parecidos?
Lisa y ensortijada cabellera
Adorna tu cabeza; y en la mía
Las españolas greñas se revelan;
Tú te afeitas y bruñes las mejillas,
Cubre el vello mis piernas y mi cara;
Tienes la voz afeminada y suave,
El hablar de mi hija es más entero.
Mas se parece el águila al palomo
Y el cobarde venado al león fiero.
No me llames ya hermano; que sería
Obligarme á llamarte hermana mía.

(91) El pueblo de Corinto era célebre en toda Grecia por sus costumbres muelles y afeminadas.

(92) Versión de Iriarte. Se comprende que aquí no se trataba de la mujer de Lucano.

(93) El uso exigía, en Roma, que por la noche se pagasen las visitas hechas por la mañana.

(94) Importe de la espórtula que los ciudadanos ricos distribuían al entrar en el baño. Eran cerca de 12 pesetas. Es de creer que no todos los clientes recibían tanto, porque la mayor fortuna no hubiera podido resistir tal gasto, si se piensa en la multitud de clientes que componían la corte de un patricio ó de un rico.

(95) Arquitecto célebre que construyó un palacio para Domiciano.

(96) Parece que el padre y madre de Rabirio murieron la misma noche, y que sus cuerpos fueron quemados á la vez.

(97) Célebre en los anales de la glotonería. Es el que no teniendo más que unos dos millones de pesetas, se mató, porque decía que un hombre como él no podía vivir con tan poco.

(98) Muchos libertos, antiguos esclavos procedentes de todos los países, fueron elevados bajo los emperadores á la dignidad de caballeros.

(99) Era también el nombre del caballo á quien Caligula quiso hacer cónsul.

(100) Había sido pretor en España, á la que había gobernado con gran equidad (lib. XII, ep. 100); y acababa de obtener la administración de la provincia de Dalmacia.

(101) En Dalmacia. A esta ciudad se retiró y en ella murió Diocleciano.

(102) Marcial se queja de verse obligado, á pesar de la lluvia, del viento y la tormenta, á ir de un extremo á otro de la ciudad á casa de su patrono para recibir cien miserables cuadrantes. Es lo que llama *crucis ingenuas*, tormentos reservados á un hombre libre, dolores de gran prez, como hemos traducido, y tiene razón.

(103) Acerca de Espendoforo véase lib. IX, ep. 57, y de Telesforo, lib. XI, ep. 26.

(104) Este Ladón no era un verdadero marino, sino un marino de agua dulce, como se dice hoy.

(105) Rodrigo Caro, en sus *Días geniales ó Cúdricos* (Sevilla 1884), ha traducido con elegancia y clásica concisión este epigrama del modo siguiente:

Ningún amante se ardió
De nueva amiga en el fuego
Cuanto Lauro mozo el juego
De pelota ciego amó;
Fué quien más diestro jugó
Al juego de la pelota;
Hasta que con capa rota
Hecho dominguillo acaba,
Y en pelota se quedaba,
Cuando dejó la pelota.

(106) Es decir, Lauro es beñado, es juguete de todos, y tratado como los maniqués son tratados por los tores.

(107) Minerva y Venus. Alusión al juicio de París en el monte Ida.

(108) Ciudad del Lacio. De ella ha hablado Virgilio. *Aeneida*, lib. vii.

(109) Los pinos y carrascas estaban consagrados á los Faunos.

(110) Diana.

(111) Las riberas de la Retia y de Venecia: lo que antes se llamaba reino lombardo-veneto.

(112) Hijo de Antenor. La ciudad de Padua le tenía por su fundador.

(113) Ciudad del país veneciano.

(114) Véase el lib. i, ep. 67. Cuando se desarrollaba un volumen, se ponía bajo la barba uno de sus extremos ó el principio de la hoja para sujetarlo y leerlo más cómodamente.

(115) Alusión al dragón del jardín de las Hespérides.

(116) El mercado de frutas se hallaba en la calle Suburra.

(117) La leña costaba muy cara en Roma.

(118) Todo costaba muchísimo en aquella Roma que no se componía más que de holgazanes que vivían á expensas del mundo.

(119) Para echar en la pira funeraria.

(120) Correo de Alejandro.

(121) Era el bufón de Augusto.

(122) Otro bufón.

LIBRO ONCENO.

(1) Es decir, elegantemente encuadernado.

(2) El favorito de Domiciano, á quien el poeta ha ya dirigido muchos epigramas.

(3) Dirigidas al emperador pidiendo mercedes.

(4) Era el paseo de los elegantes de Roma.

(5) Era también uno de los más brillantes paseos.

(6) El pórtico de los Argonautas, en el que se hallaba representada su historia.

(7) Cocheros famosos del Circo, y de quienes ha hablado ya Marcial.

(8) Muerto Domiciano, los Romanos tenían el derecho de decirlo todo, y usaban de él, como gentes que habían estado reducidas al silencio por tanto tiempo.

(9) Un detestable poeta. Marcial, lib. VII, ep. 20, habla de un glotón de este nombre.

(10) Los versos de Marcial eran leídos en el campamento, durante la expedición contra los Getas, emprendida por Trajano. También los cantaban los Bretones, cuyo país acababa de ser subyugado por Agripa.

(11) Eneas.

(12) Trajano había erigido una estatua de oro á Júpiter.

(13) Juno, mujer y hermana de Júpiter.

(14) Minerva, que, salida del cerebro de Júpiter, era en efecto su hija por completo, si así puede decirse.

(15) Es Trajano, á quien el autor da el nombre de Nerva, que había adoptado á este príncipe.

(16) Esto es, tantos reyes cuyas riquezas igualaban á las de Creso.

(17) Desterrado, después llamado y creado dictador, salvó á su ingrata patria del sitio de los Galos.

(18) Senador y pobre, rechazó los presentes de Pirro y el oro de los Samnitas.

(19) El que arrojó á los Tarquinos.

(20) D. Juan de Iriarte vertió la primera parte de este epigrama del modo siguiente:

Aunque lo rico te sobre,
Veneras, príncipe augusto,
Tanto lo recto y lo justo,
Como Numa siendo pòbre.

Al tesoro hazafia es suma
No avasallar la conciencia,
Y excediendo en opulencia
A tantos Cresos, ser Numa.

(21) Entregábanse entonces impunemente á todos los juegos de azar, que estaban severamente prohibidos en todo otro tiempo que no fuera el de las Saturnales.

(22) Todos durante las Saturnales, amos y esclavos, estaban *pileati*. El resto del año iban con la cabeza descubierta. No hay ni una sola estatua antigua con el *pileum*.

(23) Uno de los jóvenes libertinos que componían la corte de Nerón. Véase Tácito, *Ann.*, lib. xv.

(24) Es muy conocida la hermosa poesía de Catulo acerca del pájaro de Lesbia.

(25) Las aguas de Sinuesa, en Campania, pasaban por curar la esterilidad y otras enfermedades.

(26) Versión de Iriarte.

(27) Los Romanos enterraban sus muertos á lo largo de esta vía.

(28) Versión de Iriarte.

(29) Es decir, las usadas en días Saturnales, días de completo desenfreno.

(30) Lámpsaco, ciudad de Mysia, al Norte de este país, era célebre por el culto de Priapo.

(31) Véase lib. vii, ep. 28, y lib. vi, ep. 71.

Suprimimos la traducción del distico que sigue por obsceno: dice así en latin:

*O quoties rigida pulsabis pallia vena,
Sis gravior Curio. Fabricique licet.*

(32) Las mujeres de este país pasaban por muy públicas.

(33) Juega aquí el poeta con las palabras *prædium*, jardinito, y *prandium*, comida.

(34) Casi todas las tiendas de sedas estaban en la calle de Toscana.

(35) Moneditas de oro de poco valor.

(36) Esto es, Cecilio trata las calabazas como Atreo trató á sus sobrinos.

(37) Sin duda es miseria.

(38) Este Prasino ó cochero de la facción verde (véase ep. 78 del lib. xiii) pertenecía á la facción protegida por Nerón, y alcanzaba el premio muchas veces. Sus rivales pretendían que se le concedía por no disgustar al emperador. Pero muerto Nerón continuó logrando premios, lo que le hace decir á Marcial que es á él y no al emperador á quien Prasino debe sus triunfos.

(39) Versión de Iriarte.

(40) No vivirá á gusto, porque su casa es fea, pero comerá

bien, porque siendo vecino Marón, será muchas veces invitado por éste.

(41) Versión de Iriarte.

(42) En efecto, hallarse con gentes que no se conocen, es en cierto modo hallarse solo.

(43) Véase ep. 29 del lib. III.

(44) Cualidad muy preciosa en un doméstico, y que explica por qué había costado tanto. El dueño está seguro de que su esclavo no contará lo que se diga delante de él.

(45) El nombre de las mujeres que servían para los placeres del público estaba inscrito sobre sus puertas.

(46) Silio Itálico compró una finca que había pertenecido á Cicerón.

(47) La tumba de Virgilio y su casa de campo.

(48) Hemos visto ya en el epigrama 16 que Priapo era el dios predilecto de Lámpsaco.

(49) Poeta, amigo de Marcial. Véase lib. IV, ep. 8.

(50) Uno de los principales mercados de Roma, á la orilla del Tíber, entre el Aventino, el Palatino y el Capitolio.

(51) O por muy pobre ó por muy avaro.

(52) Presentes que se acostumbraban depositar en las hogueras. Véase lib. X, ep. 97.

(53) Este Zoilo era esclavo y había huído de casa de su dueño.

D. Juan de Iriarte ha vertido el último distico del modo siguiente:

De tus pies las malas mañas
Tus manos han aprendido:
No extraño sea ladrón
Quien ha sido fugitivo.

(54) Es decir, no le dejes nada en tu testamento. Este Lupo corría tras de las herencias.

(55) D. Juan de Iriarte ha traducido el último dístico de este modo.

Fácil es en las desgracias
Menospreciar el vivir:
El valor está en que el hombre
Se atreva á ser infeliz.

(56) Esta broma puede aplicarse á los que tienen hermosos vestidos y no tienen que comer.

(57) Flogis, de *flocs*, llama; Chione, de *quion*, nieve. Véase la nota del epigr. 34 del lib. III.

(58) Diosa de la salud.

(59) Médico de Trajano.

(60) Versión de Iriarte.

(61) Es, en efecto, ejercer muchas profesiones para no tener un céntimo.

(62) Versión de Iriarte.

(63) Del mismo.

(64) Esta perra era de fuerza prodigiosa, y mató un día un jabalí en el anfiteatro.

(65) Esta perra se llamaba Mera. Erígona era hija de Ícaro, que tenía consigo á Mera cuando fué muerto recorriendo el Ática. Guiada por Mera, Erígona halló el cadáver de su padre, y se ahorcó de desesperación. Se la colocó en las constelaciones. En cuanto á la perra, murió de dolor, y recibió los mismos honores que su dueña. Mera se convirtió en el signo del *Perro*, ó la *Canicula*, y Erígona en *Virgo*.

(66) Perro no menos célebre que Mera y Lydia. Diana lo dió á Procris, quien, á su vez, lo regaló á Céfalo, su marido. Se le colocó también en el cielo. Es la estrella *Sirio*.

(67) Omitimos la traducción del siguiente dístico por obsceno; dice así en latín :

*Quam frustra jacui longa prurigine tentus
Succurrit pro te sæpe sinistra mihi.*

(68) Dos horas antes de anohecer.

(69) Compañero de Ulises, que, estando borracho cayó de una escalera y se mató.

(70) Versión de Iriarte.

(71) Célebre cirujano de la época de Marcial.

(72) Queriendo Baco vengarse de Peñteo, turbó el espíritu de su madre y de sus tías, las cuales, tomándole por un leoncillo, llamaron en su socorro á las Bacantes, sus compañeras, que le desgarraron.

(73) Versión de Iriarte.

(74) Del mismo.

(75) Del mismo. También hizo la siguiente.

Quien vicioso te llama
Zoilo, ha mentado;
No eres, Zoilo, vicioso;
Eres el vicio,

(76) Escaligero en los Prolegómenos de la obra titulada *In Emendatione temporum*, hablando de los dialectos de Tírios y Sidonios, dice: «Asombra lo sagrada que era para ellos la fórmula de juramento *Horban*, como entre los judíos la de *Chiala* ó *Chiaidonai*. Pero en tiempo de Marcial se pronunciaba *Chiala*. Ahora bien, como el poeta oía que los judíos juraban por *Chiala*, creía entender *Anchiala*, porque la palabra *Anchialus* era entonces más conocida de los Romanos.» Resulta de esta observación de Escaligero que los comentadores que han atribuido á los Romanos la opinión de que los judíos adoraban su dios en forma de asno, al que llamaban *Anchialus*, es errónea. En efecto, no es *anchialus* el nombre del asno entre los latinos, sino *ancharius* ó *ancarius*, como se ve en un verso de Lucilio.

(77) Las literas estaban formadas de pieles y de velos ó cortinas.

(78) Estos lictores eran los de los pretores, magistrados encargados de hacer justicia, que venían, en la jerarquía administrativa, inmediatamente después de los cónsules, y que, como ellos, marchaban precedidos de lictores.

(79) Sillón de brazos y de marfil, desde la cual hacían justicia los magistrados.

(80) Islas roquizas y peladas del Ponto-Euxino, á la embocadura de este mar, que los antiguos creían que entrechocaban, y que también llamaban Cyaneas. Además se comprende la horrorosa energía de la metáfora del poeta.

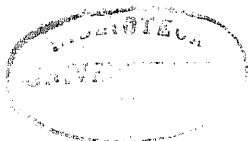
(81) Versión de Iriarte.

(82) Del mismo.

(83) Usurero á quien Marcial debía dinero.

(84) Es decir, la comida del día.

FIN DEL TOMO II.



ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
ÉPIGRAMAS.	
Libro VI.....	5
Libro VII.....	47
Libro VIII.....	95
Libro IX.....	141
Libro X.....	199
Libro XI.....	261
NOTAS.....	311

